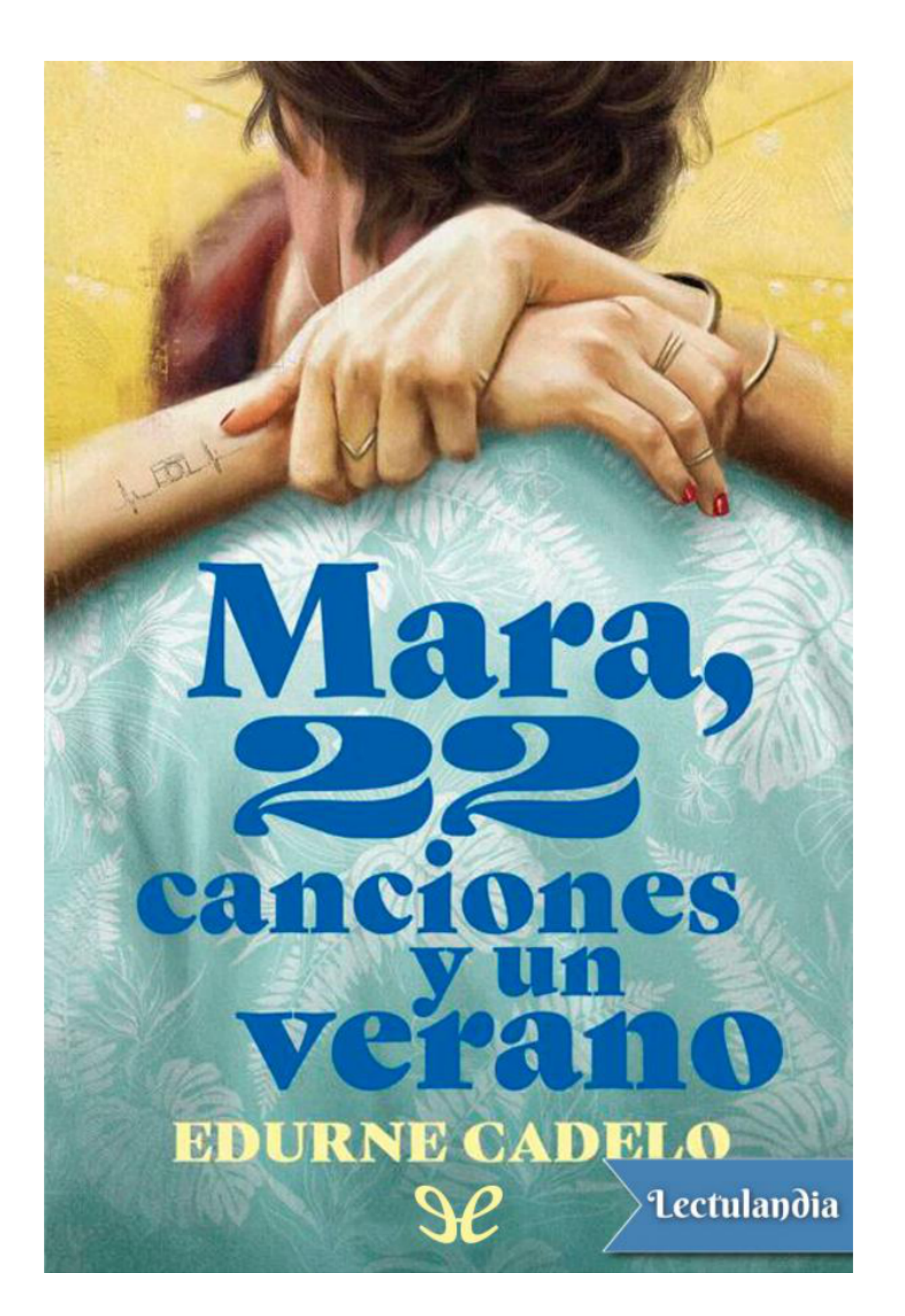

Mara, 22 canciones y un verano
EDURNE CADELO
Lectulandia

¿Has pensado alguna vez en huir? Levantarte, meter cuatro cosas en una maleta y cerrar la puerta de tu casa con un nudo en el estómago sin pararte a pensar en lo que dejas atrás. Mara, sí.

Cambiar de aires, desconectar y reconectar con la mujer que un día fue, cumpliendo con aquella promesa que Jimena y ella se hicieron tantos años atrás.

Entonces, ¿cuál era el problema? Ninguno, pensaba ella.

Pero su plan de regresar el domingo a su hogar fracasa estrepitosamente cuando su amiga le propone uno mucho más inesperado y loco.

Mara emprenderá un viaje increíble, también interior, para buscarse y encontrarse a través del despertar de sus sentidos.

Una proposición. Una Leica. Una furgoneta. Una habitación compartida. Una voz. Unos ojos indefinidos y, en ocasiones, tristes. Una piel sin memoria. Querer o deber. El deseo. El balance vital. La amistad como salvación.

Veintidós canciones.

Y un verano.

Edurne Cadelo

Mara, 22 canciones y un verano

ePub r1.0

Titivillus 01.12.2024

Edurne Cadelo, 2024

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)

Índice de contenido

Para aquella niña que dormía poco y jugaba sola.
Muy orgullosa de ti.

Siempre dicen que el tiempo cambia las cosas, pero en realidad tienes que cambiarlas tú mismo.

ANDY WARHOL

MARA, 22 CANCIONES Y UN VERANO

Edurne Cadelo

PRÓLOGO

Frío.

No. No puede ser.

Sí. Sí es.

Sus manos. Mi camisón arremolinado en mi cintura. Mis bragas descendiendo por mis muslos.

Más frío.

—Saúl… —Las dos sílabas de su nombre me queman la garganta. Raspan. Arden. Arañan mis entrañas—. ¿Qué…? ¿Qué haces…?

—Dios, cariño. Es que mira cómo estoy…

No necesito mirarlo, lo siento. Siento cómo se pega a mí. Siento cómo busca mi entrada. Siento cómo se restriega contra mi sexo. Y siento el primer latigazo como un azote en el vientre cuando me penetra en un solo movimiento; seco, duro y desafortunado. Como una punzada. Como un zarpazo. Como una gota de alcohol en una herida abierta.

Siento la rabia silenciosa ascender por mi tráquea con cada uno de sus jadeos estrellados contra mi cuello. Siento el pellizco que sus falanges imprimen sobre la piel de mis caderas, magullando mis vísceras, malhiriendo mi interior, lastimando mi ego. Siento el sabor agrio de ese monólogo sexual adherirse al cielo de mi boca.

Lo siento.

Todo.

Lo padezco.

Todo.

¿Y qué hago?

Lo callo.

Todo.

1
PREPARADA

Mara

¿Cuándo hemos llegado a este punto? ¿Cuándo hemos caído en un abismo tan profundo? ¿Cuándo hemos dejado de lado la razón? No lo sé. Por más que lo intento, no le encuentro ningún sentido a lo que está pasando ahora en esta cama.

—Saúl, no estoy pre…

—Vamos, Marita, te tenía tantas ganas… —me corta sin dejar que termine la frase.

Estará cansado de escuchar la misma cantinela de los últimos meses. Esa que yo argumento y él ignora. Su táctica para seguir igual es obviar, guardar silencio y eludir. Nunca afrontar.

Ganas. Él a mí. No viceversa. Ahí está el matiz.

No sé, llámame loca. Aunque eso lo ha empezado a hacer él de un tiempo a esta parte. Pero es que, cuando me apetece mantener relaciones, tengo la sana costumbre de hacerlo despierta.

Podría besarlo. Darme la vuelta; ralentizarlo y mostrar interés. Mentiría. Mentiría porque hace tiempo que dejamos que el deseo languideciera. ¿Él? ¿Yo? Los dos. También podría detenerlo. Mandarlo parar. Levantarme y salir de esta habitación. Sin embargo, ¿qué hago? Nada. No hago nada. Me quedo aquí, metida en mi disfraz.

—Saúl, ¿qué…?

Otra estocada. Profunda. Punzante. Penosa. Cualquier cosa menos placentera. La postura tampoco ayuda. Él invadiéndome desde atrás. Sí, he usado ese verbo deliberadamente, porque estaba dormida, y ni tan siquiera ha tenido la decencia o la complacencia de estimularme antes de entrar. Ni una caricia. Ni un tanteo. Nada.

Me sujeto a la almohada con ambas manos y cierro los ojos, aunque apenas los he abierto todavía. Otra más.

—Me voy, me voy…

No soy capaz de pensar. Así de desértica está mi imaginación estos últimos meses. Ni inspiración. Ni chispa. Ni simiente. Ni tan siquiera puedo situarme en otro lugar, en otros brazos, en otra mente. Es inútil buscar la manera de evadirme durante los segundos que faltan para que termine, que son pocos, lo sé, llámalo «veinticuatro años de experiencia».

—Saúl, ¿qué… qué hora es?

—Casi las siete, cariño. Ahora sigues durmiendo. Me corro ya. Uf, estás sequísima. —Lo prefiero callado. Solo jadeante—. Estaba tan empalmado que antes de meterme en la ducha tenía que ponerle remedio a esto. —Aumenta el ritmo—. Tócate, si quieres.

Gracias, muy amable.

No, realmente no quiero. Ahora no. Así no.

Una más. Dos. Tres.

Y se corre.

Y yo me parto.

Me parto en más cachitos de los que seré capaz de reunir y juntar. No estoy bien. Y lo peor de todo es que, si alguien se detuviera a mirarme a los ojos de verdad, se daría cuenta de que no lo estoy. Porque, aunque me muerda la lengua (sí, eso es lo que hago yo de un tiempo a esta parte, él me llama loca y yo me callo), mi mirada triste, perdida y apagada me delata. Me siento como un libro abierto que nadie quiere leer. Ese que siempre se queda en la estantería cogiendo polvo.

Me sube la ropa interior y me baja el camisón. Todo un detalle.

Habla, Mara. Chíllaselo. Escúpeselo. Sácatelo de dentro.

¿Para qué? Si lleva meses sin escucharme.

Meses.

También sin verme, porque me mira, pero Saúl ya no me ve.

Me encantaría decirle que para que mi participación en este acto fuera nula, como ha quedado demostrado, masturbarse en la ducha le hubiera proporcionado el mismo objetivo, aliviarlo. Aunque me callo. Una vez más.

—Humm… —ronronea en mi oído—. Así se empieza el día mucho mejor. Sigue durmiendo.

Por supuesto, como si este episodio me hubiera hecho liberar un millón de endorfinas y me hubiera quedado relajada y feliz. Y no húmeda, sino dolorida, y, para qué negarlo, un poco en *shock*. Seguro que, con la tristeza recorriendo todo mi sistema circulatorio, será muy fácil cerrar los ojos y dormirme, sin problema.

Su peso fuera del colchón y el ruido de la puerta del baño al cerrarse me ofrecen cierto alivio. No obstante, por mucho que quiera deshacerme de esta sensación de pena y malestar dándome una ducha interminable, me quedo hecha un ovillo en la cama, al menos hasta que mi marido se vista y se marche a trabajar. Ojalá que, dentro de un rato, el agua consiga que lo que acaba de pasar entre nuestros cuerpos no anide en mi pecho ni en mi cabeza.

Y no. No me siento así todos los días. Dentro de mi casa, dentro de mi matrimonio y dentro de mi vida, también hay días en los que no quiero meter la cabeza debajo de las sábanas y desaparecer como hoy, aunque sean los menos.

Soy optimista, supongo. Y siempre trato de encontrar el lado positivo a las cosas hasta en las peores circunstancias. Lo de hace un rato formará parte de la excepción o no. El problema es que, como me dice mi amiga Jimena, debería empezar a cambiar la positividad por la realidad, porque está claro que la primera me impide ver la segunda.

Treinta minutos de reloj. Treinta minutos de reloj es lo que va a tardar en ducharse, secarse y vestirse. Después, saldrá del baño con los zapatos en la mano, se inclinará sobre mí, me besará la cabeza y me informará de a qué hora nos veremos luego. Ese dato es el único que oscila, dependiendo del día de la semana que sea, de la estación del año y de la carga de trabajo que tenga. La que tenga él, no la mía, que, como suele ser habitual, importa bastante menos. Su colonia, la misma desde que lo conocí, se quedará impregnada en mi lado de la cama durante un minuto, más o menos. Y, en cuanto se pase el efecto, desaparecerá, igual que hará él para bajar a la cocina y prepararse el desayuno. Menos cuando yo ya estoy abajo; en ese caso, suele sentarse en la isla y esperar a que, en un acto de amor, se lo haga y se lo sirva yo. Todavía recuerdo cuando era él quien me lo preparaba a mí y me lo subía a la cama los fines de semana. En otra vida.

«No deberías seguir por ahí, Mara». Lo sé.

Cuando la melancolía se cuela en mi memoria, desajusta todo mi organismo. Debería hacer caso a mi siempre sabia amiga y empezar a vivir la realidad, en presente.

Hablando de Jimena, estiro el brazo y cojo mi móvil de la mesilla. Seguro que ya me habrá mandado el enlace de *Todavía no amanece*, su programa musical en Radio Tres. Toco la pantalla para desbloquearlo y ahí está, esperándome en el WhatsApp.

En el espacio que tiene en la emisora de lunes a jueves, mi amiga habla de música, de la buena, como dice ella, antes de que llegara el perreo. Comenta la agenda musical de grupos y cantantes nacionales e internacionales, sobre todo *indies*. Hace entrevistas bastante divertidas. Les sigue la pista a nuevos talentos. Y también dedica algunos minutos a recordar a los artistas que ya no están entre nosotros. Adereza todo su contenido con los temas que han formado parte de la banda sonora de su vida desde que nació, que es muy parecida a la mía. Y en cuanto termina de grabarlo, porque lo emiten de madrugada, me envía el enlace. Así es como suelo tomarme mi primer café de la mañana, con el sonido dulce y aterciopelado de su voz, a pesar de que es una fumadora empedernida.

Jimena es mi vitamina, la que me proporciona la energía que necesito para sobrellevar el día. Y hoy, después de este despertar tan inclasificable, no va a ser una excepción.

Nota mental: no contarle nunca a Jimena lo que acaba de pasar en mi cama.

La puerta del baño se abre y Saúl se acerca a mí. Meto el móvil debajo de la almohada y cierro los ojos.

—Duérmete otro rato, anda —me susurra al oído—. Tú que puedes. Nos vemos a las nueve en el club. Creo que no me va a dar tiempo a llegar al partido de las niñas. —«Niñas» para nosotros. Ellas, con sus dieciséis recién cumplidos, aborrecen ese término—. Ni a venir a casa a cambiarme antes, así que vete en tu coche, ¿vale?

Asiento sin hablar. Y él me planta el beso en la coronilla. Para qué iba a mancharse la boca posándola en mis labios. No se da cuenta, pero en un acto reflejo, me los toco, para no olvidarme de que siguen ahí, reaccionando a los estímulos, aunque estos solo los provoquen las yemas de mis dedos.

Tardo cinco minutos en levantarme y en meterme en el baño. Y más de veinte en ducharme. Sí, hoy no he sido nada responsable con el consumo de agua. Lo siento, medio ambiente. Necesitaba, de alguna manera, quitarme esta sensación tan desagradable con la que he empezado el día. Lamentablemente, el agua de mi ducha no tiene el poder de purificarme por dentro. A pesar de que he salido bastante mejor de como he entrado, ha sido imposible deshacerme de este malestar que se ha instalado en mis tripas.

«Bórralo», Mara.

Cuando salgo, me seco con la toalla. En cuanto aparto la felpa de mi cara, me doy de bruces con mi reflejo en el espejo.

«Hola, Mara. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien?». Sinceramente, he tenido días mejores.

Resoplo y maldigo en silencio. Mi imagen deja pocas dudas. No me quiero figurar lo que reflejaría si existiera la posibilidad de mirarme por dentro. Aun así, no pienso lamerme las heridas de nuevo. Cabeza alta y a seguir.

Desde hace algún tiempo, practico un ritual sanador en busca del equilibrio entre mi cuerpo y mi mente; consiste en poner el foco en mí y cuidarme, sobre todo en días como el de hoy, cuando nadie lo hace. «Automimo» lo llamo. Me ayuda a pensar solo en mí, aunque sea un instante. Si me veo bien por fuera, me animo a mirarme bonito por dentro. Así que abro el armario del baño y despliego todos los potingues que tengo a mi alcance.

Nunca fui una esclava de mi cuerpo; tuve la suerte de tener tendencia a estar más o menos igual desde mi adolescencia. Sin embargo, después de un embarazo gemelar, y de malcomer y maldormir durante unos cuantos años, me di cuenta de que, si quería sentirme mejor, necesitaba empezar a cuidarme. No se puede considerar que fue con la crisis de los cuarenta, porque empecé antes. Y ahora, a mis cuarenta y cuatro, no pienso dejar de hacerlo.

Comienzo con la crema de cuerpo, que huele igual que la recién estrenada estación, que siempre me anima. La luz y la energía que nos regalan los días de verano hacen que el mundo durante estos meses se vea con mejor perspectiva. Sigo con la de la cara. El contorno de ojos es bueno, aunque no va a hacer milagros. Las arrugas de alrededor no me molestan tanto como el tono violáceo de debajo, que hoy está más oscuro que nunca.

Vale, será mejor que vuelva al positivismo.
Mi tez pálida y sin luminosidad tiene difícil arreglo; ni con un cóctel de los cosméticos más prestigiosos del planeta cambiaría de aspecto. Eso, muy positivo no es. Ya paro. Es indudable que me falta sol y aire. Rebusco en la última balda hasta que encuentro una crema que tiene un poco de color; no me entusiasma maquillarme, como mucho, máscara de pestañas y brillo en los labios; me gusta que quede lo más natural posible. Después de aplicármela, vuelvo a mirarme, esta vez inclinada sobre el lavabo, para verme más de cerca. ¿Ha mejorado? Un poco.
Me quito la humedad del pelo con la toalla y me lo peino con los dedos, revolviéndomelo desde la nuca. No lo tengo ni liso ni rizado, quizá por eso es más moldeable. Apenas hay canas para lo morena que soy, aunque ahora lo tengo algo más claro por las mechas cobrizas que me di el mes pasado. Espero seguir así y evitar esclavizarme con el tinte.
Solo me falta vestirme. Como es tan temprano, no me decido a escoger el modelo para hoy. Hace calor, algo atípico teniendo en cuenta que todavía no ha empezado julio. Así que me pongo la ropa interior y un vestido gris de algodón, que uso para estar en casa. Sigo descalza.
Antes de bajar a desayunar, me miro de nuevo en el espejo. Esta vez en el grande que está dentro del vestidor. Esto ya es otra cosa. Lo cierto es que no solo me gusta sentirme bien, sino que también me gusta verme bien. Y, en los días más grises, me parece todavía más importante.
Veo los restos del desayuno de Saúl en el fregadero. Y el mantel individual sobre la isla. Al menos le ha sacudido las migas. Meto la cápsula en la cafetera y dos rebanadas de pan de espelta en el tostador. Mientras espero a que salgan, me acerco a la nevera para ver con qué las acompaño.
Genial, la pizarra magnética, donde apunto lo que tengo que comprar, se ha convertido en una lista interminable de tareas para hoy; mis hijas debieron de escribirlas anoche. Como vivimos en un chalé pareado, en una urbanización a las afueras de la ciudad, desde que empezaron a salir y a tener vida social soy más su Cabify que su madre. Si tienes hijos adolescentes, te sonará mi película. Y, como nacieron con dos minutos de diferencia, no es que haya ido

quemando etapas primero con una y luego con otra. Aquí, desde el primer día, todo ha sido simultáneo y multiplicado por dos.

«Elba. Peluquería a las 9.30. Uñas a las 10.30. Casa de Belén a las 11.30. Club a las 12.

»Carla. Fisioterapeuta a las 9.45. Peluquería a las 11. Uñas a las 12. Club nada más salir de las uñas, así que tienes que esperarme, Mara».

Mara.

Sí, Mara. Ni mamá ni mami ni ningún otro apelativo cariñoso. De verdad que las quiero muchísimo, sin embargo, ahora mismo, me agotan física y mentalmente, mucho más que cuando eran bebés.

Hoy se clausura la temporada de *hockey*. Primero jugarán un partido amistoso. Solo Elba, porque Carla acaba de salir de una lesión. Y después celebrarán una fiesta en el club; entrenadores, jugadoras y familias. Para ellas la despedida será doble y especial porque, en agosto, se irán a Florida a estudiar el próximo curso y dejarán el equipo hasta que regresen.

Abro la nevera en modo zen, porque mi momento de relax antes de la tormenta no me lo va a quitar nadie.

¿Dulce o salado? Normalmente tiendo hacia el salado, pero hoy voy a combinar los dos, necesito sustituir el sabor agrio con el que me he despertado.

«Bórralo, Mara».

Es más fácil decirlo que hacerlo. Aunque lo intentaré.

Presente. Vuelvo al presente.

Mi café. Me abalanzo sobre la taza, como si fuera a desaparecer, y coloco las tostadas en un plato. Decidido. Queso crema y mermelada de arándanos. Y también me voy a comer un plátano, porque es una de las frutas que más me gusta y entra dentro de la terapia del automimo.

Me siento en la isla con todo lo que he preparado y abro el enlace de Jimena antes de empezar a desayunar. Lo que me suele gustar más es la canción con la que abre el programa; siempre evoca un momento divertido o bochornoso de su vida que cuenta en antena, y en el que a veces también estoy implicada. Nuestros años universitarios en Salamanca dan para rellenar cientos de horas de radio.

«Buenas noches, trasnochadores… ¿Qué tal va vuestra noche? ¿Está siendo salvaje? ¿O todavía no? Confesadlo, estáis deseando que lo sea».

Wild Night, de Martha Reeves, tema incluido en la banda sonora de la película *Thelma y Louise*, de Ridley Scott, suena de fondo.

No puede ser, Jimena. ¿Justo hoy? Esto tiene que ser una señal.

Paro la reproducción y le mando un wasap, en caliente.

Mara: Preparada.

2
LISTA

Mara

Enciendo mi portátil para repasar el último archivo que tengo que mandar a la editorial. Lo terminé anoche a las tantas, pero siempre me gusta echarle un último vistazo por la mañana, antes de enviarlo, para evitar fallos. Después de eso, estaré oficialmente de vacaciones. Trabajo desde casa, traduciendo libros de texto, y, aunque no tenga que ir todos los días a una oficina, me gusta organizar mis tiempos de trabajo y de descanso como si tuviera que cumplir una jornada laboral. Sobre todo porque, dependiendo de los encargos que me hagan, tengo que planificarme bien y no excederme en los plazos de entrega. Sin embargo, la mayoría de los días, me cuesta un triunfo seguir mi propia agenda. Mis otros empleos no remunerados (la lista es extensa y, si eres madre y trabajadora, te la sabrás de memoria) se comen la mayor parte de mi tiempo. Por eso, mi trabajo suele quedar relegado a mis escasas horas libres. Según Saúl, bastantes pierdo para la miseria que me pagan. Me da muchísima rabia escuchar esa frase saliendo de su boca, y a él parece que le encanta repetírmela. Un año antes de regresar a Santander para montar su negocio, estuvimos viviendo en Madrid; en aquella época, cada euro que recibíamos de nuestros respectivos trabajos basura, y que invertíamos en su futuro, tenía el mismo valor. En cambio, cuando las cosas le empezaron a ir bien y su empresa creció exponencialmente, fue como si sus euros tuvieran una cotización diferente a los míos solo porque yo ingreso menos.

Meto otra cápsula en la cafetera y me quedo absorta mientras la taza se llena de nuevo. A veces, mis pensamientos se encallan en la idea de que cualquier tiempo pasado fue mejor y me cuesta salir de

ese bucle. Me siento en la isla con el documento abierto y mi tazón en la mano. Empiezo a leer, despacio, mientras saboreo cada gota de cafeína como una verdadera adicta. Hoy no me pienso privar de este segundo café, y menos con el silencio tan reparador que se respira en mi casa. Parece mentira que me cueste tanto encontrar esta paz cuando la vivienda tiene tres plantas y solo habitamos cuatro personas en ella. Créeme, excepto cuando estoy sola algunas mañanas, es bastante difícil disfrutar de momentos así de tranquilos. Abro mi correo, adjunto el documento, le deseo feliz verano a Leticia, la jefa de departamento que recibirá mi *email*, y después de enviarlo cierro el ordenador.

Cuando voy a mirar el móvil, por si Jimena ha visto mi mensaje y me ha respondido, escucho el primer grito.

—¡No vas a llevar ese!

—Me pondré el que me salga de las narices, Carla.

—Pues no. Ese es el que llevé yo hace dos semanas al cumpleaños de Belén y van a decir que usamos la misma ropa.

—Eres muy tonta.

—Y tú, gilipollas.

Vale, si han llegado a la fase de los insultos, tengo que intervenir.

Dejo la taza dentro del fregadero y subo a poner orden antes de que lleguen a las manos.

Abro la puerta de Elba y entro. Sé que me las voy a encontrar juntas en el vestidor. Ese rincón que se convierte en un *ring*, día sí, día también. Todavía recuerdo cuando eran pequeñas y dormían juntas, en aquella época no había tantos problemas. Se consolaban en las pesadillas, se leían cuentos la una a la otra, se reían cuando su padre se quedaba dormido en la alfombra, en medio de las dos, y vestían todos los días idénticas, porque les compraba lo mismo.

Cuando nos mudamos a este chalé, por el exclusivo capricho de Saúl, reformamos dos habitaciones para que cada una tuviera su propio espacio, aunque siguen comunicadas por el baño y por este vestidor. Sin duda, fue un error.

¿El baño común? ¿El vestidor? El baño, que también suele ser sinónimo de bronca. El vestidor y el chalé a las afueras, con más metros para limpiar.

Yo era feliz en aquel piso de ochenta metros cuadrados con el

pequeño balcón orientado al sur. Además, adoraba poder bajar en invierno con el pijama puesto debajo del plumífero a comprar el pan, sin tener que coger el coche para absolutamente todo.

—Lo compramos para las dos. ¿O es que ya no te acuerdas? —le dice Elba.

—Sí, pero a ti no te gustaba. Así que ahora es mío.

—¡Y una mierda! —chilla Elba—. Sí que me gusta y es de las dos. Hoy, hermanita, lo llevo yo.

—Buenos días, hijas mías. ¿Habéis dormido bien? —Soy de las que siempre confía en el diálogo, aunque, últimamente, solo los tengo conmigo misma.

—¡No! —bufan a la vez.

Están las dos con los pijamas de verano, las melenas recogidas en unos moños deshechos y descalzas. Si esto fuera un dibujo animado, estarían echando humo por la nariz. Son gemelas, pero distinguirlas nunca nos ha supuesto un problema. Elba tiene una pequeña mancha de nacimiento cerca de la oreja que, desde hace un par de meses, se empeña en ocultar con maquillaje. Como está recién levantada, ahí la veo, más oscura que nunca debido al cabreo que tiene.

—Mara, ¿le quieres decir a tu hija que lleve otro vestido a la fiesta? —Carla se cruza de brazos, indignada, mientras saca tres perchas más y las lanza encima del banco tapizado que está debajo de ese montón de ropa.

—¡Que tú no me mandas, imbécil! Mara, ¿le quieres decir a tu hija que me pondré lo que quiera?

Inhalo. Esta dinámica es tan absurda… Empezando porque me llaman por mi nombre, siguiendo porque se refieren a la otra como si no estuviera delante, y terminando porque se insultan, cuando, en el fondo, no son capaces de vivir la una sin la otra, todavía.

Exhalo.

Inhalo y exhalo otra vez, tratando de deshacerme de un pensamiento que me persigue últimamente. Tendría que haberlo hecho mejor, mejor con ellas.

—¿Me estáis diciendo que os estáis peleando a las nueve de la mañana como dos niñatas por un vestido? ¿En serio? Tenéis más de veinte colgados aquí. ¡Ah, claro! Igual es que no os parecen suficientes.

—Obvio. Nunca son suficientes. —Afirma Carla, y me parece que Elba asiente, e incluso se le escapa media sonrisa; en eso sí que están de acuerdo, cómo no.

—Exacto. Además, papá nos prometió que nos llevaría de compras cuando terminaran las clases.

No pillan la ironía aún, no debo seguir por ahí.

De verdad, no pensé que los cambios hormonales les afectarían tanto durante tantos meses. Porque no, esto no es nuevo, qué va. Llevan más de dos años así. El problema es que, en vez de disminuir, aumenta. Espero haber acertado con la decisión de mandarlas un año lejos de casa, para que sepan que fuera de esta burbuja hay otra vida, una menos fácil.

La maternidad es una carrera de fondo con sus altibajos. No siempre es bonita ni de película ni tan siquiera gratificante. La sociedad debería dejar de idealizarla. Tiene épocas buenas, otras regulares y a veces algunas malas, en las que te sientes muy impotente. Ahora, sinceramente, estoy en una de estas últimas.

—Las clases terminaron ayer, por cierto. —Confirma Elba, que sigue emperrada—. Bueno, da igual, el caso es que he dicho que hoy voy a llevar este y punto. —Es muy cabezota, el problema es que es igualita que su hermana. Ninguna va a ceder.

—¿Estás sorda? Ese no. Y punto.

Carla se acerca para quitarle la prenda de la mano. Acabamos de pasar a la fase de contacto; pensé que después de los catorce estaba finiquitada, pero va a ser que no. Elba no se amedrenta y provoca a Carla. La otra no recula y se lían a manotazos sin soltar el maldito vestido. Más empujones, más tacos, y un forcejeo absurdo en un metro cuadrado. Sin perder un minuto más, me meto en medio de las dos.

¿Que cómo salgo de esta? Pues mal parada. Muy mal parada. Está claro que la suerte no me acompaña hoy. Con el meneo, me dan con la percha en el pómulo y tengo que morderme el labio para aguantar el dolor.

—Auch. ¡Joder! —No he podido reprimir el taco. Me llevo la mano a la mejilla y noto cómo empieza a desprender calor por el impacto.

—¡Mira lo que has hecho!

—¡Yo no he hecho nada! ¡Has sido tú!

—Ni de coña. La percha la tenías tú. Que eres muy pesada con el vestidito.

¿Ninguna me va a preguntar cómo estoy? ¿De verdad que no pueden dejar de mirarse el ombligo un segundo? Me han hecho daño, pero eso debe de ser secundario.

Mi día mejora por momentos.

«Bórralo, Mara.

»Bórralo».

¿Todo? Porque casi había olvidado cómo me he despertado y, ahora… Ahora esta maravillosa escena de amor fraternal en la que he sido la única perjudicada. Qué gratificante todo. Y las vacaciones solo acaban de empezar.

Antes de irme a ponerme algo frío para evitar la hinchazón, cojo la tijera del escritorio de Elba, entro de nuevo en el vestidor y corto el vestido por la mitad, por la zona de la cintura, delante de sus miradas de estupefacción. No digo ni una palabra más. Entrego la mitad a cada una con toda la calma de la que carezco en este instante y me giro para salir. Lo malo de esto es que sigo teniendo un oído muy fino y escucho, claramente, cómo se vuelven a poner de acuerdo para decir que tiene razón su padre, que se me ha ido la olla y que soy una puta loca.

Puta loca, literalmente.

Mientras bajo por las escaleras voy chillando por dentro. ¿Nunca lo has hecho? Pues yo me he convertido en una experta cuando no puedo hacerlo en voz alta. Grito y suelto todos los tacos que jamás digo, así, sin exteriorizarlo. Me suele aliviar durante un rato. Cierro los ojos con fuerza y me imagino asomada en una ventana, soltándole al mundo lo cansada que estoy, dejando salir todo lo que acumulo, sin testigos.

Saco gel frío del congelador, lo envuelvo en un trapo y me lo pongo encima del golpe. Duele. Mucho. Se va a hinchar y a poner de todos los colores, lo presiento.

La lista de tareas de mis hijas sigue ahí, de modo que no tardarán mucho en bajar a desayunar y en meterme prisa para no llegar tarde. Si fuera consecuente, después de lo que han hecho, les diría que se buscaran la vida, que hoy no voy a ser su taxista. Pero las llevaré, porque soy así de boba. *Mea culpa*. Guardo el gel en el congelador, cojo mi móvil, que estaba encima de la encimera, y

subo a vestirme. Me quito el vestido de algodón y me pongo uno azul con margaritas pequeñas, la tela es ligera, perfecta para hoy y además es de manga corta. Mientras me abrocho los botones en la parte delantera, oigo el sonido del WhatsApp.

> Jime
>
> Has escuchado el programa, ¿eh? ¿Y qué? Te ha *putoencantado*, ¿verdad?

Me río por primera vez desde que estoy despierta. Jimena sigue teniendo a su yo adolescente enjaulado en su cuerpazo. Cumplió cuarenta y cinco en abril, pero gracias a su profesión y a su pasión por la música, siempre está rodeada de gente más joven. Quizá por eso no deja de actualizar su propia versión, para seguir en la onda, como se decía hace años, incluida la forma de expresarse.

> Mara
>
> Me ha gustado, sí. Pero no me has respondido todavía.

> Jime
>
> Amiga, no juegues con mis sentimientos. Sabes que me muero de ganas de que pagues tu deuda, aunque sea veinte años después. Nunca pierdo la esperanza. Ahí va mi respuesta. Preparada. Aunque tú siempre te rajas.

Saco unas sandalias planas de ante marrón y me las pongo; ya no recuerdo la última vez que me subí a unos tacones. Cambio mi

cartera y mis cosas del bolso negro al otro. Y, antes de salir, en un acto reflejo, me echo un último vistazo en el espejo del vestidor para verme de cuerpo entero. Dios. Menudo aspecto. Me acaricio la mejilla con cuidado, porque hasta el más mínimo roce me molesta. Mi pómulo ya ha cogido un tono bermellón horrible y se ha hinchado, como me temía.

—¡Mara, baja ya! Pero ¿no estaba ya vestida?

—¡Vamos a llegar tarde!

Mi nombre saliendo de sus labios se vuelve a enquistar en mi pecho. Exhalo con fuerza, con tanta que mi aliento empaña el espejo. Niego con la cabeza al ver mi imagen de nuevo. Todos tenemos un límite y no sé hasta qué punto estoy llegando al mío.

Jimena tiene razón, siempre me echo atrás.

¿Y si no lo hago hoy?

Cojo el móvil y tecleo.

Mara
Lista.

3
YA

Mara

Meto el coche en el garaje. Antes de apagar el motor, termino de escuchar *Diazepam*, de Leiva con Natalia Lafourcade. Ha sonado de manera aleatoria en la radio. Parece otra señal. Lo cierto es que podría hacer mías varias estrofas de este tema. Lo del tranquilizante no. Eso no. Tampoco es que fuera tan extraño, porque, últimamente, me sorprende la cantidad de personas que están enganchadas a las pastillas. Está de moda consumirlas para todo, y la mayoría de las veces, en mi humilde opinión, no las necesitan. El otro día, sin ir más lejos, la mujer de Sergio, el director financiero de la empresa de Saúl, me ofreció una después de cenar los cuatro. A hurtadillas, como si me estuviera pasando droga, pero a modo de postre. Rechacé su ofrecimiento, aun así, me quedé con la mosca detrás de la oreja. ¿Tan mal me vio? ¿O es que alguien, de nombre Saúl, le sugirió que no me vendrían mal? ¿Esa es la impresión que doy? Preferí terminar la botella de vino y no indagar más, para evitar el posible escozor al conocer la respuesta. De momento, no las necesito y espero seguir así.

Después de aullar a gusto un rato, como dice la canción, me doy un par de minutos más mirando a un punto indefinido de la pared, con las manos sujetando el volante. Respiro hondo. Cabeza alta, ¿recuerdas? Consigo salir del coche y subo directamente a la cocina. La secadora habrá terminado ya y, si no saco la ropa, se queda como un cartón. Con las prisas de esta mañana no me daba tiempo a tenderla, así que de nuevo opté por la vía rápida y poco ecológica; hoy estoy que me salgo.

Me descalzo en la entrada, saco mi móvil y cuelgo el bolso en el

perchero. No me quito la gorra de taxista, porque solo es figurada. Resoplo e ignoro que mis tripas empiezan a rugir. Con tanto viaje de un lado para otro, no he tenido tiempo de comer algo desde el desayuno ni de mirar el teléfono un segundo. Tengo un mensaje de mi hermana.

Patri
Luego te veo en el club. Ya me ha contado Carla lo del vestido. Igual te has pasado un poco, ¿no?

Gracias, hermana, por ponerte también de su parte. Ella está acostumbrada a tratar solo con niños pequeños en su aula, que son mucho más sinceros y menos manipuladores que los adolescentes.

Mara
Te veo luego.

Directa. Escueta. Sin entrar en más discusión. De todas maneras, sé que, en cuanto estemos a solas, retomará el tema, a ella le encanta llevarme la contraria cuando se trata de Saúl y de sus sobrinas. Siempre encuentra el modo de ponerse en su piel, nunca en la mía. Visto desde afuera, todo debe de tener otro prisma. Patricia es mi hermana pequeña y la tía preferida de mis hijas, no tienen más, porque Saúl es hijo único. Es cuatro años menor que yo y en todos mis recuerdos de la infancia estamos siempre juntas. Nos llevamos bien tirando a regular, sobre todo desde que su novio de toda la vida la dejó hace un par de años. No lo ha superado y está demasiado irascible e irritable todo el tiempo. Como si siempre tuviera un cuchillo afilado entre los dientes, dispuesta a atacar. A atacarme.

También tengo un mensaje de mi amiga.

Jime

Lista. Listísima. Que sepas que me estoy haciendo ilusiones. Un montón de ilusiones. La hostia de ilusiones, Mara.

Sonrío y dejo el móvil en la encimera. Voy hasta el cuarto de lavado y saco la ropa. Como no está muy arrugada, en vez de incrementar la pila, la meto en el cesto para subirla y guardarla. La mayoría es de mis hijas, evidentemente.

Antes de bajarse del coche en la puerta del club, Elba ha tenido la amabilidad de decirme que use su corrector para cubrirme el moretón, no vaya a ser que se me note esta noche en la fiesta. Lo de preguntar si me duele o disculparse, lo habrá dejado para otro momento. O para nunca.

Primero dejo su ropa encima del banco; me niego a colgársela después de su pelea. Me da rabia porque sé que hay madres a las que no les importa la limpieza ni el orden de las habitaciones de sus hijos, pero yo no soy de esas. Aunque estoy tan cansada de repetírselo que igual tengo que empezar a serlo. Lo peor es que, cuando se lo dejo todo perfecto, no encuentran nada, y, entonces, vuelvo a ser la culpable de los males de su universo. Cómo no.

Cada vez que hablo con Jimena de las bondades y maravillas de ser madre, se ríe en mi cara. Bueno, o en mi oreja, porque la última vez que estuvimos juntas fue cuando vino a pasar unos días en Navidad. Ella dice que, a pesar de mis continuas quejas, sabe que lo de ser madre está hecho para mí. Por mi carácter, mi empatía y mi cordura. Sí, debe de ser de las pocas personas que piensan que sigo estando cuerda. Claro que lo estoy, sobre todo si me comparan con ella, ahí siempre saldré ganando.

Saúl y yo siempre estuvimos de acuerdo en que queríamos tener hijos. Él soñaba incluso con una familia numerosa. Supongo que es un anhelo que tienen los hijos únicos, ver sus casas llenas. Lo que pasó fue que, cuando nos enteramos de que esperábamos dos, nos prometimos no volver a tentar a la naturaleza. Y ahora, visto lo visto, sé que acertamos. Siempre he tenido muy claro que ser madre no debería implicar ser solo eso. Aunque a esta sociedad le siguen encantando las etiquetas exclusivas. Y, tristemente, puedo confesar

que me ha resultado muy difícil no ser solo eso. Es más, todavía no estoy convencida de si lo he conseguido.

Cuando entro en mi habitación y veo la cama, aún sin hacer, se me encoge el estómago.

«Es de hambre, Mara.

»Es de bobas, Mara».

¿El qué?

«Engañarse».

Está bien. Ya lo sé.

No, no es de hambre, es de lástima, la que siento por mí misma en este momento. Porque para ser mi primer día de vacaciones no está resultando muy alentador. Y eso que haber estado toda la mañana a la carrera me ha servido para desviar la atención de ese despertar tan decepcionante y hasta del incidente de la percha. Aun así, aquí estoy. Intentando apagar de nuevo ese recuerdo. Difícil. Muy difícil.

¿Tan ciego está Saúl que no se ha dado cuenta?

Sí, ya conozco ese refrán de no hay más ciego que el que no quiere ver. Lo que pasa es que, aquí, nos lo podríamos aplicar los dos. Y no es solo que vivimos con una venda constante en los ojos, sino que también es flagrante la falta de comunicación entre nosotros.

Yo ahora estoy siendo más consciente.

Puede. Puede que lo sea desde hace meses, pero aquí sigo, sin decidirme a ponerle solución.

Ya no estoy segura de si es bueno o malo esconderme de mi propia cabeza, porque el sentimiento está ahí, latente, esperando. Esperando a consumirse o a reventar.

Abro el segundo cajón del vestidor y guardo mi ropa interior. No sé por qué mi vista se desvía al hueco de la esquina superior, donde se ve, de refilón, el frontal de la maleta.

«Siempre te rajas, Mara».

Las palabras de Jimena me taladran el hipotálamo.

Tiene razón.

¿Y si dejo de hacerlo? ¿Te imaginas?

Cierro los ojos tres segundos, los cuento en voz alta. «Uno. Dos. Tres».

Quizá sí que puedo imaginármelo.

Bajar la maleta. Meter tres prendas básicas. Mi neceser. Un par de zapatillas. Dos mudas. Coger el móvil y comprar un billete de tren. Pedir un taxi. Plantarme en la estación. Y enviar a Jimena ese último mensaje que le volaría los sesos y que haría estallar ese montón de ilusiones por los aires.

Huir.

Aunque solo sea un insignificante fin de semana. Aunque solo sea por el simple hecho de saber si me echarán de menos. Aunque solo sea para que se tengan que apañar dos días sin mi presencia. Aunque solo sea pensando en mí.

«Siempre te rajas, Mara».

¿Y si ha llegado la hora de dejar de hacerlo?

Quizá también sea el momento para dejar de justificar todo lo que me pasa. Los errores. La decepción. La invisibilidad. La hostilidad.

¿Y si pienso en mí un triste segundo?

Porque, si nadie va a pensar en mí, tal vez también ha llegado la hora de hacerlo yo misma, como con lo del automimo.

Estoy cansada de librar batallas continuamente, como si fuera la única guerrera de este hogar; la que se echa todo encima, la que brega contra viento y marea, la que hace equilibrios para que el castillo nunca se caiga, aunque esté en ruinas.

Estoy tan harta…

Quizá sí que merezco hacer esa maleta.

Me subo en el escabel, tiro del asa y, cuando cae, casi lo hago yo con ella. Lo único que me faltaba hoy. Sonrío, porque todo tiene un lado positivo, ¿no? Pues en este caso es que la cremallera ya está abierta y así me ahorro cinco segundos de dudas; empiezo a llenarla, con más entusiasmo del que esperaba.

Un vaquero azul. Dos camisetas de manga corta. Una de manga larga de rayas blancas y negras. Una *blazer* negra. Una falda y un vestido lencero del mismo color. Un par de zapatillas. Las sandalias; unas planas y otras de tacón, por si acaso. Dos sujetadores. Dos bragas. Un tanga. Un camisón. Y, por último, una sudadera, los del norte siempre llevamos una, sin importarnos el tiempo que haga en el destino.

Miro todo ahí doblado y me llevo las manos a la boca, para ocultar la sonrisa tonta que se acaba de instaurar en mi cara.

Lo voy a hacer.

Busco un neceser pequeño en el cajón del baño. Cuando lo abro veo que dentro hay una compresa y dos tampones, los saco, porque ya no los necesito. Meto lo estrictamente necesario. Total, el domingo estaré de vuelta. Guardo todo en la maleta, incluido el cargador del móvil, y la cierro.

Antes de salir de la habitación, me vuelvo a fijar en la cama deshecha. Ahora la sonrisa que dibujan mis labios es maligna. Me imagino la cara que pondrá Saúl cuando se la encuentre así. Será su primera vez en millones de años. Puede parecer una tontería, sin embargo, para mí, dejarla sin hacer tiene algo de simbólico. Las sábanas blancas arrugadas, las almohadas desperdigadas, una en cada punta, los cojines, a juego con la colcha, tirados en la alfombra, y hasta el olor, a cualquier cosa menos a suavizante, porque tendría que mudarla y tampoco me ha dado tiempo a ventilar la habitación.

Miro el despertador, que está sobre la mesita de Saúl. Faltan quince minutos para la una y media. Si no han cambiado los horarios, sé que hay un tren que sale a las dos de la tarde. Si me doy prisa, llegaré de sobra a coger ese. Tengo que llegar, porque si lo pierdo sé que este ataque de impulsividad se irá extinguiendo minuto a minuto, y no quiero que eso suceda.

Bajo la maleta, cojo mi móvil de la cocina y aprovecho para comer algo de pavo y queso mientras entro en la web con dedos temblorosos a comprar el billete. No me he equivocado. Ida a las dos. Vuelta el domingo a la misma hora. Mientras compruebo que llevo la documentación y meto la tarjeta de nuevo en la cartera, llamo a un taxi. Espero que no tarde en llegar. Guardo todo en mi bolso, incluidos los auriculares, que estaban junto a mi portátil, y agarro la maleta. Lo hago con tanta fuerza que los nudillos se me ponen blancos. Aflojo y respiro.

Lo voy a hacer.

Cuando salgo y meto la llave en la cerradura, los nervios se apoderan de mí y no consigo trancar hasta el segundo intento.

¿Lo estoy haciendo?

Veinte minutos después, estoy sentada en el coche número cinco. Inhalo y exhalo tantas veces que mis vecinos de asiento están a punto de preguntarme si me encuentro bien.

Respiro lento un par de veces más, como hago cuando termino la clase de yoga, y noto cómo, por fin, mi ritmo cardiaco empieza a ralentizarse. Al contrario que el tren, que cada vez coge más velocidad.

Saco mi móvil y miro el chat con Jimena. No me creo que vaya a escribirle este último wasap. Uno, en concreto, que jamás me atreví a enviar.

Hasta hoy.

Lo estoy haciendo.

Mara
YA.

4
DEUDA O PROMESA

Mara

Dentro de media hora llegaré a la estación de Chamartín y todavía no tengo noticias de Jimena. En realidad, no las tengo de nadie desde que me fui de casa este mediodía. Ni una triste llamada. Ni un mísero mensaje. Nada.

Estoy apostando conmigo misma a ver a qué hora me echarán en falta. ¿Durante el partido? ¿En la fiesta posterior? ¿O ni tan siquiera en ese momento? Con todas las familias que abarrotarán el salón, quizá tampoco lo hagan. Si no me ven, pensarán que en el último momento he decidido quedarme en casa y esperarán a llegar y no encontrarme para preocuparse por mi ausencia. De las niñas no me extrañaría, es más, cuando sepan que me he ido tampoco van a darle mucha importancia. En cambio, Saúl, no sé, pensé que después de lo que ha pasado esta mañana me llamaría. Es un hombre inteligente y, aunque quiera aparentar que no ve nada, me conoce y sabe que mis silencios también hablan. Él no suele venir a casa al mediodía; aprovecha esa hora para ir al club, para jugar al golf o para invitar a comer a algunos de sus clientes. Si no, pide a Elvira, su secretaria, que le suba algo poco elaborado al despacho. Habrá mucha gente que funcione así, pero es que nosotros vivimos en una ciudad pequeña; hay menos de tres kilómetros de distancia entre nuestra casa y su trabajo. Sin embargo, él insiste en que aprovecha mejor su jornada si se queda, y así luego puede salir antes por la tarde, para seguir con sus aficiones. A veces, cuando está trabajando, me manda algún mensaje para darme alguna indicación de última hora, pero hoy ni eso.

Aparto de mi mente lo que he dejado atrás. Lo escondo en un

lugar oscuro e inaccesible hasta que tenga que lidiar con ello cuando explote. No quiero enfocar mi energía en eso. No ahora. Me concentro en Jimena, en nuestro chat y en el doble *check* sobre mi último mensaje que no termino de ver. No quiero ponerme en modo negativo, pero ¿y si no lee mi wasap? Puede que Jimena ya tuviera planes para este fin de semana y se haya marchado de la capital. Planes que incluyen desconectar el teléfono, aunque nunca suela hacerlo, y no estar pendiente de su amiga que vive a cuatrocientos kilómetros.

No quiero ser agorera. Solo que su falta de respuesta me está poniendo nerviosa. Y un hormigueo extraño se cuela en mi estómago. Es como si, de repente, me hubiera puesto las gafas y viera los flecos que tiene este plan loco, que no es otro que la promesa que nos hicimos al terminar nuestra etapa universitaria. Hablando de gafas. ¿Estarán en el bolso? Porque de lejos no veo ni torta sin ellas. Sí, lo mío es al revés, al cumplir años, en vez de perder visión de cerca, lo he hecho de lejos. Y más de noche. Meto la mano en el bolso, que es de los que se llaman *shop bag*, o sea, una bolsa grande donde cabe todo, y encuentro el estuche. Lo abro para comprobar que están dentro, porque no sería la primera vez que me lo encuentro vacío. Bien. Aquí están. Y también las de sol, negras y grandes, de pasta. Estas van sueltas. Bueno, pues eso, que con lentes o sin ellas empiezo a ser consciente de los fallos de mi arranque de impulsividad.

¿Qué es lo peor que podría pasar?

No tengo ni idea. Quizá llegar a Madrid, tener que buscar un alojamiento y pasar todo el fin de semana sola. Tampoco estaría tan mal un tiempo conmigo misma, ¿verdad? Aunque sería más aburrido, seguro. Otra opción es cambiar mi billete de vuelta y meterme en un tren que salga luego y regresar a casa. O en el bus nocturno. O en el medio de transporte que sea, da igual. En cualquier caso, ninguna de estas posibilidades me emociona.

Conocí a Jimena en mi primer año de carrera. Cuando llegué a Salamanca para estudiar Filología Inglesa, me hospedé en una residencia de estudiantes. El encargado era un viejo verde que entraba en las habitaciones (o celdas), cada dos por tres y sin llamar. La comida también era de cárcel, o de hospital. Y, además, la calefacción casi nunca funcionaba. Solo aguanté allí el primer

trimestre. Convencí a mis padres para que me dejaran buscar un piso compartido y no morirme de asco ni de frío. Antes de regresar a mi casa para las vacaciones de Navidad, llamé al primero de la lista, y fue Jimena la que me respondió al teléfono. Me decidí a visitar su piso porque su anuncio era muy esclarecedor: si quieres compartir y te consideras normal, soy tu compañera perfecta. Quedé con ella ese mismo día para dejar zanjado todo antes de irme. En cuanto me abrió la puerta, tan rubia, tan guapa y con esos ojos tan azules, me conquistó. Lo primero que pensé fue que era extranjera, luego ya me aclaró que su madre era alemana y que por eso su genética era poco ibérica. Me explicó las condiciones del alquiler y la verdad es que sonó muy desesperada. Todos sus compañeros anteriores tenían taras y, encima, eran pésimos en la convivencia, así que me volvió a recalcar que la condición indispensable para que me aceptara es que fuera normal. Me hizo gracia que se mostrara tan directa y el piso me gustó. Era pequeño, pero tenía todo lo necesario. Una habitación con escritorio, una cama de 105 y un buen armario. Un salón decente, con televisión y equipo de música, con una columna enorme de CD, que más tarde se convertiría en nuestro mayor tesoro. Un baño reformado y amplio. Pero sin duda, lo que más me agradó fue que la calefacción estaba a tope. Recuerdo el gustazo que sentí al entrar, el olor a limón en el ambiente y la calidez del abrazo de Jimena cuando le dije que me quedaba y que quería dejar mi parte ya pagada. A partir de ahí, no nos volvimos a separar hasta que dejamos la ciudad.

En cuanto suena el sonido de mi WhatsApp, me bajo de los recuerdos.

Es mi amiga. Por fin.

Jime

¿Estás de coña? Dime que no te has equivocado al darles a las teclas. Y. A. YA. ¿Has escrito «ya»? ¿Sin interrogaciones?

Mara

Correcto. He escrito «ay» al revés. YA. Ay, ay, ay. ¿Y ahora quééé?

Jime

¿Cómo que ahora qué, descerebrada? ¿Dónde estás? ¿Ya vienes? La hostia. Llevo veinte años soñando con este momento, aunque me da que no vamos a llegar a hacer la Ruta 66. ¿Has traído el pasaporte? Aun así, me encanta que hayas salido huyendo. Todavía no me lo creo. Mira, me estoy pellizcando.

Me adjunta una foto con sus dedos trincados a la piel de su muslo; lleva una falda vaquera corta y va conduciendo.

Cuando terminó nuestra etapa universitaria y dejamos Salamanca, yo viví un año con Saúl en Madrid. Sin embargo, Jimena se fue a cursar un máster a Londres, así que no volvimos a estar juntas en la misma ciudad nunca más. El día que nos despedimos en el aeropuerto, en medio de un mar de lágrimas, nos prometimos, aparte de estar siempre la una para la otra, aun con la distancia de por medio, que algún día haríamos un *road trip* por Estados Unidos, a lo *Thelma y Louise*, pero sin suicidio final. La coña fue que trazamos un plan algo absurdo y poco sensato desde el principio. Quedamos en que, cuando una de las dos necesitara romper con todo y huir, por el motivo que fuera, activaría el plan mandando un primer mensaje. «Preparada». Hasta que la otra no contestara repitiendo la misma palabra, no se pasaría a la fase dos. «Lista». Y, de igual modo, había que esperar a la repetición de la palabra por parte de la otra para llegar hasta el último paso, que se iniciaría con «Ya». Si se producía esa secuencia, comenzaba la aventura. «PREPARADA. LISTA. YA». Es la primera vez que llego hasta

el final, aunque, en una ocasión, me quedé en el «lista». Jimena ya lo intentó antes que yo. Escribió «ya», pero no obtuvo mi respuesta, de ahí que ella se refiera la mayoría de las veces a esto como una deuda. Se lo debo. Hoy, la iniciativa ha sido mía. Nunca es tarde. Por eso la he pillado a contrapié. Y sí, aunque sea a una escala mucho más pequeña, porque no haremos miles de kilómetros en un Mustang descapotable, para nosotras tiene muchísimo significado.

Cojo el teléfono y la llamo. Terminaremos antes y ya no queda nada para que el tren llegue a Madrid.

—¡Ay, ay, ay! —me responde.

—Ya, ya, ya.

—No me digas que tienes cáncer o una enfermedad terminal y vienes a contármelo y a despedirte…

—No seas burra, Jimena. Claro que no.

El chico que tengo a la derecha sonríe con disimulo, mi amiga ha chillado tanto que todos los pasajeros de este vagón se han enterado de sus pensamientos macabros.

Creía que ese rollo de pensar siempre en lo peor ya se le había pasado. Sobre todo después de lo intensa que se pone dándome la charla con el realismo y el presente. Jimena antes era muy de eso, de pensar que irremediablemente algo malo estaba a punto de suceder cuando era feliz; supongo que lo hacía para adelantarse al golpe.

—Vale, y ¿entonces? ¿Qué haces? ¿Ya has salido de casa?

—Sí, dentro de diez minutos llego a Chamartín. Has tardado un siglo en contestarme, ya me veía con la maleta de vuelta.

—Ay, ay, ay.

—¿Quieres tranquilizarte? Me estás poniendo más nerviosa de lo que ya estoy. Cuando llegue, te cuento los detalles. Te aviso, no vamos a hacer ese *road trip* por la Ruta 66 que nos prometimos, pero puedes pasearme todo el fin de semana por Madrid.

—Uf…, puta… señal. Por… ruta no, pero… quizá…

La oigo entrecortada. Es como si se estuviera dando golpes con el móvil en la frente, cavilando.

—Jimena. ¿Qué dices? No te oigo apenas.

—¿Que por qué solo un *finde*? ¿No empezabas hoy las vacaciones?

—Sí, pero ha sido todo muy precipitado. Me he escapado.

Ahora el chico de al lado se yergue en el asiento, quizá el verbo «escapar» no sea el más adecuado. Estará pensando que me he largado sin permiso de un sanatorio o de algún agujero peor, porque también se ha percatado de mi moretón.

—Vale, vamos a centrarnos. Que me has dejado muy loca. Luego me lo explicas. No te he respondido antes porque estaba en una reunión muy importante. Acabo de salir y ya estoy llegando a mi casa. ¿Te importa coger un taxi y venir hasta aquí? Así me voy dando una ducha, porque esta noche ya tenemos plan, amiga. Y no nos queda mucho tiempo de margen.

¿Plan? ¿Tan rápido? Supongo que ella ya tenía uno y me está incluyendo. Intentaré seguirle el ritmo a Jimena todo el fin de semana, aunque estoy muy desentrenada. Había olvidado que ella sigue haciendo lo mismo que cuando tenía veinte.

El tren se detiene y por megafonía nos anuncian que no nos olvidemos nuestras pertenencias.

—Perfecto. Ya estoy aquí. Cojo un taxi y lo que tarde en llegar. Por cierto, ¿me puedes adelantar algo de ese plan?

Agarro el bolso y mi maleta para salir del tren. Me pongo los auriculares antes de subir las escaleras para poder seguir hablando con mi amiga y tener las manos libres.

—Te va a gustar.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—De momento sí. Dios, va a ser un fin de semana épico.

—No lo dudo, pero recuerda que el domingo a las dos tengo que coger el tren.

—Eso está por ver.

Me río. La conozco tan bien que seguro que está maquinando algo. Aunque sabe de sobra que esta aventura terminará dentro de dos días.

—Venga, que ya me subo en el taxi.

—¡Ay! Tú y yo, como en los viejos tiempos.

—Ya no bebo calimocho —la vacilo.

—Créeme, lo harás.

5
BONITO PLAN. FEO DESENLACE

Mara

Me encanta el plan. Ahora entiendo por qué Jimena no me quería contar nada; estaba deseando inmortalizar con su móvil mi cara de lila cuando hemos entrado en el WiZink con dos pases de prensa colgados de nuestros cuellos. No sé cómo lo hace, siempre termina sorprendiéndome.

La llegada a su casa ha sido caótica. Después de abrirme la puerta, se ha abalanzado sobre mí y me ha dado un abrazo tan interminable y tan fuerte que he tenido que protestar antes de que me faltara el oxígeno. No sabía cuánto necesitaba ese contacto hasta que he sentido su pecho contra el mío. Su energía, siempre desbordante, su calor, corporal y humano, y ese olor empalagoso a Chanel n.º 5, que huele distinto cuando lo usa ella. Luego, se ha apartado y ha enloquecido al verme el pómulo. Mientras la arrastraba dentro de su piso, para que los vecinos no llamaran a la policía, le he explicado, dos veces (la primera no terminó de creérselo), cómo he acabado con la cara así. Lo cierto es que va adquiriendo un aspecto más feo por minutos. Me confesó que, de primeras, pensó en Saúl, pero solo durante una décima de segundo, porque lo conoce y está segura de que él nunca me levantaría la mano. No, él es más de bajarme ciertas prendas mientras duermo, pero eso no se lo he contado.

—Sabes que eso es otra forma de maltrato, ¿no? —me ha dicho refiriéndose a lo de las niñas.

—Ha sido un accidente. Su intención no era hacerme daño.

Quizá tampoco la de Saúl, pero me lo ha hecho.

—Bueno, si esto ha sido el detonante para que te largaras,

brindaremos luego por ese perchazo. —Y así es como mi amiga ha gestionado el presente, con una buena dosis de realismo.

No he corregido su argumento. Podría decirse que he huido por una combinación de varios factores, o sea, que ha habido más de un detonante.

Sin perder más el tiempo, se ha puesto a hurgar en mi maleta para encontrarme un *outfit* más acorde con el plan. Se conoce que el vestido de margaritas no le convencía. Me he puesto el vestido lencero negro y sus Dr. Martens negras; es una suerte que usemos el mismo número de calzado. Si me vieran mis hijas con este conjunto de vestido y botas, se quedarían con la boca abierta. Me veo guapa, bastante mejor que la última vez que me arreglé. Jimena también me ha dejado un bolso pequeño, porque se me olvidó traer uno. Sobre la marcha, me ha maquillado, solo un poco, para tratar de cubrir el moretón. Y, con la misma, hemos cogido un Cabify y hemos venido hasta aquí.

Esto está a tope. Soy mala con las cifras, pero me ha parecido escuchar antes a Max, el nuevo rollito de Jimena, que, casualidades de la vida, es el mánager del grupo, decir que habían vendido más de catorce mil entradas. Es una auténtica pasada. Yo había escuchado algunas canciones de The Airband; mi amiga las pincha a veces en su programa, aunque no los conozco en profundidad. Es un grupo *indie* con un sonido diferente y muy potente, sobre todo en directo, según me cuenta ella. Con este concierto abren su gira Naufragio, quizá por eso todos sus seguidores están tan entregados. Alternan temas más movidos con otros más melódicos, en los que la increíble voz del cantante marca de manera sublime los tempos. No tenía ni idea de que movilizaran a tanta gente. Vale, igual es que hacía mil años que no iba a un concierto. Puede ser. Y menos a uno en un recinto tan grande. Había olvidado la sensación tan diferente que es sentir cómo los decibelios de todos los instrumentos se cuelan por el tímpano sin estar enlatados. Batería, teclado, guitarras y bajo. Cierro los ojos y me balanceo, dejándome llevar por el ritmo del estribillo mientras intento repetirlo. Estoy un poco abrumada. Y achispada, eso también. Pero me lo estoy pasando de maravilla. Menuda novedad.

Antes de entrar, he echado un último vistazo a mi móvil. Nada. Sin noticias. Jimena ha alucinado cuando le he dicho que nadie

sabe dónde estoy todavía y que nadie me ha llamado. Cosas que pasan. Me he prometido a mí misma no mirarlo ahora. Ya lo haré luego, cuando termine el concierto. Voy a disfrutar de este momento. Mío. Solo mío. De este presente. De esta realidad, como diría mi amiga.

—Eso está vacío. Espera, que voy a por otro.

—Jime, no… —protesto, pero ella pasa de mí y se va hacia la barra.

Ya me he bebido tres vasos de calimocho desde que llegamos. Sí, he caído en la tentación, veinte años después. A la culpable ya la conoces, es así de insistente. Me resulta gracioso que ella no haya dejado de beberlo, porque, en nuestra época de estudiantes, no bebimos otra cosa. Miles de hectolitros de Coca-Cola y vino, del de cartón. Raro es que sigamos con el hígado intacto. De vez en cuando, también caía algún chupito de Jack Daniel's, porque no nos iba el tequila, aunque eso era una excepción. Yo terminé tan asqueada con el calimocho que jamás volví a probarlo, hasta hoy. ¿Veredicto? Para matar el vino peleón, la Coca-Cola sigue valiendo. Pero combinarla con un buen caldo es un crimen.

—Toma. —Me tiende el vaso y me grita que esta canción es una de sus favoritas.

No me la sé, pero la letra habla de una corriente inesperada que te arrastra por la inercia del movimiento. De sobrevivir dentro de un bucle. De buscar desesperadamente la manera de salir. De saber cuándo hacer una pausa.

Vaya, es bastante profunda. Además, el cantante, un chico moreno y alto (es todo lo que alcanzo a ver desde aquí), la interpreta con un pelín más de intensidad que las otras. Como si estuviera echando el resto. Puede que sea porque el concierto está a punto de terminar. El caso es que yo he sentido que las estrofas se colaban en mi pecho, como si estuvieran escritas solo para mí, por eso he vuelto a cerrar los ojos, imaginándome que no estaba rodeada de miles de personas, como si la actuación fuera privada. Sí, ya sé que puede ser por el alcohol, por todas las horas que llevo despierta o, simplemente, porque hoy tengo la piel más fina que nunca, el motivo me da igual, lo importante es que yo la he sentido así. Ese es uno de los increíbles poderes de la música (de la buena, añadiría Jime aquí), conseguir que miles de personas de países y

orígenes distintos conecten a través de ella y disfruten.

—No te despistes ahora, que Max nos va a llevar al camerino. —Me grita Jimena.

El grupo acaba de saludar y desaparece del escenario. Volverán a salir a tocar un par de temas más, porque el público no deja de pedir otra.

—Tú y Max… —Hago el típico gesto, elevando las cejas, y mi amiga se parte de risa.

—Follamos, Mara. Puedes decirlo así.

—Idiota. Quería decir que estáis muy juntitos, ¿no? Y eso es raro en ti.

Jimena nunca ha tenido una relación que le durara más de tres o cuatro meses. Nunca. Ni en la universidad. Ni antes. Ni después. Nunca. Por eso suele referirse a los hombres con los que se enrolla como «tíos», sin nombre y sin especificar. Hoy ha pronunciado el nombre de Max unas quince veces. Max esto, Max lo otro… De camino aquí, me ha contado que lleva liándose con él tres meses. Vamos, que está a punto de batir su propio récord, por eso la vacilo.

A veces, me paro a analizar la trayectoria vital de ella y la mía, y me cuesta muchísimo encontrar un punto de encuentro, excepto aquellos maravillosos años que compartimos en Salamanca y que, de una manera u otra, nos conectaron para siempre. Lo curioso es que ambas partimos casi desde el mismo origen. Ella del 79, yo del 80. Madrid. Santander. Infancia feliz, familia humilde y trabajadora. Valores similares; independencia, libertad, cero creencias religiosas, mente abierta, estudios universitarios… Misma base. Caminos opuestos. Ella sigue siendo la veinteañera que iba a comerse el mundo, pero con más vueltas al sol. Su máxima es comérselo antes de que el mundo la devore a ella. Yo, en cambio, no me como nada, solo cocino, cocino y cocino, para que se lo coman los demás.

Yo elegí, consciente y libre; sin embargo, eso no quita para que, a veces, me pregunte cómo hubiera sido mi vida con una elección distinta.

—No es tan raro, Mara. Con este he mezclado trabajo y placer. Por eso voy con más cuidado. Con pies de plomo.

Toma, eso sí que es nuevo. Me ha contado, por encima, que en la reunión de esta tarde ha cerrado un proyecto importante,

aunque, con las prisas por llegar aquí, no ha terminado de explicármelo.

¿Que va con más cuidado? Pues menos mal, porque él acaba de agarrarle la cintura y le ha metido un morreo que me ha subido la temperatura hasta a mí.

La banda toca dos temas más y, ahora sí, salen del escenario para no regresar. Se encienden todas las luces del recinto y comienzan a desenchufar los cables.

He disfrutado del concierto, sí. No obstante, no puedo mentirme. Una parte de mí ha estado a unos cuantos kilómetros de aquí. Me imagino que ya se habrán dado cuenta de que me he ido. Y esta tregua, que yo misma me he concedido, está a punto de terminar.

—Vamos, a ver si te vas a perder. —Jimena me da la mano sin soltarse del brazo de Max.

Max es mono, atractivo más que guapo. Yo a ella la tengo en un pedestal, así que, lo más probable, para mi gusto, es que nadie esté a su altura. Aun así, viéndolos juntos, no hacen mala pareja. Delgado, tez pálida, pelo castaño y liso tirando a largo, ojos marrones y un bigote moderno que le da un aire *hipster*, que seguro que es lo que pretendía dejándoselo. Se parece a un actor español, a uno que no recuerdo cómo se llama.

Atravesamos una puerta doble, por detrás del escenario, y recorremos un pasillo abarrotado de gente hasta entrar en un vestuario, que me imagino que será el camerino de la banda. En cuanto ponemos un pie dentro, se desata el caos. Unos brazos enormes, tatuados, vienen a por Max y le arrastran con el resto. Hacen un corrillo y, abrazados, dan vueltas en círculos, ovacionándose entre ellos. Jimena saca el móvil y les hace unas cuantas fotos desde todos los ángulos posibles. Hay guardias de seguridad, los miembros de la banda y muchas chicas. Yo me quedo en un segundo plano, pegada a la pared. Aquí no cabe ni un alma. Las botellas de cava van de una boca a otra, y también al suelo. La *pizza*, la tortilla, el *sushi*, hay de todo. Choques de botellines de cerveza y exaltación de la amistad a raudales. El subidón que tienen nada más bajarse del escenario flota en la atmósfera.

—¿Qué hora es? —le pregunto a mi amiga, que sigue con el móvil en la mano.

—Van a dar las doce. ¿Has mirado tu teléfono?

—*Noop*. —Me encojo de hombros y en mis ojos se deben de leer todos mis miedos.

—Si no quieres que vayan a la poli, deberías…

—Lo sé. Solo estaba mentalizándome un rato más. Será mejor que salga al pasillo, aquí va a ser imposible escuchar nada.

—Suerte. —Me planta un beso en la frente, la muy tonta—. Te espero aquí.

«Suerte tenerte», pienso, pero no se lo digo.

Cierro la puerta al salir, aunque se sigue oyendo el jaleo. Avanzo por el pasillo y me alejo mientras saco el móvil del bolso. Antes de desbloquearlo, cierro los ojos, me apoyo en una pared y cojo aire.

Cuarenta notificaciones de WhatsApp. En varios chats; familia, las madres del equipo, mi hermana, por nuestro grupo, y mi marido. Quince llamadas perdidas; tres de Patricia, una de Carla y once de Saúl. Me salto la lectura de los mensajes y le llamo.

—Mara, ¿eres tú? ¿Dónde estás?

—Saúl…

Mara, ¿estás bien? Eso hubiera estado mucho mejor para empezar.

—Mara, te oigo muy lejos. —A cuatrocientos kilómetros más o menos. ¿Ahora tiro de ironía? Ya ves, un escudo válido como otro cualquiera—. ¿Y ese ruido? ¿Dónde coño estás? ¡¿Y por qué no coges el puto teléfono?!

—Saúl, te oigo perfectamente, no hace falta que me grites.

Pienso mantener la calma.

—¿Que no te grite? ¿Que no te grite, Mara? ¿Cómo no voy a gritarte? Desapareces. No dices ni una palabra. Nadie sabe nada de ti. ¡¿Cómo no voy a gritarte?! ¿Dónde estás?

Me reitero: pienso mantener la calma.

—Se puede hablar sin levantar la voz, Saúl. Mira, como hago yo. ¿Ves? Yo no grito. —Nunca—. Prueba, es fácil.

—¿Fácil? ¿En serio? ¿Crees que es el momento para hacerte la graciosa? Lo único que me faltaba. Me estás vacilando, ¿no?

—Nooo. —Vale, el calimocho ayuda con lo de la calma. Y a relativizar este momento de tensión—. Jamás se me ocurriría, Saúl.

—¿Has bebido?

—No lo suficiente —siseo—. Pero puedes estar tranquilo, no he venido en coche.

—Eso ya lo sé, tu coche está aquí. No me toques más los huevos, Mara. A ti te parecerá divertidísimo, pero a mí no me hace ni puta gracia.

—Saúl, las niñas…

—Las niñas no están en casa. Afortunadamente. Con el numerito del vestido de esta mañana ya han tenido suficiente. Cortarlo con unas tijeras… En fin. Es que no sé ni cómo calificarlo. ¿No te das cuenta de que haces cosas que no son normales?

—¿Normales? Depende. ¿El golpe de mi cara te parece normal? Ah, claro, de eso no dices nada.

Me muerdo el labio con saña porque no quiero perder el control, aunque me lo pone muy difícil. Estoy tentada de mandarle un selfi, pero ¿para qué? Seguro que encuentra la manera de darle la vuelta también a esto.

—¿Qué golpe? No sé de qué hablas. Estás perdiendo el norte, Mara. No lo entiendo. Llevas meses comportándote de una forma que te juro que no entiendo. Te ha sentado muy mal la menopausia. Tendrías que ir al médico, en serio, habrá pastillas o algo que puedas tomar. No puedes seguir así.

Y dale, otra vez con la misma cantinela.

—¡Que no estoy menopáusica! —Adiós calma—. Lo mío no se cura medicándome —mascullo recuperando el tono cordial.

—Vale, Mara. Pues estas ventoleras son insufribles. No te das cuenta, pero es insoportable. Actúas como si estuvieras loca. —Lo último lo susurra, pero lo oigo con total claridad.

Me quedo callada en mitad de este pasillo. Lo peor, que también me quedo muda por dentro. Saúl golpea sin levantarme la mano, no lo necesita. Sus actos y sus palabras me hieren igual. Tocan fibra. Escuecen. Odio que no sea consciente de que la culpa de esto no es solo mía. Pero sin duda, lo que más me molesta es que no soy capaz de decírselo. Que, después de tantos años compartiendo todo, no tenga el valor suficiente para sentarme y hablarlo. Siento que el mundo es gigante, pero que solo gira para él y para mis hijas. Y yo, en cambio, soy un ente ajeno a su universo, un planeta diminuto e insignificante que orbita muy lentamente a su alrededor. Invisible. Insensible. Ininteligible.

¿Loca? ¿O demasiado cuerda? Al fin y al cabo, soy la única que sabe que esto no puede seguir así. Como ve que no le rebato,

continúa:

—Te he hecho una pregunta. ¿Dónde estás?

—En Madrid.

—Claro, y yo en la luna. Deja de decir tonterías, Mara. No has ido al partido. No has aparecido en la fiesta. Tienes a todo el mundo alterado. Estaba a punto de llamar al hospital. ¿Te puedes hacer una idea de lo que hemos pensado? Tu hermana, tus padres… Todos preocupados por ti. Pero tú para qué vas a pensar un segundo en los demás.

Me hierve la sangre tanto que las venas me abrasan, incluida la del cuello, que está a punto de reventar. Doy una patada con la suela de las botas en la pared y cojo aire para recuperar la calma. Me encantaría chillarle, escupirle cómo me siento, tratar de que se ponga de una maldita vez en mi piel. Pero sé que, cuando él se mosquea tanto, le molesta que yo esté como si no me importara. Por eso me reprimo con todas mis fuerzas.

—Efectivamente, yo nunca pienso en los demás. —Me río con la sonrisa más falsa que tengo—. Dios, estás peor de lo que creía, Saúl. Ciego. Sordo… ¿Tú piensas en mí? Por curiosidad, ¿a qué hora me has llamado por primera vez? ¿A qué hora me has echado en falta? ¿A las nueve? ¿A las diez? ¿Hace quince minutos?

—Venga, Mara. Qué más da eso. He llegado tarde a la fiesta, ya te dije que iba a estar liado. Nadie sabía dónde te habías metido y, como no has llegado conmigo, me han preguntado por ti y me he empezado a preocupar.

—Perfecto. Pues nada, tranquilo. Estoy bien, aunque eso todavía no lo hayas preguntado.

—Bien no estás, Mara. —Bingo, ¿te has dado cuenta tú solito?—. Bien no estás —repite como un mantra—. Anda, vuelve a casa, que estoy cansado. ¿Coges un taxi? ¿O quieres que vaya a buscarte? ¿Has ido al cine? ¿A ver esa película que querías?

Ni tan siquiera se acuerda del título y se lo habré repetido unas ocho veces las últimas dos semanas. Cuando le dije que al final iba a ir sola, me hizo cambiar de idea prometiéndome que él me acompañaría un día de estos. Día que nunca llegó.

—Sigues sin escuchar, Saúl. Y así nos va, cada vez peor. Peor y peor. —Salgo del bucle—. Estoy en Madrid. Y no, no quiero que vengas a buscarme.

Me muevo haciendo círculos en el mismo metro cuadrado, parece una metáfora de mi vida; mientras, el silencio se instala entre los dos. Oigo cómo respira profundo, sopesando la información que acabo de darle.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí. Completamente. He venido a pasar el fin de semana con Jimena.

—Así, sin avisar. De puta madre.

Me detengo, algo cansada, y apoyo la espalda en una puerta. Vaya, debía de estar abierta, porque me trastabillo hacia atrás, aunque no llego a caerme.

—El domin…

Me cuelga. Sin dejar que termine la frase. Sin decirme adiós. Sin escuchar mi explicación. Me acuclillo para abrazarme las rodillas, con fuerza, cabreada y derrotada.

Ahora sí que reviento y chillo como una loca, esta vez no lo simulo como cuando me imagino asomada en una ventana. Esta vez lo suelto al aire.

Un bonito plan que acaba con un feo desenlace.

Grito hasta que el dolor de garganta es insoportable y no puedo contener las lágrimas.

6
EL PRIMERO

Bastian

Todavía estoy supurando adrenalina. Y sudando, como un cerdo. Me quito la camiseta, que está empapada, y la tiro encima del banco de madera que está en mitad del vestuario.

Cojo aire y lo expulso de golpe mientras me miro en el espejo. ¿Ese soy yo? Vaya pintas. Había olvidado cómo termino los conciertos. Exhausto. Demacrado. ¿Feliz? Es pronto para responder a esa pregunta.

Abro el grifo y me refresco. Primero la cara, para espabilar, y luego la nuca, sin prisa, dejando que las gotas resbalen por mi piel, consiguiendo que mi temperatura corporal descienda un par de grados. Cuando termino, me sujeto con fuerza al lavabo y agacho la cabeza. Respiro de nuevo. Me aferro a la cerámica y cuento hasta diez empezando por el último. Nueve. Ocho. Siete. Seis… Uno. Me suelto y levanto la cabeza para mirarme otra vez.

«Te hubiera encantado estar aquí hoy. Hubieras vibrado». Llevo mi mano izquierda hasta mi boca y poso los labios sobre el pañuelo que envuelve mi muñeca. Su pañuelo. Mi puto cable a tierra. «Me da tanta rabia que no estés aquí, compartiendo este mismo aire viciado y envolviéndome con tus brazos.

»Te echo de menos».

Lo desato con sumo cuidado; la tela está muy desgastada y tengo miedo de rasgarlo. Lo doblo por la mitad y luego otra vez igual, para guardarlo en el bolsillo trasero de mi vaquero.

Vuelvo a contemplar mi reflejo.

Estoy solo. Cada vez que me bajo de un escenario, necesito estar un rato conmigo mismo, en silencio. Bastian contra Bastian. Y así,

en soledad, es como activo mi ritual de las tres R. Recuperarme del subidón. Reconciliarme con esta profesión. Reubicarme en esta hora y en este día, porque no se puede vivir constantemente saltando de nube en nube. Mi respiración, mis pulsaciones y mi organismo se quedan patas arriba después de dar mi mejor versión durante dos horas, por eso tengo que volver a pisar el suelo, para dejar de tambalearme.

Es increíble que acabe de abrir una gira más con mi banda. Naufragio. Estoy convencido de que será una de las más especiales. Cuando recluté a estos golfos allá por el 2010 y monté el grupo, no imaginé que fuéramos a llegar tan lejos y menos con unos comienzos tan durísimos. Tuve un sueño y se cumplió. ¿La clave? Imposible saberla a ciencia cierta. En mi caso se traduce en hambre voraz. Hambre voraz por no estancarme, por no conformarme y por tener claro que el único límite que nos paraliza es la muerte, aunque suene a frase trillada de manual de autoayuda. Y no, no te vayas a creer que lo doy todo desde que me levanto hasta que me acuesto, que suele ser muy tarde. Ni que me gusta jugar con fuego hasta casi quemarme, ni mucho menos. Que sepa que el límite para todo es dejar de respirar no significa que me motive caminar por esa delgada línea. Es más, desde hace algún tiempo odio tener la certeza de que eso es irrefutable, y me aterra cuando lo pienso.

Todavía estoy tratando de asimilar todo lo bueno que hemos vivido. Sí, soy de los que jamás llegan a creérselo por completo. Siempre hay una parte de mi cerebro que no cree en mí ni en lo que hago. Aun con eso, no ceso en mi empeño. Se podría decir que sufro un síndrome del impostor del tamaño de este recinto, que, aunque no es la primera vez que toco aquí, siempre me sobrecoge.

Me he dejado la ropa para cambiarme y el móvil en el otro camerino, donde ahora estarán mis compañeros en plena fiesta *after show*. Caos. Exaltación. Desmadre. Ellos son más de mantener el subidón cuando se bajan del escenario. Sobre todo si estamos de gira, justo lo contrario a lo que hago yo. Durante los próximos dos meses recorreremos España, de norte a sur y de este a oeste; miles de kilómetros metidos en una furgoneta, cientos de pruebas de sonido, decenas de escenarios y casi el mismo repertorio noche tras noche. Días agotadores e interminables. Deberían dosificar energías, pero todos somos mayorcitos y no soy su padre.

Mis oídos siguen hipersensibles; normalmente siempre es así, y ese efecto se multiplica cuando termino de cantar. Por eso oigo a una chica hablar al otro lado de la puerta. Me tenso, porque saben que este momento es importante para mí y los de seguridad tienen órdenes estrictas de que nadie llegue hasta aquí. Nadie.

—Saúl, te oigo perfectamente, no hace falta que me grites —dice ella, y se calla; quizá está hablando por teléfono—. Se puede hablar sin levantar la voz. Mira, como hago yo. ¿Ves? Yo no grito. Prueba, es fácil.

A mí tampoco me gusta chillar. Aunque en algunas ocasiones me muero de ganas de hacerlo. Suelo controlarme. Mi voz. Mi tesoro. Sería imbécil si lanzara piedras contra mi propio tejado.

Debería salir e ir a por mis cosas. Nuestro mánager nos ha sugerido que luego nos pasemos un rato por su casa, que ha invitado a unos «amigos». Los amigos de Max no son sus colegas, con los que comparte momentos; qué va, son conocidos de la industria musical a los que les va mucho hacerse la pelota. Se invitan a los mismos saraos, se sonsacan información y, luego, se apuñalan por la espalda a la mínima, o nos apuñalan directamente a nosotros. Odio la hipocresía que se genera alrededor de los artistas cuando nos bajamos del escenario. Y sé que es complicadísimo no formar parte de ese maldito circo sin que te tachen de superestrella egocéntrica; sin embargo, hago todo lo que está en mi mano para evitar ese círculo viciado y vicioso. Así que lo más seguro es que le pida a Tony que me acerque a casa en cuanto consiga salir de aquí.

La extraña niega algo y vuelve a mencionar a un tal Saúl. Le debe de estar comiendo la oreja, porque se nota cómo modula la voz, buscando el tono adecuado en cada respuesta.

—¿Normales? Depende. ¿El golpe de mi cara te parece normal? Ah, claro, de eso no dices nada.

¿Eh? ¿Ha dicho golpe? ¿En la cara? No me jodas, está en medio de una discusión con un tío que la pega. Pues eso no tiene ninguna gracia. Y yo aquí, ¿atrapado? A ver, puedo salir y atravesar el pasillo como si no hubiera oído nada, pero es que, encima, ha sonado mucho más cerca, como si lo hubiera pronunciado enganchada a la puerta.

—¡Que no estoy menopáusica! Lo mío no se cura medicándome.

Cojonudo. ¿Medicación? ¿Golpes? Lo más probable es que

insultos también. Esto empeora por segundos. Por lo que intuyo, ese Saúl no solo tiene la mano suelta, también la lengua. Me siento como si estuviera invadiendo su intimidad y no ella la mía. Que también puede ser, ¿no? Quizá no es consciente de que estoy aquí dentro, aunque la puerta no está cerrada del todo.

El caso es que no es mi problema. Debería dejar de escuchar. Y lo hago. Resoplo y me meto en uno de los baños a mear. Espero que no se alargue mucho la conversación y que ella se marche, no me gustaría quedarme aquí hasta las tantas.

Cuando salgo, unos segundos después, casi se me para el corazón de un infarto. La puerta se abre de repente y la desconocida entra de espaldas, dando un traspié. A continuación, se acuclilla en el suelo y grita como si le hubieran arrancado las entrañas.

Me pitan los oídos y, en un acto reflejo, me los cubro, resguardándolos de ese agudo interminable que sale de su garganta. Sin embargo, reacciono y me acerco a ella en la misma milésima de segundo. Su imagen, llorando y abrazándose las rodillas, pegada a los azulejos, es difícil de ignorar.

—Perdona, ¿estás bien?

—¡Ay, Dios! —Se lleva una mano al pecho, con la otra sigue aferrada a sus piernas—. Perdona, no sabía…, eh…, yo… —balbucea y solloza, todo a la vez, sin levantar la cara para mirarme. Se ha asustado al notar mi presencia. Así que o disimula muy bien o no tenía ni idea de que yo estaba aquí.

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Tocarla? ¿Ayudarla a levantarse? ¿Dejarla desahogarse?

Con mostrar un poco de empatía será suficiente. Tampoco se me puede pedir mucho más.

—Tranquila, ¿estás bien? ¿No prefieres sentarte? —Me agacho a su lado y llevo mi mano a su espalda, entre sus omoplatos. Apenas le rozo la piel con las yemas de los dedos, aun así, ella da un pequeño bote al notar mi contacto y, entonces, me aparto y me coloco delante.

Una palabra. Dos preguntas. Un gesto. Y ya la he cagado. Esto se me da como el culo, lo sé.

Mi voz debe de apaciguarla, porque, por fin, se pone de pie sin ningún esfuerzo, y mira que la postura era intrincada. Se estira el vestido por delante y levanta la barbilla para mirarme a la cara. Un

segundo en mis ojos. Dos en mi boca. Y, después, ¿tres en el pecho? ¿Cuatro en el abdomen? ¿Acaba de hacerme un barrido hasta la cintura? Bajo la mirada por mi propio cuerpo, en busca de la mancha, y, acto seguido, me insulto. Sigo sin llevar camiseta, por eso me ha mirado así.

Como si nos hubieran sincronizado, volvemos a mirarnos a los ojos, en medio de un silencio extraño y tenso. Los de ella son oscuros, casi negros, pero están enramados por las lágrimas; todavía se está limpiando las últimas con el dorso de la mano. También están achinados, como si estuviera intentando enfocarme. Tiene la punta de la nariz sonrosada de frotarse. En su mejilla izquierda, camuflado inútilmente con restos de maquillaje, el moretón. Percibe que me he quedado atrapado en ese punto exacto de su anatomía, y empieza a boquear como un pez; no sé si tratando de darme una explicación coherente, o simplemente controlando la entrada de aire en sus pulmones. El pecho le sube y le baja arrítmico y, ahora, desvío la vista a la piel lisa y blanca de su escote, que contrasta con la puntilla negra en forma de uve abierta de su vestido. El repaso tan inapropiado que le estoy haciendo termina en cuanto veo lo que cuelga de su cuello. Un puto pase de prensa.

—¡La prensa no puede estar aquí!

—Lo siento, estaba atendiendo una llamada y…

—Me importa muy poco —la corto tajante—. Es que no respetáis nada. Nada. —Subo un tono—. Ni nuestro espacio ni nuestra intimidad. Sois igual que los yonquis en busca de una buena dosis de mierda. Carnaza. Mentiras. Gestos. Lo que sea, cualquier insignificancia os vale. Sois como buitres. —Ella me mira como si me hubiera salido un tercer ojo, no desafiante, solo descolocada por mi cambio de actitud.

—Yo no… —tartamudea.

Estoy tan cabreado que paso de escuchar más.

—No puedes estar aquí. Lárgate.

—Vale, pero…

Nunca ceden. Jamás. Insisten. Insisten e insisten. De una verdad se inventan tres mentiras. Tensan tanto la cuerda que es muy complicado contenerse y no saltarles a la yugular.

—¿Estás sorda? ¿Tengo que repetírtelo? No puedes estar aquí. Ni en el pasillo. Ni en el camerino. Ni tan siquiera cerca. —Me alejo

de ella para coger mi camiseta, que sigue inutilizable, y salir pitando.

Paso de montar una escena. Voy a tener que recordarle a nuestro jefe de seguridad cuáles son las normas básicas después de los conciertos, porque no es normal que acabemos de empezar la gira y ya estemos así. Soy muy escrupuloso con mi intimidad, hasta límites insospechados. Prefiero ser un auténtico borde a tener que volver a vivir aquello.

—No soy de la prensa —escupe cuando voy a pasar por su lado—. Pero como no escuchas… —Arrugo el ceño y ella continúa—: Lo que pasa es que hoy el cupo de soportar a tíos que no me dejan hablar está cubierto. Y es una pena; he tenido un día horrible y tu concierto lo había medio salvado. Porque eres el cantante, ¿no?

¡Venga, no me jodas! Si no es de la prensa, ¿qué hace aquí? Me está mintiendo, fijo. ¿Y no me conoce? ¿No sabe ni mi nombre? Me estoy perdiendo algo.

—Puede. —¿Estoy reculando? Puede. Porque ¿y si dice la verdad? Pues la habré vuelto a cagar.

Ahora parece que se ha recompuesto del todo. No llora, ha abierto más los ojos y me mira como si quisiera clavarme las uñas, aunque no tengo muy claro dónde ni cómo. Vuelve a hacerme un repaso visual, de arriba abajo. ¿Qué pasa si se lo hago yo a ella? Bastian, ya se lo has hecho. Vale, sí. Mientras le pedía sin amabilidad que se largase. Aunque se lo hago de nuevo. Melena ondulada a la altura de los hombros, complexión menuda, nariz fina, aunque no muy pequeña, cejas espesas, pómulos marcados, y no solo por el golpe. Y una boca grande, generosa, con unos labios definidos y sensuales. El vestido no se le pega demasiado, así que el resto tendré que imaginármelo. Es guapa, sí, aunque eso ya lo sabe. Muy atractiva. ¿Edad? Ni idea, soy malo calculando, treinta y muchos. Es más baja que yo, cosa que tampoco es difícil, porque rozo el metro ochenta, por eso cuando se acerca con decisión para encararme se pone de puntillas. Para encararme ella a mí. Acojonante.

—Ya. Pues mira, después de la conversación telefónica que he tenido, de haber perdido los papeles y de ser testigo de este numerito de músico pedante que te has marcado, prefiero quedarme

con el artista y no con el gilipollas que hay debajo.

Se me escapa la risa en medio de la tensión. ¿Pedante? ¿Quién usa esa palabra hoy en día? La situación ha sido muy cómica. Ha sido como ver a un mosquito intentando intimidar a un elefante. Te prometo que hacía tiempo que no me reía de manera tan natural. Y ella se indigna mucho y se aleja.

Intento recuperar el control. Es que es todo un poco surrealista.

—Mara. Por fin. ¿Dónde te habías metido? —Jimena irrumpe en la escena y la intercepta a la altura de la puerta. ¿Mara? Bonito nombre. Entonces, ¿se conocen? Eso ya es distinto. Habrán pasado con Max hasta aquí. Vale, igual mi reacción ha sido algo desmesurada y tenía que haber escuchado su explicación—. Me tenías preocupada. —Por cómo se miran puede que sean amigas—. Pensé que te habías perdido, este sitio es muy grande y desconocido para ti. ¿Qué haces aquí?

—Estaba…

¿Se ha quedado muda?

—Bastian. —Jimena mueve el cuello para observarme a mí sin que Mara termine la frase—. ¿Qué haces todavía aquí? Y ¿vosotros? —Nos señala a los dos—. ¿Qué me he perdido? ¿Ya os conocéis?

—Más yo a ella que ella a mí —siseo, y las dos me miran sin entender nada.

Su amiga, lo doy por hecho, intenta arrastrar a Jimena del brazo para salir rápido de aquí. Sin embargo, ella es periodista y se puede pasar horas y horas hablando e indagando. Es de las buenas, eso sí, siempre me ha respetado, igual que yo a ella. Por eso no la meto en el mismo saco que al resto. Sin soltarse la una de la otra se me acercan. Mara ahora parece mucho más tímida.

—Ven, Mara, que os presento.

—No hace falta, de verdad… —Trata de huir.

—Bastian, esta es mi mejor amiga, Mara. Mara, este es Bastian, el mejor cantante del panorama *indie* nacional en la actualidad.

—Menuda pelota, Jimenita. Encantado, Mara.

Me inclino a darle dos besos. ¿Por qué? Porque me gusta el barro. Y puede que haya sido un estúpido cuando he pensado que era de la prensa, ya te he dicho que tengo la mecha corta cuando se trata de periodistas, y que voy con la pistola cargada siempre. No obstante, ella tampoco se ha quedado atrás.

Tengo un problema. Vale, tengo varios. Aunque este en concreto no sé si es bueno o malo. Soy extremadamente observador. Antes, he visto cómo ha reaccionado cuando he hecho ademán de tocarla, por eso vuelvo a colocar mi mano en el mismo punto de su espalda, solo que esta vez sí que mis yemas se posan en su piel. Se tensa casi igual, pero se contiene, interpretando delante de su amiga el papel de no saber a qué viene nada de esto.

—Soy Bastian, a secas.

—Encantada…

Se queda con ganas de añadir algo más. Lo que pasa es que el equipo viene al rescate, de todos, aunque ellos no lo sepan, y por fin salimos de aquí.

7
MACARRONES CON QUESO Y ALGO MÁS

Mara

Fundido a negro. Así se quedó mi cerebro anoche a una hora indeterminada. Tengo algunas imágenes inconexas muy claras en mi cabeza, sin embargo, otras, por más que lo intento, soy incapaz de recordarlas. Por ejemplo, ¿qué hice después de beberme la segunda copa en casa de Max? Negro. ¿Con quién canté a pleno pulmón *Wonderwall*, de Oasis? Con Ale, el batería, y con Jimena, cómo no. Liam Gallagher ha sido el único *crush*, como se dice ahora, que mi amiga y yo hemos compartido, literalmente; su padre le regaló un póster a tamaño real y lo pegábamos detrás de las puertas de nuestras respectivas habitaciones una semana cada una. No podía motivarnos más. En aquella época, todo lo *british* nos parecía la bomba. ¿Quién me pegó la paliza con lo buenas que estábamos Jimena y yo para nuestra edad? Un calvo baboso que era amigo de Max. ¿Quién me dijo que era mejor que no saliera a la terraza por si acaso? Negro. ¿Quién me ayudó a quitarme la ropa y a meterme en la cama? Negro. Bueno, gris. Habrá sido Jimena. Creo recordar que me reí cuando me quitó el sujetador y me mintió sobre los pechos tan fabulosos que tengo. Además, llevo puesta su camiseta. ¿Quién fue testigo de mi ataque de nervios después de que Saúl me colgara? El gilipollas de Bastian. Menos mal que, tras esos lamentables episodios, primero, el mío desmoronándome, y luego, el suyo, con su inquina hacia la prensa, se marchó y no volví a cruzármelo. A ver, si me hubiera dejado explicárselo, yo no habría terminado insultándole. Imagino que ha quedado sobradamente demostrado que no pierdo los papeles con facilidad, pero es que, ayer, estaba tan harta que no pude soportar una tontería más. Y le

tocó a él. ¿Y ese nombre? ¿Será real o artístico? A mí me recuerda al de *La historia interminable*. En cualquier caso, le pega con ese aspecto de cantante *indie* rabioso con el mundo; rizos revueltos, ojos a medio camino entre el azul claro y el gris plomizo, vaqueros desgastados y, para rematar, torso desnudo gracias a la ausencia de camiseta. Mi cabeza estaba en un lugar diferente, pero no estoy ciega, y mis ojos no pudieron evitar mirarlo.

—¡Ya está la comida! —me grita Jimena, y aterrizo.

Deben de ser como las cuatro de la tarde. Nos hemos despertado hace un rato, pero antes de sentarme a comer, o intentarlo, porque mi estómago parece una noria, he tenido que darme una ducha interminable para espabilar.

—¡Voy! —Me pongo el vaquero y una camiseta. Y me dejo el pelo mojado.

Cuando llego al salón y veo la mesa puesta, retrocedo más de veinte años de un plumazo.

—¡No! —Me emociono.

—¡Sí!

—¡No puede ser!

—¡Sí puede ser! A ver, amiga, aunque te cueste creerlo, excepto freír huevos y abrir bolsas de ensalada, no sé hacer más que esta receta. Y a esta hora iba a ser difícil que nos dieran de comer en algún sitio decente.

Los dos platos a rebosar de macarrones con queso y algo más (ingredientes secretos que ella nunca revela) me terminan de abrir el apetito. Dios, qué hubiera sido de nosotras sin estos platos de pasta los días de resaca, que, además, eran muchos, porque en Salamanca hay igual número de estudiantes que de fiestas o casi.

Resaca. Una palabra que ya no formaba parte de mi vocabulario. Y que hoy ha irrumpido con fuerza, aunque me gustaría que no lo hubiera hecho. Pero aquí estoy.

—Te quiero. —Lo primero que hace es llenarme un vaso con agua y darme un ibuprofeno.

—Lo sé. Anoche me lo dijiste unas cuarenta veces.

Abro la servilleta y me la pongo delante de la cara. Muerta de vergüenza. Porque, probablemente, mi declaración de amor a Jimena solo haya sido la punta del iceberg.

—Yo también te quiero, Pumuki. —Afirma, y le lanzo la

servilleta para que deje de reírse.

Digamos que tuve una época en la que se me fue la mano con el tinte naranja, y mi amiga me decía que era igual que el duendecillo de los dibujos animados, de ahí ese apodo cariñoso.

—Ahora, en serio, ¿hice mucho el ridículo?

—Venga ya, Mara. Tienes cuarenta y cuatro años. No puedes preocuparte por lo que hayas hecho una noche de fiesta. Está prohibido por ley.

—¿El qué? ¿Arrepentirse de la última copa?

—Claro, la culpa siempre es de la última. No, lo que no está permitido es comerse el tarro por haber disfrutado, de la manera que sea.

—Dios, recuerdo cosas, pero otras…

—Come, anda. Que, a juzgar por las risas con las que te metí en la cama, no lo pasaste nada mal. Y de eso va la vida, amiga, de exprimir los momentos, ¿no? Y de ignorar, aunque sea por unas horas, lo que nos apaga por dentro. Por cierto, sabes que me lo puedes contar, ¿verdad? Lo que sea.

Asiento. Me llevo el tenedor a la boca y ronroneo del gusto, me da igual lo que les eche, están buenísimos.

Sería un momento ideal para sacarme de dentro todo lo que me corroe, como ella ha dicho. Lo que pasa es que todavía no he encendido ni el móvil, así que prefiero seguir disfrutando de los macarrones, sin cabrearme ni derrumbarme más. Sé que, tarde o temprano, tendré que enfrentarme a eso de lo que huyo. Soy una cobarde. Pero ¿acaso no me merezco un maldito fin de semana? Yo creo que sí.

—Te lo cuento en el postre. Pero tú me tienes que explicar lo de tu nuevo proyecto, que ayer no me dijiste nada.

—Me lo guardo también para el postre. —Me llena el vaso de Coca-Cola, porque con los macarrones marida muy bien.

—Oye, ¿por qué tú estás como una flor en primavera?

La rubia tiene un aspecto perfecto. La cara con un buen tono, cero ojeras y la melena ondulada, como si acabara de salir de la peluquería. Se ha puesto un peto vaquero encima de una camiseta blanca de tirantes. Ni por asomo aparenta la edad que tiene, ya lo decía el pesado de ayer. En cambio, yo no estoy tan segura de que eso mismo se pueda aplicar a mi persona.

—No sé, igual es que mi cuerpo está habituado, recuerda que no he dejado de hacerlo todavía. —Se burla—. Tú eres la que lleva veinte años de parón.

—Ya…

Ahí está de nuevo. La comparación de dos líneas de vida. La de mi amiga y la mía. Tan divergentes. A ver, tampoco anhelo su soledad elegida, su infinita lista de planes ni la eterna adolescencia donde parece que quiere pasar el resto de sus días. Supongo que otros aspectos de su vida sí. Como la toma de decisiones pensando solo en ella misma, la libertad de movimiento y la ausencia de presión a la hora de cometer errores, porque solo le atañen a ella. ¿Jimena envidiará algo de mí?

—¿Qué piensas? —pregunta.

—¿La verdad?

—Si no es dolorosa… —Me río, porque cualquiera hubiera dicho que siempre, aunque duela. Ella no. Jimena y el dolor no comulgan bien, y menos después de perder a su padre tras una larga y desgarradora enfermedad.

—¿Tú envidias algo de mí?

—Tener esas tetas. Te las vi anoche y, siguen siendo divinas.

—No digas tonterías.

—Hablo en serio. Tamaño perfecto, la gravedad justa para que nadie piense que son falsas y esos pezones que siguen apuntando ligeramente hacia arriba. —Parpadeo. ¿Me desnudó o me hizo una radiografía?—. ¿Qué? No me mires así. Ya sabes que las mías han sido siempre dos pingajos; me encantaría tener las tuyas.

—Por favor, Jimena. Las mías también se han caído, créeme. Saúl suele decirme: «Con las peras que tú tenías…». —Me ha cambiado la cara al pronunciar su nombre. Ella se da cuenta, pero antes de que se plante y me haga confesar mis oscuros secretos, sigo con mi pregunta—. Me refería a si envidiabas algo de mi vida, no de mi anatomía. Porque ya me gustaría a mí tener esa cara tuya y ese cuerpazo.

—¿Es una pregunta trampa?

—No. Es que, no sé, me ha dado por pensar en nuestras trayectorias desde que dejamos de vivir juntas.

—¿Te acuerdas de cuando yo me fui a Londres y estuve los primeros meses sola y muerta de asco?

—Sí.

—Pues quería cambiarme contigo. Vivir con mi novio en Madrid, estar acurrucada en el sofá viendo series y saber que, si me ponía enferma, habría alguien a mi lado para cuidarme.

—¿En serio? ¿Tan sola te sentiste?

—Sí. Y, para no mentirte, de tanto en tanto me siento igual que aquellos días. Sobre todo cuando salgo del trabajo y no ha ido la jornada como yo esperaba. O cuando me cojo un catarro de esos míos y temo que se me cierren los pulmones. O cuando pido una *pizza* y dejo casi la mitad porque no puedo comérmela entera yo sola. Hay días en los que me gustaría abrir esa puerta y saber que hay alguien esperándome dentro, aunque no fuera para follar. La suerte es que enseguida se me pasa, porque hay muchísimas razones más importantes por las que adoro mi soledad y mi libertad. La principal, ser dueña y señora de mis decisiones.

Lo mismo que he pensado yo. No tenía ni idea de que se sintiera así de vez en cuando, y ahora dudo de si lo último me lo ha dicho para hacerse la fuerte o es porque verdaderamente lo cree.

—Pero está tu familia, Jimena. Tu madre, tu hermano, tu cuñada, tus sobrinos. Yo, que tardo cuatro horas en presentarme aquí.

—Lo sé, pero no es lo mismo. Sé que tengo un buen círculo de confianza con el que puedo contar, pero egoístamente, me gustaría tener a alguien solo para mí. Y formar un binomio. No sé si me explico.

—Sí. Mal, pero sí. Te entiendo, lo que pasa es que siento comunicarte que la soledad es poco selectiva, lo mismo te consume cuando has elegido estar sola que lo hace cuando estás rodeada de los tuyos, y eso sí que es doloroso, Jime. Eso es insoportable.

Y aquí es cuando me rompo, sin llegar al postre.

—Ey, no llores… —Se abalanza sobre mí, ojo, por encima de la mesa, y me abraza haciendo malabarismos. Me suelta solo para venir corriendo y hacerlo en una postura mejor—. Vamos, cuéntamelo.

Y se lo suelto todo. Sin los detalles de cómo empecé el día. Le confieso que hace meses que sé que no puedo seguir así. Que Saúl y yo no estamos bien. Que, en ocasiones, trato de decirle cómo me siento, pero él no quiere escucharme. Y, como soy una ingenua, sigo

creyendo que quizá mañana todo se solucione como por arte de magia. Le digo que a mí sí que me consume la soledad, a pesar de estar rodeada de mi familia.

—Vaya, lo siento, Mara. Yo en Navidad os vi algo distantes, pero pensé que sería por las niñas, que tienen mala edad, las fiestas y la presión familiar impuesta, que parece que se multiplica en esa época. Creí que solo estabais agobiados. ¿Desde cuándo estáis así?

—No lo sé con exactitud, pero puede que desde antes de que me operaran.

—De eso hace más de un año.

—Sí.

—Vale, deja de llorar. No quiero verte así. ¿De eso estás bien? Porque no he vuelto a preguntarte.

—Sí, afortunadamente. Todo el mundo dice que tener la regla es salud, pero a mí ya sabes que me estaba matando lentamente.

Tenía un mioma enorme que me provocaba dolor y hemorragias muy abundantes; como consecuencia de eso, sufría una anemia galopante que me dejaba exhausta. Me practicaron una histerectomía parcial, me extirparon el mioma, el útero y las trompas de Falopio; sin embargo, me dejaron los ovarios. Por eso tendré la menopausia cuando me toque. No tengo el periodo y no puedo concebir hijos, pero eso no es lo mismo que ser menopáusica, por mucho que Saúl se empeñe en llamármelo cada dos por tres porque es incapaz de entenderlo. Además, es ridículo que los hombres sigan estigmatizándonos por nuestra propia naturaleza y que nosotras bajemos el tono de voz cuando mencionamos nuestros cambios hormonales, como si fuera algo oscuro que tendríamos que esconder.

Jimena me limpia las lágrimas y me dice que nos sentemos en el sofá. Sabe que ahora que voy a vaciarme es mejor que nos pongamos cómodas.

Le cuento que estoy al límite. Que siento como me consumo lentamente, pero que, como siempre, aguanto y calibro antes de tomar una decisión, porque he invertido mi tiempo y lo mejor de mí en formar esa familia. Mi familia.

—Ya, pero hay inversiones que fracasan, Mara. Por mucho que hayas dado lo mejor de ti, nadie te garantiza el éxito.

—Lo sé, pero me frustra y me duele. No te haces una idea de

cómo me pesan las verdades, amiga. Como si cada día alguien me hiciera tragar una bolita de plomo que no puedo expulsar.

Le confieso que cuando miro a Saúl apenas siento nada. Ni una ínfima reacción. Ni ganas. Ni odio. Ni amor. Porque hemos dejado morir el deseo, y yo, aunque suene a tiempos pretéritos, no concibo amar a alguien y no desearlo. Imagino que al revés sí puede funcionar. El sexo ha quedado relegado a un mero trámite cuando a él le surge el impulso. Y eso sí que he tratado de hacérselo entender, que es muy difícil que mi cuerpo responda inmediatamente, sin estímulos, pero él ha seguido ignorándome. Por eso lo nuestro puede que se haya quedado reducido al cariño. Y digo puede, porque, como no seamos capaces de sentarnos a hablar de lo que nos está sucediendo y lo afrontemos, aniquilaremos hasta eso.

Le confieso que después de haberme dedicado al cuidado de mis hijas, a mantener el orden en mi hogar y a aplaudir los éxitos de mi marido, me siento cada día más pequeña. Ni orgullosa ni feliz. Sentirme así me hace replantearme toda mi existencia, porque yo elegí hacerlo. Decidí casarme con Saúl porque le amaba, decidí tener hijos porque ambos queríamos, decidí conseguir un trabajo que me permitiera cuidar de mis niñas, porque estábamos convencidos de que era lo mejor, y todo lo decidí libremente y con el corazón.

—Lo siento, Mara. No pensé que estabas así.

Ni yo misma creía que estaba tan mal, pero verbalizarlo en voz alta, por primera vez, me está quitando la venda.

—Estoy muy cansada de que nadie se preocupe por mí. De que nadie me cuide, Jimena.

—Y ¿Saúl? Sabéis hasta lo que piensa el otro sin mencionarlo. ¿No se ha dado cuenta?

—¿Tú qué crees? Lo conoces. Simplemente, no quiere afrontarlo. Él sigue girando en su rueda y no se detiene. Lo peor es que ni se plantea escucharme. A pesar de que muchas veces me echa en cara mi actitud, como anoche cuando hablamos, o hicimos el amago de hacerlo. Prefiere esquivar el problema en vez de buscar su raíz. Y pasan los días. Y los meses… Siempre nos prometimos, en aquellas noches que pasábamos en vela, rodeados de pañales, toses, mocos, primeros dientes y fiebres, que toda la energía, las horas y los planes que nos estaban quitando nuestras hijas, los recuperaríamos

en cuanto ellas crecieran y fueran algo más independientes.

Estoy convencida de que la mayoría de las parejas con hijos cometemos el mismo error. Nos volcamos en su cuidado y nos descuidamos entre nosotros. Lo más surrealista es que estuvimos muchos años reservando un hueco para nosotros, y funcionó, hasta cuando no nos daba la vida. Luego, se conoce que esta terminó arrastrándonos. Por eso imaginé que, cuando ellas cumplieran trece o catorce, yo podría replantearme otra situación laboral. Y Saúl y yo podríamos volver a disfrutar de ratos juntos; viajar, compartir ocio, mimarnos y no dejar morir el deseo, que empezaba a escaparse por algunas rendijas. Pero…

—Llegó la expansión internacional de su empresa, ¿no? —interviene Jimena.

—Exacto. Y solo se centró en eso. Más empleados, más responsabilidades, más horas dedicadas a lo mismo. Luego estuve esos meses pachucha, después llegó la operación y, por último, la recuperación. Él ya estaba inmerso en su vorágine y las ilusiones por recuperarnos se fueron esfumando.

—¿Y por qué no se lo has dicho? Guardártelo te está consumiendo, Mara.

—Lo sé. Y te juro que no tengo ni idea de por qué no le he obligado a detenerse cinco minutos a escucharme. Ya me conoces, he estado restándole importancia. Relativizándolo todo. Agarrándome a mi instinto protector. Al pilar que somos para nuestras niñas. Yo qué sé, me lo callaba todo durante el día y, por la noche, me autoconvencía de que mañana saldría el sol. Un día bueno compensaba diez malos. Él y las niñas. Mi todo.

—Tú y tu positivismo.

—Eso es. Y ahora… —Cojo aire y lo expulso, sintiendo cómo se me llenan los pulmones—. Ahora me resulta dificilísimo encontrar una solución.

—¿Por qué? ¿Porque le ves como un extraño? Ya sabes que eso también les ocurre a muchas personas que llevan toda la vida juntas, como vosotros. Que un día se miran y se ven como dos desconocidos que una vez compartieron todo.

—Qué va. Él no tiene misterio para mí. Conozco a esa persona con la que comparto vida y cama como la palma de mi mano. Lo que me pasa es que estoy tan agotada que me he quedado sin

fuerzas para seguir. Y, Dios, ser consciente de eso me está desmembrando, Jimena. Porque intento visualizarme con Saúl y me resulta improbable. Aunque tampoco me imagino sentándome cara a cara con él, contándoselo y poniéndole fin ya. Me mata mirarme en el espejo y no ver con nitidez quién soy en este instante ni quién quiero ser. Quiero mirarme y reconocerme. No compadecerme. Quiero ver a esa Mara y decir: «Esta sí».

Ya no lloro. Ahora sí que me he vaciado, aunque haya sido fuera de mi casa y con mi amiga. Lo necesitaba tanto que me siento como si hubiera expulsado unas cuantas bolitas de plomo, aunque no todas.

—Necesitas tiempo para meditarlo, Mara. Un tiempo para ti. Quizá sin ellos. Para pensar bien la decisión que tienes que tomar, porque sabes que tienes que hacerlo, ¿verdad?

—Lo sé, pero mañana ya vuelvo a casa. Las niñas se marchan en agosto y quizá si nos quedamos solos…

—No, Mara. No puedes poner otro parche. He escuchado cada una de tus palabras, yo sí. Te conozco y acabas de vomitar todo lo que te está consumiendo. No vuelvas a tragártelo o enfermarás.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Pero ya está. —Me levanto del sillón y tiro de sus manos para que haga lo mismo.

—Ven aquí. —Me da un abrazo fuerte—. Me alegra que me lo hayas contado. Terminarás encontrando el momento adecuado para solucionarlo.

—Eso espero. Venga, que este fin de semana, o lo que queda de él, es nuestro. —Me recompongo; no quiero estar aquí con la cabeza en otro lugar. Jimena se merece mi atención y mi tiempo—. Ahora me voy a terminar este manjar. —Señalo el plato—. Y, después, vas a llevarme de ruta por tu Madrid y a contarme de una vez ese proyecto tan secretísimo del que no me has adelantado nada.

—Uy, de ese te hablo esta noche mientras cenamos con Max, porque tengo que pulir unos flecos de última hora.

8
UNOS FLECOS

Bastian

Nos sentamos en la mesa que Max tenía reservada en Triciclo, en pleno barrio de las Letras. Vamos a cenar con Jimena, aunque ella todavía no ha llegado. Antes de echar un vistazo a la carta, le pido una botella de San Cobate tinto al sumiller sin consultar a mi mánager; está tan concentrado en la pantalla de su móvil que no pierdo el tiempo, sabe que suelo elegir bien.

El lunes a primera hora nos meteremos en la furgoneta para seguir con los conciertos. Próximo destino: Granada. No tenía intención de salir hoy, pero Max me ha llamado hace una hora y me ha dicho que Jimena quería pulir unos aspectos sobre el proyecto en el que vamos a trabajar juntos durante la gira. Como anoche tampoco fui a la fiesta que dio en su casa después del WiZink, no he podido volver a negarme, y menos sabiendo que se trata de trabajo. Los dos somos extremadamente exigentes en lo profesional, quizá por eso nos compenetramos tan bien desde que nos conocimos. Lo mejor para eludir la pereza ha sido que ya tenían reserva en este restaurante, y no he tenido que moverme del barrio; vivo muy cerca de aquí.

—¿Ya has pedido?

—Solo el vino. Si quieres beber otra cosa, pídelo. Si no nos terminamos la botella, me la puedo llevar a casa.

—No, está bien así. Pero me apetece tomarme una caña primero.

Max sabe que odio la cerveza; bebí tanta de los dieciséis a los veinticinco que ya no puedo ni olerla sin que me den náuseas. Mis primeros años como estudiante en Madrid fueron los peores, tengo un recuerdo turbio, como si no me hubiera alimentado de nada

más. Cuando empecé a hacer pequeños bolos (yo solo con mi guitarra por los garitos más insólitos de la capital la mayoría de las noches), después de inducir a los clientes a caer en los brazos de Morfeo con mi repertorio, lo único que obtenía como pago eran un par de birras gratis. El dinero que me mandaban mis padres iba destinado a la matrícula de la universidad, al alquiler de aquella habitación cerca de la facultad y a mi manutención, así que tampoco podía quejarme; al menos, bebía gratis de vez en cuando.

—Jimena ya debería haber llegado. —Max mira la hora en su reloj.

Igual es un buen momento para preguntarle por su relación con ella, que, en las últimas semanas, ha cogido otro cariz; solo hay que ver cómo se enrollan delante de todos, sin esconderse. El problema es que nos conocemos desde hace más de diez años, y se puede decir que, aunque no somos amigos íntimos, sí que tenemos una relación de amistad más allá de la estrictamente profesional. He visto a Max liarse con más tías de esta manera. Muy muy entusiasmado al principio, y luego pasando página enseguida. Se le evapora rápido la ilusión. Sus relaciones nunca superan el año. Lo que me preocupa ahora es que se trata de la primera vez que mezcla trabajo y sexo. Como los dos pecamos de sinceros, igual se lo tendría que advertir.

—Max, Jimena y tú vais…

—Mira, aquí está. —No me da tiempo a seguir. Me lo tomaré como una señal. No soy nadie para meterme en su vida privada. Igual que no se mete él en la mía.

—Hola. —Llega con la cajetilla de Marlboro y el mechero todavía en la mano, ya sabemos a qué se debe su retraso. No sé cómo conserva esa voz tan melódica con todo lo que fuma.

—He pedido tinto.

—Por mí, perfecto. —Se sienta enfrente de él, no sin antes darle un beso suave en los labios.

—¿Y Mara? —pregunta Max.

Me cuesta un par de segundos comprender a quién se refiere. ¿Mara? ¿Su amiga? ¿Sigue con ella? Mara, la tía del ataque de nervios de ayer. Entonces, ¿vamos a cenar los cuatro? Podían habérmelo dicho. He estado a punto de pedirle al camarero que nos retirara un servicio. Además, ¿este encuentro no era para tratar

asuntos laborales? No entiendo nada.

—Está intentando hablar con su marido por enésima vez.

¿Cómo era el nombre del tío que no paraba de repetir? Samuel… No. Sa… Saúl, eso. ¿Será su marido?

Y a ti qué más te da, Bastian. ¿No acabas de decir que la vida privada es de cada uno? A ver, es simple curiosidad. Después de escucharla hablar con él, ver cómo perdía el control, y luego la manera en que se recompuso para defenderse de mi ataque infundado, me dejó bastante intrigado, la verdad. Conmigo se encaró y, en cuanto llegó su amiga, recuperó ese halo de timidez que me pareció ver en sus ojos al principio.

—Antes de que venga, os quiero comentar un par de flecos del proyecto. He pensado que, para que yo pueda centrarme en sacar la esencia de los entresijos de la gira, Mara tiene que hacer las fotos.

—¿Mara? ¿Por qué Mara? —pregunta Max adelantándose, porque yo estaba a punto de soltar el mismo exabrupto.

Jimena nos pide calma para explicarse. Nos dice que Mara tiene una sensibilidad muy superior a la de ella, que, además, no cuenta con experiencia en el mundillo musical, por lo tanto, se esforzará el doble para empaparse de todo y buscará con más ahínco el ángulo perfecto, la luz adecuada y, lo más importante, el sentimiento especial que ese instante único e irrepetible tiene que transmitir.

—Yo sé de qué va todo esto. Me muevo en este ambiente desde hace siglos. Conozco las pautas que seguís, la operativa de los bolos, el subidón y hasta el bajón de después, de algunos más que de otros. —¿Me ha mirado a mí?—. ¿No os dais cuenta de que es mucho más difícil que Bastian capte mi atención? —Sí, me ha mirado a mí. Ni Max ni yo respondemos, así que continúa—: Sin embargo, Mara pondrá sus cinco sentidos en empaparse de todo; es inteligente, intuitiva y curiosa. Tiene alma. Y os aseguro que es una verdadera profesional.

—Entonces, ¿es fotógrafa? —me intereso.

—No, pero ella estuvo familiarizada con el mundo de la fotografía. Conozco su potencial. Y, al fin y al cabo, yo tampoco lo soy.

—En tu currículo aparecen claramente los dos años que fuiste fotoperiodista para *El Matinal*. —Argumenta Max, y ella le resta importancia—. No te quites galones ahora. Sabes lo que es estar

detrás de un objetivo.

—A ver, Jimena. —Trato de que se ponga en mi lugar—. Te elegimos a ti porque sabíamos que ibas a involucrarte en la historia que queremos contar y que todos nos sentiríamos cómodos, sobre todo yo. Ese matiz es muy importante, no es lo mismo que solo darle al clic, que es básicamente lo que hará ella. Si no es fotógrafa, no le encuentro ningún sentido.

—Os lo digo en serio, para mí tiene todo el sentido del mundo. Os lo prometo. El proyecto es nuestro. Vuestro y mío, no lo estoy abandonando. Me voy a dejar la piel en él. Estaré ahí, pegada a ella y a ti, Bastian. Lo único que no será mi ojo el que esté detrás del visor, será el de ella.

—No lo veo. —Expresa Max.

—Yo tampoco.

—No seáis tan negativos. La conozco desde hace más de veinte años. Sé de lo que es capaz. Y da la casualidad de que está atravesando un momento… —Hace una pausa larga y la imagen de su amiga acuclillada en el suelo, explotando por lo que fuera, me viene a la cabeza. Si encima lo mezclo con los retales de su conversación y con la noticia de que tiene marido, me hago una ligera idea del momento que está atravesando. Uno complicado, y esta gira es muy importante para mí, no quiero estar rodeado de problemas, que bastante tengo con los míos—. Un momento idóneo.
—¿Idóneo? ¿Cómo es tan cabrona?

Nos está mintiendo y no hay cosa que me cabree más que las mentiras. Considero a Jimena una profesional. En los momentos más duros, siempre he sentido que estaba de mi parte. Apoyó al grupo desde nuestros inicios y nos trató con mucho cariño. Respeto su criterio periodístico y musical por encima de todo, y ella me respeta a mí como músico y como persona. Por eso, cuando en la oficina (así nos referimos de forma general a todo el equipo de Max que trabaja para nosotros) creyeron que la mejor manera de cerrar una etapa tan importante como esta sería editando un libro donde se recogiera mi historia compartiendo talento y trabajo con los miembros de la banda, que ha sido mi familia, todos pensamos en ella. Por eso me sorprende que, por alguna razón desconocida, nos la quiera meter doblada con su amiga.

—Jimena, teníamos un contrato en el que solo participabas tú,

esto que propones ahora no son un par de flecos. —Argumenta Max, y tiene razón.

No me gustan los cambios ni la improvisación. Como ya he dicho, aquí no solo se trata de mí. Ya se sabe que el foco de una banda se suele poner en la figura del cantante; sin embargo, detrás de cada canción, de cada álbum, de cada bolo, de cada cable o de cada luz hay un grupo enorme de personas que depende de que todo carbure a la perfección.

—¿Confiáis en mí?

—Ya sabes que sí —dice Max otra vez adelantándose a mi respuesta.

—Sí, confío en ti, Jimena. Pero este cambio de última hora sigue sin convencerme.

—Os prometo que funcionará. Y, así, yo podré dedicarme a documentar cada kilómetro de esta gira, que va a ser jodidamente especial. Dejadlo en mis manos.

Max parece que se lo piensa, como si estuviera encontrándole el sentido. Yo, por el contrario, solo me llevo la copa a la boca. Con el vino todo entra mejor. El camarero se acerca a tomarnos nota, pero le decimos que estamos esperando a otra persona.

—Por mí, de acuerdo. —Vaya, Max. ¿Estás seguro de que te ha convencido su argumento? Ahora es cuando pienso en lo de que donde tengas la olla no metas… Sin embargo, me callo. Esa mezcla nunca da buenos frutos—. ¿Tú qué dices? —me pregunta a mí.

Que es una temeridad. Que es imposible que salga bien. Que debería decir que no.

—Mara lo necesita. —Jimena me mira como un perrillo abandonado—. Necesita hacer ese viaje.

«Mara lo necesita». ¿Y qué debo hacer ahora? Porque esto suena a que me está pidiendo un favor.

—Me voy a arrepentir. —No lo pregunto, lo afirmo. Intuición.

Jimena me guiña un ojo, entusiasmada, y Max, a mi lado, sonríe, aunque no me queda muy claro si lo hace por ella o por mí.

Las giras me ponen al límite. Suelo pasarme la mayor parte del tiempo irascible y agotado. Encima, compongo de madrugada. Llevo más de dos años sin escribir un mísero verso, pero confío en que la creatividad y la inspiración alcanzarán niveles estratosféricos en cuanto nos echemos a la carretera, porque lo que está claro es que

las musas nunca aparecen cuando estoy tomando un ColaCao en mi casa. Con un ritmo tan frenético, en las giras no soy fácil de llevar. Los que me conocen lo saben y lo aceptan. Pero ¿meter a una extraña que no está ni de lejos atravesando su mejor momento? Es justo lo que no necesito. Mi existencia ya es complicada de por sí. No me relaciono bien con desconocidos. Bueno, dejémoslo en que, de un tiempo a esta parte, no me relaciono bien. Punto. Si ni tan siquiera me gustan las fotos. Ni las que tengo de niño. Mi hermano parecía el típico crío de anuncio y yo, a su lado, un esmirriado con cara de pánico. Estar enfrente de un objetivo siempre me resultó incómodo, hasta el día de hoy, como si no estuviera hecho para mí. Por no tener, no tengo imágenes mías ni en el móvil. Todavía no sé en qué momento me dejé convencer por la oficina, por muy bonito que me vendieran el proyecto. Y lo peor de todo es que, ahora, hasta con los cambios de última hora, he vuelto a decir que sí.

¿Error? ¿Acierto? Para mí que lo primero.

Intuyo que, tal y como nos ha planteado Jimena la inclusión de su amiga en el proyecto, desconoce que ella y yo ya nos tanteamos ayer. Y su «gilipollas», además de lo de «músico pedante», podría considerarse empezar con mal pie. Así, ¿cómo va a salir esto adelante?

¿Ves? Error.

Los tres miramos hacia la puerta cuando entra Mara. Le pregunta a un camarero por la mesa y alza la vista hacia nosotros. Me parece que sonríe hasta que me ve a mí; entonces se queda a medio camino entre detenerse en mitad del restaurante o seguir. Vale, no debía de saber que yo estaba aquí, igual que yo no tenía ni idea de que vendría ella.

—Oye, antes de que llegue, hay otra cosilla que no os he dicho.

—¿Otro fleco? —La vacilo; de ella ya me espero cualquier salida.

—Esto no es serio, Jimena —bufa Max.

—Ella no tiene ni puta idea de todo esto, ¿vale? Pero para eso estamos nosotros tres aquí, para convencerla.

No me lo puedo creer. «Unos flecos», decía.

Claro que me voy a arrepentir.

9
BUEN VIAJE

Mara

De fondo suena *La mirada del adiós*, de Los Rodríguez, y no, no es por casualidad. Jimena está sacando toda su artillería pesada para hacerme cambiar de opinión. Y una de sus numerosas armas es llenarme la cabeza de buenos recuerdos. Como esta canción, que cantamos abrazadas, cientos de veces, sobre todo la última semana que vivimos juntas antes de despedirnos.

Mi amiga tiene un poder de convicción enorme. Y no solo lo emplea conmigo, como quedó ayer reflejado durante la cena que tuvimos con Max y Bastian. Todavía no dejo de darle vueltas a ese momento, surrealista e inesperado. Cuando me senté a cenar, con la rabia en la garganta porque Saúl fue incapaz de cogerme el teléfono en todo el día, todavía ignoraba la sorpresa que me tenían guardada. Pero ahí estaban los tres, esperándome con una sonrisa radiante en los labios; bueno, la de Bastian era algo más comedida. Pedimos la cena, y antes de que llegaran los entrantes ya me estaban proponiendo ser la encargada de hacer las fotografías para el libro que documentará su gira. Muy sorprendente todo. Todavía me pregunto de dónde sacó Jimena la absurda idea de que yo estoy preparada para aceptar esa responsabilidad.

Su argumento no tiene ni pies ni cabeza. Vale que en mi época universitaria trabajé seis meses, por las tardes, en una tienda de revelado de fotografías, de las que apenas quedan, como ella les explicó. Y también que, por aquel entonces, mi jefe notó mi interés en el tema. Por eso, cuando mi contrato expiró, me regaló unas lecciones de iniciación a la fotografía que impartía un amigo suyo. Sí, hice el curso. Y me gustó. Jimena fue mi modelo durante

muchos meses. Ahora también recuerdo vagamente que cuando regresaba a casa en vacaciones, en aquella época, me dio por retratar el mar. Sin embargo, esa afición terminó allí. Sin más.

Ella se va por las ramas cuando le pregunto, pero es que me muero de curiosidad por saber cómo consiguió convencerlos para que quisieran incluirme en un proyecto tan importante como ese. No me lo explico.

Durante toda la cena Jimena no paraba de insistirme en que es justo lo que necesito. Menos mal que no hizo referencia delante de ellos al momento que estoy atravesando. Max me animaba a pensármelo y a no descartar la idea tan pronto. Y Bastian, el que estuvo más callado de los tres, solo me observaba, de una manera bastante sutil, aunque, en ese ínfimo espacio en el que nos encontrábamos, era imposible que sus miradas pasaran desapercibidas. Lo que no tengo claro es si solo estaba estudiando mi reacción ante la propuesta, o es de ese tipo de personas que hablan en los silencios, como últimamente hago yo. El suyo, lo más probable, es que estuviera gritando lo mismo que el mío: no.

—¿Quieres otro café? —me pregunta mi amiga recogiendo mi taza.

—La cafeína no me va a hacer cambiar de opinión.

—Tranquila, eso lo hará Saúl.

—Muy bien, Jimena… —Me enfado.

Sé que está jugando todas sus cartas, siempre lo hace cuando se le mete algo entre ceja y ceja, aun así, no pensé que también iba a machacarme con él.

Ayer por la tarde, mientras caminábamos por el centro, procuró no volver a sacarme el tema de Saúl. Con todo lo que le conté durante la comida, prefirió darme una tregua. No voy a mentir, mi cabeza estaba a ratos aquí con ella y a ratos allí. Por eso lo llamé varias veces, aunque no obtuve respuesta, ni tan siquiera respondió a los wasaps. La cena fue el único momento en que me olvidé de él, sí, lo reconozco. Me quedé tan estupefacta, primero con la proposición y, luego, con la conversación centrada en lo mismo, que no me quedó margen para divagar sobre nada más.

Después de cenar, accedí a tomarme una copa con ellos si no volvían a mencionar el tema. Bastian se excusó y, como su casa estaba cerca, prefirió irse a descansar y no nos acompañó. Lo cierto

es que me alivió que se fuera. Desde que me senté a la mesa, apenas intervino en la conversación, aunque sí que parecía que escuchaba con atención. No sé, pero estar con él cara a cara me pone algo nerviosa. No se me olvida cómo nos conocimos el viernes. Y mucho menos que él fue el único testigo de mi explosión. Jimena me diría que soy mayorcita para preocuparme de lo que piensan los demás, y tiene toda la razón; aun así, y a riesgo de parecer tonta, cuando me mira siento como si estuviera analizando esas partes de mí que yo misma le mostré sin pretenderlo, y eso me incomoda.

En cuanto me he despertado esta mañana, Jimena ha vuelto a la carga. Como ya te he dicho antes, está usando todo su arsenal, y eso incluye recordarme mi situación con Saúl, como si se me hubiera olvidado.

—Por favor, Mara. Si ni tan siquiera te ha cogido el teléfono desde que te colgó el viernes.

—Ya sabes cómo es.

—Y tú. Y eso no es excusa para ignorarte. ¿Y ellas?

—Con ellas hablé ayer.

—Sí, porque llamaste a tu hermana y estaba en tu casa, atendiéndolas. Por cierto, no he querido decirte nada, pero si pretendías que con tu escapada le vieran las orejas al lobo y espabilaran, con Patricia suplantándote no habrán pillado el concepto.

—Soy consciente, Jimena. —No hace falta que me lo recuerde—. Lo que ocurre es que nadie se ha parado a pensar en las razones que me han traído hasta aquí.

—Para ellos es más fácil autoconvencerse de que has cogido la maleta y te has largado sin decir adiós porque estás de tratamiento.

Me cabrea darle la razón a mi amiga cuando se pone tan categórica, pero es que la tiene. No puedo rebatírselo. Cuando hablé ayer con Patricia, en vez de preguntarme por qué había decidido huir así, se limitó a decirme que no me preocupara, que Saúl y las niñas estaban bien gracias a que ella se había encargado de que así fuera. Fue tan condescendiente conmigo que me hizo daño. Una vez más, solo se puso en su piel.

—Saúl no me dirigirá la palabra hasta que llegue a casa.

—Pues más a mi favor. ¿Tú estás dispuesta a hablar con él? Pero hablar de verdad, Mara. Sentarte y decirle lo que sientes; todo lo

que llevas callándote meses. ¿Estás preparada para afrontar ese capítulo? ¿Ahora?

—Ya te dije ayer que no lo sé. No es como elegir dulce o salado en el desayuno. Es una decisión demasiado importante y las dudas no me abandonan. Puede que en el fondo sepa lo que tengo que hacer, pero no soy capaz de dejar de buscar algo a lo que seguir aferrándome.

Me paso las manos por la cara, buscando lucidez, porque la fase de negación de ayer ante su propuesta ya no está tan activa hoy. Y sigo pensando que no soy la persona adecuada para ponerme detrás del objetivo y plasmar lo que ellos pretenden transmitir, pero cada palabra de Jimena va directa a mi debilitado corazón, y la conozco tanto que sé que va a seguir intentando convencerme hasta el final. Y también me conozco a mí, soy pésima diciendo que no.

—Pues ahí tienes tu respuesta. Necesitas tiempo. Tiempo de calidad para ti. Para pensar en cómo quieres afrontar tu vida cuando regreses. Son apenas unas semanas, Mara. Vamos, piénsatelo hasta media hora antes de que salga tu tren por lo menos. Estás a tiempo de quedarte. Haz una lista de esas tuyas, con los pros y los contras. Te aviso, hay más pros. Puede ser nuestra Ruta 66 *made in Spain.*

—*Made in Spain*, ¿eh?

—Sí, nuestro prometido *road trip*. Pero sin tener que conducir. Solo posaremos nuestros culitos preciosos, y respingones —se me escapa una risa con su puntualización—, en el asiento trasero de la furgoneta y nos dejaremos llevar. Granada, Valencia, Albacete… ¿Quién no quiere ir a Albacete, Mara?

—Estás fatal, Jime.

—Venga, bombardéame. ¿Qué quieres saber? Y no me preguntes por todas las paradas que haremos ni por la logística, porque de eso no me preocupo.

—No me lo estoy pensando, Jimena. Sigue sin tener sentido.

—No me mientas, que conozco esa mirada y ese entrecejo arrugado. —Se acerca y me pone una taza delante, rebosante de café—. Tenemos dos horas hasta que te tenga que llevar a Chamartín. O no. Está en tus manos.

—¿Por qué pensaste en mí?

—Ah, ahora quieres que te coma la oreja, ¿eh? Perfecto. Voy a

repetir lo mismo que les dije a Bastian y a Max ayer.

Me llevo la taza a los labios para que no vea que estoy poniendo los ojos en blanco. No sé para qué he preguntado.

—Les dije que tenías una sensibilidad muy superior a la mía.

—¡Oh, qué bonito! Les habrás aclarado que sobre todo ahora, ¿no? Ahora la tengo a flor de piel.

Mi amiga sonríe satisfecha, sabe que, si bromeo con el asunto, quizá no sea tan difícil convencerme.

—Les expliqué que te lo tomarás como un reto y que querrás empaparte de todo, que darás lo mejor de ti para encontrar ese instante único.

—No tengo ni idea de cómo funciona una cámara digital, Jimena.

¿En serio estoy planteándomelo? A ver, de momento, solo estoy estudiando la posibilidad de planteármelo.

—Es que no vas a hacer las fotos con una digital. Llevarás la Leica analógica que me regaló mi padre.

—¿Con esa pensabas hacerlas?

Sé el valor sentimental que tiene esa cámara para Jimena y lo que supone que quiera llevarla consigo en un encargo tan importante.

—Sí, Bastian odia las fotos, esa cámara es perfecta, ligera y discreta. Fiabilidad y calidad con lo esencial.

—¿Odia las fotos? Entonces, ¿por qué se ha prestado a esto?

—Porque también tiene un sentimiento de lealtad enorme hacia su banda y quiere demostrárselo antes de… —Se detiene ahí—. Bueno, pues eso, que aceptó hacerlo por ellos. Y él, en realidad, detesta muchas cosas, así que tampoco tiene mucha importancia. Más que odiarlas es que está enfadado con el noventa y nueve por ciento del mundo, pero se le terminará pasando, confiemos.

Esto cada vez se pone mejor.

—Sigo creyendo que no es un encargo para mí.

—Esa cámara sabes utilizarla, Mara.

—Sí, pero…

—Pero nada. Eres intuitiva y exudas sensibilidad. Seguro que consigues captar lo que pretendemos; recuerda que yo también voy a estar ahí, te pasaré mis notas, te diré dónde me gustaría incidir. La oficina ya se encarga de dar cobertura a toda la gira; Olfo es el

jefe de prensa, y Aroa, la *community manager*. Ellos sacarán fotos digitales y el resto las harán los medios. Nosotros no necesitamos grandes teleobjetivos ni *flashes*, no queremos captar el glamur. Lo nuestro tiene que ser más cercano, buscamos otro enfoque, ya me entiendes, uno más íntimo y personal. Uno que no muestre solo las grandezas de la profesión, sino también sus sombras. Las fotografías deben tener…

—Alma.

—Exacto. Y por eso necesito que las hagas tú. También les dije que eras inteligente, imaginativa, curiosa, que tienes un gran potencial…

—Basta… —Levanto la mano para que pare. Me está dando vergüenza imaginármela hablando de mí, menos mal que llegué más tarde.

—¿Quieres que llame yo a Saúl?

—No he dicho que sí.

—Pero tampoco un no rotundo como ayer. Yo no pierdo la esperanza.

—Casi no he traído equipaje, ni siquiera tengo ropa interior como para irme tantos días.

—Estamos en Madrid, Mara, aquí los domingos el comercio abre… De todas maneras, son muchos viajes cortos y muchas horas de carretera. La mayoría de mi ropa te vale, así que con que llenemos dos maletas de cabina con muchas prendas básicas que nos podamos intercambiar será suficiente. Eso sí, no te voy a prestar mis bragas, pero podemos ir ahora mismo al Primark de Gran Vía y te compras un buen surtido.

Se me escapa otra carcajada, mezcla de nervios y algo parecido a… ¿ilusión?

—¿Y no abre Oysho o Women's secret? —bromeo.

—Sí, y probablemente La Perla también. No me seas pija, anda. —Ahora me vacila ella a mí, y, no sé por qué, estoy segura de que si abro el cajón de su ropa interior pocas bragas de Primark iba a encontrar ahí.

—Está bien, ya veo que tienes respuesta para todo.

—Venga, Mara, visualízalo. Tú, yo, música, verano, tiempo para fluir, tiempo para pensar, tiempo para reconectar. Tómatelo como un paréntesis en tu vida, una pausa.

—¿Y las niñas?, ¿y Saúl…?

—Las niñas no son unos bebés, han terminado las clases, van a disfrutar también de su verano. Y, por cierto, sabes que no las estás abandonando, ¿verdad? Tienen un padre que puede hacerse cargo de ellas igual que has hecho tú hasta ahora. ¿Se te ha olvidado eso? Porque no es como si las dejaras a su suerte, sin cuidados.

—Ya, pero él trabaja, hasta agosto no tiene vacaciones.

—Fenomenal, pues tú también tienes trabajo, hasta finales de agosto. Y pienso pagarte, que eso no te lo he dicho, pero por supuesto que lo voy a hacer.

—Jimena…

—Ni Jimena ni nada. Yo voy a cobrar por este proyecto y tú te vas a llevar tu parte. Así que, si Saúl te dice que esto no es un trabajo, solo otra ida de olla de las tuyas, dile que me llame y yo, gustosamente, se lo explico.

—Esto es… no me puedo creer que…

—Que te lo estés planteando, ¿verdad? Dime que sí, dime que sí.

—No puedo decírtelo todavía, Jimena, antes tengo que hablar con él. Podría irme contigo unas semanas y ver qué tal…

—¡Perfecto! —grita entusiasmada—. Como un periodo de prueba. Pues… —Mira su reloj—. Las doce y cuarto me parece una hora cojonuda para que se lo cuentes. Me voy a duchar y así te dejo sola. Nadie sabe mejor que tú cómo decírselo, pero si me permites un consejo, dile que este paréntesis de verano te lo has ganado a pulso.

Me da un beso en la mejilla y se marcha por el pasillo hacia el baño. Yo me quedo mirando el móvil mientras me tiembla en la mano.

Una pausa.

Un paréntesis necesario antes de tomar una decisión.

Un tono. Dos. Tres. Nada.

Mara
Llámame, es urgente.

Saúl
¿Ya estás en el tren?

Mara
No, pero por favor, cógeme el teléfono.

Saúl
Estoy jugando al golf. ¿A qué hora llegas?

Mara
Iba a llegar a las seis, pero igual no cojo ese tren.

En sentido literal, me sudan las manos y me cuesta marcar las teclas.

Saúl
¿Y cuál coges? ¿El siguiente?

Mara
El siguiente tiene pinta de que tampoco.

A ver si así, aunque sea leyendo, percibe el tono de hastío de mi frase y se digna a llamarme.

Nada. No cede.

> Mara
> ¿Puedes detener un segundo tu vida?

Ahora sí. Aquí está. Lo cojo antes de que suene.

—¿Vas a dejarme terminar la partida? ¿O solo puedes disfrutar del fin de semana tú?

«Lo siento, Mara» hubiera sido mucho más acertado.

—Tranquilo, no te robaré muchos minutos.

—No será tan urgente. ¿No puedes esperar a llegar a casa para contármelo?

Cojo aire y busco ese algo a lo que aferrarme, pero me lo pone tan tan difícil…

—Te llamé ayer un montón de veces, Saúl.

—No me apetecía hablar. Además, ya me contó Patricia que estabas bien. ¿Qué querías? ¿Que encima te aplaudiera por irte?

—No, no quería un aplauso. Me habría conformado con que me hubieras devuelto una de todas las llamadas, solo una.

—Sí, un segundo. Ya voy. —Cambia el tono para dirigirse a alguien—. Tengo que cortar, cuando estés en el tren me dices a qué hora llegas y voy a buscarte.

Cojo aire.

Ahora o nunca.

—No voy a volver, Saúl.

—¿Hoy no? Y qué vienes, ¿mañana? Te recuerdo que será lunes y yo trabajo.

—Y yo. Yo también voy a trabajar.

—¿Qué dices? ¿No estabas ya de vacaciones?

—A Jimena le ha salido un proyecto nuevo y necesita que le eche una mano.

Una carcajada. Eso es lo único que escucho al otro lado. Una carcajada estridente.

—¿Tú a ella? ¿Dando al botón de encendido de la radio? Pero ¿qué película me estás contando, Mara? ¿En qué narices vas a

trabajar?

—Jimena va a cubrir la gira de una banda para después editar un libro. Necesita que yo haga las fotos mientras ella prepara los textos. Estaremos fuera de Madrid varias semanas, así que no cogeré ningún tren para volver, de momento.

—¿Qué tú vas a hacer las fotos? —Otra vez se ríe—. Hace más de veinte años que no usas una cámara. Yo también sé hacer tortilla de patatas y no me voy a trabajar a la cocina del Azurmendi. No puedes estar hablando en serio.

—Sí, Saúl, estoy hablando muy en serio.

—Alucino. Alucino mucho. ¿Y qué se supone que tenemos que hacer nosotros? ¿Alegrarnos por ti? Porque, hasta donde sé, eres traductora, no fotógrafa. En fin. No entiendo nada. Te largas sin avisar, ahora me dices que no vuelves y que te vas con tu amiguita a no sé qué. ¿Es por dinero? Porque estoy seguro de que no te hace falta, Mara.

—No es por dinero, Saúl. ¿Tan poco me conoces?

—Es que no le encuentro sentido a nada de esto desde el viernes. Entonces, si no es por eso, ¿por qué te vas a ir ahora supuestamente a trabajar? Dime, Mara. Dime qué maldito problema tienes.

—Problemas, en plural. Pero no son solo míos, son de los dos. Estas semanas que vamos a estar separados nos van a venir muy bien para meditar sobre ellos y afrontarlos cuando vuelva. Piénsalo, Saúl, porque, aunque los ignoras, sabes perfectamente que están ahí. Luego llamaré a mis padres y a las niñas para contárselo. Confío en que los tres os podréis apañar sin mí.

—De puta madre, Mara. Nos vamos a apañar de puta madre sin ti.

Después de esa sentencia, un silencio. Largo, espeso y lacerante.

—Saúl, ¿eso es todo lo que vas a decir?

—Buen viaje.

Y me cuelga, igual que el viernes, pero diferente. Al menos no me quedo con la misma sensación de impotencia por dentro. No espero a que Jimena salga del baño, soy yo quien camino por el pasillo en su busca, porque sé que va a encantarle escuchar mi sí rotundo.

10
LA FURGONETA

Bastian

La vida en la carretera no se parece a ninguna otra. Nadie que no esté dentro de una furgoneta durante miles de kilómetros podrá comprenderlo. Gasolineras, autovías, bares de carretera, hoteles. Y, otra vez, gasolineras, autovías, bares de carretera… con diferente destino. Un camino largo, y no siempre confortable, con una hoja de ruta marcada, pero en ocasiones, impredecible. Un bucle que terminará cuando, a finales de agosto, volvamos a pisar el WiZink para ponerle FIN, en mayúsculas, a esta etapa de nuestras vidas.

Al volante, Mugi, el único miembro de la banda que ya conocía antes de soñarla. Mi compañero de instituto, mi apoyo a lo largo de los años, el norte que todavía no he perdido. Raúl Múgica García. Un tío rubio, guapetón (eso lo dice Amaia, que le echó el lazo con catorce y todavía no lo ha soltado) y humilde. De los que son buenos de la cabeza a los pies. Lo era antes de tocar para miles de personas y lo sigue siendo ahora. Condición que valoro muy por encima de cualquier otra y que, desgraciadamente, escasea cada vez más. Un foco apuntándote a la cara, unos seguidores esperándote después de un bolo, alguien que te reconoce en una calle a las tres de la madrugada, una sonrisa estudiada con malas intenciones, y, sin darte cuenta, zas, te crees un semidiós. Sé de lo que hablo.

Mi amigo toca la guitarra con la misma pasión con que conduce, para que luego digan que los vascos no tenemos sangre en las venas. Por eso soy su copiloto. Porque donde él vaya yo voy.

Durante mucho tiempo hemos viajado más de ocho personas en la misma furgoneta. Apretujados, soportando las manías de los demás y, a la vez, haciendo piña. Fueron unos años buenísimos. Un

carrusel de jaleo constante del que ninguno quería bajarse. Sin embargo, aquella química empezó a enquistarse hace un tiempo. Crecimos, unos más que otros, y algunos nos empezamos a cansar. Así que, en la anterior gira, ya comenzamos a viajar separados. Desde entonces, Mugi y yo siempre lo hacemos juntos. Y solos. Hasta hoy, que ha llegado la excepción.

Jimena y Mara van en el asiento trasero. La periodista no ha dejado de hablar desde que hemos salido de Madrid. Primero nos ha contado que su programa de radio está en pausa y que no sabe todavía si volverá en septiembre. Después, se ha puesto a recordar anécdotas bochornosas de su etapa universitaria en Salamanca junto a su amiga, que se ha limitado a asentir, visiblemente incómoda. Y ahora, cuando creía que por fin iba a callarse un rato, nos empieza a relatar una de las primeras giras que cubrió como periodista cuando fue becaria en LOS40, la de Duncan Dhu.

—Otros de Sanse, como vosotros.

—Donosti. —Matiza mi amigo—. ¿Por qué a los madrileños os cuesta tanto llamar a las cosas por su nombre?

—San Sebastián, Donosti, qué más da. Es lo mismo. Los del norte sois muy tiquismiquis.

—No empieces… —se queja Mara, como si su comentario fuera recurrente.

—¿Qué? No he dicho ninguna mentira. Sois muy vuestros.

—¿De dónde eres, Mara? —se interesa Mugi.

—De Santander.

Santander. Bonita ciudad. Pequeña. Habitable. Tener mar gana puntos en mi escala, siempre.

Jimena deja de meterse con nosotros y saca otros temas sin ton ni son. Como que su amiga ha cogido prestado de su biblioteca *La Sombra del Viento*, de Zafón, porque se olvidó el *ebook* en casa. O que ella cree que se ha dejado los auriculares en su habitación. Hasta que Mara le pregunta por la dinámica de un día de concierto. En cuanto ella se pone a explicárselo, su amiga empieza a anotar palabras en una libreta negra que ha sacado de su enorme bolso.

Adoro el silencio. Siento devoción por la ausencia de voces a mi alrededor, bastante tengo con las mías propias. Y, en este instante, Mara empieza a preguntar sus dudas, cientos. Y ese runrún en la parte de atrás me agobia.

—¿Por qué The Airband? —nos pregunta.

—Porque, aquí, mi primo —responde Mugi— tiene dos obsesiones.

—¿Sois primos? —interviene Mara, y su pregunta nos provoca una carcajada a los tres—. Vale, dejadlo, soy tonta —sisea, y me fijo en que tacha algo que había apuntado.

Cierro los ojos un segundo. O está haciendo el papel de su vida o su inocencia no tiene límites. ¿Cómo va a salir esto bien?

—Espera, que me he expresado mal. —Aclara Mugi—. Y no, no somos primos, aunque lo quiero como si lo fuéramos. Lo que te estaba diciendo es que Bastian tenía, en pasado, dos obsesiones: la ingeniería aeronáutica, que era lo que estaba estudiando en Madrid, y la música. No se comió mucho el tarro con el nombre cuando consiguió montar el grupo. Y he rectificado el tiempo verbal porque ahora, en el presente, no tengo dedos suficientes para contar todas sus obsesiones.

—Yo también te quiero. —Le saco la lengua y veo que Mara está con el bolígrafo en la mano, esperando a que siga hablando—. Airband o banda aeronáutica es el nombre asignado a un grupo de frecuencias en el VHF, el espectro electromagnético destinado a la comunicación radiofónica en aviación civil. Me gustó cómo sonaba y, que yo sepa, nadie se quejó nunca.

—¿Has escuchado, Mara? Una explicación fácil y sencilla que entiende cualquier mortal. —Se mofa Mugi.

—No suena mal —masculla ella, y me limito a asentir.

Jimena le muestra algo en su móvil y vuelven a enfrascarse en otra batería de preguntas y respuestas sobre lo que queremos destacar, en las que no me vuelven a incluir.

Nos falta una hora más o menos para llegar a Granada y sigo sin encontrar la postura. Normalmente me suele pasar esto. Miro un rato el móvil. Cojo el iPad y sigo con alguna serie o empiezo una nueva. Me canso y lo dejo. Busco novedades en Spotify. O me obsesiono con encontrar alguna antigua, de esas que hace tiempo que no escucho. Miro por la ventanilla. Toqueteo la radio. Me duermo. O hago que me duermo. Quince minutos, como mucho. Pero hoy no. Hoy estoy inquieto y Mugi lo huele.

—Bastian, ¿quieres que pare?

—No, quiero que llegues.

Se le escapa una sonrisa gamberra y mueve la cabeza para ver si las otras ocupantes del vehículo están atentas a nuestra conversación. Él y yo no necesitamos intercambiar demasiadas palabras para comunicarnos, eso es una realidad.

—Hemos quedado para comer antes de llegar al hotel. Mira a ver si nos han escrito confirmándonos el sitio.

Abro el chat y veo el mensaje de Ismael, nuestro *road manager*. Él es el encargado de que todo funcione mientras estamos rodando. Los ojos y las manos de Max cuando él no está. Lo cierto es que este suele venir a la mayoría de los bolos, pero solo a cantar las cuarenta al resto de la *crew* para que no bajen la guardia y a darnos palmaditas en la espalda a nosotros cuando nos bajamos del escenario. No tiene ni idea de que, en una gira tan frenética como esta, lo normal es que haya que lidiar con más imprevistos de los deseados, y que todos remamos en la misma dirección para conseguirlo, sin distinción.

—Sí, ya han puesto el nombre del restaurante. Según esto, faltan cincuenta kilómetros. Luego te digo la salida.

—Bastian, hemos pensado que empezaremos en la prueba de sonido. —Afirma Jimena, y me giro para mirarlas.

Ella espera mi confirmación mientras Mara juguetea con el bolígrafo entre sus manos, sin mirarme a la cara. Yo sí que la miro a ella, igual que he hecho en cuanto nos hemos visto esta mañana en el polígono donde habíamos quedado para salir con las furgonetas. Jimena le ha ido presentando a la banda y a los chicos de la oficina, y yo, mientras tanto, observaba desde la distancia cada una de sus reacciones. La tensión al dar dos besos a los chicos, la rigidez de sus hombros con el contacto de manos ajenas y la sonrisa ladeada cuando ha escuchado las palabras de bienvenida. O es muy tímida o se siente cohibida. Aparte de estar completamente desubicada, por supuesto. No dejaba de atusarse el pelo y se lo colocaba de manera distraída sobre la mejilla izquierda, intentando ocultar la última tonalidad verdusca de su golpe. Apenas se nota ya, pero yo sé que está ahí. Por eso, cuando me fijo en ese par de ojos oscuros a ratos demasiado expresivos, termino desviando mi mirada a su pómulo magullado. Desde que sé lo del marido, no dejo de hacer cábalas. ¿Habrá sido él?

—Como queráis. ¿Tú estás bien? —Prefiero ir de frente.

—¿Yo? —Mara se señala con su propio índice y, por primera vez, clava su mirada en la mía. Nos mantenemos así unos segundos, estará intentando descifrar qué mosca me ha picado.

—Sí, tú. Si no estás preparada todavía, puedes empezar esta noche en el concierto. No antes. —Mi tono ha sonado seco y me gano la mirada de mi amigo, que sabe cuándo me pongo borde con motivo y cuándo no, como ocurre ahora.

—Estoy… —No se la oye. Carraspea en busca de una modulación más decidida—. Estoy preparada. —Afirma más alto—. No te preocupes. En la prueba de sonido estará bien.

—Pero en la prueba habrá menos gente —insisto, y oigo a Mugi sisear un «Bas» para que deje de meterle presión—. Y, perdóname, pero no estás lista para ser transparente.

—Lo estará. —Sentencia Jimena.

Cuando ella y yo tuvimos las primeras reuniones para hablar de este proyecto, los dos estuvimos de acuerdo en que no queríamos posados, queríamos «robados». Fotografías que reflejaran de manera natural cada entresijo de esta gira. Con alma. Por eso acepté hacerlo con ella, porque tenemos confianza. Cuando estamos todos juntos, Jimena es una más. En el *backstage* es como un camaleón, enseguida se mimetiza con el ambiente. Los camerinos forman parte de su hábitat, por eso me fastidió tanto que el sábado en la cena nos quisiera vender la moto contándonos justo lo contrario. Su amiga ni de coña se va a mover como un ninja para sacar mi mejor versión sin que me sienta incómodo, lo sé. Y ella también lo sabe, aunque trate de disimularlo.

No va a fluir.

—Lo estaré. —Confirma Mara, y deja de mirarme. Saca la Leica de su bolso, que es como un pozo sin fondo, y se pone a enredar con ella.

—Pon una canción, anda. —Mugi me lanza su móvil, que está conectado al *bluetooth*, para que me entretenga con la música y deje de tocar las narices.

No me lo dice con esas palabras, pero solo hay que ver cómo ha puesto los ojos en blanco para entenderlo.

Perfecto. Encima me he mareado.

—Tienes un mensaje de Amaia, ¿te lo leo?

—No. Ya lo hago yo luego, no seas maruja. Pon música. Y deja

de pensar un rato, que esa cabeza tuya es imparable.

Como si eso fuera sencillo.

Entro en Spotify y busco en su biblioteca. La primera lista que veo me provoca una carcajada enorme, que cambia por completo el tenso ambiente que se respiraba en el interior de la furgoneta hace unos segundos. Esta es solo una milésima parte de la magia que suele surgir en las giras. Una pequeña chispa hace que todo salte por los aires, para bien.

«Canciones para mojar».

—No me jodas.

—¿Qué pasa? —Mugi mira la pantalla de su móvil y empieza a maldecir y a reírse, todo a la vez.

—¿En serio necesitas una lista para eso?

—¿Qué lista? —se interesa Jimena.

—Ninguna. —Se apresura a responder mi «primo».

—Venga, enséñamela, ahora no me puedes dejar así. Soy periodista, muero y mato por conocer la verdad.

Jimena se echa hacia delante y se cuela entre los dos asientos. Como una gacela, se estira y me quita el teléfono de la mano.

—Canciones para mojar. Ya te vale, Mugi. ¿Para mojar las porras en el café? ¿O lo otro? —Ella sola se ríe de su pésimo chiste. Mara, a su lado, solo sonríe.

—Para mojar el churro —confirmo.

—¿Y esta *playlist* te garantiza el tema? Porque tú y Amaia lleváis una eternidad, ¿no? —Jimena sigue metiendo el dedo en la llaga—. Mira, Mara, dile a Mugi que te la pase, a ver si así tú y Saúl…

—Jimena… —Mara se ofende porque su amiga ha hablado más de la cuenta, y con razón.

¿Ha querido decir que…? No necesito más información sobre ella, con la que yo mismo me fabrico tengo más que suficiente. En buena hora…

—Sois muy graciosos. Eso es cosa de Amaia, idiotas. Venga, devolvedme el móvil.

—No, que todavía no he escogido la canción. —Jimena me devuelve el teléfono.

—¿Qué pasa? ¿Tú también necesitas motivación? —me pregunta la rubia.

—Vaya, primo. No me digas que acabas de decidir que vas a volver a meterla… ¿Te acordarás? ¿Quieres que te dé unas clases?

Pero ¿en qué momento se nos ha ido de las manos esta conversación?

—Oh, cállate. —Le doy al *play*—. Clases tú a mí, ¿en qué vida?

—Uy, dardos envenenados en todas las direcciones. Me encanta. —Jimena aplaude y mi amigo y yo resoplamos.

Call Out My Name, de The Weeknd, suena por los altavoces a un volumen considerable mientras Mugi se muerde la lengua, nervioso. Seguro que va reproduciendo en su cabeza imágenes de dudosa clasificación. Yo hago como que pierdo la mirada a través de la ventanilla, aunque, realmente, estoy contemplando a Mara, lo poco que me permite la posición del espejo. Ella también escucha la letra mientras se abstrae mirando el paisaje.

¿A qué le estará dando vueltas?

No es tu movida, Bastian.

La cuestión es que la confianza da asco, y aquí hay tres personas que han pecado de ella.

Cuando dejo de observarla y me concentro de nuevo en la carretera, me cago en todo.

—Mierda. Esa era la salida.

—No me fastidies. Tendría que haberse sentado Jimena ahí.

11
NO ESTABA MUERTA

Mara

No funciona. Ni en la prueba de sonido de esta tarde, donde Bastian ha recorrido con la mirada cada rincón del escenario, primero en solitario, concentrado, después dialogando con Cosme, el chico que está a los mandos de la mesa de sonido. Ni al volver al hotel para ducharnos y cambiarnos de ropa, cuando ha permanecido en el más absoluto de los silencios, como si en la furgoneta solo fuéramos tres. Ni en el regreso al recinto una hora antes del bolo, para cenar y comenzar con el tradicional concurso de tortillas que hacen durante la gira; Bastian le ha puesto un siete, aunque apenas la haya probado. Ni unos minutos antes de salir al escenario, cuando él se ha alejado con su acústica tocando acordes sueltos, sumido en su propia burbuja, hasta que Mugi lo ha acompañado para tararear un par de canciones juntos. Ni mientras se ha tomado un par de copas de vino. Ni en el brindis con las manos en el centro que hacen todos antes de salir a escena. Ni cuando ha sonado el primer acorde que daba comienzo al concierto y que ha puesto a todo el público de pie. Ni cuando él se ha girado a mirar a su banda con una sonrisa preciosa e inusual en la boca. Ni en ese idílico instante he conseguido plasmar el alma de Bastian. Aunque, como verás, se me ha quedado todo grabado en la retina. Por supuesto que tampoco lo he logrado cuando ha terminado de cantar y se ha alejado para estar a solas, como hizo en Madrid la noche en que, minutos después, yo me tropecé con él. Porque, hoy, hoy no me he atrevido a seguirlo.

Conclusión: esto no funciona.

A ver, que puede que yo esté todavía aterrizando, lo sé, pero te

prometo que lo he intentado, con todas mis ganas. Para que esto realmente funcione tenemos que querer los dos, y, por lo que parece, él ya tiene claro que eso no pasará. Así va a ser imposible.

Estoy convencida de que, de todos los disparos que he hecho hoy, que han sido decenas, no podremos aprovechar ninguno. Bastian ha estado susceptible, escurridizo, e incluso diría que enfadado. Daba igual dónde me colocara, él notaba mi presencia, como si tuviera un radar, y la magia del momento se esfumaba.

He intentado conocerlo un poco más durante el viaje. Jimena y yo hemos venido con él y con Mugi en una furgoneta, los cuatro solos. Y mientras mi amiga sacaba temas de conversación, algunos para destensar el ambiente y otros para ponerme más nerviosa, aunque fuera sin querer, yo he intentado centrarme en aprender la dinámica de los bolos. También he escuchado las conversaciones entre él y su amigo, hasta las silenciosas, que me han dado muchas pistas. Si algo me ha quedado claro es que es más que su compañero de banda. Confía en él y, por lo poco que he visto, su círculo de confianza es muy reducido. Aunque fuera casi tartamudeando, me he atrevido a hacerle un par de preguntas directamente. Ahora sé que, como su amigo, es de Donosti, que estudió Ingeniería Aeronáutica en Madrid, que él puso el nombre a la banda y que su cabeza nunca deja de buscar peros.

Hemos parado a comer antes de llegar a Granada. Éramos más de veinte, entre los miembros de la banda, los de la oficina y los técnicos. Me han contado que es bastante difícil que coincidan todos, pero que, cuando lo hacen, siempre reina el buen ambiente. Jimena y yo hemos sido testigos de ello. Bastian ha estado relajado, bromeando y repartiendo abrazos. Pero nada más sentarse en la furgoneta para continuar hacia nuestro destino, ha desaparecido, aunque estuviera ocupando el asiento del copiloto.

En cuanto hemos llegado al hotel, solo nos ha dado tiempo a registrarnos y a dejar las maletas en la habitación que compartiré con Jimena. También he podido mandar una foto al grupo «Family», en el que estamos los cuatro. En el selfi se ve la Alhambra de fondo. Solo me ha respondido Elba, diciéndome que ya me vale irme de gira con un grupo raro de esos que solo conoce Jimena. Esa me parece la manera más neutral de mantener la comunicación mientras Saúl siga sin cogerme las llamadas. Así saben dónde estoy

cada día, por si les interesa.

Después de eso, hemos salido corriendo hacia el Palacio Municipal de Deportes para la prueba de sonido. Y, a partir de ese instante, como ya te he dicho, todo ha ido de mal en peor.

—Toma, Mara. —Ale me acerca otra copa de vino blanco.

—No debería beber más —siseo más para mí que para él.

Estoy agotada, del viaje y de la frustración, y ya he perdido la cuenta de las copas de vino que llevo, es la tercera o la cuarta. Debería irme al hotel y meterme en la cama.

Aroa, la *community manager*, una chica joven y encantadora que está siempre riendo, me ha contado que las fiestas después de los conciertos suelen seguir el mismo patrón. Se quedan todos en el camerino bebiendo y disfrutando hasta que los echan cuando cierran el recinto. Normalmente, sale un primer viaje de vuelta al hotel, a una hora prudente, en el que no se va casi nadie. Y, después, el segundo y definitivo. Los que siguen teniendo energía, cuando llegan al hotel, terminan la fiesta en el *hall* o en alguna de las habitaciones. El día siguiente es inclasificable.

Yo debería haberme ido en el primero, pero regresar con Bastian, a solas, no me pareció el mejor plan del mundo. Hasta Mugi se ha quedado aquí. Además, Max ha aparecido con el concierto ya empezado y mi amiga, obviamente, se ha pegado a él. Deben de estar entre esta gente. O eso creo, porque hace un buen rato que no los veo. Si el camerino en Madrid era un hervidero, este es un infierno. Aquí no cabe ni un alfiler. Además, hace muchísimo calor, estoy sudada, deshidratada y algo… No puedo decir piripi en voz alta. No aquí.

—¿Has visto a Jimena? —le pregunto a Ale, que no deja de moverse al ritmo de la música. Martiño, el bajista, se ha adueñado del altavoz. Ahora suena *Valiente*, de Vetusta Morla, y canta abrazado a Beni, el de los teclados y quinto miembro de la banda.

Me encanta esta canción, así que yo también la tarareo.

—¿Buscas a Jimena? —me pregunta Aroa.

—Jimena se ha ido. —Me anuncia Ale.

—¿Qué?

—Sí, con Max, hace quince minutos o así. Se iban al hotel.

—¿Y no me ha avisado?

—Ya sabes, les corría prisa. —Ale eleva las cejas y yo niego con

la cabeza.

Que a mi amiga le gusta Max es una realidad, pero tanto como para salir corriendo y no decírmelo no creo.

—Me voy a ir, pediré un taxi —les informo.

—¿Estás segura? —me pregunta Aroa.

—Sí, estoy agotada.

—Está bien. Como quieras —dice Ale.

—Me voy, tíos. Estoy reventado. —Mugi pasa por nuestro lado hacia la salida.

—Espera, yo también me voy —le intercepto—. Si no te importa que vaya contigo, claro…

Me cruzo la cinta de la cámara por el pecho y me acerco a por el bolso, que tengo colgado en una percha detrás de mí.

—Por supuesto que no me importa. —Nos despedimos y me abre paso con el brazo para llegar a la puerta—. Debería haberme ido con Bastian, pero hay días que es mejor dejarlo solo. He pedido un taxi, tiene que estar afuera.

Solo, ¿eh? Pues menos mal que no me he ido con él entonces.

Se nota que estamos cansados, porque, durante el trayecto hasta el hotel, apenas hablamos. Solo mencionamos lo bien que ha ido el concierto y lo entregado que ha estado el público.

Cuando nos bajamos y entramos en el *hall*, vamos juntos hasta el ascensor.

—¿Planta? —me pregunta.

—Quinta.

—Yo, cuarta.

Las puertas se abren en la suya y nos decimos adiós. Me descalzo en cuanto me quedo sola. Tengo los pies hinchados del calor y de estar tanto tiempo de pie; aunque las sandalias son planas, ya no las soporto.

Me detengo delante de la puerta de la 505. Busco en mi bolso la tarjeta para abrir, pero no la encuentro. Remuevo todo mientras resoplo. Vaya, Jimena se ha dejado olvidado el coletero en el pomo. O igual se le ha caído y alguien lo ha colgado ahí. Es el de ella, seguro, lo llevaba hoy puesto en la muñeca. Lo primero que encuentro es mi móvil, solo tiene un uno por ciento de batería, así que, cuando voy a leer el wasap que tengo de mi amiga, se apaga. Debo de tener por aquí la batería portátil. Mara, céntrate.

Lo intento, pero el vino tampoco me ayuda.

Por fin encuentro la tarjeta, la paso por el lector y, en cuanto abro la puerta cuarenta y cinco grados, me paralizo. Los jadeos y los gritos de Jimena llamando a Max son espeluznantes; lo peor es que, aun en la oscuridad, creo haber visto sus cuerpos desnudos. Cierro de golpe.

¿En serio esto me está pasando a mí? En circunstancias normales, tendrían que haber escuchado el portazo, pero no ha sido así. Ellos sí que están centrados.

Cierro los ojos con fuerza y maldigo, asomándome a esa ventana imaginaria. Yo solo quiero tumbarme en una cama y dormir. Dejo caer la frente contra la madera de la puerta, derrotada, aunque debería alejarme de aquí.

Antes de moverme, un *flashback* atraviesa mi aturdido cerebro. El coletero lo ha puesto ella aquí. Dios, ¿cómo pretendía que me acordara de esa señal? La inventé yo, pero hace una eternidad. Cuando Saúl venía a Salamanca a verme dos veces al mes, yo solía poner mis gomas del pelo en la manilla de mi habitación a modo de aviso cuando queríamos intimidad; Jimena tenía la costumbre de entrar siempre sin llamar a mi cuarto.

No me puedo creer que me esté pasando esto a mí. Y, ahora, ¿qué hago? Esto es por confiar a ciegas en Jimena. Debería haberle insistido para que me contara cómo iba a ser la logística de los viajes. He sido una ilusa, porque la conozco y sé que, entre su caos y mi orden, hay un mundo lleno de adversidades que a ella no le preocupan lo más mínimo, pero que a mí sí. Estudio mis posibilidades mientras me acerco al sillón que está al lado de la cristalera, al fondo del pasillo. Lo primero que hago es guardar la cámara en el bolso y subir los pies al asiento, para abrazarme las rodillas.

«Piensa, Mara, piensa».

—¿Mara?

Levanto la vista y veo a Bastian. Porque es Bastian, ¿no? De lejos no veo nada. Mis gafas estarán en el fondo del bolso junto a un millón de objetos más.

—Sí. —¿Sí? ¿Qué estoy contestando, una llamada?

Ahora lo veo mejor, porque acorta la distancia, no porque haya recuperado visión de repente. Pantalón corto negro, camiseta gris a

parches y zapatillas de color naranja fosforito. Los rizos pegados a la frente y las gotas de sudor resbalando por la cara y por el cuello. ¿De dónde viene? ¿De correr? ¿A estas horas? ¿Y después de haber dado un concierto? Qué extraño.

—¿Estás bien? ¿Qué haces ahí?

—Pensar.

—¿Eh? —Se coloca delante de mí. Y yo alzo la barbilla para poder mirarle a la cara. Me llevo una mano a la nuca, mareada. No solo me duelen los pies, también las cervicales, las extremidades y hasta las pestañas. No me explico cómo mi amiga, la que ahora mismo me tiene enfadadísima, aguanta este ritmo—. ¿Has perdido la llave?

—No, solo he perdido unos años de vida viendo a Jimena y a Max ahí… —Hago un ridículo gesto con los dedos. Muy infantil hasta para mí.

—¿Follando? —Una carcajada gigante brota de su garganta.

—Eh, supongo que se dice así.

Bastian no deja de reírse y le pido que se calle poniéndome el dedo índice sobre la boca. Voy a confesarlo, he estado a punto de levantarme y posarlo sobre la suya, no tengo ni idea de por qué.

—Podrían haberse pillado otra habitación, ¿no? Aunque de esos dos no me sorprende nada. —Comenta. Yo debo de tener cara de perrillo abandonado en alguna cuneta, porque él estira su mano para que le dé la mía y me ayuda a levantarme del sillón—. Vamos.

—¿A…? ¿A dónde? Debería bajar a recepción y ver si tienen otra habitación.

—No hace falta. La mía es lo suficientemente grande.

Noto sudada la palma de su mano y él también, porque me suelta y se la frota contra la tela de su pantalón, a la altura del muslo. Estamos muy cerca y hace calor. Yo tengo calor. Y él está empapado, por motivos diferentes, obvio.

—Gracias, Bastian, pero no te preocupes. Ya sé que no te caigo bien. —Otra carcajada. Me alegra saber que, al menos, le hago gracia—. No hace falta que… —Saca su tarjeta del bolsillo trasero del pantalón y abre la puerta de su habitación, sin darme tiempo a pensármelo.

—Tranquila, no voy a acostarme ahora. Puedes quedarte en mi cama. Seguro que Jimena no tarda en preguntar por ti.

La estancia es más grande que la nuestra. Tiene una zona con un sofá pequeño y una mesa baja delante. La cristalera da acceso a una terraza. Bastian enciende la luz, se vacía los bolsillos y se descalza. Yo me quedo quieta, mirando la cama hasta me parece oír cómo me llama. Sí, ahora estoy delirando. De verdad, estoy agotada, pero es una mala idea. Es su cama, su habitación, su intimidad. Y él no me soporta. Además, está enfadado y, encima, me ha dicho Mugi que hay días en los que es mejor dejarlo solo y…

Y ¿por qué se ha quitado la camiseta?

—Yo…

—Perdona, necesito ducharme, de modo que, si quieres pasar primero al baño, dale.

Dale. Y, sin pensar un segundo más, le doy. Dejo el bolso encima de una de las mesitas y voy hasta el aseo. Cierro la puerta y, antes de hacer pis, abro el grifo y me refresco la cara.

Solo es un acto de buena voluntad, Mara. Es una cama, en la que él no va a meterse. Sería una tontería rechazar su ofrecimiento. ¿Lo sería? Lo más probable.

Cuando salgo, dos minutos después, lo veo de espaldas, mirando por la ventana mientras bebe agua.

—Ya… ya estoy.

—Perfecto, pues es mi turno. Duérmete un rato, tienes cara de cansada.

Cara de cansada. Cuerpo de cansada. Alma de cansada.

Pasa por mi lado y entra en el baño.

Me extraña que solo entorne la puerta, sin cerrarla del todo, porque enseguida oigo el agua de la ducha correr. ¿Se le habrá olvidado que sigo aquí?

Estoy que me caigo, así que, antes de seguir analizando el hecho de que me encuentro en la habitación de Bastian, me deshago del vaquero y lo dejo doblado encima de la otra mesita. Me quedo con la camiseta blanca sin mangas que llevo puesta; aunque no es muy larga, me servirá para dormir. Además, hoy me he puesto unas bragas de Oysho negras, básicas, que compré el domingo antes de venir; son pequeñas, pero tienen más tela que un tanga. Trataré de no destaparme. Antes de meterme en la cama, conecto la batería portátil a mi móvil y lo dejo sobre la mesita.

Abro la colcha y me meto dentro, me quito el sujetador y lo

coloco debajo de la almohada, para no dejarlo a la vista. Cuando, por fin, apoyo la cabeza y encuentro mi postura, cierro los ojos de pura satisfacción.

Menudo placer. Estar en posición horizontal, el olor a limpio de las sábanas, la imagen de Bastian desnudo bajo el chorro de agua… ¿De verdad? Evidentemente, no. No lo estoy viendo. Sin embargo, una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios mientras Morfeo me lleva con él. Lo surrealista de la situación. Las copas de vino. O la combinación de ambos factores, que, sin duda, han despertado mi imaginación.

No estaba muerta, solo dormida.

¿Igual que mi deseo?

12
DE CALIDAD

Mara

Me despierto desorientada y con la garganta seca. Parpadeo y veo el espacio vacío que hay al otro lado de la cama. Mi bolso posado sobre la mesilla y, al fondo, la puerta.

Abro los ojos con lentitud, habituándome a la claridad que se cuela por la cristalera; las cortinas no están corridas del todo, solo a medias. Mientras me incorporo, voy recordando dónde estoy y cómo he llegado hasta aquí.

Bastian está tumbado en el sofá, en una postura imposible; con un brazo colgando, mostrándome el tatuaje que esconde debajo de su bíceps, que no siempre se le distingue, y la mano rozando el suelo. Las piernas encogidas, porque no tiene suficiente espacio. Y una libreta sobre la piel desnuda de su estómago. Es como si hubiera caído fulminado y no se hubiera vuelto a mover. Lo único que guarda el equilibrio en toda la escena es su guitarra, que está apoyada en el lateral y no tirada en el parqué.

Sin hacer ruido, cojo el móvil y mi vaquero, y me meto en el baño. La batería portátil no debía de tener mucha carga, porque no ha llegado hasta el cien por cien; aun así, puedo encenderlo. Voy directa al chat con Jimena, a ver si tuvo la decencia de avisarme anoche de que había un invitado en nuestra cama.

> Jime
>
> He venido con Max al hotel. Cuando vayas a venir a la habitación, hazme una perdida y le

> digo que se busque la vida.

Genial. ¿De verdad pensaba que iba a meterme en la cama con ella después de que se fuera él? Por supuesto que lo había pensado, es Jimena.

Leo el siguiente, que me lo mandó a las tres de la madrugada.

> Jime
>
> A las ocho Max se va a correr y luego tiene reuniones. Cuando te despiertes, ven.

¿Así? ¿Sin más? No me lo puedo creer. ¿Y si no he llegado al hotel todavía? ¿Y si me ha pasado algo? Ni tan siquiera me ha preguntado si estoy bien.

Miro la hora y son casi las nueve. Hago pis, me pongo el vaquero y salgo en silencio para recoger el resto de mis cosas e irme.

Estoy mosqueada, porque una cosa es que Jimena se volviera con Max y no me avisara; es verdad que yo estaba hablando con Ale y con Aroa, entretenida; pero otra muy diferente es que no se haya preocupado por mí en toda la noche.

Bastian no se ha movido del sofá. Podría avisarlo y decirle que me voy, para que se acueste en la cama, pero me da miedo despertarlo; su respiración es demasiado profunda y parece relajado. De su abdomen y sus dorsales no voy a hacer declaraciones, para no extenderme. Me fijo en cómo su pecho, con algo de vello y ausencia de tinta, sube y baja acompasadamente. Los tatuajes están esparcidos por sus brazos, sus hombros y su cuello; pequeños dibujos, una luna, una brújula, un amanecer, un año y algunos textos. El que más llama mi atención es el que nace detrás del lóbulo de su oreja derecha y desciende a su clavícula. «Libertad». En letra pequeña de imprenta.

De repente, gira el cuello hacia el otro lado, sin abrir los ojos. Doy un pequeño bote. Soy tonta, me he asustado como si me

hubiera pillado estudiándolo. Si se hubiera despertado, así habría sido. Lo sé, por eso ha llegado el momento de salir de aquí. Porque, por muy amable que fuera anoche dejándome su cama para dormir, no se me olvida lo difícil que me lo puso durante todo el día.

Me calzo, cojo mi bolso y abandono la habitación. Llamo con los nudillos a la puerta de la 505. Podría abrir con mi tarjeta, pero no me quiero arriesgar, por si acaso.

—¡Amiga, pero qué buena cara traes! —Feliz, así me abre Jimena la puerta. Con su pijama de seda rojo corto y una sonrisa de oreja a oreja. Mi rictus serio no ha debido de darle ninguna pista—. Trae, anda. —Me quita el bolso de las manos—. Siéntate ahí y cuéntamelo todo.

—¿En serio, Jimena? —Me cruzo de brazos en mitad de la habitación, esperando a que recapacite, porque hacer como si no hubiera pasado nada no es una opción que contemplo.

Si quiere que siga con ella, enrolada en esta aventura, algo que cada vez tengo menos claro, sobre todo después de lo que pasó ayer, deberíamos hablar y sentar unas bases para que, por ejemplo, no me vuelva a quedar sin una cama donde dormir. Puede que yo sea muy cuadriculada, pero es que su nivel de improvisación tampoco es muy razonable. Nos retamos con la mirada unos segundos, hasta que ella desvía los ojos para mirarme más abajo.

—Oye, amiga. ¿También te has unido a la moda del *braless* como las *celebrities*?

—¿Bra qué?

Me echo un vistazo y, con la misma, me llevo las manos a la cara. Con los nervios, el enfado y las prisas, he salido de la habitación de Bastian sin el sujetador. «Y con el estudio antropomórfico que le has hecho, Mara». Vale, eso también. Para que todo sea un poco más vergonzoso, lo he dejado debajo de la almohada, así que él o el personal de limpieza lo encontrarán luego. Maravilloso.

—Tranquila, después se lo pedimos a Bastian.

¿Cómo? ¿Ha dicho su nombre?

—¿Por qué sabes que he estado en la habitación de Bastian?

—Coño, Mara. No me digas que estás cabreada porque pensabas que me había olvidado de ti.

—Yo…

—Bastian me mandó un mensaje en cuanto te dormiste. Ya vi que no habías leído el mío. Lo siento, Max se puso tonto y yo…

—Podrías haberme dicho que te ibas, por lo menos.

—Lo sé, pero estabas tan a gusto en la fiesta… Después de toda la tensión que habías acumulado durante el día, te vi charlando, con la copa de vino en la mano, y me imaginé que vendrías con los chicos.

—Vine en taxi con Mugi. Llegué hasta la puerta y abrí… —Me vuelvo a llevar las manos a la cara, muerta de vergüenza yo cuando tendría que ser al revés. Jimena se sienta en la cama sin parar de reír.

—Oh, pobre. ¿Nos viste?

—Os escuché y os intuí. Ya te vale, Jimena. ¿Y dejar el coletero fuera? ¿Crees que estaba para acordarme de eso?

Le cuesta recuperar la compostura.

—Lo del coletero fue una coña, lo puse ahí para hacerle la foto y mandártela después del mensaje. ¿No te llegó?

—No. No me ha llegado ninguna foto. Y solo entendí qué significaba después de haber abierto la puerta.

—Vaya, lo siento, es que Max es muy persuasivo y me distrae.

—Ya. Y tú que te dejas distraer con facilidad. Mira, he estado pensando y creo que esto no va a funcionar.

—No, Mara. No vayas por ahí.

—Jimena. En serio, ¿tú has visto a Bastian? Ayer hice mil disparos y no se va a salvar ninguno. Entre él y yo no hay conexión, le incomoda mi presencia, eso es así. Será mejor que mire cómo puedo volver a casa.

Me acerco hasta mi bolso, que ella ha dejado encima de la cama, y cojo el móvil. Seguro que habrá algún vuelo o tren hasta Madrid y después otro medio de transporte que me lleve a Santander. No será tan difícil.

—Para. —Se mueve y me quita el teléfono de la mano—. No vas a irte a ningún sitio. La Mara que yo conocí era terca y no se amilanaba ante el primer contratiempo.

—Jimena, esa Mara…

—Esa Mara sigue estando aquí. —Lleva su mano a mi corazón. La muy tonta tiene que rematar el momento tierno con uno más obsceno, haciendo alusión de nuevo a mi pecho con los ojos—. Y

sabes que tengo razón. Además, este viaje es principalmente nuestro, de las dos. Los tíos son un simple complemento.

No sé si lo ha dicho en voz alta para creérselo ella o para hacérmelo creer a mí.

—Hasta ahora, muy nuestro no ha sido.

También es verdad que acabamos de empezar esta aventura.

—Siento que se me haya ido la cabeza con lo de Max anoche. Bueno, más bien ha sido la entrepierna lo que se me ha alterado. —Sonrío, porque con ella es inevitable—. Y me alegra saber que Bastian no te dejó tirada en el pasillo. Sé que puede parecer un estúpido, pero en el fondo, es un buen tío. Le cuesta gestionar sus movidas, que no son poca cosa, pero tiene buen corazón. Hablaré con él. Le diré a Max que también lo haga. Tendremos que dejarle un periodo de adaptación.

—No, no habléis con él, por favor.

—Está bien, pero tienes que dejar de pensar que tu lugar no está aquí. Ya verás como en el concierto de Valencia, dentro de dos días, todo irá mejor, confía en mí.

—Vale. Pero prométeme que no le diréis nada. Soy consciente de que me has metido con calzador en este proyecto y se nota que Bastian es inteligente, lo sabe también. Por lo que para él sobro en la ecuación. Si encima intercedéis por mí, perderé la poca credibilidad que tengo.

—Como quieras, Mara. Entonces no le digo nada. Ahora vamos a ducharnos y a vestirnos. Bajamos a desayunar como dos reinas, que nos lo merecemos, y después voy a enseñarte todos los rincones mágicos de esta ciudad. Seré tu guía hoy. La Alhambra. El Albaicín. El Mirador de San Nicolás. Espero que nos dé tiempo a todo. Y quiero llevarte a comer a un sitio divino que te va a encantar.

—¿Y Max?

—Max que haga lo que quiera. Él solo es el tío al que me chusco, tú eres mi amiga. —Se abalanza sobre mí y me abraza todo lo fuerte que puede.

—Serás bestia. Vale, pero luego vamos a tener que sentarnos a hablar sobre las siguientes ciudades.

—No te preocupes por eso, sé que ha sido un fallo mío. Yo tengo una habitación para mí en todas las ciudades, que era la que iba a compartir con Max cuando él apareciera y que, ahora, voy a

compartir contigo. Ayer apareció de repente y se nos fue de las manos. *Sorry*. No volverá a suceder. Le he dicho a Max que, cada vez que vaya a un concierto, reserve una habitación para él, y ya veré si le deleito con mi compañía o no. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto.

—Y a mí, amiga. A partir de este instante, te voy a dedicar todo mi tiempo, de calidad.

—De calidad —repito sonriendo.

—Me ducho yo primero, que huelo a sexo y tú no. Por cierto, tú hueles un poquito a la colonia de Bastian, ¿no? Es inconfundible. Pocos tíos usan una fragancia de Issey Miyake.

Suena mi teléfono y Jimena aprovecha para meterse en el baño, sin darme tiempo a réplica. ¿Cómo voy a oler a Bastian? Si no nos hemos rozado. Me llevo el cuello de la camiseta a la nariz, nada. Lo cierto es que esta mañana la habitación y el baño olían diferente, porque se echó colonia ayer después de ducharse, supongo, y se habrá quedado impregnada en el ambiente. Es un aroma cítrico, fresco y muy masculino, que no se hace empalagoso. Sin embargo, yo no huelo a nada. Me está vacilando. Cojo el teléfono y salgo al pequeño balcón. Respondo mientras me dan los rayos de sol en la cara.

—Hola, Patricia.

—Hola, ¿sigues en Granada?

—Sí, hoy también dormimos aquí. ¿Qué tal? ¿Todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Todo bien, tranquila. Te llamo para preguntarte por el resguardo de la tintorería. Me ha dicho Saúl que habías dejado dos trajes suyos, y que los necesita para esta semana. Si me dices dónde lo has guardado, puedo ir yo a por ellos.

La suave brisa que corre a esta hora temprana debería refrescarme, para contrarrestar el sofocón que empieza a teñir mis mejillas gracias a la actitud de mi marido y a la de mi hermana, que le sigue la corriente. ¿Ni tan siquiera puede llamarme él para pedírmelos? No solo ignora mis mensajes, sino que tampoco soporta escuchar mi voz.

—¿No puede llamarme él?

—Mara, ¿qué quieres? Te has marchado y le has dejado solo con las niñas.

—Le he dejado solo con sus hijas. No con unos extraños, Patricia. Elba y Carla son sus hijas también, no solo son mías.

—Vamos, Mara, dicho así suena a…

—Suena a que no las he abandonado en un portal —digo sin dejarla terminar. Me cuesta creer que mi hermana también me esté juzgando—. Las he dejado en su casa, con su padre, que es igual de capaz que yo de cuidarlas. Además, no son unos bebés, seguro que los tres pueden sobrevivir sin mí unas semanas. Otra cosa diferente es que ellos quieran hacerlo, y que tú lo entiendas.

No sé si me habré pasado, pero es que no me he podido reprimir.

—Yo no tengo que entender nada, Mara. Y si te ofende que me preocupe…

—No, Patricia. Lo que me molesta es que no te preocupes por mí, solo parece que te preocupas por ellos.

—Porque ellos son los que están aquí. Solos. Solos, Mara. Tú estás de vacaciones con Jimena, doy por hecho que estás bien.

Es inútil. O yo me explico muy mal o ella no quiere entenderme. Oigo un silencio y después unos ruidos extraños.

—El resguardo de la tintorería está en mi bolso marrón, no sé si lo dejé en el colgador de la entrada o en el vestidor.

—Espera, que voy a mirar.

Genial. No son ni las diez de la mañana y ya está en mi casa. ¿Habrá ido a hacerles el desayuno?

—Aquí está. —Oigo la voz de Saúl algo lejana.

Me parece increíble. Ha puesto el altavoz y ha estado escuchándome todo el rato.

—Sí, está aquí. —Me confirma ella.

Veo a Jimena salir del baño y asomarse a ver qué estoy haciendo. Mi gesto debe de delatarme, porque se queda apoyada en la jamba.

—Buenos días, Saúl. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien? Yo he dormido de lujo.

Mi amiga abre los ojos como platos y sonríe.

—Mara… —me llama mi hermana.

—Gracias, hermana, por todo. También por ponerme en altavoz sin avisarme. Pero esto no va contigo. Saúl, coge el teléfono.

—Lo siento, llego tarde a trabajar. —Afirma él.

—Saúl, ten un poquito de dignidad y coge el maldito teléfono. Has estado escuchándome. No soy tonta. ¿Tanto te cuesta hablar conmigo?

—Ahora no puedo.

—¿Y crees que vas a poder algún día? Porque, si tuvieras un mínimo interés en nosotros, no te supondría ningún esfuerzo dedicarme unos minutos.

—No me hables de esfuerzos, Mara. Deja tú de jugar a las adolescentes con Jimena, no te pega nada, y vuelve a casa. Quizá aquí podamos hablar.

—Volveré, tranquilo. Pero lo haré después de pasar un tiempo de *calidad* con mi amiga —entono cantarina, y Jimena levanta sus pulgares hacia arriba, a modo de aprobación—, y cuando terminemos este trabajo. Si te apetece hablar de nuestros problemas antes de mi regreso, ya sabes mi número; si no, siempre puedes marcar desde el móvil de mi hermana.

Y entonces cuelgo. Sin decir adiós, porque estoy cansada de ser yo quien se quede con la palabra en la boca.

La sonrisa de mi amiga es tan grande y tan bonita que me la contagia, aunque todavía me tiemblen un poco las manos cuando me guardo el móvil en el bolsillo.

Estoy dispuesta a hablar con él cuando quiera, porque sigo creyendo en el diálogo; sin embargo, aunque tenga que cortarme la mano para no caer en la tentación, no voy a ser yo la que vuelva a llamarlo.

—Mírate. —Jimena me zarandea delante del espejo del armario, donde se está mirando cuando paso para ir al baño—. Esa Mara sí que es mi Mara.

Obedezco y me observo durante unos segundos, con ella parapetada a mi espalda.

Esa Mara que se refleja en el espejo ya no se siente tan pequeña.

13
HE VUELTO A DISFRUTAR

Bastian

Nos falta media hora para llegar a casa de Beni, nuestro teclista. En Cullera nos esperan él, su familia, sus amigos, Ale, Martiño y los chicos de la oficina para degustar su ya mítico arroz a banda, como cada vez que recalamos en su *terreta*.

Estoy nervioso, y eso que el concierto será mañana. Pero es que siempre es un hándicap tocar en la ciudad natal de un integrante del grupo. Porque, queramos o no, las expectativas se disparan. Una presión añadida para que, si algo tiene que fallar, no sea precisamente aquí. A todos nos gusta ver el orgullo en los ojos de los nuestros cuando estamos en casa. Ellos, que han estado ahí, en las buenas y en las malas, que nos han visto soñar, pelear, llorar y dejarnos la piel por este sueño. Por eso, las noches que brillamos, también lo hacen un poco los nuestros.

Mi amigo tararea al volante. Jimena y Mara, en el asiento de atrás, se ríen por alguna tontería que les pasó ayer mientras estuvieron pateando la ciudad. Y yo muevo el culo en busca de una postura más cómoda, perdido en mis pensamientos.

La estampa es muy similar a la del lunes, cuando salimos de Madrid, pero a la vez, distinta. Al ser el segundo viaje, el factor sorpresa y el miedo a lo desconocido han desaparecido. Sobre todo, para Mara y para mí, que arrastrábamos un nivel de susceptibilidad elevado y que, sin saber cómo, ha disminuido ostensiblemente. Que anteayer durmiera en mi habitación quizá haya supuesto un punto de inflexión en nuestra forma de tratarnos. No me malinterpretes, solo se lo propuse porque no me apetecía dejarla tirada en el sillón del pasillo, como había hecho su amiga. Vale, puede que también

porque, durante el concierto, como me temía, las cosas entre ella y yo no fluyeron. Estuve esquivo, a la defensiva y muy enfadado. Todo el rato. Lo más seguro es que ella no tuviera la culpa de que yo no estuviera cómodo, pero se la adjudiqué. No fue lo que se dice un concierto redondo, y eso que el público dio su mejor versión; sin embargo, nosotros no. Y ser consciente de los fallos y de ser el único que se preocupa por ellos me cabrea, mucho. Con esto no estoy excusando mi comportamiento con ella, porque, realmente, fui un imbécil. Nada más terminar, me escapé al hotel. Estuve un rato solo en mi habitación, y como era incapaz de hacer nada productivo, ni tan siquiera caer rendido, me cambié de ropa y me fui a correr.

Cuando volví, ahí estaba, en mitad de la nada, más desubicada que nunca. Se notaba que no estaba demasiado convencida de aceptar mi ofrecimiento, pero lo hizo. Movida por el cansancio y por las copas de vino que debía de haber bebido. Apenas hablamos, porque, cuando salí del baño después de ducharme, ya se había dormido.

Me senté en el sofá y, sin motivo alguno, la observé. A gusto, con la certeza de que podría hacerlo sin que ella se diera cuenta; su respiración era profunda y pausada. Y me recreé, sí. Mara es brutalmente atractiva. Sus facciones son armónicas y elegantes, como si su cuerpo menudo y su rostro guardaran la proporción correcta. Con los ojos cerrados, me quedo con su boca. Con ellos abiertos, dudaría.

Cuando se giró y la sábana se deslizó sobre su estómago, me quedé un rato atrapado en la forma de sus pechos, que se adivinaban bajo la fina tela blanca de su camiseta. Sí, también en las puntas izadas de sus pezones, a medio camino entre sensuales y eróticos. Me puse tonto, no voy a mentirte con esto. Bastante tonto.

—¿Y esa sonrisa?

Muy bien, mi primo me ha pillado. Ahora a ver qué milonga le cuento.

La sensación fue nueva. Imprevisible. Inimaginable. No recuerdo cuántos meses llevaba desconectado y aislado de esa parte visceral que habitaba en mí, esa que enterré en algún lugar muy oscuro y remotamente olvidado. Cuando las circunstancias me empujaron al precipicio y yo solo me dejé caer. Quedarme dentro de mi

caparazón fue la única opción viable para salvaguardar lo poco que me quedaba y, después de tanto tiempo, pensé que sería muy difícil que un estímulo, de manera casual, me hiciera salir.

—¿Qué sonrisa?

—Ya… Inténtalo de nuevo.

—No hay sonrisa, no seas coñazo, Mugi. ¿Ya llegamos?

—Genial, no solo mientes, ahora también tienes tres años. Algo estás maquinando, pero acabarás confesándomelo. Date tiempo.

Cómo me conoce.

—He vuelto a escribir —susurro, y lo digo tan bajo que apenas me oigo. Pero él sí que lo hace. Se gira, con cara de sorpresa, y se olvida por un segundo de la carretera.

—¿Cuándo?

—¿Cómo que cuándo? ¿Eso es lo único que te interesa?

—¿Cuándo?

—Puto pesado. El lunes, después del concierto.

—Hijo de puta. —Blasfema mientras se ríe de mí, y empieza a elucubrar.

Cuando ayer le conté que hice de buen samaritano y que Mara durmió en mi habitación, alucinó. Y más después de ser testigo de lo poco y mal que había interactuado con ella desde que nos metimos en la furgoneta. No le comenté nada de lo que pasó después de que ella se durmiera, hasta ahora mismo. No sé por qué le acabo de confesar que, inesperadamente, después de dos putos años, he vuelto a soltar algún verso. Para mí tampoco tiene ninguna explicación coherente, pero así ha sido.

—Joder, Mugi.

Y sí, ese hecho tan inaudito se ha producido cuando Mara estaba en mi cama. ¿Casualidad? ¿Azar? Ni idea. Yo había vuelto de correr. Había sudado cada gota de rabia, de frustración y de dolor. Cuando salí de la ducha y la tuve delante, algo dentro de mí se activó. Al principio, pensé que solo era mi cerebro mandando señales inconexas con tal de no apagarse; sin embargo, para mi sorpresa, el estímulo prendió y la inspiración perdida hizo acto de presencia. No me quedó más remedio que sacar la libreta, que estaba en blanco, coger un bolígrafo y empezar a vaciarme. Fue tal y como lo recordaba, apasionante y extenuante. El hormigueo, las palabras, la búsqueda de la rima, la necesidad imperiosa y

acuciante de plasmar lo que fuera. Mis dedos. El compás en mi cabeza. La amalgama de sentimientos enterrada en mis entrañas. La conexión. He vuelto a disfrutar de ese momento. Y, lo más importante, he celebrado haber tenido la suerte de hacerlo. Bolígrafo, papel y guitarra. La semilla.

¿Y ahora qué? Pues ahora estoy aterrorizado. No quiero que solo haya sido un espejismo. Vivir sin canciones no es vida.

—Tenías que verte la cara. —Mi amigo no deja de reírse. De reírse de mí.

—¿Cuál es el chiste? —pregunta Jimena.

—No hay chiste, es la risa de la felicidad. —Afirma él, y lleva su mano a mi rodilla, en un gesto moñas que hace cuando quiere demostrarme su apoyo.

—Mara también está feliz, ¿no se lo notáis en la cara? Mirad cómo brilla, mucho más que el lunes.

—Jimena… —protesta ella, pero sonríe sin poder evitarlo.

Es la misma sonrisa vergonzosa que me mostró ayer, cuando le devolví el sujetador que se dejó en mi habitación. Me hizo mucha gracia ver su cara de espanto mientras yo lo sostenía en la mano. En cuanto se dio cuenta de que era el suyo, me lo quitó como si fuera alguna sustancia ilegal. Cuando me metí en la cama por la mañana, las sábanas aún estaban calientes, ella acababa de irse. Me abracé a la almohada para dormirme y allí estaba, escondido. Yo también sonreí al verlo.

—Eso es bueno, Mara. —Afirma Mugi, y la mira a través del espejo retrovisor; ella sigue sonriendo—. Presiento que va a ser un verano de la hostia. —Jimena y ella dicen que sí con la cabeza, y yo me acomodo en el asiento por enésima vez y disfruto de este momento de paz mental efímero.

—Yo también. —Apuntilla Jimena, y le da un pequeño codazo a su amiga, que se pone a escribir algo en su móvil.

—Quiero leer la canción —exige mi amigo volviendo a dirigirse a mí.

—Ni de coña.

—Vamos, Bastian. Después de tanto tiempo, tiene que ser bueno. No empieces a comerte el coco.

—Todavía no.

—Está bien. Pero quiero ser el primero.

Siseo un sí y yo también miro mi móvil. Tengo una llamada perdida de Cloe y otra de mi padre. Será mejor que los llame cuando lleguemos, porque hablar dentro de la furgoneta es un coñazo. Solo espero que no haya pasado nada grave, porque no me daría tiempo a coger un avión. Me llevo la mano a la garganta y me paso las yemas de los dedos por el cuello, palpándome. Estoy bien.

«No tienes molestias, Bastian».

No, no las tengo.

—Es esta la entrada, ¿no? Siempre me equivoco. —Mi amigo da el intermitente y sale de la autovía para llegar a nuestro destino.

—¿No vamos primero a dejar la maleta en el hotel? —pregunta Jimena.

—No. Vamos a echar aquí el día —respondo—. Hasta esta noche no iremos a Valencia al hotel, pero si os queréis ir antes, seguro que los chicos de la oficina os pueden acercar.

—No, tranquilo. Solo preguntaba. Hemos venido a jugar. —Afirma Jimena, y automáticamente miro el espejo para ver la reacción de su amiga, que ha puesto los ojos en blanco.

—¿Puedo usar la cámara? —se interesa Mara.

Me gusta que vaya de frente. Lo cierto es que mi actitud con ella ha cambiado un poco, al menos en mi cabeza lo ha hecho. Aun así, no sé cómo me comportaré cuando ella esté de nuevo detrás del objetivo, intentando captar mis instantes. ¿Cómodo? ¿Huidizo? La mayoría de las veces me siento más a gusto cuando me escondo del mundo.

—Puedes, Mara. La gira también es esto, el día de hermandad antes de un concierto, las risas, la familia, el hogar de cada uno antes del nuestro. También somos esos momentos. Pensé que Jimena te lo había explicado.

—Lo ha hecho, pero también me ha dicho que…

—El desfase, a veces, es mejor no inmortalizarlo. —Apunta su amiga, y Mugi y yo nos miramos.

—Exacto. Pero si estás capacitada para este encargo y tienes toda esa sensibilidad de la que nos habló Jimena, sabrás cuándo disparar y cuándo guardar la cámara.

No sé si mis palabras han sonado muy prepotentes. Aunque me haya explicado fatal, le estoy dando un voto de confianza, para que sepa que lo dejo en sus manos y bajo su criterio. Lo cierto es que

bastante tendremos con ser testigos del descontrol de Martiño y Beni como para que encima queden pruebas gráficas del momento. Sin embargo, eso también forma parte de esta vida en la carretera y, aunque luego esas fotografías no se incluyan en el libro, sí que les darán una perspectiva general para plasmar los miles de estados por los que pasamos cuando estamos inmersos en algo tan bestial. Me gusta que Jimena la haya advertido sobre esas partes de las giras que están mejor guardadas en el carrete de cada uno; ahora, ella tendrá que decidir cuándo quiere disparar.

—Eso significa que vas a aflojar… —comenta Jimena, y no me pasa desapercibida la mirada reprobatoria de Mara a su amiga.

—Eso significa que tenemos un proyecto que sacar adelante y que para eso estáis con nosotros, ¿no?

—Sí, tranquilo. Déjalo en nuestras manos. —Afirma Jimena.

—De todas maneras, Mara, no te agobies con lo de las fotos y Bastian. —Comenta Mugi—. Aunque parezca increíble, hay días en los que lo verás disfrutar.

—Gracias por tu sabia aportación, amigo. —Me pico.

—Yo también doy fe de eso —añade Jimena.

—¿Hoy no viene Max? —Un ataque directo. Siento cómo tres pares de ojos me observan. Sé que estoy siendo un capullo, pero como ya he dicho más de una vez, me gusta el barro. Ayer los vacilé a los dos, por separado, por dedicarse a fornicar y olvidarse de su amiga. Jimena estaba muy arrepentida; en cambio, Max ni se acordó de que esa habitación iba a tener otra huésped.

—Ya sabes que no, listillo.

Claro que lo sé. Ayer Mugi y yo estuvimos con él todo el día, tratando temas de la gira e intentando buscar una fecha para dar la noticia. No sabemos si es mejor decirlo en el último concierto de junio o en el primero de julio, dependerá de la venta de entradas. En lo único en lo que estamos de acuerdo los cinco miembros de la banda es en que nuestros seguidores se merecen conocer esa información cuanto antes. A última hora de la tarde, Max regresó a Madrid.

—Una pena… —dejo caer de forma inaudible.

Egoístamente, acabo de encontrarle el lado positivo a la irrupción de Mara en esta gira. Y, aunque suene raro de cojones, sobre todo para mí, que, como ya he dicho, me ha pillado

desprevenido este interés que me ha generado, no me importaría que siguiera utilizando las camas de mis siguientes habitaciones si con ella ahí voy a ser capaz de seguir escribiendo. Y sí, estoy presuponiendo que ella es la causante de mi desbloqueo. Además, si lo analizo con detenimiento, compartir ese espacio a solas, por muy descabellado que parezca, quizá sea la mejor manera de que, cuando ella esté detrás del objetivo, yo no quiera salir corriendo.

Sería un buen plan, ¿verdad?

No, no lo es.

Pero sería un buen trato, aunque solo fueran los días de los conciertos.

«¿Se te ha ido la pinza, Bastian?».

Puede.

Quizá debería contárselo primero a Jimena para tantearla, aunque eso sería como estar pidiéndole permiso, y no creo que a Mara le guste que confabulemos a sus espaldas. Lo más sensato sería pedírselo de frente, sin adornarlo. Un *quid pro quo* en toda regla.

¿Suena muy loco?

Demasiado.

—Serás cabrón… —Mi amigo sí que me ha oído y, cómo no, ha dado por hecho que mi frase tenía doble intención.

Es lo malo de conocerse tanto.

14
SEGUNDO INTENTO

Mara

Cuelgo la llamada de mi hermana y me quedo absorta mirando la pantalla del móvil. Son más de las doce de la noche y, al cabo de unas horas, se instalará en mi casa, en el cuarto de invitados, que es, ni más ni menos, el sofá cama que tenemos en el ático. Saúl se lo propuso ayer y ella ha aceptado hoy.

Cuando ha terminado el concierto (el tercero de la gira, mi segundo intento y el primero del que he salido bastante satisfecha, por haber sido capaz de capturar algunos instantes importantes, aunque no todos), he visto que tenía varias llamadas perdidas de Patricia. Su insistencia me ha asustado. Lo primero que he pensado es que había ocurrido algo. Algo malo. No sé, a mis padres, o a las niñas, aunque de haberles pasado algo a ellas, lo normal es que me hubiera llamado mi marido. De él ya me espero cualquier salida, es una tontería martirizarme con eso ahora; sigue sin hablarme y yo cada día me siento más derrotada con su actitud. No lo termino de comprender. No es como si me hubiera ido a por tabaco y no hubiera vuelto. Sigo aquí, sigo existiendo, aunque él me haga el vacío. Sigo siendo un miembro de la familia, aunque él quiera borrarme del libro. He intentado hablar con él, le he explicado que ahora necesito esto, le he animado a utilizar este tiempo separados para buscar respuestas, he tratado de hacerle reflexionar sobre por qué hemos acabado así; sin embargo, presiento que no le está dando ni una vuelta. Dejarme de lado es algo que le sale de forma intrínseca. Como les prometí, yo sigo actuando de la misma manera, les mando mi ubicación diaria con una fotografía, e incluso hablo con las niñas, que, para mi sorpresa, están llevándolo mucho mejor

que él. Tengo sentido de la autocrítica y por eso estoy empezando a ver que esta distancia física nos está viniendo bien a las tres. La adolescencia es una época compleja y yo he pecado de sobreprotección con ellas. La mayoría de las veces sometemos a nuestros hijos a altos niveles de presión y control, con el fin de evitar que sufran de manera innecesaria, pero así impedimos que cometan sus propios errores, que caigan y, por consiguiente, que sepan levantarse. Con la perspectiva de la distancia, estoy siendo consciente de que esa actitud es contraproducente para todas las partes implicadas. Nunca es tarde para aprender. En cualquier caso, no ha ocurrido nada grave, la urgencia de mi hermana era para contarme su decisión de viva voz. Y digo decisión porque ni tan siquiera ha tenido la decencia de preguntarme qué opinaba yo al respecto. Me ha dicho que se va a quedar con ellos hasta que Saúl se coja vacaciones en agosto, o hasta que yo aparezca, como si mi ausencia fuera una ventolera que en cualquier momento puede terminarse. Se ha escudado en que es para echarles una mano, porque la casa no se lleva sola.

Me he mordido la lengua, hasta tal punto que he sangrado. Sé perfectamente el tiempo y la dedicación que necesita un hogar, igual que sé que mi marido es capaz de gestionarlo como he hecho yo hasta ahora. Trato de analizarlo y te juro que no le encuentro el sentido, ni a la petición de él ni a que ella acepte. Saúl es un adulto responsable. Mis hijas pueden cuidarse solas y, cuando haya algo que no puedan hacer sin ayuda, tienen a su padre. ¿O es que esa función solo la puede ejercer una mujer? ¿Seguimos pensando que por tener un cromosoma distinto nos adjudicaron ese papel de por vida? Y, entonces, ¿cuál va a ser el de mi hermana en todo esto? ¿Será mi sustituta? No era la hora más adecuada para debatir, así que, al final, me he limitado a decirle que es mayorcita y que está haciéndoles un flaco favor, a ellos y a mí. Con la misma, he colgado. Mañana intentaré hablar con mi marido otra vez.

—Mara, ¿todavía estás ahí? —Jimena sale a la calle encendiéndose un cigarrillo.

—Sí, estaba hablando con Patricia.

—¿Todo bien? Porque tienes una cara…

—Todo igual —respondo, lacónica.

Mi amiga está algo perjudicada, aunque, si tú la miras, no se lo

notarás. Siempre ha tolerado el alcohol mejor que yo, eso es indudable. Durante el concierto, no ha parado de beber y de bailar; no sé el motivo, pero hoy estaba eufórica. Entre medias, también ha estado escribiendo en su cuaderno; solo espero que mañana sea capaz de descifrar su propia caligrafía. Como no tiene los cinco sentidos operativos, prefiero contarle los devenires de mi casa en otro momento, cuando esté sobria.

Los días con ella me están reconfortando más de lo que esperaba. Jamás pensé que esa idea descabellada de acompañarla fuera la mejor manera de alinearme. Con ella, con nuestra amistad y, sobre todo, con aquella Mara que un día sintió que era una mujer con las cinco letras. Bonita, inteligente y poderosa. Y que, con el paso del tiempo, fue diluyéndose. Todavía me cuesta despertarme en las habitaciones de los hoteles y no hacer automáticamente la cama. Levantarme sin prisa, darme una ducha rápida, con Jimena revoloteando a mi alrededor, y vestirme para bajar a desayunar. Es raro abrir la ventana, asomarme y solo respirar. Pero no hace ni una semana que me fui de casa, así que es pronto para haberme habituado. Después de aclarar con mi amiga la situación de nuestras pernoctas cuando Max haga acto de presencia en los bolos, he podido disfrutar de nuestros momentos a solas. El paseo por Granada juntas fue un verdadero placer en todos los sentidos. Descubrir rincones a través de sus ojos, que ven el mundo a todo color, y de su mano fue el chute de energía que necesitaba, como una buena dosis de mi adorada cafeína. Las conversaciones acerca de todo y de nada. Los recuerdos. La calidez de sentirme en casa, como si nunca hubiéramos dejado de compartir aquel piso en Salamanca. Comprender más a fondo su filosofía de vida y tratar de hacerle entender un poquito la mía.

—Ey, ¿qué hacéis aquí afuera? Nos acaban de echar del *lobby*, así que la fiesta continúa en la 608. —Max sale a nuestro encuentro, mejor dicho, al de ella.

Ha llegado esta tarde justo para el concierto en la Ciudad de las Artes y las Ciencias, un sitio espectacular, por cierto. Yo había estado con las niñas y con Saúl hace unos años, pero la experiencia de escuchar música ahí lo ha sobredimensionado. Aparecer sin avisar es la dinámica habitual del mánager, jugar al factor sorpresa para no caer en la monotonía, dice Jimena, y a tenor de cómo lo

mira sé que eso le encanta.

—Ahora subimos. —Le informa mi amiga, y da las últimas caladas a su cigarro—. ¿Quieres contármelo?

—Mañana.

—Perfecto. Entonces, vamos. —Apaga su cigarrillo en una maceta cercana y lo tira en la papelera. Después, se engancha a mi brazo y me arrastra hacia la entrada del hotel—. Necesitamos una copa.

—¿Tú? ¿Estás segura?

—Yo, no, Pumuki. Pero no voy a dejar que bebas sola.

Dentro del ascensor, sigue sin soltarme. Tendrá miedo de que decline la invitación y me vaya a dormir. Sería una opción, pero el comecome que tengo por dentro me haría mirar al techo durante varias horas.

Antes de llamar con los nudillos, ya oímos la música. Las habitaciones colindantes son de la *crew* también, término que me he copiado de ellos. Así que, por suerte, nadie llamará para quejarse por el ruido.

Cuando la puerta se abre, un golpe de calor, de olor y de humo nos azota la cara. En teoría, no se puede fumar aquí, pero durante estos días ya he sido testigo de que las normas y los chicos no siempre van de la mano. No cabe ni un alma, y eso que la habitación es enorme, con dos zonas independientes, la de estar y el dormitorio. Suena *Muerte en Hawaii*, de Calle 13, y solo veo cuerpos moviéndose y botellas de alcohol en lo alto.

Jimena consigue abrirse paso hasta el final, donde localizo a Max hablando con Bastian, al que solo distingo por el pelo, porque está rodeado de chicas. No sé de dónde han salido, pero son muchas más de las que estaban en el camerino al finalizar el concierto. Beni se le acerca y los veo conversar de forma acalorada. Bastian parece incómodo mientras ellas le acorralan contra el cristal.

Cuando pasamos por delante del sofá, me fijo en las niñas que están sentadas encima de Martiño, y utilizo esa palabra porque dudo que hayan cumplido la mayoría de edad. Ayer, en casa de Beni, fui testigo de la fase de descontrol de algunos miembros de la banda, sobre todo después de ingerir grandes cantidades de alcohol. Tenía razón Bastian cuando me dijo que eso también forma parte de la gira. Lo que pasa es que comprendí que no todos lo disfrutan

igual. Al llegar a Cullera, todavía reinaba la camaradería entre ellos. Sin embargo, con el paso de las horas, sentí que no todos estaban en la misma sintonía ni en el mismo punto de diversión, por eso guardé la cámara y me limité a disfrutar, en la medida de lo posible. Llevan muchos años juntos en la carretera, en los estudios de grabación, compartiendo días y noches, se conocen a la perfección, y es normal que, en ocasiones, el desgaste sea patente. Como me deshice del objetivo, pude observar con mayor atención sus movimientos y sus interacciones, intentando captar la esencia de todos durante ese día de confraternización antes del concierto.

«¿De todos, Mara?».

Sí, de todos. Pero en especial de él. Bastian sigue siendo un misterio para mí. Uno que cada día me genera más curiosidad. Y sobre todo ahora, cuando parece que ha bajado un pelín la guardia. Aunque solo a medias. Hoy, por ejemplo, he sido capaz de inmortalizar esas primeras miradas con Mugi mientras calientan la voz en el pasillo. La sonrisa sincera cuando pronuncia las palabras del brindis: «Toquemos juntos hasta naufragar». Y la intensidad de su cara de concentración cuando ha marcado los primeros acordes delante de todo el público con su guitarra. En cambio, sigue levantando un tabique de doble pared cuando estamos solos él y yo. Cuando le acecho en silencio, y te prometo que estoy empezando a mimetizarme con el decorado, para darle al clic sin que note mi presencia, se tensa, se contrae, se encierra. Es como si yo desprendiera un olor particular que lo pone en alerta.

—Vaya, cómo está la noche. —Comenta Jimena, que ha visto al bajista tontear con sus acompañantes igual que yo.

—¡Chicas! —Ale nos intercepta y nos pasa sus enormes brazos tatuados por encima de los hombros—. ¿Qué nos cantamos hoy?

Mi amiga y yo nos reímos. Desde que versionamos aquel tema de Oasis en el piso de Max, Ale no ha parado de insistirnos para que repitamos actuación, dice que le encanta la energía que desprendemos juntas.

—Hoy se me traba la lengua, amigo. —Se excusa Jimena, y él, automáticamente, me mira a mí. Me limito a negar con la cabeza.

—Aguafiestas.

Jimena se coge un botellín de cerveza, que ha encontrado sin abrir encima de una mesa, y a mí me sirve una copa de vino tinto.

—¡Salud! —brindamos.

—¡Salud!

Me muevo dos pasos para encontrar un hueco y no estorbar. Respiro hondo, siendo consciente de que el ambiente está demasiado cargado para mí. El ruido, las risas estridentes, la gente, la mayoría desconocida, porque entre esta multitud no encuentro ni a los chicos de la oficina. Por primera vez en todo el día, me siento fuera de lugar.

«No hagas eso, Mara».

¿El qué?

Sugestionarme con las palabras de mi hermana. Sí, eso es lo que hago. Trato de desechar sus frases acusatorias de mi mente mientras apuro el contenido de mi copa. Mi lugar está donde esté mi alma, y, ahora mismo, está aquí, conmigo. Y yo estoy dejándome la piel en este proyecto de la mano de Jimena. Mi hogar seguirá esperándome cuando regrese. Aun así, debería irme a descansar.

Oigo voces a mi derecha que sobresalen por encima de la música, me doy la vuelta y veo a Mugi contener a Bastian, con las manos posadas en su pecho. Él se pasa las manos por los rizos, desordenándoselos más, si eso es posible.

—¡Oh, oh! Se va a liar —masculla Jimena, y se va hacia ellos.

Yo me quedo quieta con la copa vacía en la mano. Hago un barrido rápido y veo algo que me deja bastante descolocada. El polvo blanco que Martiño le ofrece de su dedo a una de las chicas, que lo esnifa por la nariz sin dejar de reírse. A ver, no soy una mojigata y, aunque este no es mi hábitat natural, ya he visto drogas antes, en la universidad y alguna que otra ocasión después. Lo que me perturba es que haya barra libre delante de toda esta gente.

Busco la mirada de Jimena, pero está ocupada acorralando a Max contra la pared. Mugi tira de la mano de Bastian, que se revuelve incómodo y lo sigue hasta el sofá para increpar a su compañero. Martiño se levanta, sus acompañantes también, y se forma un corrillo a su alrededor. Desde aquí ya no veo nada. Alguien, intencionadamente o no, sube la música para aplacar la discusión.

Decido que lo mejor será salir de aquí. Como mi amiga sigue a lo suyo y hoy dormirá con Max en su habitación, no en la mía, poso mi copa en una mesa, saco el móvil, y mientras me abro paso de

nuevo entre la marabunta hasta la puerta, le mando un wasap.

> Mara
> Me voy a la cama. Mañana desayunamos juntas. Pórtate bien.

Mientras estoy esperando el ascensor, oigo un portazo a mi espalda y, acto seguido, un fuerte golpe. Me sobresalto.

—¡Mierda! ¡Joder! Lo… lo siento. Te he asustado —bufa Bastian, y se coloca a mi lado.

—No, tranquilo. No pasa nada. —Le resto importancia, aun así, me he sobresaltado, de ahí mi respiración agitada. La suya tampoco es muy rítmica.

Sus ojos azules, ahora más grises, brillan, pero de forma distinta a cuando está encima del escenario. Detiene su mirada en la piel que queda al descubierto de mi escote. Hoy tengo puesto el mismo vestido lencero negro que llevaba el día que nos conocimos. Deja poco espacio a la imaginación. No quiero escrutarlo, pero inevitablemente, mi mirada se posa en los nudillos enrojecidos de su mano derecha; habrá golpeado algo con ella y se la ha lastimado. Como si los dos estuviéramos colándonos en el pensamiento del otro, alzamos la vista y nos observamos de frente durante unas milésimas de segundo. Su cara angulosa. Su pelo ensortijado, largo, que roza sus cejas anchas. Y sus labios, gruesos y visibles, en medio de esa barba de tres días, recortada, que le da un aire menos aniñado y que tiene pinta de ser suave al tacto. Cuando llega el ascensor y la puerta se abre, rompemos el contacto visual. Paso primero yo y después él. Pulsa la planta veinte. Vamos los dos a la misma.

En este espacio tan reducido, su olor se cuela por mis fosas nasales. Bastian huele a sándalo y a cítricos, apostaría que a mandarina, y ahora también a zumo de uva. Una corriente inesperada se instala en el final de mi espalda y empieza a recorrer mi espina dorsal. «¿Mara? ¿Esto es…?». Nuevo, aunque no desconocido. Más o menos, la sensación es como cuando se te duerme una extremidad y empieza a despertarse. Un leve

cosquilleo. Como ya intuí, mi deseo solo estaba dormido, no muerto. Y esto no quiere decir que desee a Bastian en este instante, no de la forma en que podría parecer; sin embargo, tengo ojos en la cara y es innegable que es guapo, excesivamente guapo, y muy atractivo, porque hay bellezas a secas y bellezas completas, la de él es de las segundas. Puedo mirar, ¿no? Pues eso es lo que hago. Y no solo cuando estoy detrás del objetivo. Lo que intento explicar, aunque lo estoy haciendo fatal, es que su reflejo en el cristal del ascensor panorámico, mientras me escolta sin dejar de observarme, ha activado en mi cerebro esa parte que creí que ya no volvería del letargo. No solo es desear, es sentirse deseada. Porque Bastian puede que tenga innumerables virtudes, pero saber disimular no está dentro de esa lista, te lo aseguro.

—Hoy ha ido mejor, ¿no?

—A medias —respondo girándome, porque estamos a punto de llegar a nuestra planta y tendremos que salir de este habitáculo.

—*Mea culpa*. —Levanta la mano disculpándose. Él no se ha movido ni un milímetro, por lo que estamos otra vez de frente.

La señal acústica que precede a la abertura de la puerta nos avisa de que ya hemos llegado. Bastian sale caminando de espaldas, sin dejar de mirarme, hasta que llegamos al pasillo, entonces, se coloca a mi lado. Creo que su habitación es la contigua a la mía.

—Tendré que ser más transparente.

—Ese no es el problema, Mara. Deberíamos ser más transparentes los dos. Y para eso deberíamos conocernos. No solo mirarnos, también vernos.

Sus palabras me dejan descolocada, aun así, obligo a mis pies a llegar hasta mi habitación. Eso significa que, por fin, quiere que esto funcione.

Es una buena idea, porque yo, ante todo, necesito sentirme útil. Ahora, a ver si es capaz de dejar que acceda a lo que guarda debajo de todo ese blindaje. ¿Y yo? ¿Tendré que dejarle pasar a mis rincones? Quizá deba intentarlo.

—Me parece bien. —Tengo la lengua pastosa y las manos sudadas. Sin embargo, he pronunciado las palabras sin titubear.

Quiero que sepa que, por mi parte, no hay problema. Yo también quiero intentarlo. Saco la tarjeta del bolso y la paso por el lector, abro la puerta y la sujeto con el pie.

—¿Te apetece empezar ahora? Necesito una copa de vino y no me motiva nada beber solo. —Su propuesta me coge por sorpresa.

Estoy cansada y sigo enfadada por esa llamada que me ha dejado mal cuerpo, así que a mí también me vendría bien tomarme otra copa.

—Yo también necesito una copa. O dos.

—Tengo vino en mi habitación. —Me señala la siguiente puerta y aguarda mi respuesta.

—Está bien. Espera, voy a descalzarme y a dejar el bolso.

Me quito las sandalias y las dejo junto al bolso en mi estancia. Me llevo la tarjeta en la mano y lo sigo.

15
DAME TIEMPO

Bastian

Abro la botella de Abadía Retuerta cortesía del hotel y sirvo dos copas. En un giro inesperado de los acontecimientos, Mara está en mi habitación. Camisón negro, que los entendidos llamarán vestido, pelo suelto, ojos escondidos, labios cereza y descalza. Cojo mi copa, le acerco la suya y los dos nos quedamos con ellas en la mano, a medio camino de chocar el cristal para brindar.

—¡Salud! —Ella se adelanta.

—¡Salud!

Mara deja atrás la zona de la cama y se sienta en el diván de piel gris que está pegado a la cristalera. Me descalzo y la sigo. Me siento en un sillón, justo enfrente de ella, y apoyo la copa en el suelo. La mano con la que he pegado el golpe a la puerta me molesta, así que abro y cierro el puño, comprobando la movilidad de mis dedos. Soy imbécil, mañana volvemos a tocar y debería haber pasado de movidas. El problema es que Martiño lleva tensando la cuerda desde ayer, en la fiesta en casa de Beni. Y hoy, con el séquito de tías que se ha subido a la habitación, no he podido contenerme. Con su actitud lo único que consigue, aparte de cabrearme, es reafirmar que he tomado la mejor decisión posible para ponerle fin a esto en los mejores términos, antes de que todo estalle por los aires.

—Espera un segundo. —Se levanta y se acerca al minibar. La veo trajinar en la distancia. Regresa a mi lado y me pide que le tienda la mano—. Deberías ponerte hielo. —Ha cogido unos cubitos y los ha envuelto en una servilleta de tela blanca. Me los coloca con sumo cuidado sobre la mano, aun así, aguanto el aire en mis pulmones al sentir el frío. Duele—. Así no se te hinchará.

Se sienta de nuevo en el diván y se inclina hacia delante para comprobar que no se me mueve la servilleta. En ese instante, se le ahueca el escote del vestido, y mi mirada traviesa se desvía a ese punto, donde intuyo el borde de un sujetador negro de encaje. Espero que no piense que soy el típico tío baboso que no mira de frente, pero es que tengo ojos en la cara y ella demasiada piel al descubierto ejerciendo de imán. Después del mosqueo con el que he salido de la habitación de Martiño, porque a él las circunstancias de los demás siempre se la soplan, estar aquí, a solas con ella, es como navegar sobre una balsa en un mar en calma. ¿Lo necesitaba? Probablemente. ¿Lo hubiera imaginado? Nunca.

—¿Eres experta en golpes? —Sí, soy consciente de cómo ha sonado eso.

Levanto la vista y me quedo mirando el punto exacto de su pómulo, donde hace unos días lucía un moretón que apenas se le nota ya. Ella se yergue y cuadra los hombros, descolocada.

—No —responde seca.

—No pretendía… Vale, lo siento. Ha sonado mal. Acabas de comprobar que mi habilidad social es nula.

—Pues yo siempre te veo rodeado de… gente.

Me tenso. Precisamente, es algo de lo que huyo, aunque la mayoría de las veces sea imposible.

—Además —continúa—, el experto en darlos eres tú. —Contraataca señalando mi mano.

—Te equivocas, Mara. Odio la violencia.

—Mira, ya tenemos algo en común. Esto fue un accidente. —Se lleva el índice a la mejilla—. Creo que tú no puedes decir lo mismo.

Resoplo y le sostengo la mirada. Quizá esté esperando una explicación a mi comportamiento. Sinceramente, no me apetece hablar de eso ahora, ni remover viejos fantasmas. Por suerte, ha abandonado la habitación antes de ser testigo del bochornoso espectáculo.

—Te oí hablar por teléfono la noche que te vi por primera vez. Estaba en el vestuario mientras tú discutías con… ¿Saúl? Desde ese día, no he dejado de pensarlo. ¿Tu marido te pegó? ¿Fue él?

—¿Perdona?

—Vi tu pómulo, Mara. Sumé dos más dos.

—Pues para ser ingeniero aeronáutico…

—No terminé la carrera —la interrumpo.

—Eso solo es un matiz, ya sabemos que ahí no entra cualquiera. Vamos, que, para ser tan de ciencias, lo tuyo no son las matemáticas, Bastian —me dice, muy digna.

Si no fuera porque la conversación es demasiado seria, se me hubiera escapado una carcajada viéndola ahí, sentada, con ese cuerpo menudo y sin dejar de rebatirme.

—El golpe me lo dieron mis hijas.

—¿Cómo? —¿Hijas? No caí en que podría ser madre. El que se retira otro centímetro ahora soy yo, para tomar perspectiva. Tan cerca no puedo ver la expresión de su cara con total nitidez, y necesito analizar la información que estoy recibiendo—. Eso ha sonado bastante mal también.

—Lo sé, es que estoy un poco espesa, disculpa. No me he expresado bien. Fue un accidente, ya te lo he dicho. Estaban discutiendo entre ellas con una percha en la mano, me metí en medio para separarlas y me llevé el golpe. Fue mala suerte.

—Perdona, no quería interrogarte, pero es que el día que te conocí vi cómo…

—Colapsaba. Sí, fue un día duro. Siento que tuvieras que presenciarlo. Después, tú también te comportaste como un cretino, así que…

—Terminé de rematarlo —sentencio—. Lo siento. Pero es que hay algunas mierdas adheridas a esta profesión que no van conmigo, y suelo estar a la defensiva la mayor parte del tiempo.

Me desenvuelvo la mano y cojo la copa para beber un trago. Ella parece que relaja el gesto y también bebe.

—¿Y las drogas están incluidas en eso?

No se da cuenta, pero me está gustando mucho esta versión envalentonada de Mara. Observadora, como los primeros días, pero a la vez, valiente y curiosa. Que acabe de subir los pies al diván y la tela de su vestido haya ascendido un par de centímetros por la piel de sus muslos también me gusta, demasiado. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, siento que algo se despierta por debajo de mi cintura teniendo a una mujer delante. Sí, me estoy poniendo cachondo, no puedo decirlo de otra manera. Y es una tremenda estupidez, porque Mara no solo me acaba de hablar de su marido, sino también de sus hijas. Está demostrado que mi radar con las tías

pasó a mejor vida. Puede que ese sea uno de los principales motivos por los que llevo más de un año sin follar.

—No me molesta convivir con las drogas, si es lo que quieres saber. Todos hemos tenido veinte años. Todos hemos pasado por esa época en la que parecía que no vivíamos si no probábamos de todo. Pero ese rollo se acabó, al menos para mí. No me molesta que los demás sigan tonteando con ellas, bajo su responsabilidad y sin que afecte a las actuaciones del grupo. Si lo hacen libremente y sin coaccionar a nadie, ellos sabrán. Lo que me jode es esa barra libre delante de todo el mundo y ese punto de exhibicionismo. Eso me raya mucho. Hay cosas que es mejor hacer solo en la intimidad.

Mara bebe un trago más largo de vino después de escuchar mi argumento y sigue preguntándome.

—¿Por eso has discutido con Martiño?

—Por eso solo no. Pero tenía entendido que Jimena es la que estudió periodismo.

—Sí, yo estudié Filología Inglesa —responde sin pillar mi ironía, hasta que sonrío y entonces se da cuenta—. Perdón, no quería…

—No pasa nada. No me molestan tus preguntas, solo me sorprenden. Lo mío con Martiño va más allá. Lo de la coca hubiera sido una triste anécdota. —Lo que no puedo tolerar es lo de esas chicas, aunque me lo reservo. Lo que me extraña es que Mara no sepa nada de mí ni de mis mierdas. O quizá sí que las conozca, pero se hace la despistada, que también puede ser—. El problema de Martiño es que le encanta ser el centro de atención y no se para a pensar nunca en los que estamos a su alrededor.

—¿Esa es la razón por la que no te quedas con ellos después de los conciertos?

—Me quedo algunas veces —respondo, y ahora sí que empiezo a estar convencido de que no tiene ni idea de nada—. Pero cuando lo hago termino arrepintiéndome, como hoy. Tengo una duda…

—Bienvenido al club. —Sonríe y apura su copa—. Yo tengo miles. —Me levanto para coger la botella y servirle más vino. Cuando regreso, ella misma me acerca su copa para que se la rellene.

—Tú no nos conocías, ¿verdad?

—A ver, había escuchado alguna canción vuestra en el programa de Jimena. Pero tampoco muchas. Puede decirse que todavía voy

un poco a ciegas.

—¿Un poco? —Sonrío y me vuelvo a sentar enfrente de ella. Relleno mi copa también y, antes de llevármela a los labios, la miro a los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Tan raro te parece? ¿O es que sois mundialmente conocidos?

—No, qué va. Solo me extraña. Y no voy a caer en el chiste fácil de que igual estás más acostumbrada a escuchar las canciones, no sé, de películas de Disney. ¿*Frozen*? ¿*Coco*? —Me descojono cuando abre la boca para replicarme y le cuesta encontrar las palabras.

—Vaya, ¿esa es tu sutil manera de sacarme información? Así parece que no preguntes, ¿eh? Pues lo siento, mis hijas tienen dieciséis años, son gemelas. Me muevo más entre Bad Bunny, Quevedo, Rosalía…

¿Cómo? Eso sí que no me lo esperaba.

—¿Dieciséis? ¿Y cuándo las tuviste? ¿Con veinte?

—¿Eso ha pretendido ser un halago? O solo…

—¿Una manera sutil de saber tu edad? Puede. No, en serio, no me creo que ya tengas hijas tan mayores.

—Las tuve con veintiocho. Así que tengo…

—Cuarenta y cuatro años. —Asiente antes de llevarse la copa a los labios—. Casi ingeniero, recuerda.

No puede evitar sonreír. Ahora sí que se lo permite.

Estamos más cerca que antes. Las copas, las risas, la conversación, que cada vez fluye mejor. Tanto que podría traer su cámara ahora mismo, disparar y no me molestaría. Así de profundo he caído.

Irremediablemente, mis ojos vuelan a su boca. Quién fuera cristal para sentir su contacto. Porque, hasta bebiendo, Mara se mueve de forma grácil y pausada, transformando por completo el ambiente de esta habitación. Hay personas que se desplazan por los escenarios de la vida con decisión, como si estuvieran conquistando un territorio. En cambio, hay otras que conquistan desde la evanescencia, sin proponérselo. Mara es de estas últimas. Por eso su forma de expresarse y su lenguaje corporal me tiene rendido. A ella, a la volatilidad de su cuerpo, a esa aura en la que está envuelta, que no solo me hace respirar el peligro, sino también lo prohibido.

—¿Y tú?

—Yo… —Me pierdo ahora en el brillo de sus ojos posados sobre los míos. El vino y su olor, a jodido verano, me tienen el cerebro revenido.

—¿Cuántos años tienes?

—Cumpliré treinta y ocho en octubre —respondo, y me apoyo en el respaldo del sillón; como siga hablando a dos palmos de ella, voy a terminar empalmado. Menudo juego de palabras más tonto me ha salido, pero verídico—. ¿No nos has buscado en internet? No sé, Google te hubiera dado alguna pista.

—¿Quieres saber la verdad? Ni tan siquiera me lo he planteado. Todavía creo en que hay mejores maneras de conocerse y de conectar. Ya sabes que no soy una fotógrafa profesional, y no tengo ni idea de con qué os amenazó Jimena para que me dejarais participar en esto, pero soy una mujer adulta y responsable, y, desde que acepté formar parte del proyecto, tuve muy claro que iba a dejarme la piel en ello, aunque me supusiera un esfuerzo enorme. No me gusta que me regalen nada, Bastian. Y sí, como mi amiga sé que os dijo, soy sensible, pero eso no es sinónimo de debilidad.

—Yo tampoco creo que lo sea. Siento si te lo he puesto difícil.

—Me lo sigues poniendo. Pero no voy a dejar de intentarlo, si es lo que te preocupa. Todavía no te sientes cómodo cuando estamos solos tú y yo.

Arqueo una ceja y miro a ambos lados. Ahora estamos solos, aquí, y no he visto asomar la incomodidad por ningún sitio.

—Estamos trabajando en ello, ¿no crees?

—Digo cuando tienes el objetivo delante.

Me enderezo y me acerco a ella. No sé qué les pasa a mis dedos, pero de repente, tienen la necesidad imperiosa de tocarla.

—Dame tiempo —susurro, y cuando estoy a punto de posar mis manos sobre sus rodillas, las retiro.

—Debería irme a dormir. —Mara se estira el vestido mientras se levanta y yo, sin poder evitarlo, sonrío—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Porque me hace gracia lo a menudo que usas el verbo «deber».

—¿Yo? —Avanza hasta la puerta y la abre.

—Sí, tú. —Me apoyo en el marco mientras ella ya tiene un pie en el pasillo—. Suena a obligación, Mara. Seguro que, mientras estés con nosotros, puedes permitirte disfrutar, sin más.

—Dame tiempo.

Y así, con esta cara de idiota, que no me veo, pero que sé que tengo, le doy las buenas noches antes de cerrar la puerta.

16
CAJITA DE SORPRESAS

Mara

Sujeto la Leica con la mano derecha y doy palmadas sobre mi muslo con la izquierda. The Airband está saludando al público por tercera y última vez. La gente de La Roda no deja de corear pidiendo otra; según mis cálculos, el tema que acaban de tocar era el último bis, y, además, en cuanto se recuperen un poco del subidón nos meteremos en las furgonetas y regresaremos a Madrid. Hoy la fiesta *after show* no será aquí.

Estoy detrás del escenario, apoyada en una estructura metálica por la que no dejan de subir y bajar operarios. Jimena hace más de media hora que se ha ido al baño y no la he visto volver; puede que le haya sentado mal la tortilla que nos hemos comido antes, que, por cierto, era tipo ladrillo; no ha llegado al seis. Nada que ver con los Miguelitos de cortesía que habían dejado los de la organización, esos estaban muy buenos.

Ale es el primero que pasa delante de mí, todavía lleva las baquetas en la mano y no deja de moverlas en el aire, como si siguiera reproduciendo la última melodía en bucle en su cabeza. Soy rápida y consigo disparar cuando le tengo a un par de centímetros. Saca la lengua y me hace una reverencia antes de desviarse hacia el camerino. Beni, Mugi y Martiño son los siguientes; risas, golpes en la espalda y euforia desbordante por el espectáculo ofrecido.

—Ha estado de puta madre, golfos. —Cerrando el séquito, Bastian, con el pelo empapado en sudor, la camiseta pegada a su cuerpo como una segunda piel y una sonrisa difícil de deletrear; seguro que Jimena ya ha sido capaz de definirla con palabras en su

bloc de notas.

Si Bastian dice que ha salido bien, el resto ni lo duda. Él es el dueño del baremo que mide la normalidad de la perfección cuando se trata de música.

No puedo dejar escapar este momento. Levanto la cámara, enfoco, en una postura incómoda, semiflexionada, porque él avanza sin detenerse y no quiero que pose. Lo hago tan rápido que no me da tiempo a ajustar la velocidad de obturación; sin embargo, confío en mi instinto y disparo. Escucho el clic; ese sonido que ha pasado de crearme una ansiedad insana a convertirme en una adicta, sobre todo desde que este chico moreno de ojos de color indefinido, dependiendo de la luz, y mirada penetrante me ha dejado un leve resquicio por el que colarme.

«¿Y qué hay de ti, Mara? ¿Tú también le has dejado entrar?».

Lo justo, como él a mí.

Estoy convencida de que solo estamos en la fase de tanteo y que él no me ha mostrado ni una décima parte de lo que se guarda.

Los sigo hasta el camerino, pero una vez más, Bastian no entra con el resto y se aleja por el pasillo.

Cuando entro, busco a mi amiga entre todos estos cuerpos. Está sentada en una silla, con las piernas encima del asiento, hecha un ovillo. Max hoy no ha venido, así que es Ismael el encargado de hacer el rondo para girar con toda la *crew*. Aroa, a mi lado, lo graba con su móvil. Y Olfo prepara una pequeña nota de prensa para enviar a los medios.

—¿Estás bien? ¿Te ha sentado mal la tortilla? —Jimena me mira con ojos tristones, no tiene buena cara.

—Me acaba de bajar la regla, después de dos meses sin ella, y me duele todo el cuerpo.

—Pobre. No te preocupes, enseguida llegamos a Madrid.

—Solo quiero meterme en mi cama y no salir hasta que me encuentre mejor. Por cierto, ¿en qué lista dices que hay que apuntarse para que me la quiten?

—No seas burra, Jimena.

—A ver, es una tontería sufrir así sin motivo. A mí ya se me pasó el arroz, como dice la amargada de mi tía Carmen. Que la expresión es horrenda, lo sé, pero un poco de razón tiene. Si no sentí el instinto maternal con treinta, imagínate con cuarenta y cinco.

—Pero tiene otros beneficios, amiga. Mira —le rozo la mejilla— qué piel más maravillosa tienes.

—Eso es una falacia, listilla. Lo mío es genética. Mira la tuya, cabrona, también está estupenda. Ahora, te voy a decir una cosa, tiene mucha más luminosidad que hace una semana, eso es impepinable.

—Impepinable, ¿eh? —Niego con la cabeza.

Mi amiga no deja de repetirme, cada vez que amanezco a su lado, que tengo mucha mejor cara que cuando llegué a su casa. Y puede que no le falte razón, pero solo porque este ritmo de vida, aunque sea más nocturno, no tiene nada que ver con el que llevo a diario y me permite levantarme sin prisas.

—O *Bastianable*.

—Por favor, Jimena. ¿Qué tienes, quince años? —Miro a mi alrededor, por si alguien la ha oído. Aquí dentro hay más de veinte personas, pero nadie nos está prestando atención, afortunadamente.

Mi amiga completa su teoría sobre lo mucho que ha mejorado mi aspecto, achacándoles el mérito a las horas que paso a solas con Bastian, que son pocas, pero de muy buena calidad, según ella. Lo cierto es que compartir vino y conversación con él en su habitación hace dos noches fue, en cierto modo, un punto de inflexión para ambos. Me ha permitido coger confianza y comprender que hay parcelas que él necesita controlar. Ya no me escondo, soy directa, pregunto y hasta respondo, empiezo a sentirme menos fuera de lugar, en parte porque él también ha dejado de recibirme con el cuchillo afilado entre los dientes. Espero que no sea solo un espejismo, porque me he apostado conmigo misma que llegaré hasta el final.

—¡Quiero irme a mi casa! —lloriquea, y me hace gracia verla así de tiernecita. Pensé que nada ni nadie doblegaba a mi amiga, pero es humana.

—Espera, que voy a meter prisa a Mugi.

La dejo en la silla, como si la hubieran pegado al asiento, y voy en busca del guitarrista para preguntarle si falta mucho para irnos.

—¿Y Bastian? —me pregunta él en cuanto me ve.

—Se ha ido a…

—Ya. —Sabe dónde está—. Pues necesito salir cuanto antes, porque me voy del tirón a Donosti esta noche y os tengo que dejar

en casa.

—Jimena está pachucha, también quiere irse pronto.

—Vale, pues entonces toma. —Se gira y me tiende una camiseta blanca limpia y el móvil de Bastian—. Llévaselo y dile que os esperamos en la furgoneta. Así no le hará falta pasar por aquí, ya me despido yo de estos.

—¿Yo? ¿No prefieres ir tú? Jimena y yo os podemos esperar afuera.

—¿Eso que huelo es miedo? —me vacila husmeando a mi alrededor—. Vamos, Mara, no seas modesta, pensé que eras consciente de que la puerta ya te la ha abierto.

No puedo replicar, porque se escabulle entre el grupo y va a darle a Jimena la buena nueva. Me cuelgo mi bolso del brazo izquierdo y me cruzo la cinta de la cámara por el pecho para salir en busca de Bastian y darle su ropa y su teléfono, que me vibra en la mano mientras le entran unos cuantos wasaps. No es que quiera cotillear, pero la pantalla se ilumina y leo el nombre de Cloe. ¿Será su novia? ¿Su mujer? ¿Su hermana? Salir de dudas sería fácil, solo tengo que entrar en Google.

Paso. No me va lo fácil.

Tony, el jefe de seguridad, está cerca de una puerta azul, a unos cincuenta metros, así que me dirijo hasta allí a ver si tengo suerte. Cuando me ve, asiente con la cabeza mientras se aleja tocándose el pinganillo de la oreja. La puerta está entreabierta, como de costumbre. Bastian tiene un problema con encerrarse en sitios pequeños, no hay que ser psicóloga para saberlo. Aunque debería preguntárselo para confirmarlo y no hacer suposiciones, como hizo él conmigo.

Antes de entrar, miro a través del hueco que queda entre el marco y la puerta. No me gustaría invadir su intimidad, como ya hice una vez, ni violentarlo. Está sin camiseta, igual que la noche que lo conocí. Y, siendo sincera, ese pecho y ese abdomen se están empezando a aparecer en mis sueños. Me desconcierta que no haya tinta sobre esos centímetros cuadrados de piel, al igual que me desequilibra ser consciente de que cuando me meto en la cama, después de haber compartido tiempo con él, pienso en eso. Bastian está delante de la pila del lavabo, sujetándola, enfrente del espejo. Desde aquí me doy cuenta de que tiene los ojos cerrados, por lo que

no sabe que lo estoy observando. Me siento un poco *voyeur* en este momento. Sin abrir los párpados, se lleva la muñeca a la boca y pega sus labios al pañuelo negro y blanco que la envuelve. Pasa unos segundos así, concentrado, hasta que, de repente, abre los ojos y se mira en el espejo. Empieza a quitarse la tela de la muñeca, con movimientos lentos, como si tuviera miedo de que se rompiera. Podría entornar un centímetro más la puerta, apuntar y disparar, pero por hoy, ha sido suficiente. Bastian dobla el pañuelo y se lo guarda en el bolsillo del vaquero. Cuando se inclina para abrir el grifo, en vez de agachar la cabeza, la levanta y me ve. O me intuye, porque la rendija por la que me asomo es bastante pequeña. Me tenso. No me gustaría desandar todo el camino que hemos recorrido hasta llegar aquí, y menos que él volviera a sentirse vulnerable en mi presencia. Así que, sin titubear, o al menos disimulándolo, abro la puerta del todo y voy directa al grano.

—Toma, me ha dado esto Mugi para ti.

Si se sorprende al verme, no lo demuestra. Es más, cuando sus ojos se posan en los míos, la curvatura de sus labios se hace más grande. Cuando se ríe así, de manera tan natural, me provoca un escalofrío de… ¿placer? «De placer, Mara». Uno que recorre a toda velocidad las autovías de mis terminaciones nerviosas. Bastian se da cuenta de esto, inevitablemente, y entonces la punta de su lengua humedece su labio inferior mientras desliza sus pies, como si estuviera bailando un vals, para llegar hasta mi posición y alcanzar lo que le tiendo. El maldito estímulo no se detiene ahí, no, porque las yemas de sus dedos rozan el dorso de mi mano en una caricia juguetona. Porque eso es lo que está haciendo, ¿verdad? Jugar. Vanagloriarse de no necesitar hacer el mínimo esfuerzo para despertar en mí el deseo de querer seguir mirando. Solo mirar.

Retiro la mano con ímpetu, aunque es impostado, porque mi mente y mi cuerpo están más próximos a la textura de la mantequilla que a la del acero frío.

—Tienes un problema con el contacto, Mara.

Se mete el móvil en el bolsillo trasero y se empieza a poner la camiseta, a dos pasos de mí. Las venas de su cuello, su pecho definido, sus brazos fuertes salpicados de tinta, su estómago ondulado en seis porciones y la fina línea de vello oscuro que se pierde en dirección sur… ¿Por qué lleva dos botones del vaquero

sin abrochar? ¿Es una nueva moda?

«Mara, ¿te estás escuchando?».

Sí, ese es el problema, que me escucho y me silencio. Y me escucho otra vez, porque hay voces interiores que aúllan, que se cuelan entre las costillas, a las que es muy difícil ignorar.

—Y tú con las puertas —espeto.

Me ha salido del alma.

—Hostias. Cada vez me estimula más este tipo de comunicación que practicamos. Quizá podamos trabajar juntos en nuestras taras también. —Me vacila, y, encima, ahora se ríe a mandíbula batiente de mí, supongo—. ¿Quién empieza primero?

—No tenemos tiempo para la terapia. Mugi y Jimena quieren marcharse cuanto antes. Nos están esperando en la furgoneta. —Me giro para salir por la puerta y él me sigue.

Tres minutos después, estamos tomando asiento, él delante y yo detrás.

—Venga, que se nos va la vida. —Se queja su amigo.

—¿Qué pasa? ¿Tienes prisa? Si Amaia te va a esperar despierta a la hora que llegues.

—Aviso. La que me voy a dormir soy yo. —Jimena se descalza y sube los pies al asiento, después se inclina y apoya la cabeza sobre mis muslos. En esa postura de poco le sirve el cinturón de seguridad—. Me acabo de tomar tres chupitos de *whisky* seguidos y un Enantyum.

—¿No lo dirás en serio? —Me alarmo porque eso es un cóctel explosivo hasta para ella.

—De los chupitos he sido testigo. —Nos confirma Mugi.

—Ya te vale. Anda, duerme un poco.

—¿Que te ha sentado mal la tortilla? —pregunta Bastian—. Porque de momento es la peor, con diferencia. Si la dejabas caer al suelo, rebotaba.

—No, los ovarios. Esos hijos de perra son los que me sientan como el culo.

—Tranquila, con lo que te has tomado se te pasará enseguida. —Trato de animarla.

—Pues a Amaia, cuando está con la regla, le encanta hacerlo, dice que le alivia las molestias, así que lo tienes fácil. ¿Te dejo en casa de Max?

—Pero ¡qué coño! No necesitábamos conocer esa información. —Replica Bastian con tono de indignado.

—¿Dónde está el problema? Es algo natural, a no ser que seas escrupuloso. Y, vamos, que te conozco y nunca lo has sido, primo. No creo que hayas cambiado tanto…

—Raúl Múgica, conduce. —Le ordena.

Me hace gracia oír a Bastian llamándole por su nombre completo en una clara señal de advertencia para que no siga con el tema.

—Yo solo estaba dándole ideas a Jime. Aquí todos somos adultos y follamos. Ah, espera, que tú no.

—Ella tampoco. —Suelta Jimena.

¿Puedo estrangularla ya?

—Estás tan guapa dormida… —mascullo mientras Bastian y Mugi tienen una conversación silenciosa en la que me encantaría participar.

—Guapa y drogada. —Replica mi amiga—. Por eso no veo factible un polvo rápido y sangriento en la ducha con Max.

—Joder… —Nos sale a los tres a la vez, porque no necesitábamos que fuera tan gráfica.

Por suerte, ella se calla, y Bastian cambia de tema. Le propone a su amigo quedarse a dormir con él y no conducir más horas hoy.

—No empieces, Bastian. Sabes que no me supone ningún problema conducir de noche.

—Yo no podría hacerlo del tirón —les confieso.

—No son tantos kilómetros, estoy acostumbrado.

—Y es un cabezón, por si no te habías dado cuenta. —Bastian se gira y me mira para reafirmarlo.

—Deja de preocuparte, que te conozco. Si tanto miedo tienes de que me pase algo, ven conmigo, así me das palique. Sabes que, tarde o temprano, tendrás que verlos. Además, Ciro no deja de preguntar por ti. Me lo ha dicho Amaia.

Ahora, Ciro. Antes, Cloe. ¿Serán su familia?

Bastian se revuelve incómodo en el asiento y oigo sus bufidos desde aquí.

—No voy a ir, Mugi. Ahora no. —Sentencia, frío, y se gira para mirar por la ventanilla.

—Está bien, pero si Mario estuviera aquí, querría…

—No me jodas. ¿Tú ves a mi hermano aquí? ¿O es que ahora tienes el superpoder de ver a los muertos? —El tono de voz de Bastian nos ha silenciado, incluso ha hecho que Jimena dé un pequeño bote. Le paso la mano por la melena y la tranquilizo.

Mi mente empieza a encajar algunas piezas. Ha dicho hermano, y, por lo que acaba de mencionar, está muerto. Me quedo callada, procesando la información y metiéndome en la piel de Bastian por un minuto. Patricia y yo no somos las mejores hermanas del mundo, pero no me puedo imaginar mi vida sin ella.

La rabia, la pena o los recuerdos le invaden. Se inclina hacia delante en el asiento y se sujeta la cabeza con las manos. Podría decirle que lo siento muchísimo, que lamento su pérdida, sin embargo, ninguna frase que pueda salir de mis labios en este preciso instante mitigará su dolor. Así que me callo.

—¿Estás bien? ¿Quieres que pare? —Su respiración arrítmica ha preocupado a Mugi y a mí, porque, aunque no tenemos la suficiente confianza, me encantaría abrazarlo. Su amigo me ha leído el pensamiento, porque lleva su mano derecha hasta el hombro de Bastian y lo consuela.

—No, no hace falta.

—Bastian, si lo necesitas, dímelo.

—Que no. Perdóname, no quería ponerme así. Pero es que hay momentos en los que es jodidísimo recordarle.

—No pasa nada. —Mugi lleva su mano hasta su rodilla y se la aprieta. Bastian apoya la espalda de nuevo en el asiento y cubre la mano de su amigo con la suya.

Complicidad. Amistad. Empatía. Una combinación mágica, difícil de conseguir, y más difícil de conservar. Desvío la mirada hacia el peso muerto que descansa sobre mí y siento que… Nada, que se me ha debido de meter algo en el ojo.

—Discúlpanos, Mara. Al final, entre los tres, te vamos a dar el viaje. —Bastian, aparentemente recompuesto, me incluye en la conversación—. Venga, te toca elegir tema, o álbum, porque tenemos para un rato.

—¿A mí?

—Sí. Y, por favor, que no me entren ganas de dormirme, que estoy al volante. —Me azuza Mugi.

—Uf, qué responsabilidad.

—Vamos, sin miedo. ¿Rosalía? ¿Bad Bunny? —Bastian, con mucho mejor humor que hace un rato, me vacila, recordando nuestra conversación sobre los gustos musicales de mis hijas.

—Pero qué dices, mamón. Eso en mi furgo no suena ni de coña.

—Dejadme pensar… —les pido—. Es que ahora solo me vienen a la cabeza canciones más viejas que mis recuerdos.

—Oh, mira. Una nostálgica como tú. —Comenta su amigo—. Venga, lo que sea. Español. Inglés. *Indie*. *Rock*. Con tal de que no me haga bostezar…

—*She*, de Green Day. Y luego puedes dejar que suene todo su álbum *Dookie*.

—No me jodas. No, no puede ser… —Mugi sujeta el volante mientras niega con la cabeza.

—¿Qué? No los conocéis, claro. A ver, es lógico, vosotros todavía teníais dientes de leche cuando lo publicaron.

—Cuánta maldad, señorita. O señora…

—Si vuelves a decir señora, te pido a Daddy Yankee —lo amenazo.

—Señorita, entonces. Sí, sí lo conocemos. Mario estuvo obsesionado con ese álbum un tiempo, rayó hasta el CD. En casa de los Arza hubo una época en que no sonaba otra cosa, tanto que ese tema lo interpretó mi amigo en la función de Navidad del instituto. Yo lo acompañé con mi guitarra.

—Vaya, lo siento, no sabía que…

Acabo de meter la pata hasta el fondo, y mira que era difícil, y más remontándome a una canción que tiene treinta años. Pues ya ves, si Jimena estuviera despierta, ya habría soltado alguna teoría sobre las casualidades.

—Está bien, no pasa nada. Me parece una gran elección. Además, hace siglos que no la escuchamos.

—Pues dale. —Le anima Mugi.

Bastian coge el móvil de su amigo y enseguida empiezan a sonar los primeros acordes de la canción.

Ellos sonríen como dos críos, recordando aquellos buenos momentos, igual que hago yo. Dieciséis años, los mismos que mis hijas tienen ahora; me parece increíble. El mítico Japan, en la calle Gándara. Cantar el estribillo hasta desgañitarme subida en aquellos asientos, siempre rodeada, y también, para qué negarlo, siempre

observada, porque nunca me faltó atención. Memorias de aquella Mara que un día fui.

—Cajita de sorpresas, Mara —sisea Bastian, y sus palabras vuelven a tener el mismo efecto que antes sobre mí, desajustándolo todo.

17
OTRO TREN

Mara

Entro en la habitación de Jimena solo para comprobar que sigue respirando. Desde que conseguí meterla en la cama anoche, no se ha movido todavía. Miento, lo ha hecho, un par de veces, para arrastrarse hasta el baño. Estaba tan exhausta que le dejé la cama para ella sola y he dormido en el sofá. La mezcla de *whisky* y pastillas le anestesió algo más que los ovarios.

—Jime, ¿estás viva?

—Creo que he muerto y estoy en el cielo, paseando en bolas entre las nubes. Con los más grandes: Elvis, Dylan, Michael, Aretha, Kurt… La única que está desnuda soy yo. ¿Significará algo?

Me río, es imposible no hacerlo. Solo ella y su colocón podrían dibujar un escenario celestial tan peculiar.

—No vuelvas a mezclar alcohol y medicamentos, ¿vale?

—Vaaale. ¿Qué hora es?

—Más de las tres. Podemos pedir algo de comida, porque la nevera está vacía. O, si lo prefieres, voy a comprar algunas provisiones, para no morir de inanición hasta que nos vayamos el martes.

—Tienes que usar frases más cortas, Mara. Me he perdido en la hora.

—Anda, vete a la ducha. Será mejor que pida unas *pizza*, que es lo que estás deseando comer, y ya vemos luego qué hacemos.

—¡Te quiero, amiga!

—Yo también a ti.

Se acomoda la almohada debajo de la cabeza y ve que el otro lado de la cama está intacto.

—No me digas que has hecho la mitad de la cama…

—No, mis manías con el orden no llegan tan lejos. He dormido en el sofá.

—¿Y eso?

—No quería perturbar tu sueño reparador. Estabas agotada y necesitabas tu espacio.

—Estás fatal. Tú sigue poniéndote siempre por detrás de los demás, que así te va.

—Vaya, ya veo que estás mucho más espabilada.

—¿Tú crees que llegando como llegué me hubiera enterado de algo? Podríais haber dormido tú y Bastian conmigo y no me hubiera inmutado. El sofá te habrá machacado la espalda.

—Es bastante cómodo, tranquila. Y, ¿en qué universo paralelo iba a producirse esa combinación? La de Bastian conmigo en una cama, digo. ¿O es que también lo has soñado?

—Suave, amiga. —Se apoya en el cabecero—. Ahora no vayas de remilgada conmigo, que ya has dormido en su cama. No sería tan raro. Además, ¿no te ayudó a meterme en la cama?

Vaya, no tiene tantas lagunas mentales como pensaba.

—Sí, me ayudó a sacarte de la furgoneta y a subirte a casa. Te tumbamos en la cama y, después, lo acompañé hasta la puerta. Le di las gracias y se marchó. Esa fue la secuencia de los hechos. Y sí, he dormido una vez en su cama, sin él. Eso dista bastante de tu afirmación.

—Date tiempo. —Abro mucho los ojos porque parece que me haya robado las palabras. La observo mostrando mi ¿desinterés por Bastian? Pelo enmarañado, restos de máscara de pestañas y tez pálida, pero con una mirada mucho más viva que antes—. A ver si te crees que estoy ciega. Veo cómo os miráis desde que habéis limado asperezas. ¿Lo puedo decir así?

—Más o menos.

—Algo ha cambiado, Mara. Bastian está anclado en un celibato autoimpuesto que dura más de lo que Mugi y yo apostamos. —Otra vez con la misma cantinela. El guitarrista y ella no paran de repetirlo, como si ese dato fuera de especial interés para el mundo. ¿O solo para mí? No, ¿a mí por qué va a importarme?—. Y, por primera vez desde que tocó fondo, lo veo mirar a una tía así.

—¿La tía soy yo?

—Por edad, sí. Olvídate de ser la sobrina.

—Idiota.

—Venga, Mara. —Se inclina y me abraza—. Mirar es lícito. Y Bastian tendrá sus taras, como todos. Vale, él quizá más, que para eso es un puto cantante *indie* atormentado, sin embargo, ser desagradable a la vista no es una de ellas.

—No me había fijado. —Miento como una bellaca, pero a ella no la engaño.

—Ya, yo tampoco. —Aparta la sábana y se levanta—. También está permitido tocar, si es lo que te nace. Somos muy mayores para reprimirnos. Y no estoy hablando de lealtad, fidelidad y demás juramentos que se sellan bajo rúbrica junto con el intercambio de anillos, que, por cierto, tú no llevas. Pero estamos en el siglo XXI, y sabes que no soy partidaria de seguir las líneas rectas. Por eso, aquí y ahora, la única deshonra sería no ser franca contigo misma, ¿no crees?

Ahora. A las tres y media de este sábado, no sé lo que creo. No tengo ni la más remota idea de lo que realmente siento. No dejo de pensar en Saúl y, a la vez, me olvido de él con pasmosa velocidad en cuanto me despierto en una cama diferente y pongo el foco en mí. No dejo de imaginarme regresando a casa y, al mismo tiempo, subiendo a trenes y aviones que me lleven más lejos aún. Como si me resultara imposible evocar el futuro. No dejo de analizar en qué punto estoy, y en qué punto quiero estar. No tengo claro si quiero pausa o tan solo rebobinar. Y las dudas, lejos de resolverse, se hacen bola en la boca de mi estómago. Me planteo problemas que todavía no soy capaz de solucionar, aunque mi cuerpo se empeñe en gritarme las respuestas. ¿Acaso mirar y tocar no son dos verbos con parecido cometido? En mi caso, solo los distancia una barrera mental, una limitación adherida a mi línea de vida, que separa las dos acciones. Como una baliza con luces de emergencia en mitad de una carretera que te obliga a cambiar de dirección, porque por ahí no puedes continuar, por ahí, no. El deseo se puede esconder tras las retinas, pero ¿hasta cuándo?

Tengo la grandísima suerte de que mi móvil suena en el salón en este instante y me salva de verme obligada a responder a Jimena y a mí misma.

—Es el mío. —Señalo en esa dirección—. Dúchate y pido la

comida, venga.

Cuando lo cojo, la llamada se corta. Era Elba, así que marco para hablar con ella.

—Mamá… —No me ve, pero acabo de sonreír. Va a ser verdad eso de que la distancia nos está sentando bien.

—Hola, cariño.

—Espera, te pongo en altavoz y así habla también Carla.

—Hola, mamá.

—Hola, nenas. ¿Qué tal?

—Bien.

—Te hemos visto en la tele. —Apunta Carla.

—¿A mí?

—Bueno, a ti no, salió lo del concierto de Valencia y hablaron de la gira del grupo. Todavía no me puedo creer que estés ahí con ellos. Nuestras amigas flipan, sobre todo Belén, que no termina de creérselo. Había muchísima peña, ¿no?

—Sí. Dependiendo de la ciudad, los conciertos tienen más o menos público —les aclaro.

—¿Y el cantante? —pregunta Elba, e inconscientemente me muerdo el labio.

—¿Qué le pasa al cantante? —inquiero, aunque sé por dónde pueden venir los tiros.

—Vamos, mamá, qué le va a pasar, que está buenísimo. No lo conocía y no sé por qué. ¿Has visto qué ojos tiene? —Claro, cada día—. La música que hacen me sigue pareciendo lo peor, sin embargo, él está tremendo.

Tremendo. Bonita forma de definir a Bastian. Aunque será mejor que no les dé mi opinión al respecto.

—¿Y cómo estáis vosotras? ¿Todo bien?

—Bueno…

—¿Qué ha pasado? —Me siento en el sofá y me preparo para escuchar sus problemas. Espero que no estén siendo tan cariñosas porque hayan liado alguna.

—Nada. Hoy tenemos la fiesta en casa de Mencía, en Loredo, ya sabes, esa que organiza todos los veranos y que nadie quiere perderse. —A Carla le encanta adornar los momentos trascendentales, sobre todo los de ellas—. Pensábamos quedarnos a dormir allí con Belén y las del equipo, pero la tía Patri ha dicho que

no nos da permiso y que ella nos va a buscar a las dos y media como muy tarde.

—¿Y papá? —Es lo primero que se me viene a la cabeza. No entiendo que sea mi hermana la que imponga las normas y no él.

—Papá se ha ido. —Comenta Elba.

—A Saint Andrews. Con Sergio y no sé quién más —añade Carla—. No vuelve hasta el lunes.

Silencio. El mío. Sepulcral. A no ser que puedan escuchar los engranajes de mi cabeza. ¿Se va así? ¿Sin decírmelo? No sé de qué me sorprendo, Saúl es muy de pagar con la misma moneda. Intentará justificarlo, pero su marcha y la mía no pueden medirse con el mismo rasero.

—Pensábamos que te había llamado para decírtelo.

—No, no lo ha hecho, pero no pasa nada. ¿Queréis que vaya? Si cojo el tren a las siete, llego sobre las once de la noche.

—No, no hace falta. La tía sigue quedándose aquí, no estamos solas, lo que pasa es que no sé por qué se pone tan pesada con nosotras. Desde que se marchó ayer papá, está insoportable, todo el día dándonos órdenes.

—A ver, ella solo se preocupa por vosotras. —Trato de suavizarlo. Sin embargo, me cuesta entender que nadie me haya avisado de esto—. Si queréis, puedo ir a pasar el fin de semana con vosotras, porque hasta el martes no volamos a Mallorca.

—Que no, mamá. Estamos bien. No hace falta que vengas para dos días —me dice Elba—. Además, nosotras el lunes nos vamos con Belén a su pueblo toda la semana, eso ya te lo habíamos dicho.

—Sí, lo sé. Entonces, dejadme hablar con vuestra tía primero. Y después hablaré con la madre de Mencía para asegurarme. ¿Está la tía ahí?

—No, se ha ido a casa de los abuelos hace un rato. —Me informa Carla.

—Y, mamá, no te estamos mintiendo… —protesta Elba—. Ya sabes que Mencía celebra esa fiesta cada verano, van a ir todos y no podemos perdérnosla. Ni tampoco irnos las primeras como si tuviéramos doce años.

—Confío en vosotras —afirmo y sonrío aunque no me estén viendo; hacía tiempo que no me contaban sus cosas—. Pero como no estoy ahí, prefiero hablar con su madre para que no haya

problemas. Intentaré llamar a Patri también y os digo algo.

—OK —responden al unísono.

—Divertíos en la fiesta, pero con cabeza, ¿entendido?

—Que sííí.

—Ya sabes que controlamos, Mara. —Carla da la cara por las dos cuando necesitan ser uña y carne. ¿He vuelto a ser Mara? ¿Solo por preocuparme? En fin.

Cuelgo y Jimena aparece con mucho mejor aspecto.

—¿Ya has pedido la comida?

—Todavía no.

—¿Problemas en casa?

—Algunos. Ahora te cuento. Pide lo que quieras, que yo tengo que hacer un par de llamadas.

—Sí, tranquila. He hablado con Salvador, le podemos llevar los carretes esta tarde a su casa para que los revele.

—Perfecto.

Jimena prefiere que su amigo, que fue fotógrafo de prensa durante muchos años y está jubilado, se encargue de revelar las fotografías. Me muero de ganas de ver cómo han quedado, aunque, también, estoy nerviosa. Inmortalizar momentos irrepetibles acarrea mucha presión, y no estoy segura de haber pillado el punto a la Leica al cien por cien.

Primero llamo a mi hermana, para que me dé su versión, no vaya a ser que mis hijas la estén desvirtuando, ya sabemos lo manipuladoras que son cuando les interesa. Pero no me lo coge. Así que llamo a la madre de su amiga, que me confirma que esta noche es la fiesta y que se pueden quedar a dormir sin problema. Además, me dice que el domingo ya las acerca ella a casa.

Le mando un mensaje a Patricia para informarla.

> Mara
>
> Me han llamado las niñas. Ya he hablado con la madre de Mencía y se van a quedar allí a dormir. El domingo las acercan a casa, así que no tienes de qué preocuparte y puedes disfrutar del sábado.

No espero a ver si lo lee. En el fondo, me he alegrado de que no me lo cogiera, porque, aunque no quiero ponerme borde con ella, no acabo de entender su comportamiento. Llamo a las niñas para contárselo y las dos me dan las gracias. He vuelto a ser la madre «molona». Con quien sí tengo que hablar es con Saúl. Aunque me vea obligada a llamarle cada cinco minutos hasta que me lo coja. Lo haré más tarde, porque acaba de tocar el pizzero al timbre. Mientras nos comemos las *pizza*, se lo cuento todo a Jimena. Alucina con la actitud de Saúl, tan de pataleta de niño pequeño, pero lo que más le sorprende es cómo se está comportando mi hermana. Yo también le confieso que cada día que pasa me parece conocerla menos.

—Está amargada y quiere amargar a los demás. —Apunta Jimena—. Debería estar de tu parte, sin preguntar.

—No sé qué es lo que le pasa, parece que solo busca motivos para enfrentarse a mí. Menos mal que se había instalado en mi casa para «ayudar». —Dibujo las comillas.

—Pues menuda ayuda —sisea Jimena.

Después de recoger los restos de la comida, nos tiramos un rato en el sofá. A ella le vuelven los dolores y se toma otra pastilla; esta vez no la mezcla con alcohol. Yo llamo a Saúl por primera vez. Si han jugado por la mañana al golf, ya estarán de sobremesa. Como era de esperar, no me lo coge. Necesito despejarme, así que le digo a Jimena que me dé la dirección del fotógrafo para llevarle los carretes, así ella puede dormirse un rato.

—¿Te da igual ir sola?

—Sí, tú descansa. A ver si para mañana ya estás mejor.

—Eso espero. Ahora le digo que vas a ir tú. Recálcale que las necesitamos para el lunes.

Me da la dirección y me explica el camino más corto para llegar. De paso, me recuerda que tengo que comprarme un bikini o un bañador para meter en la maleta, porque en Mallorca lo voy a necesitar. Guardo los carretes en mi bolso y, antes de salir, le doy un beso en la frente a mi amiga, como una buena madre, y la dejo hecha un ovillo en el sofá.

Jimena vive en un piso cerca de Ópera, así que, a pocos metros, tengo la calle Arenal, llena de tiendas. Hace mucho calor y no estoy acostumbrada a estas temperaturas tan altas y secas, por lo que me tomo el paseo con calma. Entro en las tiendas, agradeciendo el frío

del aire acondicionado, e intento no pensar en Saúl, aunque es imposible. Vuelvo a llamarlo, pero sigue sin responder. Continúo caminando hasta la Puerta del Sol y, después, subo por la calle Preciados hasta llegar a Gran Vía. Cada quince minutos, más o menos, lo llamo, sin éxito.

Entro en un par de tiendas más y me pruebo unos cuantos bikinis sin estampado. Al final, acabo comprando un bañador negro, con un escote bastante pronunciado en pico, y un bikini verde botella; de esos que la parte de arriba solo tiene un tirante ancho y con braguita de cintura alta; me gusta tapar las dos pequeñas cicatrices que me quedaron de la operación.

Cuando llego al portal del fotógrafo, leo un mensaje de mi amiga.

Jime

Acaba de llegar Max, igual sigo el consejo de Mugi y me vuelvo a duchar. Antes de subir, llama.

Me río sola, en mitad de la calle. Pues sí que está enganchada. Llamo a Saúl antes de subir, esta vez me da la sensación de que lo coge, aunque solo se oye ruido. Cuelgo, porque Salvador me acaba de abrir, pero le escribo.

Mara

Llámame dentro de veinte minutos. Es urgente.

El amigo de Jimena recoge los carretes y me hace un millón de preguntas sobre la Leica; se nota que sigue amando su profesión. A los veinte minutos, no recibo ninguna llamada. Ni a los treinta. Ni a los cuarenta, que es cuando salgo a la calle de nuevo.

Miro el móvil y veo que ha leído el mensaje y que, además, aparece en línea.

Un tono. Dos tonos. Tres. Otra vez el ruido.

—Saúl. Saúl… —Empiezo a bajar por Fuencarral de nuevo.

Pasan unos segundos y el ruido desaparece.

—¿Qué se está quemando?

No me lo puedo creer. Quemada estoy yo, aunque él no lo sepa. No habla conmigo desde que mi hermana le incluyó en nuestra conversación para encontrar el resguardo de la tintorería y ¿eso es todo lo que va a decirme?

—Te he llamado más de quince veces.

—Lo he visto, ciego no estoy.

—Permíteme que lo dude —mascullo. No sé si me ha escuchado porque oigo a Sergio gritar por detrás.

—Pide tres *gin-tonics* más. Pero a la otra camarera, que tiene mejor culo y te hace ojitos.

Fantástico. No sé si su amigo lo ha dicho porque sabe que está hablando conmigo. O porque es verdad. La cuestión es que, si su intención era que lo escuchara… en fin, muy maduro todo.

—Ahora se los pido —responde él—. ¿Qué quieres, Mara?

—No lo sé, quizá que me hubieras contado que te ibas a Escocia este fin de semana. Estoy libre en Madrid, podría haber cogido un tren para estar con las niñas mientras tanto.

—¿Y por qué iba a tener que avisarte? ¿Me dijiste tú a mí que te largabas?

Aquí está, su ojo por ojo.

—No, Saúl. Tranquilo, lo capto. Lo que pasa es que yo dejé a las niñas contigo y tú las has dejado con mi hermana. Podrías haberme informado. Y si tanto te molesta escuchar mi voz, haberme mandado un mensaje, habría sido suficiente.

—Claro, como haces tú, ¿no? La foto diaria. ¿Hoy qué toca? ¿La Cibeles? No te preocupes, cuando cuelgue, te mando yo una del famoso puente del hoyo dieciocho.

—Saúl, te estás pasando.

—¿Y tú? Porque la milonga esa de que estás trabajando con Jimena no se la cree nadie. Solo las niñas, que son unas ingenuas. Me da hasta vergüenza decir dónde estás cuando me pregunta la gente.

—¿Vergüenza? No hago nada ilícito. Es más, estoy empezando a sentirme bastante orgullosa de mi trabajo en este proyecto. Hacía

tiempo que no tenía tanta confianza en mí misma. Y, la verdad, tampoco le importa a nadie dónde estoy. Si no lo entiendes es tu problema, no pienso volver a explicártelo.

—¿No? Pues aclárame entonces lo que estás gastando. Ciento cinco euros en tiendas de lencería y ropa. Setenta euros de un restaurante en Granada. Ochenta y cinco en uno en Valencia por la mañana y sesenta en otro por la noche. Cuarenta en Albacete. Treinta y cinco que llevas en estaciones de servicio. Y setenta y cinco esta misma tarde, en una tienda de ropa interior, otra vez. ¿Qué pasa, Mara? ¿Vas perdiendo las bragas?

Me detengo de golpe, en mitad de la calle. Lo hago de manera tan brusca que una chica que venía detrás de mí casi se choca conmigo. Le pido disculpas. Esto es lo último que me esperaba de él.

—¿Cómo? ¿Ahora me fiscalizas los gastos? ¿En serio, Saúl? ¿Has mirado los movimientos de mi tarjeta? Esto es alucinante.

—¿Y qué pretendes? Te pregunté si habías aceptado trabajar porque querías más dinero. ¿Te acuerdas? Y me dijiste que no. Lo que no me contaste es que tus vacaciones me iban a costar pasta a mí. Me cuentas películas y, como no me las creo, busco la verdad. Eso es lo único que he hecho.

—Pero ¿qué verdad? No me he ido de vacaciones y tú no me estás pagando nada, porque en esa cuenta no solo ingresas tú. —Su risa pesada al otro lado me enciende—. La única verdad que hay aquí es la que tú no quieres ver. Y esa verdad somos nosotros, Saúl. Tú y yo. Tú y yo como pareja no estamos funcionando. Desde hace meses. ¿Has pensado en eso?

—No funcionamos porque tú no quieres. Llevas meses inventándote problemas donde no los hay. Y, ahora, para colmo, me mientes. Debes de ser la única que cuando hace un trabajo, en vez de ingresar, gasta.

Bufo. Es un sinsentido, todo.

—Esto es absurdo. —Me cabreo tanto que me pongo roja como un tomate; no me veo la cara, pero me noto el calor en las mejillas—. Jimena ha dicho que me pagará cuando terminemos, y sabes que lo hará. Es mi amiga, Saúl. Viajamos juntas, con todos los gastos pagados. Si me apetece invitarla a comer o a cenar, lo hago y punto. Nunca he tenido que darte explicaciones, no sé por qué, de

repente, sí.

La rabia se me atasca en la garganta, en esa cuenta también está lo que gano yo y Saúl lo sabe.

—Venga, esos *gin-tonics*, que estamos secos —insiste Sergio.

—Voy… —Se apresura a decir Saúl—. No soy idiota, Mara, y me estás contando una milonga. Cuando se te pase esta gilipollez y vuelvas de esas vacaciones que te estoy patrocinando, ya hacemos cuentas. Verás si has ganado dinero o solo lo has perdido. Te dejo, que yo también estoy trabajando, como tú.

—Saúl, no seas…

Me cuelga.

¿Imbécil? ¿Idiota? No sé ni qué iba a decirle. Sus argumentos me han parecido crueles y fuera de lugar. Y, me han dejado sin palabras. No sé si seguir caminando, parar un taxi cuando llegue a Gran Vía, o sentarme en un banco y dejar la vida pasar.

Antes de guardar el móvil en el bolso, veo las fotos que me manda. La primera, cómo no, es la del famoso puente del campo de golf. Pero la segunda… ¿Así quiere manejar esto? Se ve la madera de la barra de un *pub*, una copa vacía y una pelirroja de fondo.

Me dan ganas de apagar el teléfono unos días y solo encenderlo para hablar con las niñas. El sonido de un nuevo mensaje me saca del bucle. Resoplo esperándome cualquier cosa. No, no es él.

> Bastian
> Alguien me ha chivado que estás sola por Madrid, haciendo tiempo para no interrumpir una ducha. También me ha dicho que va a ser larga.

Voy a matar a Jimena.

> Bastian
> ¿Te apetece venir a mi casa a cenar?

Mara

¿Te han mandado recogerme como un cachorrillo abandonado?

Bastian

No. En realidad, solo me han facilitado la excusa perfecta para preguntártelo.

Cojo aire y, antes de expulsarlo, empiezo a sonreír. Se nota a la legua que es buen jugador. Sabe cómo combinar las palabras para que produzcan el efecto deseado.

Tecleo.

Mara

Debería de…

Borro.

Bastian

Te paso la ubicación. Llámame cuando llegues.

Tecleo.

Mara

Voy.

Y así es como pasa otro tren.
«¿Estás segura de querer cogerlo, Mara?».
Por lo menos, hasta la próxima estación.

18
MIRARNOS

Bastian

Enciendo la luz, aunque todavía no se han ido los últimos rayos de sol que entran sesgados por el ventanal del salón, así que la apago. No sé, queda un ambiente raro, tenue, a contraluz. Quizá demasiado íntimo para recibirla. Me acerco a la cocina, que junto con la entrada y el salón forman un espacio único, y regulo la intensidad de la lámpara de acero que está sobre la isla para dar algo de claridad a esta zona. Mejor. Bastante mejor.

Si estoy así y aún no ha llegado, no me quiero ni imaginar cuando tenga que sentarme a cenar con ella a solas. A solas. Trato de hacer memoria, pero es difícil recordar la última vez que compartí velada con una mujer sin la compañía de nadie más.

Compruebo la temperatura del horno antes de meter la fuente con el pescado. Y busco mi móvil. Después de mandarle los wasaps a Mara, no sé dónde lo he dejado posado. Todavía me cuesta creer que lo haya hecho. Lo cierto es que la llamada de Jimena, animándome a quedar con su amiga un rato mientras ella está con Max, ha sido la excusa perfecta, como ya he confesado. Quise proponérselo anoche, cuando la ayudé a meter a su amiga en la cama. Todavía no nos habíamos separado y ya me apetecía volver a verla. Estuve a punto de decírselo ahí, en la puerta, mientras ella me daba las gracias y nos despedíamos, sin embargo, las palabras se quedaron atoradas en mi garganta. Era tarde y Jimena estaba hecha un trapo, no era un buen momento, así que me callé y me fui.

Estuve toda la noche componiendo y, como era previsible, sin poder sacármela de la cabeza. No sé lo que me pasa. Pero cuando compartimos tiempo y después nos separamos, me quedo con una

sensación de vacío preocupante. Yo, que tolero muy bien ser mi única compañía. Inexplicable. Es como si mi cuerpo y mi mente necesitaran más de ella. Más conversaciones. Más miradas. Más melodías. Las que ella me inspira, aunque eso no lo sepa. Soy consciente de que esta inusitada dependencia no tiene ningún sentido, aun así, aquí estoy, esperando a que venga.

Suena el tono de mi móvil y se mezcla con los primeros acordes de *Another Love*, de Tom Odell, en un *cover* que grabó Ale con su batería para mí. Él es mi filtro para la música nueva. Agudizo mi oído y lo encuentro entre los cojines del sofá.

—Sí…

—Estoy en el portal.

—Espera, te abro. —Me acerco al telefonillo—. Octavo izquierda.

Me miro en el espejo ovalado de la pared y me quito el trapo de la cocina que tengo sobre el hombro. Llevo puesto un vaquero azul, ancho y muy desgastado, que apenas uso. Y una camiseta de manga corta negra. Informal. Estoy descalzo y todavía tengo el pelo húmedo, gracias a la segunda ducha del día que me he dado en cuanto me ha dicho que venía. Para estar a punto de cumplir treinta y ocho, muy normal no es.

Abro la puerta y la pillo con el dedo índice sobre el timbre. Me mira. La miro. Sonrío. Sonríe.

—Hola… —Se humedece la comisura de la boca, por el lado derecho, y cuando se ve que yo, involuntariamente, estoy haciendo algo parecido, parpadea.

«Ay, Mara, como sigamos estudiándonos así, voy a creer que tú también me piensas…».

—Hola, pasa. —Me apoyo en la puerta y dejo que entre antes de que los segundos se hagan eternos—. Puedes dejar tus cosas ahí. —Le señalo el perchero de forja que está a la izquierda.

Vestido de flores, corto y con vuelo. Sandalias planas. Bolso gigante. Y un par de bolsas de papel que deja en el suelo.

—Bienvenida a mi casa.

—Gracias. Y gracias también por la invitación. Espero que mi amiga no te haya estropeado los planes.

—¿Qué planes?

—Los que tuvieras para hoy. ¿O soy tu buena acción del mes?

No sé hasta qué punto no dejar a Mara abandonada en la calle a treinta y cinco grados computa como obra benéfica. —Suelta antes de desviar la mirada al suelo y fijarse en mis pies—. ¿Te importa si me descalzo?

—No, no me importa. Ponte cómoda. —¿Cómoda? Lo que quería decir es que puede ponerse como quiera—. Y, ya te lo he dicho, no es ningún sacrificio tenerte aquí, quizá lo sea más para ti que para mí. Porque, aunque no te lo creas, anoche ya quise invitarte.

—Mejor así. —Deja sus sandalias, ignorando mis palabras, y camina en dirección al ventanal. Todavía se vislumbran los últimos rayos anaranjados entre los tejados de los edificios de enfrente—. Bonita luz.

—No está mal para ser Madrid —apunto. Es una de las cosas que más me gustó de esta casa, la calidez de la luz durante los atardeceres—. Las vistas de mi casa en Donosti son infinitamente mejores.

—¿Son estas? —Mara coge un marco que está sobre una balda y observa la fotografía más de cerca.

Playa de la Zurriola, a última hora de la tarde, Mario y yo saliendo del agua con las tablas. Una de las últimas fotos que tengo con él. La he sacado del cajón hace unos días, porque llevaba un tiempo escondida.

—Sí.

—¿Y él es…?

—Mario. Mi hermano.

—Te pareces a él. Mucho. —Coloca el marco en el mismo sitio. Sé lo difícil que es hacer uso de las palabras cuando los sentimientos lo abarcan todo, así que se lo pongo fácil y hablo yo.

—Dentro de unas semanas se cumplirán tres años. Un aneurisma. No se pudo hacer nada. Tenía treinta y ocho años, los mismos que cumpliré yo, si llego. Intento seguir adelante, aun así, no siempre lo llevo bien.

—Tuvo que ser un momento durísimo. No sé qué decirte, nunca me he enfrentado a una pérdida de esa magnitud.

—Lo fue. Y lo sigue siendo. Mario era muy importante para mí. Todos mis recuerdos son de su mano. Por eso, lo asimilo a ratos. A otros, solo pienso que la vida es muy perra. —Se me resquebraja la voz.

—Bastian… Yo… Lo siento. Lo siento mucho.

—Odio dar pena, Mara. —Me acerco hasta ella y me quedo a un paso de su espalda. Estiro el brazo y cojo un libro de la estantería. Lo abro y saco una fotografía para enseñársela—. Este es Ciro, mi sobrino, y su madre, Cloe.

—Vaya, es igualito a…

—Mi hermano —afirmo, y ella asiente mientras se da la vuelta. Le he dejado tan poco espacio que, irremediablemente, nuestras respiraciones se entremezclan.

—Nadie puede marcar nuestro umbral del dolor, Bastian. Cada uno es libre de cuantificar lo soportable y lo insoportable. —Tal y como me mira cuando me lo dice, sé que ha entendido en qué punto me encuentro.

No necesito explicarle que mi sobrino es ese presente que no deja de recordarme el pasado, y que, aunque él sí está con nosotros, también me duele, a diario. Mis padres, Cloe y Mugi saben que me resulta muy duro enfrentarme a una versión en miniatura de Mario. Mirar a mi sobrino es recordar cada segundo a su padre. Y, automáticamente, pensar que todo lo que yo podré vivir con su hijo él no podrá hacerlo. Por eso no regreso a casa cuando tengo días libres. Por eso prefiero hablar con él por teléfono y no enfrentarme a su imagen. Por eso, y por infinidad de miedos más, me he convertido en el cobarde que nunca fui.

Mara levanta la barbilla para conectar su mirada con la mía y traerme de vuelta. En silencio, avanza ese último paso y, sin esperármelo, me abraza. Ella a mí. Con su cuerpo menudo. Con toda su fuerza. Con su timidez. No titubeo y, en cuanto noto su contacto, la envuelvo con mis brazos. Su calor. Su olor. Su cabeza en mi pecho. Su pecho en mi estómago. Su vientre en mi entrepierna. Y sus manos aferradas a mi espalda, igual que las mías en la suya. La tela que nos viste podría volatilizarse por el aumento de nuestra temperatura corporal.

No divago. No analizo. No me muevo.

Ella tampoco lo hace.

—No sé quién necesitaba más este abrazo. —Me confiesa entre susurros antes de despegarse de mí.

—Gracias…

—No tienes que dármelas. Uf. Hace muchísimo calor aquí, ¿no?

Me muero de sed. —Suelta sin más, cambiando la densidad del aire.

Tengo que reprimir una carcajada, porque, en mi mente perversa, su afirmación ha sonado con otra intención. Mara empieza a moverse por el salón ¿nerviosa? ¿Por mí? ¿O porque le incomoda la burbuja de intimidad que habíamos creado?

—Eso tiene fácil solución. —«El tono, Bastian, estás dando a entender que…»—. Como ves, soy un pésimo anfitrión. —Me acerco hasta la isla, que es donde ella se ha detenido—. ¿Vino? ¿Agua? Cerveza no tengo, la suele traer Mugi cuando viene de visita, porque solo la bebe él.

—Bueno, él y toda la *crew*. Me he dado cuenta de que acaban con todas las existencias antes y después de los conciertos.

—Así es. Yo me saturé de cebada mientras estudiaba y tocaba en los garitos de la capital. Acabé tan harto que no volví a probarla.

—Así acabé yo del calimocho.

—Jimena no.

—¿Mi examiga? —se burla.

—La misma.

—No, lo suyo es increíble, sigue bebiendo lo mismo que a los veinte. Y mira que ella es muy dada a hartarse rápido de todo.

—Del calimocho, es obvio que no. Y, perdona que te lo diga, pero tiene pinta de que, de Max, tampoco —apunto.

Comentamos lo raro que nos parece que estén así, aunque es verdad que son bastante similares en muchos aspectos. Defensores acérrimos de su libertad y poco dados a relaciones largas. Por eso nos sorprende que estén tan enganchados a lo que sea que tengan. Le confieso que Max es muy propenso a entusiasmarse al principio y que luego la cosa decae. Ella me dice que no recuerda a una Jimena tan volcada en alguien, y menos, tan expuesta. Me confiesa que, cuando ha recibido el mensaje sobre sus repentinas ganas de asearse, no ha tenido más remedio que reírse.

—Cuando ella dice las cosas así es inevitable no tomárselo bien.

—Ya. Vosotras sí que no os parecéis.

—¿Es una crítica?

—Ni mucho menos. Es solo una apreciación.

—Tienes razón. Pero siempre nos hemos querido y nos hemos respetado, hasta en las diferencias. El amor y la anarquía con Jimena van de la mano. O los abrazas para siempre o esta amistad

nunca hubiera perdurado.

—¿Y este viaje con ella? Sé que no estaba planeado.

—Este viaje fue una deuda o una promesa. Ella te dará una versión, yo, probablemente, otra.

Me cuenta que se prometieron un *road trip* cuando se separaron, después de la universidad. Al explicarme cómo era la dinámica para enrolarse en esta aventura, y cómo ella se subió a ese tren, sin avisar a nadie, alucino. Casi tanto como le pasó a Jimena cuando leyó ese último «ya», que daba comienzo al viaje. Mara afirma que es una idea descabellada para cualquiera que la escuche. Pero que ella se siente muy orgullosa por haberse atrevido y por no haberla descartado en todos estos años.

—Y aquí estamos. Yo solo vine a pasar el fin de semana y mira cómo he acabado. No es la Ruta 66, pero…

—Las carreteras españolas, Mugi y yo somos mucho más especiales, créeme. No se puede comparar. Ese itinerario por Estados Unidos está sobrevalorado.

—¿Lo has hecho?

—Dos veces. Una con mi hermano, hace diez años. Y otra solo, en un viaje que empezó regular y terminó a lo grande. Así son un poco las huidas hacia ninguna parte, ¿no? Imprevisibles y catárticas.

Mara me mira a los ojos durante unos segundos hasta que deja caer los párpados en un leve asentimiento. Cuando los abre, me pierdo en la profundidad de sus pupilas. En ese brillo oscuro y especial que no muestran tan a menudo como me gustaría. Supongo que he dado en el clavo. Si quiere contármelo, estoy aquí. Sin ninguna presión. Sin embargo, el silencio sobrevuela nuestras cabezas, así que entiendo que no va a hacerlo.

—Entonces, ¿con qué quieres matar la sed?

¿Te imaginas que dice «contigo»? «Claro, Bastian, va a beberte de la cabeza a los pies».

Sediento estoy yo. Muy sediento. Y, por muy ilógico que resulte, a mí sí que me encantaría dejar de estarlo, con ella.

—Con… —Hace una pausa. Está muy guapa haciéndose la interesante, alargando los segundos como si estuviera degustando la palabra antes de dejarla escapar de su paladar—. Vino.

—¿Blanco o tinto? —«Céntrate, Bastian, y si puedes, deja de

mirarle esos labios»—. He metido una lubina al horno, aunque a mí, con el pescado, también me gusta el tinto, no hago distinción.

—El que tú prefieras, en serio.

—No, por favor. Elige tú, que yo no te he preguntado qué te apetecía cenar.

—El pescado me gusta, tranquilo. Además, me comería cualquier cosa en este instante, sobre todo porque no recuerdo la última vez que me senté en una cocina solo a mirar. —En cuanto pronuncia la frase, un ligero rubor cubre sus mejillas. Empieza a balbucear para tratar de explicármelo, porque es indudable que nuestras mentes hoy tienden a inclinarse por los dobles sentidos—. Quería decir…

—Probablemente lo contrario a lo que me estoy imaginando. —«Eso es Bastian, no te escondas, total, esto ya es un auténtico suicidio». Mara disimula una sonrisa y, antes de seguir navegando en aguas salvajes, le abro la puerta de cristal de la vinoteca y le hago una señal con la mano—. Si escoges el vino, te dejo que te sientes en el taburete y mires.

Vuelve a ignorarme, como antes. Me pone muy tonto que haga eso, no sé por qué, pero es así. Es como si su mutismo me marcara el límite, sin necesidad de cortarme. Como si con su silencio me invitara a tomar otra dirección, una que no esté prohibida. Y, sin querer, cuando ella dibuja esa línea imaginaria, me motiva a intentar traspasarla. Me río cuando se pone de puntillas para echar un vistazo a los que están en la repisa más alta, que son los blancos.

—¿La botella azul es Mar de Frades? —me pregunta porque no puede cogerla.

—Sí.

—Es albariño y con el pescado marida bien. Yo sí que prefiero el blanco para según qué alimentos. —Afirma, sin dejar de mirarme para ver mi reacción, y, cuando cojo la botella, se sienta en el taburete con toda la parsimonia del mundo.

Sirvo las copas y nos quedamos a punto de chocarlas para brindar cuando suena la alarma del horno. Pospongo el brindis, porque no quiero que el pescado se quede seco.

—¿Te gusta el queso? —He preparado algunos sobre una tabla de madera, acompañados de unas nueces y un poco de mermelada de arándanos.

—Sí, me encanta el queso. Podría alimentarme de chocolate y

queso.

—Y vino —apunto.

—Y vino.

—Yo también. Personalmente lo prefiero de postre, pero si quieres picar antes del pescado, pongo la tabla aquí.

—No, de postre está bien.

Sirvo el pescado en dos platos y me siento en el otro taburete, a su lado. Los dos nos giramos un poco para mirarnos a la cara. Nuestras rodillas se rozan ligeramente. La tela del vaquero me impide sentir el tacto de su piel, sin embargo, mi mente, cada vez más avariciosa, recrea esa caricia sin restricciones en millones de escenarios diferentes, aunque todos tienen en común nuestros cuerpos sin ropa.

Por fin alzamos las copas para brindar, y solo espero que no note que he cruzado las piernas para aplacar la puta erección que mi cuerpo ha insistido en regalarme.

—Por más noches en las que me siente a mirar.

«Me parece cojonudo, Mara, es más, lo firmaría ahora mismo. Aunque ¿solo mirar? ¿Estás segura?».

—Por más noches en las que nos miremos, mutuamente.

19
DEBER O QUERER

Mara

Le leo a Jimena la respuesta de mis hijas al selfi que les he mandado hoy; mi amiga y yo a los pies de la catedral de Palma.

> Carla
> Muy instagrameable, mamá. Mira el nuestro.

—¿Eso son vacas y ovejas? —Mi amiga se pone la mano en la frente a modo de visera.

—Sí, están en el pueblo de los abuelos de Belén, el fin de semana celebran la fiesta de su patrón y las han invitado a pasar unos días. Me conformo con que no salgan en las noticias, porque me han dicho que han ido para perturbar la paz del medio rural.

—Menudo peligro. Pues ya pueden tener cuidado en Florida; los americanos, a la mínima que armes, te dan una patada en el culo y te devuelven a casa.

—Lo sé, la agencia que organiza el viaje ya se lo ha advertido. Sobre todo, con lo del alcohol en las fiestas siendo menores. Pero qué quieres, ¿tú no recuerdas tus dieciséis?

—¡Claro que sí! —Se ajusta las gafas de sol al puente de la nariz para que no le vea la mirada sucia y comienza a abanicarse con la mano—. Qué tiempos aquellos. Max, ¿puedes traerme otra cerveza, muy fría, que aquí hace muchísimo calor?

—Pues métete en la piscina un rato —chilla Ale, que lleva a

remojo desde que llegamos hace una hora.

En el vuelo desde Madrid hemos venido los cuatro. Jimena, Max, Bastian y yo. Aunque cada uno en una parte diferente del avión, porque los asientos contiguos ya estaban ocupados cuando hemos hecho el *check in*. Se puede decir que he tenido una hora, más o menos, para pensar en soledad, rodeada de extraños y buscar respuestas. Respuestas a por qué me siento bien, viviendo y disfrutando de estas semanas como si yo fuera una pieza importante de la ecuación. O a por qué Saúl siempre tiene la misma reacción, fría y distante, cuando hablamos, y ahora, además, desconfía de mí como nunca lo había hecho. O a por qué, de repente, mis cinco sentidos son capaces de transmitir señales a mi cerebro, que se traducen en estímulos constantes que despiertan mi placer dormido. O a por qué, siendo consciente de todo este cúmulo de nuevas sensaciones, sigo pensando en el deber. Deber. Por más que trato de responder a todas esas cuestiones, sigo sin poder hacerlo. Quizá solo sea cobardía, que se ha enraizado en mí con los años, o miedo a salir de una zona desértica pero segura. Porque no soy tan tonta, y no puedo negar que la Mara que salió huyendo un viernes de su casa se gusta un poco más hoy, aquí, tumbada al sol.

—¿Tú no quieres nada, Mara? —me pregunta Ale, que acaba de salir del agua para ser el anfitrión perfecto y ponerse a los mandos de la barbacoa.

—Una copa de vino blanco.

—Tengo uno de aquí, a ver si te gusta.

Ale ha sido el encargado de ir a recogernos al aeropuerto. A nosotros, y a Mugi y a su chica, Amaia, que han llegado media hora después. Sin embargo, Jimena y yo nos hemos quedado con el coche que ha alquilado Max y nos hemos ido a dar una vuelta por Palma solas. Aunque a veces se despiste con su rollo y todos sus maravillosos atributos (no pienso detallarlos, como hace ella a la mínima oportunidad), no queremos olvidarnos de que este sigue siendo nuestro *road trip*. Hemos callejeado por el centro, de tienda en tienda. Nos hemos hecho fotos para nuestro álbum particular. Y hemos comido en un restaurante mallorquín cerca de la catedral. Risas, charla y alabanzas a mi trabajo; Salvador ya nos entregó ayer las fotografías reveladas y, asombrosamente, hay algunas muy buenas, que captan la esencia de lo que se mueve en una gira como

esta. Así que mi amiga no deja de ponerme por las nubes delante de los chicos, y eso que ha preferido, de momento, no enseñárselas a nadie, ni tan siquiera a Max.

—Tú enciende el fuego, que ya se la sirvo yo. —Bastian sale por el porche, que está unido al salón, con una botella de vino en la mano y con una toalla gris marengo anudada en la cintura; me temo que no lleva nada debajo. ¿Que cómo lo sé? Porque me han chivado que siempre que viene aquí se baña desnudo en el mar.

Afortunadamente, mis gafas de sol de pasta negra, tamaño actriz de Hollywood, son la pantalla perfecta para parapetarme detrás y mirar. MIRAR. Un verbo que hemos hecho muy nuestro, como quedó bien reflejado el sábado por la noche en su casa.

La cena con Bastian fue increíble, no encuentro una palabra mejor para definirla. Y no lo digo porque la lubina estuviera riquísima, que lo estaba, ni porque el albariño, como bien dije, maridó a la perfección con el pescado y con el queso, sino porque las horas que pasé a solas con él fueron muy reconfortantes. Reconfortantes para esta Mara que intenta encontrar el equilibrio entre lo que se supone que debe sentir y lo que siente. Tuvieron la mezcla perfecta de conversaciones inteligentes, otras más banales y algunas, sin duda, más íntimas, que me permitieron vislumbrar sus debilidades y dar muestra de las mías. Canciones. Pasado. Vino. Y presente. El de la banda, el suyo y el mío, en el aire.

—El futuro no está escrito, Mara —me repitió una y otra vez.

Me sentí muy cómoda, excepto cuando el doble sentido se colaba con asiduidad en nuestras frases, más en las de Bastian que en las mías. Aun así, él es tan intuitivo que sabe leer en mi silencio cuándo tiene que detenerse. Se me pasó el tiempo volando, tanto que cuando el reloj marcaba más de las tres de la madrugada no tenía ganas de irme, ningunas. Me propuso quedarme a dormir con él, bueno, en su cama, sin él. Me confesó que ha vuelto a componer después de mucho tiempo, y que siempre lo hace de noche, de ahí que apenas use el colchón. Decliné su oferta y, aunque suene extraño, durante el camino de regreso a casa de Jimena no dejé de preguntarme por qué no me había quedado si era lo que me apetecía. DEBER.

No sospechaba que el destino tenía guardada una nueva oportunidad para mí. Porque, hasta que nos vayamos el lunes,

compartiré habitación con Bastian, que no cama. Cuando hemos llegado Jimena y yo esta tarde, los chicos ya habían hecho el reparto. Ella y Max en una. Amaia y Mugi en otra. La de Ale es intocable. Y la única que quedaba, una grande con baño y dos camas de noventa pegadas, para Bastian y para mí. Mi maleta ya estaba encima de una. Beni y Martiño llegarán el jueves, aunque se alojarán en Calviá con toda la *crew*, porque el concierto el sábado será allí.

Bastian me acerca la copa y me incorporo para darle un pequeño trago. Está muy frío y agradezco cuando se desliza por mi garganta, porque, aunque el sol empieza a esconderse, sigue picando y tengo mucho calor.

¿Por el sol? El sol, la visión de su cuerpo inclinándose, su boca con media sonrisa imperceptible, el roce de sus dedos sobre los míos al tenderme la copa…

—Voy a darme un chapuzón —anuncia ¿a todos? ¿O ese dato era solo para mí?

—¡Pobres peces! —le vacila Mugi, y Amaia menciona algo sobre las secuelas que les quedarán por ver su miembro.

La respuesta de Bastian no es la que esperaba. Sonríe, coge el pico de la toalla, que tenía metido por la cintura, y se la quita, poniéndosela sobre el hombro mientras camina hacia el final de la finca, donde hay algunos escalones entre las rocas que te llevan directamente al mar, y nos proporciona un primer plano a contraluz de su trasero.

Si antes tenía calor, ahora… Ahora necesito más vino. O tirarme a la piscina, de cabeza. O meterme en un congelador.

—¡Puto exhibicionista! —chilla Max, y Jimena silba entusiasmada.

Yo no reacciono. No me muevo. No hablo. Solo puedo recrear en mi mente su imagen desnuda, de espaldas. Sus piernas fuertes, sus hombros anchos y ese culo redondo. Seré sincera, a estas alturas, y como dice mi amiga, lo peor es no ser franca con una misma, así que sí, lo confieso, me he quedado con ganas de verlo de frente.

Se nota que ellos están más acostumbrados a verlo así, porque, en cuanto desaparece, siguen a lo suyo. Amaia se encarga de poner música. Mugi, de ir a abrir la puerta, porque han llamado al timbre. Jimena, de terminarse su cerveza. Y Max, de pegar su tumbona a la

de ella.

Llegan dos amigos de Ale, Rafa y Pol, y su hermana Xisca. Después de las presentaciones, ayudan a Ale con la barbacoa y con la mesa.

—¿Necesitáis ayuda? —Me pongo un kimono negro de seda, que me ha dejado Jimena, encima del bañador y me acerco a la zona de la barbacoa.

—No, tranquila. Eres mi invitada. —Me recuerda Ale.

—Muy bonito, ¿y nosotros? —se queja Pol, que está sacando unas brochetas de pollo y verduras. Ale niega con la cabeza mientras una sonrisa se le dibuja en la boca y su amigo le da un pico. Igual son más que amigos, no tengo ni idea.

—Sírvete otra copa de vino. Y vete a sentarte en las rocas a ver la puesta de sol. Allí se aprecia mucho mejor.

—Está bien. —Me acerco a la mesa para servirme más vino y, con la copa llena, me dirijo a las rocas.

La casa de Ale está cerca de Cala Gat, un pequeño arenal en el municipio de Capdepera, al norte de Mallorca. Es una zona bastante masificada en verano, sin embargo, la ubicación privilegiada de la casa, con acceso directo al mar, le proporciona algo de intimidad.

Cuando llego a las rocas, lo primero que hago es buscar una lo más lisa posible para poder sentarme en dirección al sol. Sí, también busco a Bastian en el agua, o su cabeza, pero no lo encuentro. Sé que, aparte de salir a correr, sobre todo cuando está de gira, también hace surf, así que se presupone que es un experto nadador, ¿no? A mí me encanta el mar, aun así, no sería capaz de bañarme a mar abierto, al menos no en mi Cantábrico, puede que aquí sí.

Cierro los ojos y respiro. No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí esta paz infinita. Sol. Mar. Silencio. Durante unos segundos, acallo también mi interior. No está permitido pensar, solo fluir, reconectar.

Todavía me cuesta asimilar lo diferentes que son mis días ahora y cómo mi ritual de automimo ha variado. Me levanto mejor cada mañana, con más energía y, a la vez, más relajada. Así que después de ducharme, me doy la crema de la cara y la de cuerpo antes de vestirme. Luego, no me suelo detener a verificar si la imagen que me devuelve el espejo es la de mi mejor versión, como hacía en mi

casa los días grises; me siento bien por dentro y eso tiene que reflejarse por fuera. Quizá he ganado confianza. Estos días, simplemente observo lo que me rodea y doy las gracias por haber tenido la valentía de embarcarme en este viaje. Nuevos y pequeños placeres que me reconfortan igual. Un desayuno tardío. Una conversación con mi amiga. La risa floja por cualquier tontería. Elegir una canción para compartir en la furgoneta con los chicos. La fotografía que les mando a mis hijas. Concentrarme en plasmar su esencia en cada clic. Ser testigo de la pasión que desborda en cada nota. Las ciudades. Los debates. Hasta los tiempos muertos.

Abro los ojos, para no perderme la puesta de sol. Y ahí está él, interponiéndose en mi visión. Trepa por las rocas, regalándome un plano frontal de su cuerpo desnudo, como si antes se hubiera colado en mis pensamientos y me estuviera concediendo ese deseo. Se mueve despacio, con cuidado para no caerse. Sus ojos claros. Sus labios mostrando una sonrisa cargada de doble sentido en cuanto me ve aquí. Su barba mojada. Su cuello. Su pecho salpicado de gotas, que discurren hacia su abdomen. La fina línea de vello que ahora sí que me muestra todo su recorrido, hasta el final. Y, como llevo puestas las gafas de sol, no disimulo, ni aparto la cara, ni me escondo. Lo miro. Lo miro de frente.

Se inclina para recoger la toalla, que estaría por ahí, y se cubre, despacio, dejándome tiempo para terminar de recrearme. El latido se me ha bajado del corazón al vértice de mis piernas, e, involuntariamente, contraigo los músculos de mi vientre para aplacar la presión.

Se sienta a mi lado y se pasa las manos por el pelo, salpicándome.

—Adoro esta libertad.

—¿La de bañarte desnudo?

—Sí, ¿no lo has probado nunca?

—Sí, hace más de veinte años, en Somocuevas, una playa nudista muy pequeña que tiene miles de escaleras para bajar.

—Pues deberías volver a hacerlo. —Me llevo la copa a los labios y bebo. Ya no está frío, pero tenía la boca seca—. ¿Qué tal está ese vino?

—Para mi gusto, un poco ácido.

—¿Puedo probar? —Bastian está tan pegado a mí que su brazo

me moja la tela del kimono. Oigo su respiración y hasta puedo oler el salitre que lleva impregnado en su piel.

—Claro.

Le acerco la copa, aunque Bastian no la coge. Lleva su pulgar a mis labios, que están entreabiertos, y lo desliza por ellos hasta la comisura de mi boca, lo humedezco con la punta de mi lengua, que estaba a punto de asomarse para hablar. No sé si el sol ya se ha escondido, o si las rocas son de barro, o si es mi cuerpo, que ha pasado de estado sólido a líquido. Ahora el deseo inunda todo y estoy como un flan. Cuando lo retira y se lo lleva a la boca para lamerlo ante mi atónita mirada, me mareo.

¿Esto acaba de pasar? Leí una vez que no todos los besos follan bocas; puede que sea verdad, pero ¿qué sucede con los gestos? Porque yo me acabo de sentir como si Bastian me hubiera cogido de las caderas, me hubiera sentado a horcajadas encima de él y me hubiera penetrado centímetro a centímetro.

—Será mejor que vuelva a casa —anuncio antes de levantarme.

—Mara…

—Bastian…

—Solo respóndeme a una pregunta. ¿Te ha gustado?

—Sí.

—Pues si lo llego a hacer con la lengua habría sido la hostia. ¿Quieres que pruebe?

—No.

—Mientes.

—Bastian.

—Está bien. —Se pone de pie y me da la mano para ayudarme—. Cambiaré el verbo.

—Cámbialo —le reto.

—¿Te gustaría probar?

—No has cambiado el verbo.

—No, solo la intencionalidad. Responde.

—Sí, me gustaría, pero no debo. —Empiezo a caminar de regreso a casa, con la humedad en todos los rincones de mi cuerpo, especialmente en uno.

—Deber o querer, Mara. Ojalá pronto te guíes por lo segundo —susurra, aunque apenas le escucho.

20
ME MUERO DE SED

Bastian

Mara me ignora y se aleja para volver a casa. Sonrío como un gilipollas, aunque ella no me vea. ¿Qué se supone que pretendía acercándome a ella así? ¿Cagarla? Más bien asustarla, aunque ese no fuera mi objetivo. Lo del numerito del dedo mejor no recordarlo, porque el mal ya está hecho, y si no, pregúntale a mi polla. Desde que se ha metido en mi cabeza, siento como si tuviera una voz susurrándome todo el día en la oreja que lo intente, y, cómo has podido ver, no caer en la tentación ha sido imposible.

Cuando he salido del agua y la he visto sentada en las rocas, observándome, me he empezado a montar una película en la cabeza que ni Spielberg. Y, ella, todo hay que decirlo, tampoco se ha cortado; aunque llevara las gafas de sol puestas se notaba que me estaba haciendo un buen repaso. Así que, cuando me he sentado a su lado y se ha llevado la copa a los labios, solo podía pensar en cuál sería el sabor de sus besos. Tenía dos opciones, o lo probaba de manera sutil, como he hecho, o perdía la puta cabeza y me lanzaba a comerle esa preciosidad de boca, como me habría encantado hacer.

¿Y qué he conseguido con todo esto? Varias cosas. Lo primero, sacarle la verdad; ella también quería besarme, de eso estoy seguro, aun así, le pesa más el deber que el querer. Lo segundo, mostrarle mis cartas; cada día que pasa me entran más y más ganas de seguir conociéndola a todos los niveles, aun sabiendo todo lo que sé. Y, tercero, una erección absurda. Sí, me he empalmado como un niñato. Por eso, tengo que ralentizar el paso hasta llegar a casa y darle tiempo a que esto vuelva a su estado natural. Pienso algo

rápido para que se baje, como que salgo al escenario delante de miles de personas y no tengo voz. El pánico me la pone flácida, fijo.

La música suena más alta que antes cuando llego a la piscina. Mara está sirviéndose más vino, al lado de Jimena y de Max. Mugi acaba de encender una guirnalda de luces entre el porche y la barbacoa, y se aplaude él solo por lograrlo. ¿Aquí hay más gente que antes o me lo parece a mí?

—Sube este tema, que me encanta —le pide Amaia al que controla ahora el sonido; es Pol, el rollo recurrente de Ale.

Sin vergüenza, de Arde Bogotá con Dani Fernández, suena a tope por los altavoces.

—A Bastian también le pone. —Aporta Mugi, y le llamo cabrón en voz baja.

Cometí el error de contarle que cada vez que estoy con ella me muero de sed, y ahora, a la mínima, me la tira. Tarareo el estribillo y sueño con que, en algún momento, se haga realidad, y a nosotros también se nos vaya de las manos.

—Por fin, *nen*. ¿Ya has asustado a los pobres pececillos enseñándoles tus vergüenzas? —Xisca, a la que no había visto, se abalanza sobre mí.

—Qué va, Xisquita, si se han alegrado de volver a verme —replico, y la estrecho entre mis brazos con fuerza. Oigo cómo Mugi vacila a Ale por el supuesto magreo que nos estamos dando delante de él, y el otro le insulta con todo el cariño del mundo.

—Vaya, Bastian, parece que tú también te alegras de verme a mí. —Xisca se separa un paso y agacha la mirada hacia mi entrepierna. Maravilloso. La felpa de la toalla y la tela de su *short* vaquero no han sido barrera suficiente para que no se me note. Voy a decir algo, pero ella se empieza a descojonar y lleva su dedo a mi boca para silenciarme—. Sé que es por ella, aunque te guardaré el secreto. —Me guiña el ojo y hace un suave movimiento ladeando la cabeza.

Con el rabillo del ojo veo a Mara atándose el kimono de manera distraída mientras nos observa. Como si fuera poco excitante verla con ese bañador negro con escote hasta casi el ombligo, cuando se ha colocado encima esa bata negra de seda me he puesto muy malo, y no dejo de pensar en cómo sería desatar ese nudo y que no tuviera nada debajo.

—Vamos, que esto ya está. —Nos reclama Ale.

—¿Qué tal te encuentras? Te veo mejor que la última vez. —Me separo de Xisca y le cojo las manos para hacerla girar—. También llevas más ropa —comento en voz baja para que no nos oiga nadie.

—Y menos alcohol en sangre —masculla ella, y los dos sonreímos.

Xisca fue la última tía con la que me acosté. Una noche de fiesta en Madrid hace más de un año, de la que ambos recordamos poco. Mejor así, porque ninguno de los dos estaba atravesando un gran momento, y solo fue una válvula de escape, que no estropeó el buen rollo que siempre hemos tenido.

—Dadme cinco minutos, que subo a vestirme —anuncio.

—Venga, pesado. Que si no se queda frío —me riñe Ale.

Antes de desaparecer al interior, su hermana me presenta a su nuevo novio, Rafa. Un tío alto y fuerte que mientras me da la mano me perdona la vida. ¿Se lo habrá contado? Pues Ale no lo sabe, o eso creo, y me gustaría que siguiera siendo así. Aprovecho y saludo a Pol también.

—Tranquilo, que no tardo nada. —Miento.

Voy a ducharme y a ponerme algo de ropa. También acabo de decidir que, por el bien de mi salud, tanto física como mental, la ducha va a durar unos minutos más, hasta que solucione este problema que tengo debajo de la toalla.

Cuando entro en la habitación solo huele a ella. A playa. A mar. A jodido verano. Y no porque estemos en esta estación y cerca del Mediterráneo. Ella en Madrid huele igual. Y en la furgoneta. Y en mi casa. Y a la salida de los conciertos. Me ha confesado que no usa colonia, al menos desde que se marchó de su casa, y que ese olor es el de su crema corporal, mezcla de karité y zanahoria, que, impregnada sobre su piel, deja ese rastro del que soy incapaz de desprenderme.

Compartir cuarto con ella estos días puede ser la mejor idea del mundo, sobre todo para mí y para mi creatividad, o una maldita pesadilla. Si todavía estoy medio empalmado por lo de antes, no me quiero imaginar cómo acabaré cada noche cuando duerma tan cerca de ella. ¿Es lo que más deseo? Sí. ¿Es lo más conveniente? Ya te lo diré el lunes cuando nos vayamos a Barcelona.

Entro en el baño y dejo la puerta entreabierta. Cuelgo la toalla

en la percha y abro el grifo. No espero a que salga caliente para entrar. En cuanto estoy debajo de la alcachofa con el agua salpicándome, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos.

Mara. Mara en bañador mostrando el contorno de sus pechos. Mara con la copa de vino en los labios. Mara con los rayos de sol incidiendo sobre su rostro. Mara revolviéndose la melena. Mara escondiéndose detrás de las gafas. Mara humedeciendo con su lengua mi dedo. Mara y su bendito sabor.

Recupero la erección en cuestión de segundos y, aunque pueda sonar a farol, ahora es mucho más potente que antes. Tanteo la repisa en busca del gel, sin abrir los ojos. Cojo un bote grande, presuponiendo que el pequeño sea el del champú. Vierto una cantidad generosa en la palma de mi mano derecha y me la echo sobre el cuerpo. En realidad, estoy limpio, lo único que tengo son los restos de salitre. Así que no pierdo demasiado tiempo con mi pecho ni con mis brazos, y llevo la mano, rápido, hasta el problema en concreto que necesito solventar.

Envuelvo mi polla y deslizo mi mano desde la base hasta la punta, con movimientos lentos de muñeca. Me recreo en el capullo, que es la parte más sensible; estoy circuncidado desde los catorce, así que ahí no hay exceso de piel. Repito la misma maniobra y empiezo a presionar el tronco hacia la mitad, notando mis venas, antes de ascender. Las imágenes que tengo de ella en mi cabeza siguen siendo mi motor. Una y otra vez. Una y otra vez. El agua apenas me salpica la erección, solo siento el tacto de las yemas de mis dedos y la suavidad de la espuma que ha formado el gel. Voy a ser rápido, más de lo que pretendía. La urgencia vital es lo que tiene, que acelera el proceso. Me muerdo el labio y luego dejo abierta la boca para que el aire salga de manera irregular de mis pulmones.

—Joder. —Blasfemo, seguro de que no me oye nadie.

Necesito liberar esta tensión cuanto antes y bajar a cenar lo más relajado posible para afrontar la noche, que se me va a hacer eterna.

Estoy a punto. Aprieto con fuerza y aumento la velocidad. El hormigueo incipiente se activa en mi zona pélvica y, con el ritmo que llevo ahora, no tarda en extenderse; columna, pies, piernas y hasta la última arruga de la frente. Abro los ojos para ver cómo me

corro, porque esa imagen es la culminación del impulso y me gusta ser testigo de ella. Entonces, de soslayo, a través del espejo, que está estratégicamente colocado enfrente de la ducha, la veo a ella.

Mara está apoyada en el marco exterior de la puerta, un poco inclinada para coger el ángulo preciso que le permite verme. No tengo ni idea del tiempo que lleva ahí. Lo que sí sé es que se ha dado cuenta de que la he pillado. Porque, durante unas pocas milésimas de segundo, o muchas, dependiendo de quién sea el que las cuente, los dos nos mantenemos la mirada. La suya tímida. La mía ardiente.

«Vamos, entra si es lo que quieres. Estoy aquí y puedes hacer conmigo lo que te apetezca. Mirar, tocar, morder…».

Como si de pronto hubiera sido consciente de la situación, sale del trance y se aparta de mi campo de visión para huir. O eso es lo que imagino que ha hecho cuando oigo el sonido de la otra puerta cerrándose.

Se supone que he venido aquí a liberarme, aunque igual la jugada no me ha salido demasiado bien. A ver, algo más relajado estoy. Solo a medias. Porque me ha puesto muy cachondo verla ahí plantada, observándome mientras me masturbaba. Vamos, que…

Exacto. Sigo muriéndome de sed.

21
LOS PELIGROS DEL JUEGO

Mara

—Ey, está prohibido dormirse.

—Perdón, es que estoy agotada. ¿Cómo puedes tener todavía tanta energía? —le pregunto a Bastian, y me acomodo en el asiento del copiloto. Es la primera vez que vamos así, él conduciendo y yo a su lado. Todos se han quedado en el festival para continuar con la fiesta, excepto nosotros, que estamos regresando a casa de Ale.

—La adrenalina. El subidón del escenario no se baja tan fácilmente. —Esta noche le ha sido imposible encontrar un minúsculo hueco vacío que le proporcionara la intimidad que siempre busca al bajarse del escenario, quizá por eso tenga las pulsaciones en todo lo alto todavía y el pañuelo siga envolviendo su muñeca—. ¿Te duele mucho? —se interesa por mi pie.

—Un poco.

Hoy han tocado dentro de la programación de un festival. Y, por consiguiente, la gente que hay entre bambalinas se multiplica por mil. No tiene nada que ver con cuando actúan solos. Así que me he agobiado bastante. El calor, el trasiego, las prisas. Además, un técnico de luces enorme se ha chocado conmigo sin querer y casi me tira la cámara al suelo. Para evitarlo, me he llevado un buen pisotón. Las Converse blancas que llevo puestas son ahora grises. Y si no tengo roto el dedo meñique del pie izquierdo será un milagro. Lo único que quiero es llegar a casa pronto y descalzarme.

—Si no me pierdo, enseguida llegamos. —Me confirma, y posa su mano sobre mi rodilla izquierda un par de segundos.

Me hace gracia, porque es su amigo quien suele hacer eso con él. Disfruto de ese leve contacto y no me tenso. Después de convivir

con él en la misma habitación durante cinco días, nuestro nivel de intimidad ha crecido considerablemente.

Estoy feliz de haber venido. Hasta mis hijas me lo han notado cuando hemos hablado esta mañana por teléfono. Lo cierto es que estamos pasando unos días increíbles todos juntos. Ale es un anfitrión insuperable. Y esta isla tiene rincones espectaculares. Hemos disfrutado de baños interminables. Risas. Calas de difícil acceso y paseos en barco para ver el atardecer. Además de compañeros son amigos, muy buenos amigos, al menos estos tres, y eso no deja de notarse.

Por las noches, cuando me quedo a solas con Bastian, sigo sintiéndome igual de bien. Comentamos los mejores momentos del día. Él me cuenta lo agradecido que está por estar cerca de sus amigos. Y yo le hablo de Jimena, de que es la misma de siempre a pesar de los años, y de lo mucho que admiro la capacidad que tiene para volverse tan camaleónica cuando la situación lo requiere. A veces me habla de su hermano, desde la calma y el dolor. Yo le he hablado un poco de Patricia, de lo diferentes que somos, y de que nuestra relación, tristemente, nunca alcanzará grandes cotas de complicidad. También hemos empezado a comentar las aventuras de Daniel, el protagonista de *La Sombra del Viento*; Bastian no ha podido resistirse a conocer su historia y me quita el libro cada vez que puede, aunque, según él, es muy extraño porque durante las giras nunca lee. Jamás pensé que me fuera a sentir tan a gusto compartiendo horas de sueño con él, y eso que, la mayoría de los días, cuando yo me despierto, él apenas acaba de quedarse dormido. No ha dejado de componer desde que llegamos, aunque ha habido noches en las que el cansancio le ha vencido. Las camas están pegadas, aun así, en ningún momento me he sentido incómoda con su cercanía. Él ha respetado mi espacio y yo el suyo.

«¿Estás segura?».

Sí. Excepto por el ataque de voyerismo que tuve el martes. En mi defensa diré que la culpa es suya, por dejar siempre las puertas a medio cerrar. Después de insistir mucho, me confesó que el origen de su trauma comenzó cuando tenía doce años y se quedó encerrado durante más de una hora en un baño minúsculo en su colegio; desde entonces, prefiere no encajar las puertas de los sitios muy pequeños.

Cuando entré en la habitación a coger mi móvil y a cambiarme de ropa, y oí la ducha, no era mi intención mirar. Sin embargo, después de verlo desnudo saliendo del mar y de tener esa conversación sobre el deber y el querer, no podía sacármelo de la cabeza. Ni de otras partes de mi cuerpo que, asombrosamente, están despiertas. Así que, dejándome llevar por el deseo de contemplarle en todo su esplendor, me asomé por la pequeña rendija. Tuve suerte, porque el espejo está perfectamente ubicado para que no haya que mirar de frente. Y ahí estaba Bastian, masturbándose, con los ojos cerrados y cubierto de espuma mientras se regalaba su propio placer. Y cuanto más pensaba que estaba muy mal invadir su intimidad de ese modo, más ganas me entraban de seguir ahí, anclada a ese marco, admirándole desde la distancia y reprimiendo el impulso de llevarme la mano a las bragas. Porque, sí, después de muchísimos meses es lo único que quería, tocarme, como estaba haciendo él.

—Está sonando tu móvil… —Pego un bote y me centro, igual que hice el martes cuando él abrió los ojos y me vio de refilón a través del espejo.

Esa noche salí de la habitación corriendo, muerta de la vergüenza. Menos mal que Bastian empieza a conocerme y solo me dedicó una mirada gamberra cuando se sentó a cenar enfrente de mí. Luego, afortunadamente, no ha vuelto a mencionar el incidente.

Miro la pantalla y veo que es Saúl. Hoy he intentado hablar con él dos veces, sin éxito. Con Patricia sí que lo he hecho, porque la pillé en casa de mis padres y hablé con los tres. Mi hermana está algo menos borde conmigo, aunque la conversación ha sido muy trivial. Es muy raro que él me llame a estas horas, son más de las doce de la noche y, en teoría, está solo. Cuelgo, porque ahora no me apetece hablar a mí con él.

—¿No lo coges? Puedo parar si quieres.

—No, tranquilo. Ya hablaré con él mañana.

—¿Quieres contármelo? —Niego con la cabeza—. Quizá te venga bien soltarlo —insiste.

—¿Quieres contarme tú lo de Xisca? ¿Cuánto tiempo lleváis enrollándoos? —Bravo, Mara, a eso se le llama salir por la tangente.

—Hostias. Esa no me la esperaba. —Bastian se parte de risa y cuando ve que estoy esperando una respuesta, recupera la

compostura—. Vale, pero esto no funciona así. Yo te respondo primero, si quieres, aunque también tengo preguntas. Luego te toca a ti.

—¿Es obligatorio?

—No. Es lo justo. —Afirma, y me guiña un ojo—. Con Xisca solo me enrollé una vez hace más de un año. Ella y yo siempre nos hemos llevado muy bien, por eso habrás visto la buena conexión que tenemos. Es mi amiga y la hermana de Ale. También fue la última tía con la que lo hice. —Arqueo una ceja, incrédula—. No me mires así, ese dato es cierto.

—Pensé que Mugi solo te vacilaba.

—Lo hace, cada vez que hablamos de sexo, ya lo has visto, pero es verídico. ¿Y tú?

—¿Yo qué?

—Jimena también dice que tú no follas desde hace tiempo y, además, te estremeces con el contacto físico. Hasta donde yo sé, tienes un marido que vive contigo, ¿no?

Me entran ganas de matar a Jimena por enésima vez en este viaje. Me yergo en el asiento y Bastian vuelve a llevar su mano a mi rodilla, no sé si para transmitirme calma o para terminar de alterarme. Ahora, por su culpa, acabo de recordar mi última vez con Saúl antes de marcharme. Sus manos. Su presión. Su respiración en mi nuca. Su placer. No el mío.

—No acostumbro a pasarle a Jimena un parte cada vez que lo hago. Así que sabe cosas, aunque no todas —afirmo, y a pesar de que visto desde fuera pueda parecer ridículo, no me molesta abrirme con Bastian. Ni tan siquiera hablar de un tema tan íntimo. A veces, exponer la realidad delante de personas que no te conocen demasiado, y que son más objetivas que tus propios amigos, resulta más fácil—. La última vez fue la mañana antes de meterme en el tren para ir a Madrid. No hace tanto y fue unilateral, lamentable y muy decepcionante. Me sentí usada como un triste agujero. —Para qué disfrazarlo—. No se lo he contado a mi amiga, preferí olvidarlo, hasta este instante.

—Lo siento. Solo era curiosidad. No pretendía…

—Lo sé. No pasa nada. Y antes de ese patético episodio, sí, tiene razón Jimena, el sexo en mi vida ha pasado a un segundo o tercer plano.

—¿Por voluntad propia? Porque en mi caso ha sido así, no voy a engañarte.

—¿Por qué? Habrá una explicación por la que no has querido estar con nadie en todo ese tiempo, ¿no?

—Hay un detonante. Y luego están los miedos y los fantasmas. Pero estamos hablando de ti.

—No, a nosotros nos ha ido engullendo nuestra propia vida, desde hace unos años. La falta de comunicación es cada día más insoportable, y eso se extrapola a lo demás. A no mantener activo el deseo, a relegar el placer al último lugar, a depender solo de un impulso que, en nuestro caso, cada vez es más difícil que surja después de llevar tantos años juntos. A él todavía se le aparece, de vez en cuando; a mí, ya no. —No con él, esto apenas acabo de descubrirlo—. Y Saúl no lo ve, o no quiere verlo. Y yo, gracias a mi forma de ser o a mi inoperatividad en determinados momentos, me cargo con todas las culpas.

—No hagas eso, Mara. No soy el más adecuado para darte consejos sobre relaciones, porque no he tenido ninguna importante, además de que tampoco me los has pedido. Sin embargo, si te sirve de algo, siempre he oído decir a mi madre que, cuando las cosas en una pareja no funcionan, nunca hay un solo culpable.

—Me gusta tu madre.

—Y a mí. Aunque últimamente hable poco con ella. No quiero que te pongas así. —Se gira para mirarme—. En serio, te he preguntado porque prefería conocer la información de tu boca. Al principio, me sorprendió cómo reaccionabas cuando te tocaba, como si estuvieras muy poco habituada a sentir con el mejor órgano del cuerpo después del cerebro, que es la piel.

—Mi piel perdió la memoria, supongo.

—Eso me deja loco porque yo soy… —hace una pausa larga, buscando las palabras— muy fan de transmitir por ahí. Y no estoy hablando exclusivamente de sexo. Te juro que no me entra en la puta cabeza que alguien que te tiene en su cama todos los días no te toque ni te vea como lo hago yo.

—Bastian…

—Lo siento, pero después de lo que me has contado, no puedo guardarme lo que pienso. No me malinterpretes. Lo que te quiero decir es que ahora estás aquí, conmigo, y voy a ser completamente

sincero con lo que siento. La opinión que tengo ahora mismo de tu marido, sí, esa mejor me la callo. Tú haz lo que debas, o lo que quieras, Mara. Porque, que no se te olvide nunca, nadie más que tú puede elegir.

—Está bien. —Claudico; ahora no puedo mirarlo de frente o me lanzaría sin control a sus brazos para sentir el tacto de su piel sobre la mía, pero con el rabillo del ojo veo cómo sonríe satisfecho—. Lo primero que elijo es una canción. —Soy la reina de los cambios de tema, como puedes ver—. Esto que está sonando es soporífero y me has pedido que no me duerma.

—Me parece perfecto. Aunque vamos a hacerlo un poco más divertido, porque me he equivocado de salida y tardaremos un poco más de lo previsto.

—Soy toda oídos.

—Tres momentos. Cada uno dice su tema. Tenemos que elegir el mejor de los dos. Coge mi móvil.

—¿Y dónde está ahí la diversión?

—No seas ansiosa, Eme. Dame tiempo.

—¿Eme? ¿Me acabas de llamar Eme?

—Sí, me gusta cómo suena la inicial de tu nombre. —Y a mí—. Pero solo lo haré en la intimidad, tranquila. Ya existen tres canciones con ese título, que yo conozca, aunque no descarto una cuarta —sisea más para él que para mí. Se me escapa una sonrisa—. ¿Te llama alguien así? —Vuelve a mirarme.

—No. Nadie.

Como el nivel de intensidad siga subiendo, no sabré controlarlo.

—Perfecto. ¿Podemos seguir entonces?

—Adelante.

—El primer momento. Una canción para cocinar.

Me río y él da pequeños golpes al volante, nervioso.

—Está bien. Me gusta cocinar, sin embargo, cuando lo haces por obligación todos los días del año y sin que nadie se moleste en valorarlo ni una sola vez, pierde la magia. *Cualquier otra parte*, de Dorian.

—Buah, menudo tema. —Suelta mientras la busco en su Spotify y suenan los primeros acordes por los altavoces—. Eh, que falta la mía.

—Pues venga.

—*Chocolate y nata*, de Carlos Sadness.

Tecleo y la encuentro rápido. Le doy al *play*. No la había escuchado nunca; dejo que suene. La letra, vaya con la letra. Bastian sabe a lo que juega, yo no lo tengo tan claro.

—Has ganado —confirmo—. Siguiente.

—Oye, que no había acabado —protesta.

—Ya. Pero has ganado. Punto para ti.

Necesito una tregua. Hace calor, estoy pegajosa del *backstage*, como cuando salía de la primera fila de los conciertos de Hombres G en la plaza de toros de Santander con trece años. Y, encima, Bastian me sigue mirando como si pudiera ver debajo de mi ropa mientras me canta la cancioncita; la que va a necesitar aliviarse hoy voy a ser yo, que no soy de piedra.

—La segunda, una canción para bailar.

—*Material Girl*. —No dudo.

—¡Oh, Madonna! Ahí te has ganado el punto, Eme.

—Pero si falta la tuya.

—Te la digo, vale, aunque ya has ganado. Contra esta no tengo nada que hacer. *Me gustas tú*.

—¿Manu Chao? —Se me escapa una carcajada—. Vamos a ver, ¿cómo bailas tú, Bas?

—Con *flow*. Me motiva el *reggae* en algunos momentos. Espero que no me hayas imaginado perreando. Respeto todos los géneros, pero algunos no van conmigo. Por cierto, puedes repetir lo de Bas, pero más cerca de aquí. —Se señala el lóbulo de la oreja—. Por esta zona…

Genial, no mentía cuando me ha dado a entender que no va a cortarse.

—¿Te llama alguien así? —Ignoro su proposición.

—Lo hicieron, con quince. No estaba mal, era mona, aunque no me ponía tanto como tú.

—Gana la mía. Punto para mí. —Yo a lo mío, no puedo dejar que me despiste con sus trucos.

Escuchamos la canción de Madonna hasta que termina y los dos seguimos el ritmo con la parte superior de nuestros cuerpos.

—Según esto —señala el GPS— ya llegamos. Así que, rápido, nos toca desempatar. Una canción para follar.

—No la vas a conocer. Vamos, es que ni de coña. —Me vengo

arriba. Bastian se detiene delante del portón de la casa y abre con el mando.

—¿Todavía no sabes con quién estás hablando? —Aparca la furgoneta y para el contacto—. Y, por favor, que no sea de The Weeknd, que parece que la única música para echar un polvo en estos tiempos es la que hace él.

Me río mientras yo misma abro la puerta de casa. Ale me ha dado a mí un juego de llaves porque no se fía de su amigo. Bastian es propenso a dejar las cosas por ahí y luego no saber dónde están, como le ocurre a menudo con el móvil.

—*By Your Side*, de…

—Sade. Una diosa, tiene una voz increíble. —Subimos juntos las escaleras hasta nuestra habitación—. Me flipa, no solo eres una tía preciosa, sino que además tienes un gusto musical impecable. Acabo de empalmarme, Eme.

—Bastian…

—¿Qué pasa? Ya te he dicho que no iba a callarme.

Entramos y lo primero que hago es sentarme en el colchón y descalzarme. Él se pone en cuclillas y me examina el pie, sin importarle que lo más probable es que apeste. Tengo el meñique rojo, no obstante, puedo moverlo, así que le retiro la mano y me levanto.

—¿Y la tuya? —me intereso mientras ya suena la mía en su móvil.

—*I Wanna Be Yours*, de Arctic Monkeys.

—Uf, es muy buena también. Igual tenemos que firmar un empate. —Quito a Sade y pongo su elección, luego dejo el móvil sobre el colchón de su cama.

—Me parece lo más correcto. Además, podemos follar con las dos. Por mí no hay problema.

Y la musicalidad de la voz de Bastian conjugando un verbo que rara vez sale de mi boca me termina de encender.

—Voy a… Yo… Necesito —tartamudeo—. Necesito darme una ducha.

Bastian se pega a mi espalda, puedo sentirlo detrás de mí. Con un movimiento delicado, me aparta el pelo de la nuca y se inclina para susurrarme al oído:

—Deja la puerta abierta, Eme. Es lo justo. —Vale, sí, era muy

raro que no hubiera mencionado lo del martes todavía.

Y Eme, que es la versión 2.0 o 3.0 de Mara, se deja llevar por primera vez en siglos, sin vergüenza, sin pensar y sin esconderse.

Entro en el baño y dejo la puerta sin cerrar. Él se queda en el mismo punto en el que me quedé yo, observándome. No hay un solo poro de mi piel que no sienta el vértigo. A lo desconocido. A lo prohibido. A las ganas. Abro el grifo y dejo que el agua coja temperatura mientras me desnudo, de espaldas a él. Es absurdo, pero a pesar de que nos separan más de dos metros y de que él jamás me ha tocado así, puedo sentirlo, como si Bastian estuviera repartiendo sus caricias por todo mi ser.

Cerebro y piel.

Cuando me meto en la ducha, cierro los ojos e imagino que mis manos, que ya están dándome placer entre las piernas, son las suyas. No me puedo seguir engañando. El cuerpo no miente y el mío, en este instante, siente de un modo muy diferente. Anhela. Desea. Ansía. Repito: no miente. Estoy tan excitada y tan necesitada que apenas tardo unos minutos en alcanzar el orgasmo. Y es largo, intenso y muy inesperado. Y me raja en canal.

En cuanto abro los ojos y contemplo mi reflejo en el espejo, soy consciente del peligro intrínseco que supone llevar el juego a este nivel, un riesgo que nos afecta a los dos. Bastian también lo sabe, porque sus ojos de color indefinido a ratos ya no están estudiándome al otro lado de la puerta.

22
VERDADES

Bastian

Acabamos de llegar a Barcelona y Mara está sacando el neceser de su maleta para dejarlo en el baño de mi habitación. Hoy y mañana, será nuestra. Ya me resulta hasta cómico ver cómo se toma con tanta filosofía las apariciones y desapariciones de Max. Sin duda, ella está siendo un daño colateral en la caótica vida de mi mánager, que, por supuesto, afecta también a su relación con Jimena.

—¿Por qué sonríes?

—¿Yo? —Disimulo.

—Sí, tengo estudiadas tus muecas, Bastian. Después de compartir tantos días contigo…

—Y tantas camas… Y hasta un par de pajas, que no se te olvide.

Se da la vuelta, roja y sofocada, y, sin pronunciar una sola palabra, entra en el baño. No cedo y la sigo.

Cada vez que intento sacar el tema de lo que ha ocurrido en Mallorca, huye, que más o menos es lo que hice yo cuando la vi tocarse dentro de la ducha el sábado: ponerme mis zapatillas y salir a correr un rato. Un rato largo. O lo que hizo ella cuando me contempló a mí el martes: bajar a cenar, escabullirse entre los demás y hacer como si nada. Entre un episodio y otro reprimí las ganas de hablar de ello para no incomodarla, pero después de verla yo a ella, me resulta imposible pasarlo por alto.

Ha sido un juego íntimo y peligroso, que lo único que ha conseguido es desdibujar los límites. Los que ella impone. Porque yo, francamente, no tengo ninguno, y menos viendo lo bien que me siento estos últimos días compartiendo tiempo y espacio con ella. Con Mara disfruto de una conexión y una complicidad que apenas

tengo con nadie. Sacando el tema no pretendo hacerla sentir mal ni avergonzarla, no soy de ese tipo de personas que disfrutan presionando a los demás para llevarlos a su terreno. Lo que pasa es que me gustaría tratar el asunto con más profundidad. Como dos adultos, que es lo que somos. Más que nada, para aclarar algunos puntos. Que ella accediera a no cerrar la puerta cuando entró a ducharse significará que algo ha cambiado entre nosotros, ¿no? Por eso me gustaría saber qué piensa. Porque yo tuve que hacer acopio de todo mi autocontrol para no colarme en el baño y suplicarle que me dejara cambiar sus manos por las mías. Es difícil entender cómo, cada día que pasa, me siento más y más atraído por ella. No lo comprendo ni yo. Sobre todo porque llevaba demasiado tiempo sin ganas de llenar los vacíos. Y, de repente, llega ella y se hace un hueco en uno, y de ahí, sin inmutarse, va saltando hasta los demás. Lo mejor es que sé, a ciencia cierta, que lo ha hecho de manera natural, sin proponérselo.

—¿No vas a olvidarlo?

—No. Y, para ser sincero, no es solo que no puedo olvidarlo, es que no quiero. Que me dejaras verte fue brutal. Excitante, sensual y jodidamente adictivo. Una droga que quiero seguir consumiendo, si tú quieres.

—Bastian… Yo…

—Lo sé. —Me acerco a ella y sujeto sus manos, me gusta ver que cada día está más cómoda con mi tacto—. Conmigo no tienes que justificarte. Nunca. No voy a juzgarte, jamás se me ocurriría. Y espero que, en pleno siglo XXI, tampoco lo hagas tú. La vida no es una carretera recta, vallada y con un solo sentido, Eme.

—Aunque no hable de ello, sé lo que hice. Todavía soy dueña de mis actos. Sin embargo, eso no significa que esté preparada para nada más. Ni tan siquiera para analizarlo contigo.

—Quiero normalizarlo. No analizarlo.

—¿Normalizarlo? Por favor, Bastian. Fue impulsivo. Morboso. E imprudente. Fue un…

—No digas que fue un error, porque ambos fuimos conscientes.

—Por eso mismo. Los errores a veces son más conscientes que lo contrario. ¿Se te ha olvidado que estoy…?

—¿Quieres saber la verdad? —La interrumpo—. Sí, se me ha olvidado. Sencillamente, no lo pienso. Cuando te miro. Cuando te

estudio mientras estás acostada en mi cama. Cuando te observo concentrada detrás del objetivo. Cuando te escucho reírte con Jimena. Hasta cuando te oigo hablar con él, como ayer, no lo pienso. No pienso en ninguna de tus circunstancias. Solo me concentro en esta Mara que tengo delante. Ojalá tú pudieras hacer lo mismo. —Cojo el índice y el corazón de su mano derecha, y los llevo hasta el tatuaje de mi cuello. Los deslizo por todas las letras de la palabra. Ella me mira, me estudia, y cierra los ojos, como si necesitara un instante para pensar en lo que le he dicho.

—Es difícil no juzgarme. Y no soy la mejor jueza del mundo. Son demasiados años. El compromiso. Las promesas. Las creencias…

—¿Y en qué lugar después de todo eso quedas tú y tu deseo?

—Ni idea. —Se sincera—. Todavía no lo he descubierto.

—Deja de presionarte. Quizá deberías empezar por invertir el orden y pensar primero en ti.

Alguien llama a la puerta con insistencia. Su cara de alivio me demuestra que está encantada con la interrupción.

—¿Preparado? —Max nos mira a ambos y después su reloj. Viene a buscarme para acompañarme a la rueda de prensa. Jimena aparece por detrás de él.

—¿Nosotras tenemos que ir? —pregunta.

—No hace falta. Podéis daros una vuelta por Barna y nos vemos en el restaurante para comer. Ya he reservado —les informo.

—Después tienes la entrevista en la radio, Bastian. —Me anuncia Max.

—¿No era mañana?

—Sí, pero le han pedido a Olfo, como un favor, que la hagamos hoy. Dame el número del restaurante y que Ismael llame para retrasar la reserva.

—¿Y la prueba de sonido?

—La he puesto a las seis.

—Ya te vale, Max. —Me mosqueo—. Las cosas no funcionan así. La entrevista no era hoy. Iba a ser mañana. Ahora no solo me van a bombardear con el puto bulo, sino también con el adiós de la banda. Va a ser demasiado. No sé si estoy preparado…

No quiero alterarme, porque estoy a punto de sentarme delante de todos los medios de comunicación, junto a mis golfos, para informarlos de una de las decisiones más importantes de nuestra

vida como músicos, que no es otra que el adiós definitivo de The Airband cuando finalice esta gira. Una decisión difícil, meditada y consensuada entre todos. Mara ya sabía esto, se lo conté el domingo antes de ir a cenar con los chicos, sospeché que saldría el tema y no me apetecía que se sintiera como una extraña; si no se lo habíamos comentado antes fue para evitar que se sintiera presionada haciendo las fotografías. Lo que me preocupa es que no conoce esa otra parcela que me atañe solo a mí. Y no puedo lidiar a la vez con todas estas emociones y con los fantasmas del pasado, que, definitivamente, he dejado atrás. Sé lo que les gusta la carroña a los periodistas y, por supuesto, que no perderán la oportunidad de hacer saña, sobre todo si notan que estoy más vulnerable, como hoy.

—Será mejor que os dejemos solos —dice Mara, y coge su bolso para irse con Jimena.

—Espera, dame un minuto —le pido, y me mira sin entender nada.

—Bastian, ¿tiene que ser en este instante? Es la hora. Tengo a toda la prensa congregada en el salón. No puedes hacerlos esperar. Luego, un coche de la emisora te estará esperando para que llegues a tiempo y entres en directo.

Jimena me mira y lee en mis ojos la súplica. Coge a Max por la manga y lo arrastra fuera de la habitación.

—Os esperamos abajo. No tardéis —nos dice.

Cuando cierran la puerta, ella sigue mirándome preocupada.

—¿Qué ocurre, Bastian?

—Nada grave. Bueno, en su momento, lo fue. Y ahora solo espero que no vuelva a serlo jamás. Te juro que he empezado a dejar atrás toda esta basura hace meses y no me gusta que salga el tema de nuevo. Solo quiero mirar hacia delante, aunque parece que hay días en los que es imposible, porque no me dejan.

—Me estás poniendo nerviosa.

—Tranquila. —Llevo mi mano izquierda, en la que sigo llevando el pañuelo, a su mejilla y con los nudillos la acaricio—. Solo es que necesito contártelo yo antes. Para que lo escuches de mi boca. Al final, ¿me buscaste en internet?

—No, ya te dije que no iba a hacerlo.

—Está bien, pues entonces, escúchame. Mi intención era

explicártelo esta noche, después de la Razzmatazz, si el subidón me dejaba, porque esa sala es la hostia de especial y cuando salgo de ella me tiemblan las piernas durante horas. Quería decírtelo yo antes de ir mañana a la radio, lo normal es que allí sacaran el tema. Pero ya ves, se han precipitado los acontecimientos.

Cojo aire y lo retengo en mis pulmones mientras me pierdo en la luz de su mirada.

—Bastian. —Me sujeta de las manos y me las posa sobre mi pecho—. Es tarde y te están esperando. Yo jamás te juzgaría sin haberte escuchado antes. —¿Puedo besarla ya? Porque es lo único que quiero, mandar todo a tomar por el culo y perderme en el sabor de sus labios, como he fantaseado una y otra vez. ¿Entiendes ahora cuando digo que ella llega a mis rincones sin proponérselo?—. Lo que quieras contarme puede esperar, seguro. Valoro mucho tu sinceridad, sabes que me ayuda a sacar lo mejor de ti y de los chicos en cada disparo. Y es indudable que cada vez estamos más a gusto, dentro y fuera de los escenarios, mucho más conectados, pero entiendo que hay parcelas de tu vida que quieras seguir preservando. Ahora, lo más importante son los chicos. Tú mismo lo dijiste anoche. —Se refiere a la conversación que tuvimos en la habitación después de cenar todos juntos en casa de Ale—. Ellos siempre serán tus golfos, hasta el final.

—Lo sé, pero tú también eres importante para mí, y no solo por el proyecto. He vuelto a componer teniéndote cerca, y creo que eres la persona con la que más hablo desde hacía siglos. Necesito que escuches mi versión primero —insisto.

—Puedo esperar, en serio.

Mi móvil empieza a sonar y es Mugi. No puedo ignorarlo. A él no.

—Mugi…

—Primo, coño. Estos se están cabreando. Baja ya, y no me hagas subir a buscarte.

Cuelgo y miro a Mara.

—Tengo que bajar. Así que te daré mi versión resumida. Si tienes preguntas, las tendrás que dejar para luego.

—No te preocupes.

Y, entonces, me vacío. Como jamás había hecho fuera de mi círculo; podría considerarse un breve ensayo para lo que me espera

luego en la radio.

—Hace dos años me acusaron de acosar a mujeres por las redes. Solo hacía un año que se había muerto mi hermano, y el dolor me tenía sumido en el infierno. Cuando, sin comerlo ni beberlo, me encontré con esto. Alguien lanzó un bulo que se extendió como la pólvora. Y, además, se fue haciendo cada vez más grande. En cuanto se difundió, di la cara y lo negué categóricamente. Jamás en mi vida he cometido ningún acto de acoso ni violación ni actividad sexual sin consentimiento. Te lo juro. Ni con mujeres adultas ni mucho menos con menores. Sin embargo, el mal quedó ahí, inundando todo. Y jodiéndome la vida.

—Bastian, yo… No sé qué decirte. Tuvo que ser horrible.

—Lo fue y lo ha sido durante mucho tiempo. —Mara me abraza, sin esperar ninguna explicación más. Y ese gesto, tan sencillo y a la vez tan enorme, me termina de desarmar—. Cuando la gente quiere creer la mentira, da igual las veces que lo desmientas, ni tan siquiera dudarán. Lo importante es que, durante ese proceso, no te la acabes creyendo tú, o caerás en un abismo del que es imposible salir. Lo que más me jode es que no hubo ni una sola prueba ni una sola verdad dicha con fundamento. Nada.

—Menuda impotencia.

—Exacto. Eso es lo peor, que no estaba en mis manos solucionarlo. Y, para colmo, nadie me ha pedido perdón todavía. —Lleva su mano a mi cuello, deslizando de nuevo su pulgar por las letras de mi tatuaje. «Libertad». Sí, me lo grabé con tinta para recordarme que, pese a todo, no iba a dejar que nadie me privara de ella—. Lo que pasó después más o menos ya lo sabes. Me recluí en la burbuja. Cerré mucho más el círculo. Dejé de relacionarme con mujeres. Y me volví más desconfiado que nunca. —Me termino de romper y la estrecho, más fuerte, entre mis brazos. Me inclino y pego mi frente a la suya. Las puntas de nuestras narices casi se rozan y nos respiramos. Podría besarla ahora mismo. Podría besarme ella a mí. Pero tengo suficiente con perderme y encontrarme en la preciosa calma que me transmiten sus ojos y en la presión de sus diez dedos en mi nuca.

—Tienes que bajar, Bas. Es tarde.

—Lo sé.

Me gustaría quedarme así, pegado a ella, al menos hasta el

concierto de esta noche.

—Vamos, te acompaño.

Me echo un último vistazo en el espejo y salimos de la habitación. Le doy la mano en el ascensor y mientras atravesamos el *hall* hasta el salón que ha reservado Max, donde todos me esperan.

—Eme… —Me detengo un metro antes de llegar a la puerta.

—Cuando acabes, quiero acompañarte a la radio. Para escuchar la versión extendida y para cogerte de la mano otra vez al salir.

Nos soltamos y entro en el salón con una sonrisa innegable en los labios. Mis golfos me aplauden por llegar el último y, con el sonido dulce de las últimas palabras de Mara resonando todavía en mis tímpanos, que dejan clara su intención de seguir acompañándome, me siento en el centro de la mesa alargada, entre Mugi y Ale.

—Pues ahora que estamos todos, The Airband tiene algo importante que contaros… —Max hace la introducción, y, en cuanto termina, todos los *flashes* y todas las miradas se posan en mí. Siempre he sentido que la banda, que yo fundé, es de los cinco. Pero para bien o para mal, todo el mundo ha percibido que yo soy la banda.

Cojo aire y trato de controlar las pulsaciones. Es difícil enfrentarse a esta manada de lobos. Además, no hay nada peor que estar rodeado de gente y sentirse solo. Sé que están ellos, sin embargo, es como si toda la responsabilidad cayera sobre mí. Mugi posa su mano en mi rodilla, infundiéndome valor. Y Ale sisea un «dale, Bastian» que me ayuda a enfocarme.

Me ajusto el pañuelo a la muñeca y aprovecho para secarme el sudor de las manos. Trago saliva antes de que me ahogue con ella y miro al fondo, a ningún punto en concreto, hasta que la localizo. Mara está de pie en la esquina izquierda. Un parpadeo de ella, aun a esa distancia, es suficiente para que mi voz empiece a sonar.

—Hola a todos. Como muchos ya sabéis, nuestro brindis estelar siempre ha sido: «Toquemos juntos hasta naufragar». Pues bien, tenemos que comunicaros que el naufragio ha llegado.

23
TENTACIÓN

Mara

Bastian no está bien, acaba de pedirle a Max que llame al médico. Por la mirada que han cruzado Mugi y el mánager, sé que hay algún problema. Sin embargo, no me he atrevido a preguntar. Están en mitad de la prueba de sonido, que ahora mismo ha quedado interrumpida.

Me cruzo la cinta de la cámara por el pecho y bajo del escenario para irme al camerino. Jimena está en una silla con su portátil entre las piernas.

—¿Qué ocurre? No oigo nada.

—Han parado. Bastian no está bien, quiere que llamen al médico.

—Vaya, era raro que hubiera tardado tanto. —Comenta, y sigue tecleando.

—¿Tardado?

—Sí. Bastian se ha vuelto bastante hipocondriaco desde lo de su hermano. Trata de controlarse, sobre todo cuando está de gira, aunque, en ocasiones, su cerebro funciona a muchas más revoluciones que él. Estará bien, tranquila. Los chicos están acostumbrados y saben lidiar con sus bajones. Hoy, en esta mítica sala, lo va a petar por segunda noche consecutiva, te lo digo yo. No te preocupes.

Jimena parece estar convencida; yo, no tanto. No me sorprendería nada que su cuerpo hubiera dicho basta, y más después del día tan intenso y estresante que vivió ayer.

La rueda de prensa no fue tan mal como él esperaba. Puede que parte de los medios de comunicación ya imaginaran algo, porque,

aunque los chicos habían acordado no decir nada, les rodea tantísima gente en cada bolo que es normal que alguien tenga las orejas más abiertas y haya filtraciones. Solo dispusieron de media hora para acribillarlos a preguntas, la inmensa mayoría dirigidas a Bastian. Salió airoso y, lo más importante, estuvo bastante arropado por sus fieles escuderos, así que, aunque él llevó el peso del interrogatorio, siempre había alguien dispuesto a ayudarle.

La decisión de poner fin a la banda fue meditada y consensuada por los cinco. Se limitaron a dar las gracias a su público, por todo lo vivido en algo más de una década juntos, que les ha parecido medio siglo, y a agradecer el cariño. También a aseverar que están seguros de que llegarán nuevas aventuras, menos apabullantes, aunque, probablemente, les aporten una ilusión y una alegría diferentes, que es lo que todos, en lo personal y en lo creativo, están buscando.

Después, le tocó ir a la radio. Lo acompañé, como le dije. Y ahí fue donde pude ver de nuevo a ese Bastian convencido de dejar atrás el pasado para centrarse en el presente. En este presente. No esquivó ni una sola de las preguntas. Aunque muchas solo estuvieran destinadas a recrearse en el lado morboso de aquel falso rumor. Y pasaron por alto la veracidad de los hechos: que no existió jamás ninguna prueba real de aquello. Bastian respondió tranquilo, sin dejar de mirarme a través del cristal de la cabina, y, aunque había mucha gente rodeándome, sentí que cada palabra que salía de su garganta iba dirigida a contármelo a mí. Solo a mí. Y fue inesperado e increíble. Él no tenía por qué explicármelo y, aun así, lo hizo, quizá porque necesitaba sincerarse y abrirse también conmigo.

Ahora sé que, después de perder a su hermano, aquellas acusaciones fueron la gota que colmó el vaso para terminar de hundirlo. Lo pasó mal, porque no entendía cómo él, un tío normal de Donosti, podía ser el foco de tanta atención mediática, y mucho menos que alguien con mala fe le hubiera elegido como blanco.

A la salida volví a abrazarlo y le di la mano hasta llegar al restaurante. Su japonés favorito en la Ciudad Condal. Le jodió no poder dar un paseo después, porque ya era la hora de la prueba de sonido.

El concierto de anoche solo puedo definirlo con una palabra. Brutal. Se vació en el escenario por primera o segunda vez en el día,

había perdido la cuenta. Después, fuimos al hotel y, como era de esperar, cayó rendido antes de que yo saliera del baño de darme una ducha. Así que me acosté a su lado en la cama y, como yo también estaba agotada, nos dormimos. Cuando nos hemos despertado juntos esta mañana, no hemos dejado de sonreír, porque es una de las pocas veces que nuestro ritmo circadiano se ha coordinado. Y mientras desayunábamos en la habitación, Bastian me ha hecho una proposición…

—Al final, ¿hablaste con Saúl antes de ayer? —Jimena me saca de mis pensamientos—. Se me olvidó preguntártelo.

—Sí. No te lo he dicho porque prefiero no recordarlo. No era nada urgente, tal y como creía. —Bastian estaba conmigo en la habitación cuando hablamos y trató de darme mi espacio. No me ha comentado nada, aunque nos oyó discutir, seguro.

—Venga, suéltalo.

—Su lista de recriminaciones cada vez es más extensa. Esta vez solo quería decirme que dejara de hacer el tonto sacando dinero en los cajeros, que prefería que pagara con la tarjeta.

—¿No estás hablando en serio?

—Tristemente, sí. Se conoce que, aunque me echó en cara todas las compras que hice, prefiere verlas a no saber en qué gasto mi dinero. Me dejó claro que si ahora opero así es porque es mucho más turbio que antes, que le oculto algo gordo.

—Gordo me cae él a mí. Muy gordo. Siento decírtelo, pero Saúl ha perdido la puta cabeza. Nunca creí que fuera a actuar así. De verdad, es que no parece tu marido. No solo te controla económicamente, sino que también te infravalora, como si lo que tú haces fuese mucho menos importante que lo que hace él.

—Gracias, no me había dado cuenta —musito.

Jimena se levanta de la silla y se acerca a mí, no hace falta que me diga nada más, solo me abraza.

—No quería que sonara así…

—Lo sé. Es que yo tampoco reconozco ahora a Saúl. ¿Te acuerdas de que te dije que le conocía como la palma de mi mano y que le miraba y sabía el significado de sus gestos y sus miradas?

—Sí.

—Pues ahora ya no. No sé si la distancia me está permitiendo mirar con más objetividad o es que él, con mi ausencia, ha mudado

la piel y la que tiene ahora me resulta desconocida, porque jamás pensé que pudiera reaccionar así.

—Ese control financiero es inaceptable. Aunque me imagino que sabrás que el error también es tuyo por tener solo una cuenta con él.

—Ahora lo sé.

—Cuando regresemos a Madrid, dentro de dos semanas, vamos a ver a mi hermano al banco y te abres una nueva, solo tuya. Así puedo ingresarte un pequeño anticipo ahí.

—Jimena, no hace falta, en serio. —Se separa de mi cuerpo y me mira con su cara de «no me lleves la contraria».

—Claro que sí. Y, por cierto, Max esta noche regresa a Madrid, así que puedes dormir conmigo. Ya sé que la hemos vuelto a cagar con la reserva de las habitaciones en Barna, pero es que con lo del anuncio del final de la banda él también está bajo mucha presión. Lo he reñido, pero no he podido cabrearme.

—Pues siento comunicarte que hoy vas a dormir sola. Y mañana. Y pasado…

—Uy, uy, uy. ¿Qué me estoy perdiendo?

Me acerco a la otra silla y me siento.

—Nada, es solo que Bastian ahora compone todas las noches y, por algún motivo que desconozco, me ha dicho que su creatividad aumenta si me tiene cerca. Me ha pedido, por favor, que duerma en su habitación durante el resto de la gira.

Esa era la proposición que estaba recordando hace unos minutos. Bastian me confesó que quiso proponérmelo desde la primera noche que dormí en su habitación en Granada, pero que era una maldita locura hasta para él. No se ha atrevido a pedírmelo antes por miedo a agobiarme.

—Coño con Bastian, si tonto no es…

—Jimena, por favor. Solo duermo en su cama.

—¿Solo? Si pasa algo más, quiero ser la primera en saberlo. Quiero la exclusiva como tu periodista de confianza. ¿Me has oído?

Sonrío y me muerdo el labio por dentro. No le he contado nada de lo que pasó en Mallorca y no quiero que me lo sonsaque, así que disimulo.

—No desvaríes, anda. Solo dormir.

—Me gusta… —dice cantarina—. Me gusta que no huyas de la

tentación.

—Créeme, huyo constantemente. —Me sincero.

Una cosa es que no quiera contarle algo tan íntimo como lo del baño y otra muy distinta ocultarle cómo me siento en realidad.

—Bueno, huyes. Pero muy despacio, para que la tentación consiga alcanzarte. —Me guiña un ojo y ¿se emociona? Está perdiendo la cabeza también. Acaso se olvida de lo que soy. Una mujer casada. Me llevo las manos a la cara y me la froto con vehemencia—. Para. Deja de fustigarte por algo que ni tan siquiera has hecho. No vas a ir a la hoguera.

—Es que… Es absurdo, Jime. No hace ni un mes que nos conocemos y, encima, mira cómo estuvimos los primeros días. No tiene ningún sentido. Estoy perdida.

—No lo estás. Estás aquí. —Me sujeta las manos y me las retira de la cara—. Cuando estás inmersa en una gira, el reloj corre el doble de rápido. ¿No te das cuenta de que en un solo día vives tres? Es como los *realities* esos en los que encierran a los concursantes en una casa, que parece que han estado allí metidos años, no semanas. Cuando rulas con esta gente, desayunas con ellos, comes con ellos, te drogas con ellos, te tiras pedos con ellos… —Al ver mi cara de espanto se parte de risa—. Vale, lo anteúltimo es broma. Aunque ya has visto a Martiño en todo su esplendor, sabes que siempre está predispuesto a que lo acompañemos en sus fiestas blancas.

—Yo no he vuelto a verlo metiéndose —comento.

—Porque tú y Bastian no os habéis vuelto a quedar a ningún *after show*. —Tiene razón—. Pero dejando los vicios a un lado, lo que te quiero decir es que cuando convives con ellos te saltas un montón de fases que no pasarías por alto fuera de este universo propio. Cualquiera fuera del círculo necesitaría mucho más tiempo para conocer los detalles de las personas, sus puntos fuertes y los débiles. En cambio, cuando estás dentro, las horas de convivencia te dan un montón de información. Así que no te preocupes, no es nada extraño que sientas que esto va a toda hostia.

—¿Qué va a toda hostia? —pregunta Max, que acaba de entrar en el camerino.

—El internet —responde Jimena, y se queda tan ancha. Yo a duras penas me aguanto la risa—. ¿Qué tal el *pupas*?

—Joder, Jimena… —se queja él, y yo también la miro mal.

¿Dónde está su empatía?

—¿Qué pasa? Seguro que está bien.

—Mugi le ha convencido para que no nos haga llamar al médico. Ya se encuentra mejor.

—Creo que solo está agotado —comento.

—¿Le das mucha caña por las noches, Mara? —insinúa Max.

Lo ha dicho con un tono de broma, yo no me lo tomo mal, no obstante, mi amiga se acerca a él y le susurra:

—Max, cállate.

Me levanto y me voy hasta el escenario cuando empiezo a oír la voz de Bastian.

Después de este parón, no le va a dar tiempo a volver al hotel y regresar aquí para el concierto, así que la *crew* empieza a movilizarse entre bambalinas para que todo funcione.

Las cuatro horas siguientes son igual de vertiginosas que las de ayer. Todo vendido. El público entregadísimo. Y Bastian, más calmado y seguro de lo que nadie podría imaginar. Le fotografío desde todos los ángulos posibles. Las miradas que intercambia con sus golfos. El baile que se marca, digno de un octogenario, cuando tocan *Si duele, bailamos*, uno de los temas más icónicos de la banda. Mugi y él compartiendo micrófono para la estrofa de la canción que precede a la última. Y los besos en la cabeza que reparte a todos los miembros cuando los presenta y se hacen unos solos con sus respectivos instrumentos. Bastian en estado puro.

Cuando terminan de recibir los cinco largos minutos de aplausos de sus seguidores, se bajan del escenario. Mugi, Beni y Martiño chocan sus manos al cruzarse conmigo. Ale me besa en la mejilla, en un gesto cariñoso ya habitual. Bastian me mira y sisea un «sígueme» que me deja con la boca abierta. Es como si me hubiera leído el pensamiento, porque hoy tenía pensado seguirlo.

Al otro lado del pasillo hay una puerta custodiada por Tony. Se aparta a un lado para dejarnos pasar.

—Cierra —me dice, y él se acerca al lavabo para mirarse al espejo.

—¿Estás seguro? —Asiente y yo entorno la puerta sin cerrarla del todo.

Me parece un momento tan especial y tan íntimo que me asusta coger la cámara y colocarme detrás del objetivo. Me moría de ganas

de poder plasmar las vibraciones y la esencia de este momento, pero ahora, aquí, siento que estoy invadiendo su privacidad, como si me hubiera colado sin permiso.

—Bastian, si no quieres… —No me gustaría que se sintiera forzado a hacerlo.

—Shhh… —Cierra los ojos y coge aire, como si me dejara observar y no quisiera interrupciones. Se nota que es su rato consigo mismo—. El ritual de las tres R —me dice—. Recuperarme del subidón. Reconciliarme con esta profesión. Reubicarme en esta hora y en este día, porque no se puede vivir constantemente saltando de nube en nube. —Automáticamente, me acuerdo de mi ritual de automimo, solo que el suyo comienza cuando todavía tiene las pulsaciones a tope.

Elevo la cámara, pego mi ojo derecho al visor y disparo, sin moverme de la puerta. De espaldas. A su reflejo del espejo. A su perfil. Doy un paso corto. Y me agacho justo cuando se despoja de la camiseta y abre el grifo.

Noto cómo su respiración se vuelve más rítmica y, a la vez, cómo sigue librando su propia batalla. Bastian contra Bastian. Viéndolo ahora, comprendo por qué le gusta pasar por este aterrizaje a solas, sin testigos. Pero si quieren que el libro refleje el alma de él y de esta gira, es absolutamente necesario capturarlo.

Primero se refresca la cara y luego la nuca. Veo las gotas descender por su piel y sujeto con más fuerza la Leica. Su imagen transmite tantas emociones a la vez que no sé si seré capaz de plasmarlas todas. Cuando termina, se agarra con determinación al lavabo y agacha la cabeza. Respira de nuevo. Y yo contengo el aire en mis pulmones. Admirarlo se ha convertido también en mi pasatiempo. Desde aquí me parece escuchar su cuenta atrás. En cuanto pronuncia el cero, se suelta de la cerámica y levanta la cabeza para mirarme a través del espejo.

—Le hubiera encantado estar aquí hoy. Habría vibrado como el que más —empieza a hablar, y sé que se está refiriendo a Mario. Comienzo a andar hasta que me quedo a la distancia perfecta para un primer plano.

Bastian se lleva la mano izquierda hasta la boca y posa los labios sobre el pañuelo que envuelve su muñeca.

—Era su pañuelo —susurra, y su frase se mezcla con el clic. No

está tenso, y eso que el objetivo le apunta directamente al rostro. Frente. Nariz. Mentón. Otra vez siento que soy una intrusa, debe de notarlo, porque cuando dejo de apuntarlo y bajo la cámara lleva su mano izquierda a mi mejilla y me acaricia—. También le hubiera encantado conocerte.

—Bas…

—Le echo de menos.

—¿Puedo ayudarte? —Me ofrezco cuando veo que va a quitarse el pañuelo él solo.

—Sí, claro. —Con cuidado, se lo desato, y él lo dobla por la mitad y se lo guarda en el bolsillo del vaquero.

—¿Puedo preguntarte algo?

—La prensa no puede estar aquí… —me vacila, utilizando la misma frase que cuando nos vimos por primera vez, solo que con una entonación muy diferente.

Me gusta ver que la intensidad del momento se va equilibrando.

—¿Por qué lo has tenido puesto desde Mallorca?

—Porque tengo mis manías. Aparte de las taras, los miedos y los fantasmas. Ya te has tenido que dar cuenta de lo completo que soy. Me pongo el pañuelo el día del concierto y me lo quito cuando estoy solo, nada más terminar. En cierto modo, es como un homenaje a todo lo bonito que viví con él. O una superstición tonta, no lo sé. Recuerda que en Mallorca salimos pitando del recinto porque allí la intimidad no existía, así que no me lo he quitado desde entonces, ni para ducharme. Ayer estaba tan exhausto que cuando me bajé del escenario fui incapaz. Lo dejé para hoy.

—Me parece muy bonito —le confieso, y se le dibuja una sonrisa enorme en los labios. Se inclina, junta nuestras frentes y, de nuevo, nuestras bocas se quedan a punto de colisionar.

—Gracias, Eme.

—No tienes por qué dármelas. En todo caso te las tengo que dar yo a ti, por dejarme compartir este momento contigo.

—Podemos compartir más, todos los que quieras… —Su voz suena más sugerente. Lleva su pulgar a la comisura de mi boca, como hizo en las rocas, y esta vez mis ojos no pueden dejar de mirar sus labios. Podría besarlo. Podría besarme. Sin embargo, no sería capaz de hacer nada más. Y, entonces, ¿en qué lugar nos dejaría eso para el resto de la gira?

No. No puedo hacerlo. Aunque me muera de ganas. Cojo su muñeca con suavidad y la acerco a mi boca. Dejo un pequeño beso en el interior, donde antes reposaba el pañuelo.

—¿Qué te parece compartir un par de chupitos?

Bastian se empieza a partir de risa al ver cómo camino de espaldas para llegar hasta la puerta, alejándome de la tentación, como ha dicho antes Jimena. Aunque despacio. Muy despacio.

—¿Es lo que quieres?

—Es justo lo que necesito.

—Pues nada, vamos a por esos chupitos.

24
ESTE PUTO DÍA DEL CALENDARIO

Bastian

Catorce días. Cuatro ciudades. Miento. Cinco, porque hemos parado dos días en medio para descansar en Madrid. Todo este periplo después de los dos llenos absolutos en Barcelona. Zaragoza. Bilbao. Madrid en medio. Málaga. A Coruña, donde estamos ahora. Lo más lógico sería que, además de agotado, a estas alturas de gira te dijera que no tengo ni idea de en qué día vivo, pero lamentablemente, no es así. Sé qué fecha es hoy. Tengo grabado a fuego en el alma este puto día del calendario. Tercer verano sin él. Tercer aniversario.

Repito el *riff* de guitarra y tarareo notas sueltas para calentar la voz. Estoy solo en el pasillo. Ni tan siquiera Mugi se atreve a acercarse a mí hoy. ¿Por qué será?

No tenía que estar aquí ahora. No esta noche. Ni mi cabeza ni mi cuerpo se encuentran al cien por cien y odio sentirme así antes de subirme a un escenario. Ausente. Jodido. Roto. El concierto en A Coruña tenía que haber sido ayer, no hoy. Sin embargo, una intensa tormenta eléctrica estropeó parte de los equipos de sonido dos horas antes de salir a actuar y, lamentándolo mucho, no nos quedó más remedio que suspender.

La gira está muy apretada de fechas y la mayoría de los bolos con todo vendido. El anuncio del fin de la banda ha disparado la venta de las entradas, que ya de por sí iba muy bien. Es complicado encontrar otra fecha que nos pudiera encajar. Y, además, estamos en casa de Martiño. La ciudad que lo vio crecer. Sus amigos. Sus padres y sus hermanos estaban como locos esperando este concierto, que encima será el último para él aquí, con nosotros. Todos saben lo que me jode cancelar, trato de evitarlo hasta el

último minuto. Yo he estado ahí, en el otro lado, metido entre el público. Y sé el esfuerzo que supone para muchos comprar una entrada ahora mismo; sin embargo, también sé que, en cuanto lo haces, lo único que quieres es vivir en directo la música, vibrarla, bailarla, cantarla, lo que menos te interesa es que te devuelvan la pasta de la entrada. Mucha de esa gente me sigue desde el primer minuto, casi cuando cobraba en birras en aquellos antros de Madrid. No me perdonaría dejarlos sin disfrutar de nosotros una última vez.

Así que, por mucho que anoche, en la reunión que tuvimos con la *crew* al regresar al hotel, maldijera y me negara en redondo a actuar hoy, un día en el que solo quiero beberme una botella de *whisky* en soledad y regodearme en mi pena porque la puta vida me quitó a mi hermano mucho antes de merecerlo, ya ves, aquí estoy. A punto de salir con una mezcla de rabia y tristeza como único combustible. Porque los tres cuartos de la botella de *whisky* ya me los tomé anoche, cuando regresé de correr, aprovechando que Mara estaba dormida.

La muerte es el fin de la vida. De la vida del que se va y, en cierta manera, del que se queda. Sé que cada año dolerá menos. Sé que las palabras de consuelo no valen si el que las escucha no está dispuesto a tragárselas. Sé que no todos los seres humanos se enfrentan a ella de la misma manera, cuestión de carácter y también de cultura. Quizá por eso mis padres hoy, cuando hemos hablado por teléfono, estaban más tranquilos. Y por eso Cloe me ha pedido en un audio que suba al escenario y me deje la voz en cada nota que salga de mi garganta, porque Mario, desde donde esté, vibrará como un fanático más con mi sonido. La teoría suena de lujo, pero la práctica no es tan fácil. No sé por qué, en un día tan negro, no soy capaz de agarrarme a la música, que es lo que me llena siempre los pulmones de oxígeno y lo que, indudablemente, me da la energía para seguir con mi vida. No lo sé.

—Es la hora, Bastian. —Max sale a buscarme.

Entro en el camerino, donde me espera toda la marabunta. Antes del brindis oficial, le quito la botella de tequila a Beni y me tomo dos tragos seguidos en el primer vaso que encuentro. Sé el lugar exacto donde está Mara, al fondo, pegada al último banco, sin embargo, soy incapaz de mirarla.

La intimidad con ella ha ido *in crescendo*, como ocurre en una buena melodía, desde el segundo concierto de Barcelona. Hemos hablado de nuestros yos del pasado; de la familia, de los amigos, de las etapas que hemos ido quemando. Hemos cambiado puntos de vista sobre el presente, el nuestro y el otro paralelo que le espera en casa. Hemos eludido mencionar un futuro incierto. Hemos compartido más botellas de vino, más canciones de su banda sonora y de la mía. Y almohada, porque ella siempre elige la más cómoda, y, aunque se duerme primero que yo, reconozco que algunas noches he aparcado la guitarra y la libreta antes de tiempo para tumbarme a su lado y admirarla más de cerca. La he dejado entrar tanto que hoy, sin necesidad de decirle nada, está siendo cómplice de mi silencio desde esta mañana, cuando ha visto cómo vomitaba el *whisky* y el desayuno. Como un adolescente después de su primera borrachera épica. Y me jode, porque, sin querer, la estoy haciendo partícipe de mis miserias, y ella no está aquí para eso.

Hacemos el corrillo y Martiño y Mugi me meten entre los dos. Siento la fuerza de sus brazos sostenerme.

—Toquemos juntos hasta naufragar… —Con la voz más rasgada que nunca consigo pronunciarlo. Chocamos nuestros vasos antes de beber.

Aplausos. Vítores. Palmadas. Y abrazos. El tercer tequila me quema la garganta, aun así, no desisto y me tomo un cuarto.

—Gracias —masculla Martiño, y me da un beso en la cabeza antes de salir del camerino. Es un detalle que sea consciente del esfuerzo titánico que estoy haciendo hoy para no defraudar a nadie.

De refilón, veo a Jimena con Mara, detrás de mí, y cómo Aroa se atrinchera en el quicio de la puerta con su iPhone para inmortalizarlo todo.

—¡Ni una puta foto! —grito, y noto cómo nuestra *community manager* da un bote, asustada.

Me da igual que piensen que soy un gilipollas. Hoy me la suda todo bastante.

—Bastian… —me advierte Max. Sé qué me he pasado con la orden, aunque no la pienso revocar.

Me giro con más furia de la necesaria, el tequila está contribuyendo a darme empuje, después, regresará el bajón, no tengo dudas.

—¿Me habéis oído, todos? —les apunto con el dedo—. ¡No quiero ni una maldita foto hoy! —Y eso incluye a Mara.

Salgo al escenario y no me dejo solo la voz, también la piel. Y parte de la rabia, que escupo en cada tema durante las casi dos horas de bolo. Este concierto no va a ser recordado como el mejor de mi vida con mi banda, aunque sí será aquel que marcó el punto de inflexión con respecto a mis rutinas en el aniversario de la muerte de mi hermano. No ha sido extraordinario, como mis golfos esperaban, aun así, salvo los muebles. La conexión que siento cuando miles de gargantas cantan mis temas es un chute inexplicable. Esta noche, en cambio, estoy tan volado que apenas la he percibido. El tequila me ha echado una mano para darme valor, aunque, como me temí, todo llega a su fin. Cuando estamos a punto de salir para cantar el primer bis, noto cómo la adrenalina empieza su descenso en caída libre.

—Solo dos bises.

—Bastian, no me jodas.

—Solo dos bises, Martiño. No me jodas tú a mí.

—Venga, tíos… —intercede Ale, que se ha metido entre los dos para calmar las aguas.

—¿Todo bien? —pregunta Ismael, que está controlando a los técnicos de luces para que vuelvan a encender los focos.

—¿Bastian? ¿Martiño? —Ese es Max, que no se fía de nosotros.

—Todo de puta madre —masculla el gallego, y Beni le da una palmada en la espalda para tranquilizarlo.

—¿Estás bien? —me pregunta Mugi al oído.

—Estoy al límite.

—Dos bises. —Zanja mi amigo. No necesito oír nada más.

Cuando me vuelvo a bajar del escenario me fallan las piernas y me cuesta respirar. Los siguientes minutos pasan por mi cabeza como si hubieran aumentado la velocidad de reproducción de la película. No busco un hueco libre que me proporcione intimidad, porque Mugi y Max me meten en la furgoneta sin apenas posar los pies en el suelo. Hay *flashes*, hay micrófonos, hay cámaras apuntándome, sin embargo, ninguna es la Leica. Desde el anuncio del fin de la banda, los medios de comunicación no nos dan tregua. A pesar de que Olfo, nuestro jefe de prensa, hace de filtro. Noto cómo me meten en el asiento del copiloto y Max cierra las puertas

después de que entre Mara en la parte de atrás.

Diez minutos más tarde, estoy sentado sobre el colchón en la habitación del hotel, con las manos presionando mi sien mientras me sujeto la cabeza. Oigo murmullos, lejanos, aunque ella y Mugi están hablando a cuatro pasos de distancia. Hablan de mí.

—Tengo que volver —susurra Mugi.

—Vete, tranquilo. Yo me quedo con él.

Odio dar pena, ya lo he dicho. Y también odio que me traten con condescendencia. Si hoy no hubiera tenido que dar un concierto, me habría quedado aquí, sin molestar a nadie. Solo con mis propias miserias.

Me levanto tambaleándome y me voy al baño. Estoy empapado y necesito quitarme el sudor y la sensación de frustración del pecho, aunque esa no se irá con el agua. Entorno la puerta y me empiezo a desnudar, evitando mirarme al espejo. Pongo el tapón a la bañera, no estoy muy seguro de que no me fallen las piernas si me ducho, así que, en cuanto el agua llega a la mitad, me sumerjo.

Los pequeños ruidos que hace Mara al otro lado se distorsionan con el sonido del aire al salir por mi boca. Cierro los ojos con fuerza y Mario se adueña de cada rincón. Su risa. Sus ojos. Sus manos grandes. Imágenes de él lleno de vida. Surfeando solo. Cantando conmigo. Abrazando a Ciro por primera vez. Suspiro y me hago un ovillo. Me abrazo a mis rodillas mientras el agua sigue llenando la bañera. Sollozo, porque, como si se tratase de una película de terror, la última imagen que me muestra mi cerebro, para terminar de romperme, es la de Mario en aquella maldita cama en el hospital, antes de que se lo llevaran para siempre.

Me rompo con más fuerza. Y, joder, no duele menos. Me quito el pañuelo de la muñeca y lo encierro en mi puño para llevármelo a la boca. No he encontrado mejor manera para aplacar los gritos y el llanto.

—Bastian. —Mara se asoma por la puerta, se ha quitado el vaquero y solo lleva puesta una camiseta blanca, me mira con toda la profundidad de sus ojos—. Me estás preocupando. ¿Te encuentras bien?

Cuando oigo su voz, el interruptor de mi cerebro titila, como una bombilla a punto de fundirse. A veces es tan minúscula la distancia entre el fondo y la superficie que solo tienes que recorrer

un paso para salvarla. Para salvarte.

—Trae la Leica —le ordeno.

—No. —Observo su cara de pena al encontrarme en este estado. No soporto verla así y menos que me mire de esa forma—. No, Bastian.

—Trae la Leica, Eme. Quiero que me fotografíes así. Real. Auténtico. Aquí y ahora. Este Bastian soy yo, el verdadero, el que echa tanto en falta a su hermano que el día del aniversario de su muerte no quiere hacer nada más que morirse de pena y recordarlo, no el que se ha subido antes al puñetero escenario. ¿Tan difícil es entenderlo?

—Claro que no. Es loable y nadie va a juzgarte. Lo de hoy ha sido una excepción, todos lo saben. No te martirices más, no es necesario.

—Trae la cámara…

—¿Estás seguro de que quieres esto? —Vuelve con la Leica en la mano. La súplica ha surtido efecto.

—Sí. Quiero que ese libro también refleje esto, lo que no es tan bonito, lo que no alumbran los focos. Y no hay nadie mejor que tú para plasmarlo.

Mara asiente y coloca su ojo detrás del visor. La primera fotografía me la hace desde el marco de la puerta. Ajusta la lente y se agacha para hacerme otra desde un ángulo diferente. Levanto la vista lo mínimo, aun así, no miro al objetivo. Clic. Clic. Clic. Aprieto cada vez con más fuerza el pañuelo en mi puño. Cuando ella avanza y se coloca en el fondo de la estancia, para fotografiarme desde atrás, me permito caer del todo, como nunca lo hago. Y lloro, como un hombre, no como un niño.

—Bas… —Su voz suena triste.

No puedo verla porque he hundido de nuevo la cara entre mis rodillas, y, entonces, la siento. Se mete en la bañera y se cuela en ese pequeño hueco que he dejado a mi espalda. Me muevo para que se acomode. Noto el tacto de su camiseta mientras me rodea con piernas y brazos para abrazarme desde atrás, con toda la fuerza que puede.

—Tranquilo. Está bien llorar, no pasa nada. Puedes hacerlo.

—Eme…

—Shhh. Estoy aquí, ¿vale? Estoy aquí y no pienso irme a

ninguna parte. —Sella sus palabras pegando sus labios a la piel mojada de mi espalda.

Sus manos se aferran a mi pecho y, entre sollozos, dejo salir todas las lágrimas que he contenido.

Cierra el grifo cuando nos damos cuenta de que el agua está a punto de desbordarse. No sé los minutos que pasamos así, hundidos y unidos. Ella sosegándome, yo intentando hacerlo. No hablamos, pero sus caricias y sus gestos cariñosos son una buena medicina.

—¿Mejor? —me pregunta con miedo.

—Un poco.

—El agua se ha quedado fría, deberíamos salir, estás temblando.

—Tú también. —Y no miento. Mientras sujeto sus manos sobre mi pecho, siento sus pequeñas convulsiones.

—Lo mío no es de frío —susurra, y retira sus piernas de mis caderas para ponerse de pie. Antes de hacerlo, me deja un beso en la nuca; puede parecer simple, sin embargo, para mí, ha tenido más de un sentido. No es el momento idóneo, aunque eso mi polla no lo ha entendido.

Ella sale de la bañera y busca con impaciencia las toallas, como si, de repente, hubiera recordado que sigo desnudo. Me tiende un albornoz, que está en la percha más cercana. Me mira a los ojos; en realidad, hace un esfuerzo enorme para mirármelos. Su respiración agitada me da una pista de lo que ocurre, y es que no se permite desviar la mirada unos centímetros por debajo. Si el ambiente no estuviera tan cargado de partículas pesadas, sonreiría.

Un segundo después, se da la vuelta y se quita la camiseta, el sujetador y las bragas. Me da tiempo a admirar la armonía de cada curva de su cuerpo por detrás antes de que ella se ponga el otro albornoz y se cubra. Se gira de nuevo y nos quedamos anclados en la misma baldosa, mirándonos de frente.

Comprensiblemente, seguimos temblando.

—Gracias. —Me acerco más a ella y mis manos viajan hasta agarrarse a las solapas de su albornoz para atraerla hacia mí. Me pierdo en sus ojos y en las gotas de agua que todavía recorren su cuello, su esternón y la separación de sus pechos. Bajo la cabeza un poco más para juntar nuestras frentes. Cojo aire, el que ella suelta. Coge aire, el que sale de mí. Entreabro los labios, sin saber qué más puedo decir. Miento. Sí que sé lo que le diría en este instante, pero

la mayoría son cosas que ella elude oír—. Gracias, Eme —repito, y, sin poder controlarme más, llevo mi boca hasta la suya para besarla.

No amago. Y, afortunadamente, ella no huye. Mara cuela sus manos por la abertura de mi albornoz y las deja posadas sobre mis costillas. Las mías acaban de mudarse hasta su nuca, donde se enredan con su piel y su melena. El calor y la textura de sus labios, suaves, jugosos y calmados, contrarrestan la impaciencia de los míos, que tanto habían soñado con este beso. Vamos primero a tientas. Y, después…, después a conciencia. Lengua y saliva y viceversa. Sabor. Pulso. Excitación. Porque si ella ya me pone sin tocarme, imagínate lo que puede conseguir cuando explora con su lengua húmeda todo el espacio dentro de mi boca. Este beso bestial puede ser la antesala de lo que quiera hacer conmigo. Aquí estoy. «Cógeme y úsame, soy todo tuyo».

A ver quién nos saca de este bucle ahora.

—Bastian. —Ahí tengo la respuesta—. Yo…

—Mara… —Se aparta de mi boca sin darme tiempo a pellizcarle por última vez los labios y se ajusta el cinturón, que estaba a punto de soltarse.

—Ha sido un día largo y agotador. Esto que acaba de pasar no…

—No hagas eso, Eme.

—¿El qué?

—No nos juzgues, por favor. Y tampoco es necesario que nos justifiques. Ha pasado. Punto. Sabes que, por mí, volvería a pasar, mañana, tarde y noche, durante todos los días que nos quedan juntos.

—Bastian, yo… —Se frota la cara—. Dios, tienes que entender que…

—Lo entiendo. —Se lo pongo fácil, porque la presión solo para la cerveza, y sabes que, además, soy de vino—. Ha sido un día horrible. No obstante, acabo de comprender que hasta los días jodidos tienen cosas excepcionales. La primera es que se acaban, y la segunda, que pueden hacerlo de la mejor manera posible.

Mara camina hacia la puerta en silencio, dejándome claro que cualquier pensamiento que tuviera en la mente para ella y para mí a partir de aquí puedo borrarlo de mi cabeza.

25
ESTA NOCHE ES SOLO MÍA

Mara

Jimena sujeta la puerta abierta de la nevera y mira el interior como si los tres yogures caducados fueran los poseedores de las respuestas a todos los problemas del mundo.

—¿Qué haces ahí?

Entiendo que está desubicada todavía. Hemos llegado a las cinco de la madrugada a Madrid desde Benasque y, con este calor inhumano, apenas hemos pegado ojo. Ella está dándole vueltas a algo, la conozco y sé que está sobrepensando. Eso es rarísimo en ella. Yo estoy más o menos igual. Bueno, ya sabes que yo sobrepienso continuamente. Ha sido la primera noche que no he dormido con Bastian después de muchos días, y lo cierto es que no he tenido un sueño reparador. ¿Casualidad?

Cuando dejamos A Coruña, hace siete días, para ir a nuestra siguiente parada, Mérida, Bastian nos hizo prometer que lo único que recordaremos de ese bolo serán los percebes tan cojonudos, palabras textuales, que nos comimos el día antes. Mugi, Jimena y yo solo pudimos asentir. A ver, en teoría, así ha sido, aunque la coña para darle la vuelta a su descenso a los infiernos, como lo cataloga su amigo para pincharle, ha sido mencionar constantemente la maravillosa calidad de los percebes y del resto del marisco cada vez que nos subimos en la furgoneta. Así que, al final, ha tenido que tomarse ese bajón tan lícito con humor. Aunque yo no lo haya verbalizado, no he podido dejar de recordar cómo me sentí ese día a su lado. Cómo viví, en mis propias carnes, su pena. Ni cómo un beso, dado en el momento menos adecuado del mundo, despertó cada molécula de mi cuerpo para transportarme a una realidad

paralela. Una en la que yo no le detenía, sino que le pedía que no dejara de hacerlo nunca. Una en la que me permitía disfrutar de él, sin límites y sin medir las consecuencias.

—No lo sé, llevo más de diez minutos así —me responde Jimena, y nos saca a las dos de nuestra propia burbuja—. Tengo que ir a la compra.

—Ven aquí. —Le doy la mano y la llevo hasta el salón—. Cuéntale a mami Mara lo que te pasa.

—¿Mami Mara? —Se aguanta la risa—. No me digas que hoy te has levantado con morriña.

—Un poco.

—¿Por lo que te dijeron ayer?

—¿El qué? ¿Que molo más cuando me pongo tu ropa?

—No, tonta. Lo de que tampoco hace falta que vayas estos días, que con tu hermana y Saúl se apañan hasta que vengan el miércoles.

—Puede…

Al final, como me han dicho que tienen mil planes con sus amigos antes de dejar Santander y que no hacía falta que fuera, he convencido a Saúl para que vengan los tres un día antes de su marcha y podamos estar juntos hasta que se suban al avión. Él ya está de vacaciones, así que no tiene excusas para rechazar mi plan. A no ser que las deje venir solas porque prefiera no verme.

—No te pongas así.

—Es que estoy tan acostumbrada a que solo vean lo malo en mí… Y, ahora, es como si me mirasen con otros ojos, por eso me sorprende.

—Tontas no son. Solo son adolescentes. Y antes tenías que lidiar con ellas a diario. Tú eras la que les ponías las normas y los límites. Y, además, aunque sea una incongruencia, estabas un poco a sus órdenes, no me digas que no. Ahora, las reglas las ponen otros, por eso te miran de manera diferente. Ya no estás en su contra y eso lo cambia todo. Son manipuladoras, y no lo digo porque sea un defecto solo de tus hijas, sino porque es un rasgo que florece a la par que las hormonas.

—¿Y eso qué significa? ¿Que Patricia y Saúl lo hacen mejor que yo? ¿Infinitamente mejor? Porque tengo la sensación de que con ellos no chocan ni la mitad que conmigo. Desde fuera, parece que

su convivencia es perfecta. Excepto por lo de aquella fiesta, no he tenido que interceder nunca más por ellas. Por eso estoy así. Porque ser madre, y no es que quiera sentar cátedra, es un poco esto. Querer que crezcan y a la vez no. Querer abrazarlas fuerte y también desear meterlas en un avión para que crucen el charco.

—¿No eres tú la que siempre piensa en positivo? Pues, a ver, quizá durante este mes y pico hayan madurado…

En ese instante recibo un wasap. Son ellas, como si nos hubieran escuchado.

> Carla
>
> Necesitamos empezar a hacer las maletas. Ya. Dos maletas. Distintas. Papá no tiene ni idea de lo que hay que llevar, y menos la tía. *Help*.

> Elba
>
> Urgente, Mara. Dentro de una hora videollamada. No pienso dejar que Carla se lleve todos los vestidos negros.

Sonrío. Y le enseño la pantalla a mi amiga.

—Es obvio que la vida sigue igual, siento decirte que continúa ganando mi realismo, Mara.

Guardo el móvil y cambio de tema. Era de Jimena de quien deberíamos estar hablando.

—¿Me vas a contar qué te pasa? ¿O tengo que sacártelo?

—Digamos que yo no soy madre. —Espera que me estoy perdiendo—. Ni quiero serlo, no te embales. Pero metafóricamente, también estoy en un punto de mi vida en el que quiero y no quiero.

—¿Estás hablando de Max?

—Sí, y no te rías.

No puedo evitarlo, porque es la primera vez que la veo hacerse

preguntas.

—No me río, Jime, aunque reconoce que es extraño que estés así, rumiando algo relacionado con un tío.

—¿Te crees que no lo sé? Es patético.

—No, eso tampoco. A ver, ¿qué es eso que tanto te preocupa?

Se levanta y se va a coger su paquete de tabaco. Abre la puerta del pequeño balcón y se enciende un cigarro.

—Nada y todo. Max me ha dicho que, cuando termine la gira, podríamos vivir juntos.

—¿Aquí?

—O en su piso. No sé. Porque él lanza propuestas y nunca define cómo llevarlas a cabo.

Me río, porque en eso son iguales. Ahora entiendo por qué sus apariciones y desapariciones durante la gira han sido tan comunes y no han seguido ningún orden lógico.

—Eres la persona más valiente que conozco, Jimena. Y también la más temeraria, así que una proposición como esa no debería asustarte. ¿Qué pierdes si aceptas?

—Nada y todo —repite—. Vivo sola desde hace más de veinticinco años. No tengo ni idea de lo que supone la convivencia. He cumplido cuarenta y cinco años, lo más probable es que solo me queden otros cuarenta y cinco, porque moriré con noventa, como mi abuela Facunda. A ratos pienso: si no lo intento ahora, ¿cuándo? Y, a los dos segundos, me cuestiono: ¿dónde está la necesidad? Me gusta mi vida, Mara. Ya te lo he dicho. Sin embargo, quizá sea el momento de probar si la otra alternativa también me molaría. Estoy fatal, ¿no?

—No digas tonterías. Estás estupendamente. Vivir solo, como ya hemos hablado, tiene ventajas y también inconvenientes. Tienes la edad perfecta para probar otra cosa, si es lo que te apetece. —Jimena eleva las cejas repetidas veces, a modo de insinuación—. Ahora no te embales tú. Que estamos hablando de ti.

—Está bien. —Da una última calada larga a su cigarrillo y lo apaga en el cenicero—. Necesito aclararme un poco y después hablar con Max *un mucho*.

—Buena idea.

—¿Te importa ir a buscar las fotos? Salva me ha dicho que ya están.

Los últimos carretes se los entregó Max hace tres días, porque Salva se va a ir de vacaciones unas semanas y no queríamos que se acumularan para su vuelta.

—Sí, tranquila. Y luego voy a casa de Bastian, que quiere verlas.

—A las fotos y a ti. Otro que tampoco es tonto…

La ignoro deliberadamente y me voy a calzar para salir.

Como me sé el camino, en menos de media hora he llegado a casa del fotógrafo. Hoy tiene prisa, así que me entrega dos sobres grandes y salimos juntos del portal.

Dudo si ir caminando hasta el barrio de las Letras o coger un taxi, aunque, con este calor, puede darme una lipotimia antes de llegar a su casa. Estoy echando en falta mi mar, más que nunca. Ahora entiendo por qué Madrid se vacía en agosto. Hoy se nota especialmente, porque además es el primer viernes del mes.

Agradezco la temperatura glacial del interior del taxi y no me importaría que tardase algo más en llegar, aunque también hay menos tráfico y no es una carrera larga. Justo cuando me bajo, me suena la videollamada.

¿Qué hago? Porque quedarme en la calle a esta hora no es una opción.

—Hola, ¿ya estáis ahí? —Las veo sentadas en el banco del vestidor, que, extrañamente, no tiene ropa encima—. Dadme un segundo.

Llamo al timbre y un instante después me abre. Mientras subo en el ascensor recuerdo que tengo varias hojas de Excel en mi portátil con todo lo que necesitan para el viaje; las hice después de la última reunión con la agencia que lo organiza. Así que les pido que cojan mi ordenador y lo vayan encendiendo.

—¿Dónde estás? Apenas se te ve ni se te oye.

—En un ascensor.

La puerta del piso está abierta. Cuando entro, lo veo en la cocina, sirviéndose un vaso de agua helada de una jarra. Lleva puesto solo un pantalón de algodón gris. Solo. Sí, no lleva camiseta, y eso que me parece notar que está encendido el aire acondicionado.

—Hola, Eme. —Me saluda—. ¿Has dormido bien?

—¡No! —espeto, y, por si fuera poco, levanto la mano para que se detenga. ¿Por qué? Porque soy tonta, sin más. No sé qué

esperaba que hiciera, ¿venir a abordarme? ¿Darme otro beso en la boca?

«Mara, céntrate».

Y lo hago. Le señalo mi móvil.

—Lo siento, es una videollamada con mis hijas —me disculpo, y él me hace un gesto con la mano, diciéndome que si quiero que se vaya. Pues no. No tendría mucho sentido echarle de su propia casa ni encerrarlo. Niego ligeramente con la cabeza y él levanta el pulgar, conforme. Me ayuda con el bolso y los sobres.

Dejo mis sandalias al lado del perchero, como hice la otra vez. Sí, cualquiera pensaría que vengo muy a menudo a su casa. Me siento en uno de los taburetes altos de la cocina.

—Ya lo tengo. —Me informa Elba.

Le pido por gestos un vaso de agua fría como el de él. Apoyo el móvil contra una caja metálica que encuentro cerca, es de bombones. Vale, igual también quiero uno de esos. Chocolate y queso, ya lo sabes. Mi perdición.

—¿Contraseña? —Elba se coloca mi portátil sobre los muslos y Carla deja el móvil tumbado entre las dos; ahora las veo en un plano picado, más al techo que a ellas.

—Vuestra fecha de nacimiento.

Bastian me acerca el vaso y se da la vuelta para guardar la jarra en la nevera. Esa espalda. Esos hombros. Esos brazos tatuados. Bebo.

—¡Oh, qué bonito! El día que nacimos. —Se mofa Carla.

—Sí, bonita y muy poco segura. Esa te la hackea cualquiera.

—No tengo nada que esconder —afirmo, y clavo la mirada en mi móvil. ¿Por qué? Porque él está justo detrás de la isla, aguantándose la risa. Está bien, quizá mi afirmación le haya dado pie a reírse.

—Ya está. Espera, que adivino cómo has llamado el archivo… —dice Elba—. Soy la mejor. Lo sabía. «Viaje niñas».

—Eres muy predecible, Mara.

Esa ha sido Carla, y Bastian ahora sí que se parte de risa, sin cortarse, menos mal que vuelve a abrir la nevera y el sonido de sus carcajadas va en esa dirección. Para alguien que no las conoce, tiene su gracia que me llamen por mi nombre.

Durante los diez minutos siguientes, les doy todas las indicaciones de cómo tienen que empezar a colocar todo en las

maletas. Les recuerdo que la documentación está guardada en dos carpetas en la cómoda de la entrada con los pasaportes, y que hasta la noche del lunes no las metan en sus mochilas. Les recalco que hay que repasar la lista de los documentos, y que mejor lo hagan con su padre.

—¿Y la ropa? Carla es muy pesada y no pienso dejar que ella se lleve todo lo bonito y a mí me deje cuatro trapos.

—A ver. —Cojo aire y lo expulso con calma. Si él sentía alguna curiosidad sobre mi vida, la estará saciando—. En la lista tenéis el número de prendas aproximadas que llevar y los grupos separados por colores. Entre hoy o mañana lo podéis ir poniendo en montones encima del banco. Y las prendas que sean objeto de discordia, en otro distinto. Me llamáis antes de meterlo en la maleta y ya veremos cómo lo solucionamos, ¿entendido?

—OK. Hola, tía. Mira, estamos hablando con mamá. —Mi hermana coge el teléfono y la veo en la pantalla.

—¿Qué tal estás?

—Bien. Vaya, estás muy guapa, Patri. —Lo digo en serio. Lleva un vestido verde, con escote en pico; además, se ha recogido el pelo y se ha maquillado.

—Gracias, iba a ir con Pilar a cenar, pero al final…

—¿Nos vamos? Me ha dicho Sergio que han quedado antes para tomar un vino. —La voz de Saúl se cuela por el altavoz e interrumpe a mi hermana. No puedo verlo, pero sé que está ahí.

Van a salir. ¿Juntos?

—Es mamá. —Le informa Carla.

Mi hija le quita el teléfono a mi hermana y enfoca a mi marido. Pantalón chino *beige* y polo blanco. Recién duchado y afeitado, eso es nuevo. Genial. Una cosa es hacer una videollamada con mis hijas mientras escucha Bastian, y otra distinta es hacerla con toda mi familia. Justo lo que necesitaba. Desvío la mirada un segundo para ver qué hace y ahí está, enfrente de mí, cortando ¿sandía? Vuelvo a centrarme en la pantalla.

—¿Ya has solucionado lo de las maletas? —¿Y el hola? Se le ha debido de olvidar, otra vez.

—De momento, sí —respondo seca.

Resoplo, cansada de su actitud, y vuelvo a mirar al cortador de sandía. Su media sonrisa le delata, no sé si está alucinando con todo

esto o solo siente lástima por mí; la segunda opción me molestaría. Pincha un trozo de fruta con la punta del cuchillo y me lo acerca a la boca. Le digo que no con los ojos. Y, entonces, él decide que es el momento perfecto para inclinarse, apoyar los codos en la encimera, por detrás de la caja, y llevarse la sandía a la boca con pasmosa lentitud, sin dejar de observarme. No conforme, se lame los labios, recogiendo los restos del jugo, y culmina la ingesta del aperitivo pasándose el pulgar por la comisura, en un gesto del que es muy fan, ya veo. A mí también me gusta ese dedo ahí, o, mejor dicho, en mi boca.

Cruzo las piernas y dejo de mirarlo.

Agua. Necesito agua. Me llevo el vaso a los labios con tanto ímpetu que me atraganto. Toso un par de veces.

—¿Estás bien? —me pregunta mi hermana.

—Sí, solo se me ha ido por mal sitio.

Patricia les devuelve el móvil a las niñas, que lo colocan otra vez mirando al techo del vestidor, por lo que solo oigo voces. Las de ellas hablando de la hora a la que han quedado, ignorando que sigo aquí. La de Saúl y mi hermana son prácticamente inaudibles. Creo que todos se mueren de ganas de que nos despidamos. Cojo el móvil y me levanto, necesito separarme de él dos metros por lo menos, camino de espaldas hasta el sofá, solo espero no estamparme.

—Bueno, chicas…

—Adiós, mamá. —Se despiden.

—Mañana o pasado lo rematamos, ¿vale? Disfrutad todos del fin de semana. Nos vemos el miércoles.

Cuelgo y resoplo, mientras lanzo el móvil a la mesa.

—Ey, ¿estás bien?

—Sí, de maravilla. —Miento—. ¿Qué tal la sandía? ¿Estaba buena? —ironizo. Es que…

—Buenísima. ¿Estás segura de que no quieres? —Su sonrisa se ensancha. Me pregunto si es consciente de que me sigue provocando.

—Ahora sí —remarco—. Antes…

—Vamos, Mara. —Viene hasta mí con los dos sobres y un cuenco con la famosa fruta para sentarse a mi lado—. No tenía intención de interrumpirte, en serio. Pero es que, cuando ha aparecido él, te ha cambiado completamente la cara. Tú no te

estabas viendo, yo sí. Lo siento. Solo ha sido una manera fresca de distraerte.

—Fresca, sí. Muy fresca. —Cojo un trozo de sandía y me lo meto en la boca, sin parafernalias. Y, por supuesto, sin mirarlo—. Es hora de ver las fotos. —Le quito el primer sobre de la mano—. Que es a lo que he venido.

—Muy bien, lo capto. No hace falta que te pongas…

—Dios… —lo interrumpo. He sonado muy borde y yo no soy así. Me giro y lo miro—. Lo siento. Ya sé que tú no tienes la culpa, pero es que…

—Cuéntamelo.

—Verlo ahí, tan normal, mientras finge que todo está bien entre nosotros, como si esto solo fuera un capricho mío o una tontería que únicamente está en mi cabeza, me frustra. Y ya sé que no soy la única culpable de haber llegado a este punto, sin embargo, también sé que la falta de comunicación entre los dos es tan grande que agrava todos los problemas. Cuando intercambiamos tres o cuatro palabras, siempre me quedo con esta sensación de ignorancia. Y, luego, pensé que prestaría toda su atención a nuestras hijas ahora que está de vacaciones y que mi hermana ya se habría ido a su casa, pero… —me cubro la cara, frustrada— sigo sin entender nada.

—Mírame. —Me retira las manos y no me las suelta hasta pasados unos segundos—. Relájate, ¿vale? —Asiento—. Ahora estás aquí. Y lo primero que vamos a hacer es ver esas maravillosas fotos que has hecho.

—¿Por qué confías en mí así? Casi a ciegas… —susurro.

—Porque, aunque sea desde hace poco, te conozco bien. He sido testigo de tu sensibilidad. De tu empatía. De cómo buscas la mejor manera para que nadie se sienta incómodo nunca.

—Eso también lo haces tú. Siempre te preocupas de que todos estén a gusto, la *crew*, la banda, hasta el último ayudante del ayudante.

—Lo intento, porque sin ellos yo no estaría aquí. La mayor parte del tiempo amo mi trabajo. Y tú el tuyo, al menos este que te ha surgido, aunque no sea lo que haces normalmente. Me he grabado tu sonrisa aquí. —Se señala la sien—. Cuando coges la Leica. Cuando la llevas colgada del hombro. Cuando la mimas. Porque eso es lo que haces, Mara, mimarla desde que sales con ella hasta que la

guardas en la habitación al terminar el día. Y esa preciosa sonrisa solo puede augurar cosas buenas. Debería fotografiarte yo a ti para que la vieras. Vas a sentirte muy orgullosa de haber decidido embarcarte en este proyecto. Lo sé.

—Un poquito ya lo estoy. —Sonrío sin dejar de mirarlo, porque con sus palabras ha conseguido que vuelva a disfrutar de estar aquí, de estar *ahora*. Jimena se sentiría también orgullosa de mí.

—Después, te vas a volver a sentar ahí mientras te hago la cena. Y, a la segunda copa de vino, de la botella que yo elija, porque hoy me toca a mí, puedes contarme todo lo que te apetezca. Todo, ¿entendido? De ti, de vosotros, de ellas. Lo que tú quieras. Estoy aquí para ti, como has estado tú todas estas noches anteriores para mí. Hoy es tu noche, Eme. Solo tuya.

26
SOY HUMANO

Bastian

Creo firmemente que el talento sin trabajo no te lleva a ningún sitio, por lo que suelo obsesionarme. Nunca dejo ningún tema pendiente para resolver a largo plazo, ni a medio, de la índole que sea; composición, *marketing*, promoción, prensa, gira… Si surge algo en épocas en las que vamos justos de minutos libres, puedo demorarlo un día, a lo sumo dos. Pero te garantizo que, para el tercero, ya está finiquitado y resuelto.

Ahora bien, con los asuntos personales hago justo lo contrario. Soy incapaz de buscar soluciones. Pospongo los problemas, los esquivo o, simplemente, los dejo en el limbo, en un territorio en tierra de nadie. Donde no los veo, aunque sé que están ahí. ¿Qué consigo con esta actitud? Nada bueno. Suelen terminar enquistándose. Es un grave error, soy consciente. Y me jode mucho, porque, si me vuelco en el terreno profesional como lo hago, tendría que esforzarme para resolver mis movidas personales con el mismo ahínco.

¿Soy un inútil emocional? Puede. Aunque prefiero pensar que solo soy un cobarde en este tipo de cuestiones, y eso todavía estoy a tiempo de solucionarlo.

Cloe y Ciro. Sigo retrasando la visita que les debo; aunque hablo con ellos casi todas las semanas, sé que tengo que ir a verlos. En medio de la vorágine de la gira siempre reservamos algunos días libres para descansar. Ya no tenemos veinte años y mi voz, a veces, también se resiente. Ese parón es muy necesario, no solo desde el punto de vista físico, sino también vocal y mental; quizá este último sea el más importante. Podría utilizar esos días para ir a Donosti y

disfrutar de ellos y de mis padres. Sin embargo, no puedo desconcentrarme ahora. Nos quedan cinco conciertos para cerrar esta etapa tan increíble y necesito dar mi mejor versión, una en la que lidie solo con una parte de mis sentimientos, no con todos a la vez. Se lo debo a mis amigos y a nuestros seguidores, así que, después del último bolo en el WiZink, regresaré a mi hogar e intentaré disfrutar de mi familia.

«Y ¿ya está? ¿No tienes ningún otro frente abierto?».

Sí, hay otro tema pendiente. Personal, emocional, sentimental, llámalo como quieras. Es una tontería fingir ahora que no estoy pillado por ella como un idiota. Y tampoco hace falta que nadie me abra los ojos, soy plenamente consciente de que es un puto suicidio. Aun así, pienso gastar lo que me queda de tiempo con Mara, intentándolo.

¿Intentando el qué, exactamente?

Intentando lo que sea. Más atención, más contacto, cualquier miga que quiera darme. Sueno desesperado, pero es que, desde el viernes, no consigo pasar ni un solo minuto sin pensar en ella. Y no, nunca me había pasado antes. Bueno, con diecisiete sí, aunque desde entonces no había experimentado nada parecido. Y las putas ganas de llegar a más van a matarme.

Fui testigo indirecto de la videollamada que tuvo con su familia. Y ni eso me hizo salir corriendo. Consiguió, sin saberlo, el efecto contrario. Que quisiera quedarme a su lado, para que sintiera que yo me muero por descubrir lo que otros ya conocen. Vi cómo reaccionó al ver a su marido, cómo le cambió la cara en un solo segundo, y también escuché el par de frases que intercambiaron. Si me pidieran que definiese su relación con una sola palabra sería: fría. Me cuesta creer que alguien que tiene la suerte de que ella esté en su vida la trate así, con indiferencia, cuando además hace más de un mes que no están juntos. Y por eso, porque soy un observador nato y leí lo que me transmitían sus gestos, no pierdo la esperanza. La esperanza puede llevarme a darme un buen hostión, eso también lo sé. Aun así, quiero aumentar la velocidad y quiero llegar hasta donde ella me deje, a ser posible, hasta el final. El deseo es mutuo. No es que mi ego me ciegue, es que se palpa en cada mirada, en cada roce y en cada palabra que yo pronuncio; hace muchos días que dejé de cortarme y que ella escucha sin replicarme. Somos los

dos demasiado mayores para negarlo. Una cosa es controlar el impulso y otra muy distinta que los síntomas de esta anhelante necesidad pasen desapercibidos. Pero ahí seguimos. Mirar sin tocar. Somos todo ojos y escasa piel. La tensión sexual es visible, insoportable y del tamaño de un meteorito gigante. Es igual de grande que las ganas que tengo de que explote y terminar de una vez por todas con esta sed.

Cuando vimos las fotos, que, por cierto, son espectaculares (sencillas, íntimas, con alma; Jimena va a tener muy complicado descartar las que no puedan ir en el libro), su sonrisa se hizo enorme. No soy muy de dar lecciones, sin embargo, al verla ahí, orgullosa y feliz de lo que había conseguido captar (mi esencia y la del minimundo que me rodea cuando me coloco delante de un micrófono), le dije que no se olvidara de que su felicidad es igual de importante que la de sus seres queridos. Algo que yo también debería aplicarme, lo sé. Ella solo asintió. Y yo crucé los dedos para que, al menos, lo medite.

Después, cambié de tema.

Cualquiera hubiera notado que necesitaba centrarse en el presente y en sí misma. La cena, el vino y la conversación. Yo estaba dispuesto a escuchar todo lo que quisiera contarme, pero solo me habló de cuando cree que se perdieron, hace unos tres años, más o menos. Ella creía que su relación iba a tomar una dirección, porque siempre lo habían hablado para que fuera de esa manera, y, finalmente, tomó otra. Pude leer la desilusión y la pérdida de brillo en su mirada. Sin embargo, un par de minutos más tarde, también me pareció notar una pizca de anhelo. Lo que me confirma que está en un punto de su vida donde se cuestiona cada paso, como si viviera inmersa en un debate continuo con su propio interior. La entiendo mucho más de lo que se imagina.

—¿Cuánto falta? —pregunta Jimena, como en cada viaje, y regreso a la realidad.

—Una hora, más o menos. —Le informa Mugi.

—Entonces, elijo tema. A este paso solo voy a escuchar los vuestros. —Comenta Ale.

—Tú has querido posar tu bonito culo aquí. —Le pica ella—. Y en esta furgoneta hay unas normas. Has sido el último en llegar, así que tus canciones se tendrán que poner a la cola.

—Menudo carácter, rubia. ¿Max te deja así? Porque algo no está haciendo bien entonces. Dile que puedo explicarle unas técnicas…

—Capullo. —Jimena le atiza un guantazo y, al segundo, las risas suenan por encima de la música. Voy a echar mucho de menos estos momentos, lo sé.

Ale ha llegado a Madrid esta mañana desde su isla. Lo hemos recogido en el aeropuerto y lo hemos metido en la furgoneta, porque anoche estuvo de fiesta y casi viene de empalmada. Beni y Martiño van directos desde Valencia, donde estaban pasando unos días juntos. Así que el batería ha ocupado el asiento de Mara, que hoy no nos acompaña a Vitoria.

—Nada de metal —le advierto.

—No, hoy me apetece algo más tranquilo. —Le doy el móvil de Mugi para que elija. *M'enamorao*, de Tu Otra Bonita, es lo que empieza a sonar por los altavoces hasta que la pone en pausa—. Perdón… —Se acerca el puño a la boca, como si tuviera un micrófono—. Antes de que suene, quiero dedicar este tema a mi amigo Bastian, que, contra todo pronóstico, ha caído, hasta el putísimo fondo. Y a mi rubia favorita, que parece que lleva el mismo camino.

—Payaso. —Le insulto.

Jimena vuelve a atizarlo e, inevitablemente, vuelven las risas.

Los tres cantan la canción como si estuvieran en el mismísimo escenario. Corrijo, me cantan la canción. Ten colegas para esto. Paso de hacerme el ofendido, porque, entonces, se cebarán más conmigo. Así que me abstraigo mirando por la ventanilla y volviendo a ella.

Mara se ha quedado en Madrid para despedir a sus hijas mañana. No tiene ningún sentido, pero qué coño, soy humano. Y los humanos en ocasiones nos hacemos pajas mentales y somos un poco gilipollas, lo reconozco. Como ya te he dicho, estoy pillado, no sé si «*enamorao*», como dice el tema, pero se le puede aproximar bastante. Aunque sea un sinsentido. Así que esa circunstancia multiplica por dos, o por tres, cualquier sentimiento. Lo magnifica. Por eso no sé cómo sentirme con respecto a que vaya a encontrarse con su marido, como si yo tuviera algún derecho a meterme en algo que solo les pertenece a ellos. Y no, nunca me he referido al hecho de que lo que yo quiero con ella deja en muy mal lugar su

matrimonio, ni lo haré. Los juicios morales no van conmigo.

Lo que tengo es una especie de comecome entre las costillas. Porque será el primer bolo que se pierda. No dormirá conmigo esta noche. No la veré guardar la Leica. Ni las sábanas olerán a su verano. Ni podré componer mientras da vueltas en la cama, dejándome ver su piel sin poder tocarla. Pero lo que más me inquieta de ese encuentro es que todavía no me he atrevido a hacerle una proposición para esos días que tenemos libres. Y me acojona pensar que pueda regresar a casa con su marido y no terminar esta aventura conmigo. Con nosotros.

Busco mi móvil, está entre el asiento y la puerta. Abro el chat y tecleo, antes de seguir dándole vueltas.

Bastian
Te echo de menos.

Así, Bastian. Sin sutilezas.

Toco la pantalla mientras aguardo su respuesta. No llega.

¿Qué hago? ¿Le propongo mi plan ya? ¿O espero a decírselo en persona? Después de Vitoria, nos vamos a Aranda de Duero, a actuar el sábado en el Sonorama. ¿Y si ella nunca llega a venir?

«¿No decías que de la cobardía se podía salir…?». Sí.

Venga, pues salgo.

27
EN OTRA PARTE

Mara

Frío. Ni tan siquiera tibio. El reencuentro con mi marido, en el *hall* del hotel, hace un par de horas, ha sido descafeinado, distante y un poco más de lo mismo. Saúl sigue manteniendo su actitud hostil conmigo, igual que ha hecho durante estas semanas en las que no nos hemos visto. Solo que ahora lo hace cara a cara, sin intermediarios ni pantallas.

La desazón por su frialdad la ha contrarrestado, con creces, el abrazo efusivo de mis hijas, que se han abalanzado sobre mí como si de verdad me hubieran echado de menos. Se las ve nerviosas y expectantes por el viaje, aunque traten de disimularlo. Cuando les he preguntado antes, me han asegurado que están bien, que no me preocupe. Sus palabras han sido: «Estamos *to ready*». Si cuando estudié Filología Inglesa, hace más de veinte años, alguien me hubiera dicho que los españoles íbamos a usar tantas palabras *british* en medio de nuestras conversaciones, no me lo habría creído. Ellas dicen que están preparadas, y eso, quieras o no, me da confianza, porque por nada en el mundo me gustaría que no disfrutaran de esta experiencia.

«¿Y tú? ¿Estás lista para su marcha?».

Hasta que no regrese a casa al finalizar la gira y pase unos días sin ellas, no sabré hasta qué punto estaba preparada o no. Va a ser un cambio de rutina radical, eso sí. De cualquier modo, ahora mismo soy incapaz de visualizarme dentro de tres días, como para pensar más allá.

Estamos en el restaurante del hotel Riu Plaza de España,

esperando a que nos sirvan el café, después de haber comido con todo el grupo. El objetivo de este día de convivencia es que los niños que viajan desde España con esta agencia se conozcan antes de meterse en el avión. Aunque mis hijas ya conocían a algunos chicos, porque van con ellas a clase. Y a Belén, una de sus mejores amigas. Así que ya se han levantado de la mesa y se han ido a dar un paseo por la Gran Vía.

Mi móvil vuelve a sonar y, mientras el camarero va sirviendo las tazas, aprovecho para echar un vistazo. Espero que no sea Bastian otra vez. Todavía estoy asimilando su «Te echo de menos» de antes. Lo he leído y releído más de lo confesable y, sí, ha sido inevitable no emocionarme. Luego, ha llegado su segundo mensaje, para terminar de volarme la cabeza. Me ha invitado a que pase con él unos días en su casa en Zahara de los Atunes, después del Sonorama, cuando tienen un parón antes de los últimos conciertos. A solas. Me ha parecido una invitación arriesgada y valiente. Y la forma en la que me lo ha pedido ha sido tan Bastian, sin ningún tipo de presión, sin insinuaciones que puedan malinterpretarse ni dobles sentidos, que, aunque todavía no he sido capaz de responderle, porque Saúl está encima de mí vigilando mis movimientos, no puedo dejar de pensar en ese plan que tanto me apetece. En él. En nosotros. Solos y juntos. Y, por consiguiente, en lo que supondría aceptarla guiándome solo por mis deseos.

Siento un ligero alivio cuando veo que es Jimena. Me ha mandado una foto de los chicos, están de espaldas, concretamente enseñando sus culos, en lo que parece una carretera solitaria de algún polígono.

Jime
Los cinco calvos. Te echan de menos, dicen que hubiera quedado mucho más profesional con la Leica.

Mara
Diles que hubiera sido un

verdadero placer fotografiarlos.

Sonrío. Sonrío por dentro. Mucho. Sonrío tanto que noto cómo mi cuerpo está sentado en esta mesa, rodeada de padres y enfrente de mi marido, y, sin embargo, mi cabeza está en otra parte. Es increíble, hace semanas gritaba por dentro, cerraba los ojos con fuerza y me imaginaba asomada a aquella ventana chillando, para desahogarme. En cambio, ahora, me río por dentro, desde el diafragma hasta el vientre, y con los ojos abiertos, aunque ausentes.

—Mara, ¿estás sorda? —La pregunta de Saúl me hace aterrizar, o intentarlo—. Te están hablando… —Señala a Romina, la madre de Belén, que está sentada entre Saúl y su marido.

—Te decía que, cuando nos lo contaron tus hijas, no nos podíamos creer que te hubieras ido de gira con una banda. Tiene que ser muy raro todo, ¿no?

Si Jimena estuviera aquí, me estaría preguntando por qué esta señora no se saca el miembro de la boca para hablar. En realidad, todos sabemos que mi amiga jamás hubiera dicho «miembro».

—¿Raro? No. Simplemente es algo nuevo. Diferente. Lo cierto es que me está encantando la experiencia.

—Ya, a ver, yo lo digo porque…, no sé, a tu edad.

—¿A mi edad? —pregunto indignada—. Que es más o menos la tuya, ¿no?

Saúl me da un pequeño toque en el pie, por debajo de la mesa. No entiendo qué es lo que pretende, ¿que rebaje el tono? ¿O que solo asienta? Los padres de Belén son clientes de Saúl; al final, todo termina en el mismo punto de partida. Él. Su empresa. Sus intereses.

—Bueno, sí… Es que yo no podría estar a gusto en ese ambiente tan loco y de excesos. Me sentiría fuera de lugar constantemente.

—Es que Mara está fuera de lugar. —Sentencia Saúl, y, en vez de agachar la cabeza, alzo más la barbilla y lo miro de frente.

Pelo un poco más largo, más canoso y sin barba. Los segundos pasan y podrían seguir pasando eternamente sin que yo sintiera nada, ni tan siquiera pena, porque, si de algo estoy segura en este instante, es que, con su actitud y su desprecio, lo único que consigue es alejarme más.

—La edad es solo un dígito en un documento. La mente no envejece. —El corazón tampoco, solo se deteriora, aunque esto me lo guardo—. Y, además, os puedo decir que me he sentido muy a gusto fuera de mi lugar. Más cómoda que nunca. Pisar terrenos desconocidos y descubrir que te apasionan es vida. Vivir no es solo caminar y respirar. —Escupo cada palabra a su cara, a ver si reacciona. Él fuerza una sonrisa y hace como que aquí no pasa nada—. Si me disculpáis, voy a bajar a la habitación a comprobar unas cosas.

Me despido y me voy hacia el ascensor. Solo quiero dejar de fingir. Huir de ese ambiente gris y rancio. De los «qué dirán». De los reyes en guardar las apariencias, entre los que incluyo a mi marido. De los magistrados sin carrera, cuya única afición en el mundo es juzgar.

«Yo también te echo de menos, Bastian. A ti. A tu impaciencia en la furgoneta. A tus piques con Jimena. A tu primera inspección ocular del recinto antes de la prueba de sonido. A tu cruce de miradas con Mugi en el pasillo. A tu cara seria evaluando la tortilla. Al *riff* de guitarra mientras calientas la voz. Al pañuelo de Mario cubriendo tu muñeca. Al brindis. A los besos que repartes a tus golfos. A tu tesón sobre el escenario. A tu implicación. A tu actitud frente a los fallos. A tu descenso a la Tierra después del último bis. A tu pulgar rodeando mis labios. A tu mente abierta, como las puertas de los baños, que es la característica más importante de tu filosofía de vida, esa que inculcas a cualquiera que necesita buscar un trocito de felicidad, como es mi caso. Piensa solo en lo que tú quieres, sin juzgar ni ser juzgado».

Las niñas me han dejado su tarjeta, así que entro en la habitación y voy directa a revisar sus maletas. Sé qué las han hecho con mi supervisión, pero no está de más echar un último vistazo.

Tres minutos más tarde, la puerta que comunica las dos habitaciones se abre y aparece Saúl, con su cara de estar cabreado.

—¡¿De qué vas?! ¿Se puede saber qué problema tienes? No te das cuenta de que son…

—Tus clientes —le corto con toda la calma que puedo—. ¿Y tú te das cuenta de que esto es un evento privado y familiar? No todo en tu vida, y, por consiguiente, en la mía y en la de nuestras hijas, gira en torno a tu empresa. De modo que sí, ahora que lo preguntas,

¿quieres que te enumere todos los problemas que tenemos? Porque son unos cuantos, deberías sentarte.

—No, ¿de verdad? ¿Otra vez con eso?

Cierro una maleta y la bajo de la cama. Cargo con la otra para abrirla encima del colchón.

—¿Otra vez? ¿En serio? Si todavía no te has dignado a hablar conmigo o a escucharme durante más de cinco minutos.

—Trae, anda. —Se acerca y me ayuda a subir la otra.

Su mano se queda pegada a la mía mientras sujetamos el asa. Cierro los ojos un segundo y hago un esfuerzo titánico por sentir. Por sentir algo, lo que sea. Un hormigueo. Una conexión. Un maldito chispazo que provoque algún estímulo en alguna zona de mi cuerpo. Repito, lo que sea.

—Tranquilo. Puedo yo. —Abro los ojos.

No hace falta que te confirme lo que he sentido, ¿no?

—Venga, Marita. —Lleva sus manos a mis caderas y, en un movimiento que no me espero, me pega más a él—. ¿Por qué no nos echamos una siesta y dejamos de discutir? Hace semanas que no estamos juntos… —Se balancea, pegando su pelvis a la mía, y desplaza las manos hasta mi trasero.

Lo que siento ahora sí que te lo podría decir, pero las palabras se quedan atascadas, consecuencia de haber rescatado del pozo el último recuerdo de los dos en la cama.

—Saúl…

—¿Qué? Uno rápido. Antes de que vengan las niñas.

Cojo aire y sujeto sus manos para apartarlas de mi cuerpo y separarme. Necesito sosegarme antes de seguir hablando.

Cuando nos hemos visto antes en el *hall* del hotel, me ha dado dos besos en las mejillas, casi por compromiso, porque estaban las niñas delante. Cero abrazos. Cero muestras de cariño. No ha habido ni una sola alusión a mi aspecto físico; estoy más morena, eso es obvio. Ayer, la peluquera de confianza de Jimena me cortó un poco el pelo. Y es innegable que tengo muchísima mejor cara que cuando salí de casa. Nada. Además, llevo puesto un vestido de lunares rojo y malva de Jimena que me queda como un guante. Cuando me he mirado en el espejo antes de venir, me he visto radiante. Pero él ha sido incapaz de decirme una sola palabra que me haya hecho creer que, primero, le sigo gustando. Y, segundo, que me ha echado de

menos. Doble nada. ¿Y ahora? Ahora pretende que mi cuerpo, sin ningún estímulo previo, responda a su impulso y se prepare, como por arte de magia, para sus embestidas, igual que ocurrió la última vez, aunque sin tener que despertarme, porque hoy, por suerte, estoy despierta. Sigue sin entender nada.

—¡No, Saúl! —Alto y claro. Para evitar malentendidos. No quiero que me ocurra lo de la última vez.

—¿Sigues igual? —Yo, siempre yo—. No entiendo nada. O te has vuelto frígida o te gustan las tías. Ya me lo explicarás. No te lo montarás con Jimena, ¿verdad? —¡Pero qué coño dice! No puede estar hablando en serio—. No me mires así, su primo Miguel siempre comentó que él creía que le iban las tías.

—Su primo Miguel siempre fue un gilipollas corto de miras. —Fue quien me presentó a Saúl un fin de semana en Salamanca; imposible olvidarlo—. Y él era tu mejor amigo en la facultad, saca tú mismo la conclusión.

—Vale, que ahora me insultas. Cojonudo.

—No, Saúl. Me insultas tú a mí insinuando tonterías. ¿De verdad quieres saber por qué no quiero acostarme contigo?

—Paso. Ya me ha quedado claro.

—Pero ¿cómo te va a quedar claro, si no me escuchas? —grito, aunque si él quisiera entenderme no necesitaría hacerlo.

—Porque me sé de memoria tu cantinela. La operación. La recuperación. La, la, la… Esto no puede seguir así.

—Fantástico, por fin estamos de acuerdo en algo.

—Me refiero a lo de que no quieras follar, Mara. —Me aclara como si yo no lo hubiera captado. Cuando el único que no pilla nada es él—. Además, no hace falta que hagas nada, lo puedo hacer yo todo.

—Dios, Saúl. —Me llevo las manos a la frente y luego al pelo. Es como darse de bruces con una pared—. Ya no sé qué tengo que hacer para que seas capaz de dejar de pensar un maldito minuto en ti y me escuches. No has entendido nada, ¿verdad? De que me fuera sin avisar y de que me enrolara en este proyecto.

—No es un proyecto, habla con propiedad, es un viaje que yo te he patrocinado —me interrumpe—. Y sí, claro que lo he entendido, lo único que querías era irte con tu amiga y sentir lo mismo que siente ella viviendo como la eterna adolescente que es. Solo que ella

no deja a nadie atrás y tú has dejado a tus hijas.

—¡Contigo! Las he dejado con su padre, no solas, Saúl. No las he abandonado. Y deja de echarle la culpa a Jimena, porque la culpa de que me haya ido es tuya y mía, de nadie más.

—¿Mía? ¿A santo de qué? Eres tú la que me has dejado a mí, que soy tu marido. No sabes lo que es tener que disculparte delante de nuestros amigos y conocidos.

—Tus amigos, no nuestros. —Rebato—. Es tu círculo, en el que te empeñas en incluirme. Sabes que no tengo nada en común con esa gente, Saúl.

—Sí, siempre fuiste muy especialita para las amistades también, como si tener a tu amiga del alma a cuatrocientos kilómetros te bastara. —Otro reproche más, la lista es interminable—. Da igual, lo importante es que esta gilipollez se acaba aquí. Te he comprado el billete para que vuelvas conmigo a casa mañana.

—¿Cómo?

—Sí, nuestro avión sale por la tarde. Las niñas se marchan, y tú y yo nos quedamos solos. Tu sitio está en casa conmigo. ¿O ya se te ha olvidado que estoy de vacaciones? La semana que viene nos vamos diez días a Canarias, con Sergio, Adolfo y sus mujeres. Ya lo tenemos todo cogido.

—¿Todo cogido? ¿Desde cuándo?

—Desde el mes pasado.

No sé si la rabia que siento en este instante se filtra por los poros de mi piel, porque noto que me pica.

—¿Y no se te ocurrió preguntarme antes qué quería hacer yo? No sé, ¿consultarme, explicarme tu plan, en definitiva, contar conmigo?

—Canarias siempre te ha gustado. —Ese es su pobre argumento. Y se queda tan tranquilo.

—También un día me gustaste tú —mascullo, ya serena, porque es absurdo alterarse más. Lo miro de frente y, por primera vez en todos estos meses, puedo ver cómo me presta atención, aunque sea un segundo. Frunce el ceño y estudia mi cara. Es evidente que, ahora, oyéndome hablar en pasado, una sombra de duda se cierne sobre su cabeza—. Y te elegí. Nos elegimos. Nos prometimos cosas. Incumplimos demasiadas. Pero hace mucho tiempo que tú y yo nos perdimos, Saúl. Y que escojas un destino para irnos de vacaciones y

a nuestros acompañantes sin tan siquiera consultármelo, y, además, sabiendo que no he terminado mi trabajo, solo me demuestra que es prácticamente imposible que nos volvamos a encontrar.

Va a replicar, lo sé, lo veo en sus ojos llenos de rabia. Llaman a la puerta y nos interrumpen. Va a abrir. Son las niñas.

—Los padres de Pablo han reservado para cenar en un sitio muy *cool*, les he dicho que cuenten con nosotros cuatro. —Nos comenta Elba.

—Perfecto —musita Saúl.

—Mamá, ¿has traído el neceser? Necesito echarme un poco de cacao.

—No, yo…

Pensaba dormir en casa de Jimena y venir pronto a desayunar con ellas antes de acompañarlas al aeropuerto.

—¿No vas a dormir aquí? —me pregunta Elba, y nos mira, primero a su padre y después a mí. Él va a decir algo, pero Carla se adelanta.

—A ver, pesada. Coge un poco del mío. —Le dice a su hermana, y se meten en el baño.

—Claro que va a dormir aquí —responde él en voz alta por mí.

—Saúl…

—Se van mañana —sisea en mi oído—. No hace falta que las jodas también a ellas.

28
EL MILAGRO

Bastian

Cierro los ojos durante unas milésimas de segundo y me empapo de las infinitas sensaciones que percibe mi cuerpo en este instante; es acojonante vibrar así. Cuando los abro, sin dejar de aferrarme al micrófono, y veo a miles de personas cantando la letra, soy, por fin, consciente de la dimensión del milagro.

Ese milagro que comenzó cuando apenas me escuchaban diez personas en aquel garito de la calle Pez. Por muy triste y borracho que me fuera para casa, regresaba al fin de semana siguiente con la ilusión renovada y con la esperanza intacta, esperando que esa noche fueran veinte. Y fueron veinticinco. Después, soñé con tener una banda, con la que compartiría birras y risas. Y la tuve, porque la suerte me sonrió cuando encontré a mis golfos. Nunca perdí la fe en la música. Nunca. Ni en los días más negros. Ni cuando mi estómago me pedía regresar a Donosti y vaciar la nevera de mis padres. Y, sin ser muy consciente, el fuselaje de aquella aeronave se preparó para despegar, sin tener ni idea de los millones de kilómetros que recorrería. Y llegaron las salas más grandes. Y vendimos cien entradas. Y lo celebramos. Y, en el siguiente bolo, pasamos de doscientas. Y la ilusión creció. Y lo celebramos más. Y, entonces, llegó nuestro primer «mil» y ahí empezamos a volar cada vez más lejos. Cuando pasamos de los cinco millares, nadie se lo creía. Y mis canciones llegaban cada vez a más y más gente, y The Airband era quien se las transmitía. Mi banda, mi suerte, a la que le he dedicado todas mis noches y muchísimos días.

Canto la última estrofa de la canción, dejándome la piel en ella. Hacía mucho que no tocábamos *Desde la nostalgia*, pero ayer,

cuando modificamos el repertorio para adaptarlo al formato festival, que siempre te permite tener más libertad, la incluí a última hora.

Yo solo pido verte una vez más,
pero tú ya no estás.
Yo solo pido escucharte una vez más,
pero tú me dejaste atrás.
Yo solo pido sentirte una vez más,
pero tú qué sabrás,
si me miras desde la nostalgia.

Cuando la escribí, ni tan siquiera iba dirigida a alguien en concreto; a veces, eso pasa. Sin embargo, la puta vida siempre va un paso por delante de mí, y ahora, años después, es como si cada palabra estuviera dirigida a Mario; por eso hoy, en mi último Sonorama, el festival de festivales, no podía faltar.

Mugi se acerca a cantar la última frase conmigo, cabeza con cabeza. El subidón cuando Ale cierra la canción, tocando con la baqueta el platillo, y el público nos ovaciona me lo llevaré de por vida en las entrañas.

—Te quiero un huevo, mamón —me sisea mi amigo a la oreja antes de que se nos unan los demás para dar las gracias y saludar a este público tan entregado.

Nos abrazamos los cinco y dejamos que el calor de la multitud nos caliente el alma durante unos minutos más. Deberíamos bajarnos del escenario ya, porque el siguiente grupo está preparado para salir y la organización no lleva bien los retrasos. Lo que pasa es que la gente no nos deja. Corean nuestro nombre, sin cesar. Nos piden otra. Nos vuelven a ovacionar. Y nosotros solo podemos sonreír y aplaudirles, devolviéndoles parte del cariño que nos han dado estos años, porque retornárselo todo es imposible.

No sé lo que me deparará el futuro, pero cuando me baje de estas tablas hoy sé que en mi pecho quedará un pequeño agujero, que espero volver a llenar en algún momento.

—Esto es una puta pasada —dice Martiño cuando hacemos la última reverencia antes de girarnos para salir.

—¿Cómo se supera algo así, cabrones? —pregunta Beni.

—Con dos llenos en el WiZink. —Afirma Ale, y se queda tan pancho.

Nos descojonamos mientras nos movemos para salir. Yo, el último, como siempre.

Detrás de una torre de sonido, antes de la escalera, me cruzo con Juancho, el vocalista del siguiente grupo. Nos saludamos con un abrazo y nos deseamos suerte, para el futuro y para la vida en general.

El noventa por ciento de mi cuerpo, ahora mismo, es música. ¿Y el otro diez por ciento? Fácil. Es ella. Pero cada vez que bajo un escalón la proporción varía, una disminuye y la otra aumenta, no hace falta que diga cuál. La esperanza de que haya venido hasta aquí con Max, aunque haya sido tarde, no la he perdido. Sigo siendo un iluso, como aquel crío que se sentaba en una silla de madera con su guitarra y cantaba sus temas tristes. Desde el miércoles que nos fuimos de Madrid, no sé nada de ella. Con la única con la que ha hablado Mara durante estos días ha sido con Jimena.

Me tropiezo con un par de miembros de la organización que suben las escaleras de dos en dos para corregir algún fallo de última hora, y con otro técnico de sonido que carga con un cable. Me detengo para dejarlos pasar. Si en los festivales normalmente hay muchísima gente entre bambalinas, hoy, aquí, baten todos los récords.

Reanudo el descenso y en cuanto levanto la barbilla, después de bajar el último escalón, el puto corazón se me para. No veo su cara ni su sonrisa, pero es ella y está aquí. El objetivo de la Leica la delata, dudo mucho que alguien utilice esa misma cámara. Mara me enfoca, en un plano corto, demasiado corto, del que no tengo intención de quejarme.

Cuando me detengo a su altura, oigo el clic. Después, retira la cámara y nos miramos. En este instante, me doy cuenta de dos cosas. Una, que sus ojos tienen un brillo especial. Y dos, que su sonrisa se ensancha cuando me lee la mente. Porque sí, solo estoy pensando en darle la mano, coger las llaves de la furgoneta y largarnos solos de aquí. También me he dado cuenta de que nos hemos quedado paralizados en medio de toda esta gente.

—Eme…

—Hola.

—¿Has venido?

—Sí.

¿Nos hemos vuelto un poco tontos o solo me lo parece a mí?

—Entonces, esto significa que… —Hago una pausa y me acerco más a ella. Llevo mi mano a su mejilla y la acaricio. Quería tocarla. Necesitaba tocarla.

—Me voy contigo.

No puedes oírlo, pero ahora mismo todo mi cuerpo está dando palmas. Inclino la cabeza y poso mis labios sobre los suyos para susurrárselo:

—Cuidaré de ti.

Y, antes de que pueda ni tan siquiera pensar en todo lo que abarcan estas tres palabras, su lengua, hoy aventurera, se cuela dentro de mi boca y comienza a besarme. Sí, ella a mí. Dulce, pausada y, a la vez, anhelante.

Es Max el que nos vocea desde el camerino para que nos movamos de aquí.

Por cierto, ¿cuándo van a inventar el teletransporte? Porque ahora solo puedo pensar en las ocho horas de furgoneta que nos faltan para llegar allí.

Cogidos de la mano entramos en el camerino y, como era de esperar, nos llevamos otra nueva ovación, esta con un tono más elevado. Ella se esconde detrás de mí, muerta de vergüenza por ser el centro de atención. Estos cabrones se ceban entonces conmigo. Ismael me lanza una camiseta limpia y me cambio porque estoy empapado. Debería ducharme, sin embargo, no quiero perder ni un minuto más, así que solo me refresco la nuca y la cara y me bebo dos botellines de agua seguidos. Hoy el pañuelo de mi hermano sigue conmigo.

—¿Tu maleta?

—En el coche de Max. Ha sido una verdadera odisea llegar y que nos dejaran entrar. Hemos tenido que llamar a Tony para que saliera a uno de los accesos a buscarnos. Por eso hemos llegado casi cuando estabais acabando.

—Lo importante es que estás aquí.

Enmarco su cara entre mis manos y pego nuestras frentes; su mirada de preocupación cuando cree que la voy a besar aquí es épica. Contengo las ganas, porque no quiero agobiarla, y menos antes de salir.

—Venga, que Tony nos acompaña hasta la salida —nos dice Max, y le da la mano a Jimena, que se vuelve con él a Madrid. El resto se van a quedar lo que resta de festival y ya mañana se pirarán a sus casas, a disfrutar de estos merecidos días de descanso.

—Ey, tío. —Mugi me aparta de los demás—. Cuidado en la carretera, ¿vale? Que no estás acostumbrado a conducir de noche. Podría llamarte cabezón, como me dices tú cuando yo lo hago, pero entiendo tus prisas.

—No tengo prisa, primo —afirmo y él asiente irónico—. A ver, me muero de ganas por llegar, sin embargo, ya sabes que nunca me puede la impaciencia.

—Mara, disfrútalo —le dice ahora a ella—. No todos los días sonríe así. —Será cabrón—. Y, por cierto, te he dejado un regalo en la furgoneta. —¿Para mí?—. Aunque me tienes que prometer que lo abrirás mañana allí. ¿Entendido?

—Está bien. Mañana allí. —Nos damos un último abrazo y salimos escoltados por Tony hasta el aparcamiento.

Cuando pasamos la maleta del coche de Max a la furgoneta, Jimena y ella se funden en un abrazo.

—Realidad, en presente. Recuérdalo —le dice Jimena.

—Que sí. —Afirma ella.

—Además, hemos venido a divertirnos. —Se deshace del abrazo—. Así que gózatela, amiga, ¿entendido? —Mara asiente—. Y tú, nada de gilipolleces —me señala ahora a mí—, que de eso ya va surtida.

—Jimena… —le advierte Mara para que se calle.

—Venga, macarra, sube al coche, que te estás quedando sin amenazas. —Max tira de ella. Antes de que se aleje, voy hacia Jimena y la abrazo yo también.

—Gracias, rubia. Cuidaré de ella por ti. Aunque mejor. —La pico.

—Puto cantante *indie* atormentado —masculla, y por fin desaparecen.

Cuando ya estamos dentro de la furgoneta, con los cinturones de seguridad abrochados, los dos nos empezamos a reír, fuerte y alto, como si todo lo que ha ocurrido después de habernos encontrado a los pies de esa escalera hubiera sido demasiado surrealista para ambos.

—¿Preparada?

—¿Puedes cambiar el verbo?

—Mara, si no estás…

—Sí estoy segura. No estoy preparada, porque no tengo ni idea de lo que va a suceder, como me ocurre desde hace semanas. Entiende que para alguien tan organizada y controladora como yo es inevitable. Aun así, te prometo que estoy segurísima de que *quiero* —enfatiza el verbo— pasar unos días contigo.

Me acerco a sus labios y la beso. Antes de arrancar. Y la vuelvo a besar cada poco tiempo. Presiento que las ocho horas de viaje se me van a hacer mucho más cortas de lo que me temía.

Alternamos canciones con charlas sobre sitios a los que hemos viajado. Le hablo de las sensaciones que estoy experimentando durante esta última gira. Paramos en la primera área de servicio, que ya son como un segundo hogar para nosotros. Me hace una leve alusión al viaje de sus hijas, sin embargo, no me menciona cómo le fue el reencuentro con su marido. Le cuento lo que he disfrutado con el sonido de la banda hoy. Nos reímos con las anécdotas que se perdió en el concierto de Vitoria y ella me confiesa que recibió la foto de los cinco calvos mientras tomaba el café con un grupo de padres. Repasamos las amenazas de Jimena y los consejos algo paternalistas de mi amigo, hechos desde el corazón. Y, aunque se ofrece a conducir ella un rato, y hasta se pone las gafas de ver, que ha sacado de ese enorme bolso en el que casi cabe ella, le digo que no hace falta, porque me conozco mejor el camino y ya no queda tanto.

Vemos amanecer antes de llegar a Sevilla y, cuando paro a llenar el depósito en Los Palacios, Mara se queda dormida. Había echado en falta esa imagen suya también. No la despierto hasta hora y media después, cuando abro la verja metálica de mi casa.

—Hemos llegado.

Se mueve en el asiento y se estira.

—¿Me he quedado dormida?

—En el último tramo. No pasa nada. Lo importante es que no me durmiera yo, aunque, en cuanto me baje de la furgoneta, no prometo nada.

Aparco debajo de la pérgola y saco de la guantera las llaves. Ella se frota los ojos y se baja. Se queda quieta, al lado de la furgoneta,

observando todo.

—Bas, esto es increíble. Las vistas, la casa… Y eso que no la he visto por dentro todavía.

Saco las maletas y le pido que me siga. Rodeo la parte delantera para entrar por la puerta principal.

—Bienvenida. Estás en tu casa. —El salón abierto con la cocina al fondo a esta hora está lleno de luz, tanta que nos cuesta habituarnos—. ¿Te importa si posponemos el *tour* para más tarde? Cuando pueda mantener los párpados abiertos.

—Claro. Te has dado una paliza, estarás agotado. Necesitas descansar.

—Y tú. Vamos.

Subimos arriba y dejo las maletas en mi habitación. Es la más grande y el ventanal de pared a pared tiene vistas a la playa de Los Alemanes. Adoro la ubicación de la casa, la paz que respiro en este rincón y desconectar tan pegado al mar.

—Me encanta la vista.

—Y a mí —le digo mirándola a ella. Sonríe y aprovecho para darle el último beso mientras sigo consciente. Es largo, como un prólogo que te da pistas de lo que puede venir después. Es una lástima que mi cuerpo haya decidido morir de agotamiento—. Pero necesito algo de oscuridad o me reventará la cabeza.

Pulso el botón para que se baje la persiana y Mara pasa al baño. Me quito la ropa y me quedo con el bóxer, igual que he hecho cada vez que he dormido con ella. Me meto en la cama y me cubro solo con la sábana. Antes de quedarme dormido, siento cómo se cuela y se acerca a mí para pegar su pecho, cubierto con una camiseta, a mi espalda. Me rodea y me abraza.

Treinta segundos después, estoy soñando con ella.

29
DE PRINCIPIO A FIN

Mara

Me cuesta unos instantes ubicarme. Apenas se cuela un halo de claridad debajo de la puerta. Parpadeo varias veces para abrir los ojos. No sé qué hora es ni cuánto he dormido ni si han pasado más de veinticuatro horas, lo que sí sé es que Bastian ya no está en la cama, porque acabo de estirar el brazo y su lado está vacío.

Me levanto y busco el interruptor de la luz. Doy antes con la puerta del baño. Me miro en el espejo y sonrío. El pelo revuelto. La cara de dormida, aún tengo la marca de la arruga de la almohada. Sonrío más.

¿Quién es esa Mara de ahí?

Todavía estoy intentando adivinarlo. Aunque no hay duda de que es una mujer mucho más sonriente que la de hace tres días.

El reencuentro con Saúl no fue del todo como esperaba. A ver, tampoco soy tan ingenua, sí que intuía que iba a ser algo parecido. Solo que, una vez más, mi positivismo innato me hizo teorizar sobre una ínfima esperanza para nosotros. Otra vez ganó el realismo. Sí, el del presente que tanto me inculca Jimena. Saúl estuvo desagradable, terco y en su misma línea. Inamovible. Así que traté de que las niñas se fueran sin ser conscientes de que sus padres están más lejos que nunca. Dormí con ellas, en medio de las dos, como cuando eran pequeñas. Y, a la mañana siguiente, las acompañamos al aeropuerto fingiendo absoluta normalidad hasta que las despedimos. La ineptitud de Saúl a la hora de involucrarme en sus planes vacacionales sirvió para que me cabreara mucho más con él y él conmigo. No dejó de insistir hasta el último segundo para que me subiera con él al avión que salía dos horas más tarde.

No cedí a sus presiones y le dije adiós (hoy por hoy, sigue sin hablarme). Regresé a casa de Jimena enfadada y me encerré los dos días siguientes. Hasta que hablé con mi amiga y le confesé que estaba cansada de esconderme y de pensar en todos menos en mí. Le dije que lo único que me apetecía hacer en este presente era aceptar la invitación de Bastian e irme con él. Ella no tardó nada en mandar a Max a rescatarme.

Lo que pasó después todavía estoy asimilándolo. Ver a la banda en todo su esplendor, en su hábitat, disfrutar de Bastian en su mejor versión, vibrar con cada estrofa de esa última canción que jamás le había escuchado cantar. Y, como guinda del pastel, ese reencuentro a los pies de la escalera. El beso. Los besos. Y las horas de viaje hasta llegar aquí.

Encuentro el botón para subir la persiana y me quedo embobada con las vistas. El color azul intenso del cielo y del mar con los rayos de sol es hipnótico. Parece como si el tono casi idéntico de los dos elementos se hubiera difuminado, desdibujando el horizonte. Abro la cristalera y salgo a la terraza. Me apoyo en el borde de la barandilla, que también es de cristal, y me sujeto con fuerza antes de inhalar. Cierro los ojos y respiro. Exhalo. La sensación es única. Es como respirar, por fin, una ansiada calma.

—Buenas *tardes*, Eme… —Bastian, con el libro en la mano, está de pie al borde de la piscina. Solo lleva puesto un bañador negro y me mira con una sonrisa enorme en los labios.

—¿Tardes?

—Casi noches.

—¿Qué? No, no puede ser. Yo nunca duermo tanto.

—Baja, anda. —Vale, me está vacilando—. Que debes de tener hambre.

—Hambre y sed. —En cuanto lo digo sé que los dos acabamos de recordar la primera vez que cenamos solos en su casa—. Eh…, ahora bajo.

Pero antes me doy una ducha rápida. Abro mi maleta para sacar mi neceser, mi bikini verde botella y una camisa blanca *oversize* que robé a Jimena y me sirve como vestido.

Cuando bajo las escaleras, vuelvo a contemplar la planta baja. Moderna, espaciosa, llena de cristal, lo que permite que la luz se cuele por todas partes. Tiene una decoración sencilla, aunque no

fría, gracias a la madera. Acogedora. Camino hacia el porche y encuentro a Bastian al lado de la mesa. Tiene una botella de vino blanco en una mano y el sacacorchos en la otra. Me quedo quieta mirándolo. Es un pequeño vicio del que disfruto cuando estoy detrás de la Leica, el problema es que ahora mismo no tengo la cámara para ocultarme. Descorcha la botella y, cuando levanta la cabeza, me ve aquí parada.

—Hola… —Mi voz suena débil, sin embargo, no estoy nerviosa, solo expectante.

Haber aceptado su invitación implica asumir mi libertad, esa que yo he escogido conscientemente. Sin embargo, me preocupa que mi cuerpo y mi cerebro no se sincronicen con lo que realmente quiero, que es sentir a Bastian sin ningún tipo de límites.

—Hola, Eme.

Bastian deja todo en la mesa. Como si tuviera telepatía y supiera que es justo lo que necesito, se acerca a mí y abre sus brazos para darme cobijo. Soy yo la que se adelanta para sentir su calor.

Me encantaría que alguien nos hiciera un retrato en este instante, para que captara la dimensión de nuestra conexión en un gesto tan simple. Su nariz entre mi clavícula y mi oreja, la mía aspirando el olor a cloro de su pecho. Sus brazos sobre mi espalda, como los míos sobre la suya. Respiramos el doble. Nos apretamos el doble. Nos rozamos el doble.

—Bas… —Le llamo cuando llevamos unos segundos así. Mi piel brama más atención, a gritos—. Yo…

Deseo ser sincera, decirle qué quiero, aunque a la vez tengo miedo a que llegue el momento y no saber hacerlo. Y no estoy hablando de la dinámica. Me encantaría ser solo visceral, sin embargo, sigo siendo Mara.

—Eme. —Se retira para llevar sus manos a mis mejillas y se inclina para quedarse a un milímetro de mi boca—. Estamos aquí para disfrutar, sin presiones. ¿Vale? —Asiento—. No quiero que te agobies porque estamos solos, esa no era mi intención cuando te invité a venir. Somos Mara y Bastian, los mismos que han compartido habitaciones, canciones y vino, pero en una casa para nosotros solos. Sabes lo que quiero. —Roza su nariz con la mía—. A ti. De principio a fin. —Trago saliva y él me da un pequeño mordisco en los labios—. Así que eres tú la que va a marcar el

ritmo. Decide lo que quieres de mí, cuándo y dónde, porque yo ya estoy aquí para ti. ¿Entendido?

—Sí. —Con sus palabras acaba de despejar la mitad de mis miedos.

—Perfecto. Ahora vamos a comer y a beber. —Sonríe y me da un pequeño beso antes de llevarme de la mano hasta la mesa—. ¿Ves? Comida. —Me señala un bol de ensalada de pasta—. Y bebida. —Cuando los dos estamos sentados, me acerca la copa—. Para matar el hambre y la sed.

—¿Estas son tus únicas opciones? —¿He dicho yo eso? La mirada con la que recorre la piel de mi escote se acaba de llevar otro cuarto de mis miedos.

—Sí, ya lo siento. Pero la comida y la bebida las elijo yo. —Ignora mi juego deliberadamente—. El resto, ya te lo he dicho, está en tus manos. ¿Te queda claro?

—Clarísimo. Por la libertad. —Choca su copa con la mía y mi mirada se posa en el tatuaje de su cuello.

—Por la libertad. —¿Pueden unos ojos calentarte la piel? Porque los de Bastian son, desde hace semanas, expertos en abrasármela.

—Ahora, come, que puedo oír tus tripas desde aquí. Y compórtate, que es lo que estoy haciendo yo. —Se lleva el tenedor a la boca, despacio, sin dejar de mirarme. Yo bebo otro trago más largo de vino.

Me gusta el juego. Me gusta que espere a que yo dé el primer paso. Sé que me concede ese derecho por mis circunstancias, sin embargo, esta tensión está volviéndose insoportable.

—¿Tú te estás comportando?

—Créeme, sí.

—Pues no deberías, es tu casa y acabamos de brindar por la libertad.

—Come. —Me ordena, y sonrío.

Mientras matamos el hambre y la sed, me cuenta que compró esta casa hace cinco años porque siempre ha sido un enamorado de Cádiz. Un matrimonio le cuida la propiedad cuando él no está y, además, le llenan la nevera cuando viene. Lo que más le gusta es la luz tan mágica de esta costa y la orientación en concreto de su casa, que la recibe desde todos los ángulos, pero sobre todo, lo que más valora es que, tal y como está ubicada, le proporciona total

privacidad. El acceso a esta playa, menos masificada que la de Zahara, es un extra. Baja a correr por las mañanas y a bañarse algunas tardes. La tercera copa la reservo para terminar lo que me queda de ensalada en el plato, no es por hacerle la pelota, estaba muy buena. Yo le cuento que había estado en El Puerto de Santa María, no le digo con quién, aunque se lo imagina, y que esta zona no la conocía. Cuando terminamos, no me deja recoger. Él lo lleva todo a la cocina y yo le sigo.

—No sé dónde tengo el bolso, y no he mirado mi móvil. Seguro que Jimena me ha llamado e igual mis hijas también.

—Lo dejaste en la furgoneta. Lo he sacado antes, te lo he puesto ahí, junto al regalo misterioso de Mugi. He cogido el libro, vaya con Penélope y Julián, ¿no?

—Uf, eso no lo vi venir, para nada.

—Yo tampoco. Casi he llegado a tu marca.

—Podemos acabarlo juntos entonces. —Cojo mi bolso y saco el móvil. Está apagado, así que lo pongo a cargar. Bastian me pregunta si quiero postre o café, y le digo que no, no me apetece nada más—. ¿No abres el regalo? —le pregunto.

—No, mejor luego. Siendo de Mugi, puedo esperar cualquier cosa. Voy a darme un baño. ¿Vienes?

—Sí, voy a mirar el teléfono un segundo y ahora salgo.

Consigo encenderlo y comprobar los wasaps. Como me temía tengo varios. De Jimena, de mi hermana y de las niñas. No de Saúl. Respondo solo a mi amiga, confirmándole que estoy viva, y a las niñas, que me han mandado algunas fotos, lo que pasa es que les respondo por otro chat, no por el de la familia; si él no quiere saber nada de mí, yo tampoco de él. El de mi hermana lo dejo para luego.

Salgo al jardín y pongo la camisa encima de una tumbona. En la otra está el libro y el bañador que llevaba puesto Bastian. Vale, está desnudo, como en Mallorca. Y también hay dos albornoces blancos, perfectamente doblados, que me acaban de recordar a aquella noche triste en A Coruña. Me giro para buscarlo y lo veo dentro del agua. Se acaba de dar la vuelta y comienza a nadar de espaldas hacia el otro extremo de la piscina.

Su imagen es imponente. Desnudo, más.

Cuando estoy cerca de él mi deseo crece, y, en este instante, solos, las ganas de dar y recibir placer pegada a él se derraman por

todos mis poros. Aun así, mi cerebro sigue procesando, a una velocidad mucho más lenta, todas las sensaciones que Bastian me provoca y trata de racionalizarlas. Un defecto de género, supongo. Necesito deshacerme de ese último cuarto de miedos y pensar en mí. En lo que quiero. En este presente que me está mirando a la cara. Me quito el bikini y lo dejo en la tumbona. Quiero sentir esa libertad de la que él hace gala, no obstante, me llevo el albornoz en la mano hasta el borde de la piscina, por si acaso.

Bastian ha dejado de nadar y me observa desde el otro extremo. Desciendo por las escaleras, desnuda, sin dejar de mirarlo. Me gusta que no me avasalle, que cuando me ve más cohibida me deje una pequeña distancia de seguridad, aunque, a la vez, me pone nerviosa saber que solo yo decido.

«¿Qué quieres, Mara?». No lo sé. Con él me encuentro en medio de un cruce con dos direcciones. Perdida a la derecha. Muy perdida a la izquierda.

El agua tiene la temperatura ideal y la sensación de nadar sin ropa es extraña y agradable, todo a la vez. Nado a crol, con un estilo nada distinguido, hasta llegar a donde está él, que sigue acodado en el borde.

—¿Imitándome, Eme? —me pregunta cuando emerjo muy pegada a él después del último tramo.

—Eso parece. Y tú, ¿sigues comportándote? —Le pico.

—Más que en toda mi puta vida —responde, y se humedece los labios, pero no cae en la tentación de besarme. Esto se nos está yendo de las manos—. Y ¿qué tal la experiencia? —Su sonrisa gamberra y sus ojos posados sobre mi boca piden cosas. ¿De verdad va a seguir cediéndome el control?

—Extraña y estimulante. —Me paso la punta de la lengua por la comisura de los labios y él se pellizca los suyos con los dientes.

Me inclino como para darle un beso, sin embargo, en el último segundo, palmeo el agua para salpicarlo y me impulso hacia atrás para nadar de espaldas hasta el otro lado. Cuando llego a la escalera, salgo y me pongo el albornoz. Me ato flojo el nudo del cinturón y no me lo cierro del todo antes de sentarme en el borde y meter las piernas dentro del agua.

Lo busco. Nada. ¿Dónde se ha metido? De repente veo su silueta debajo del agua, bucea aproximándose a mí. Saca la cabeza del

agua y la mueve para salpicarme, con las gotas que salen disparadas de su pelo. Apoya las manos sobre mis rodillas y las acaricia.

—¿Me estabas buscando?

—Puede.

Su boca se posa en mi rodilla izquierda y me da un pequeño mordisco. El latigazo en mi vientre es abrumador. Después repite lo mismo en la derecha, y besa ambos puntos.

—¿Para seguir jugando al gato y al ratón? Porque me encanta jugar…

—Y a mí. —Sonrío.

—Pero ¿sabes qué me gusta más? Ganar. Y, aunque presiento que ya lo he hecho, necesito oírtelo. Dímelo. ¿Qué es lo que quieres, Eme?

—Quiero… —Disfrutar. Dejarme llevar. Sentir. Aunque todavía no lo pueda verbalizar.

—Perfecto, vamos a hacer una cosa. Voy a subir a mi habitación y te voy a dejar pensarlo cinco minutos más a solas. Ahora bien, si subes, cuenta con que no vas a volver a ver la luz del sol en días, Eme. En días… —Y, con la misma, se impulsa por mi derecha y sale del agua. Se pone el albornoz antes de entrar en casa.

No necesito los cinco minutos.

No necesito ni tres.

Cuando entro en la habitación, Bastian está sentado en el borde del colchón. Me acerco a él despacio y me voy soltando el cinturón para quedarme desnuda de nuevo.

—Soy jodidamente feliz ahora mismo.

—¿Mirando solo?

Llego hasta él y llevo mis manos a su nuca; sigue sentado, así que enredo los mechones de su pelo mientras él pega su boca a mi vientre para dejarme un pequeño beso debajo del ombligo.

Me estremezco, aunque no me tenso. Ni me siento incómoda, que era justo lo que más me preocupaba, bloquearme cuando sus manos o su boca estuvieran en lugares en los que solo había estado otro. Será la conexión o la confianza que, sin darnos cuenta, nos ha traído hasta aquí. Ahora mismo, tengo fe ciega en él. Y sé que, a partir de este instante, Bastian se encargará de devolverles la sensibilidad a todos los centímetros de mi piel que la habían perdido.

—Teniéndote aquí. Y sabiendo que por fin equilibraremos la balanza entre piel y ojos. Porque, aunque te toque después de haberlo deseado tanto, no tengo ninguna intención de dejar de mirarte. —Se pone de pie y los dos, en el mismo movimiento, nos deshacemos del albornoz del otro—. ¿Qué es lo que quieres? —vuelve a preguntarme.

—Sentir. —Un verbo de capacidades infinitas.

Sentir, de principio a fin.

Su cuerpo desnudo. Su potente erección. Su pecho libre de tinta. Su mirada.

Mi cuerpo desnudo. La insólita humedad entre mis piernas. Mi pecho agitado. Mi mirada.

—Perfecto. Pues entonces tienes que guiarme.

Se pega a mí y me besa. Sus manos van directas al final de mi espalda. Y las mías a su trasero, me aferro a él para que no se despegue de mí. Nos frotamos sin dejar de mirarnos.

—Y tú a mí. —Nos reímos y volvemos a besarnos, con más ímpetu que antes.

Y el último cuarto de miedos, claramente, se ha ahogado en la piscina.

Me siento más ligera. Y mucho más excitada.

Bastian saca su lengua de mi boca y la lleva de paseo por mi barbilla y mi cuello, donde se detiene unos segundos. Cierro los ojos y dejo que me embriaguen las sensaciones. Ahora sí que vuelo. Noto cómo me empiezan a fallar las piernas mientras él me sostiene. Y el placer se instala entre mi ombligo y mis muslos, y ni tan siquiera me ha tocado ahí. No con las manos, sí con su erección. Desciende con sus labios hasta la separación de mis pechos y, cuando imagino que va a lamérmelos, que va a metérselos en la boca, y que voy a morir, se mueve para rodear mi cuerpo y colocarse detrás de mí. Dejo caer la cabeza hacia atrás de nuevo, para apoyarme en su clavícula. Él me envuelve con sus brazos y sus manos, que, ahora sí, viajan hasta mis tetas. Las acaricia desde abajo, como si estuviera sosteniendo su peso. En un movimiento suave, sensual, puramente erótico. Con el pulgar y con el índice empieza a hacer círculos sobre mis pezones. Y se me contrae hasta el cerebro.

—Dios, Bas…

—¿Te gusta? Vas a tener que decirme que sí y que no, ¿vale?

—susurra en mi oído, y consigue erizarme la piel. Llevo mi mano derecha detrás de mi trasero y me separo un poco para agarrársela—. Joder…

—Yo también quiero saber lo que te gusta.

—Eso sí —se apresura a decir cuando empiezo a masturbarlo—. Pero si sigues haciéndolo, me correré en un abrir y cerrar de ojos, sobre tu culo. Además, tengo cero escrúpulos con el sexo, te aviso. —Él y su sinceridad—. Así que es tu momento, ¿alguna petición?

Las yemas de sus dedos acarician todo mi sexo, por fuera primero, y luego por dentro. Rozan mis labios, los tantean, buscan mi clítoris, lo rodean, mientras sigue estudiando cómo reacciono a cada uno de sus estímulos, en lo que parece una primera vuelta de reconocimiento. Una vuelta tan placentera que ya me tiene al límite.

—Quiero correrme antes de que me penetres. —Sí, yo también puedo ser sincera. Y quiero hacerlo porque no deseo repetir patrones que solo me han llevado a olvidarme de disfrutar.

—Por supuesto que vas a correrte antes. Y si quieres, vas a correrte después también —masculla en mi oído sin dejar de tocarme. Yo tampoco puedo soltarlo. Noto las venas hinchadas de su miembro sobre la palma de mi mano, y las primeras gotas salir de su hendidura, con la que jugueteo—. Hostias, Mara, me vas a fundir. —Gime sobre mi cuello antes de pellizcarme el hombro con los dientes, excitado—. ¿Sabes? Acabas de quitarme un peso enorme de encima, porque no puedo garantizarte que te corras mientras te folle, a menos que te toques o te toque, ya sabes que estoy algo desentrenado, pero dame unos días.

—Bas… —jadeo y tiemblo. Acaba de dar con la intensidad adecuada en el punto exacto para hacer que explote—. Así. Ahí.

—Así. —Me masturba más rápido—. Y aquí. —No le veo la cara, aunque sé que está disfrutando tanto como yo de este momento.

Todavía no me puedo creer que la conexión, la magia y la intensidad sigan estando tan presentes en este instante, pero es que es así, y es maravilloso.

—Voy a…

—Lo sé, Eme, lo sé…

Espasmos. Contracciones. Nudos deshechos. El orgasmo es brutal y demoledor. Es la culminación. La liberación de toda la tensión

sexual que había acumulado desde que comenzó la fase de excitación, que, en nuestro caso, era inmensurable. Pierdo la noción del espacio y del tiempo. Y también el oído, a causa del pitido que ha llegado con el clímax. Menos mal que Bastian se hace cargo de mi cuerpo. De llevarme a la cama. De tumbarse encima de mí. De sacar un condón y de ponérselo. Y de comerse mi sonrisa postorgásmica.

Sostiene su peso con las manos a ambos lados de mi cara y me mira antes de penetrarme. Sus ojos, ahora más azules que grises, son la luz que me hace despertar del estado en el que él se ha encargado de dejarme. Su olor. Sus rizos. Sus labios. Yo misma sujeto su erección y la acerco a mi entrada.

—¿Qué quieres, Eme? —me pregunta de nuevo. No deja de sorprenderme su capacidad para controlar los tempos; será porque es músico.

—A ti. De principio a fin.

Y entonces se hunde en mí, y follamos. Sí, es lo que hacemos. Con Bastian he dejado de avergonzarme de las palabras. Empieza suave, dejando que me habitúe a él, a su grosor, a su tamaño; es innegable que mi cuerpo estaba más que preparado para que, de manera tan natural, él entrara.

He cumplido años, pero no me he muerto, sigo sintiendo y el sexo me sigue gustando, acabo de recordarlo. Embestidas lentas. Embestidas profundas. Embestidas placenteras. Bastian y sus movimientos pélvicos, que no invaden, solo conquistan. Deseo. Placer. Gozo. Y no, no vuelvo a correrme mientras le tengo dentro, aunque él sí. Y susurra mi nombre mientras se vacía, como si lo cantara. Y me besa. Y se lamenta por haber sido tan rápido. Y se desploma sobre mi pecho. Y me besa más fuerte. Y nos reímos como dos idiotas cuando confesamos que dentro de unos minutos queremos repetir. Y le quito el condón. Y le dedico un piropo a su polla. Y él habla de mi cuerpo con veneración. Y nos besamos con más cadencia. Y volvemos a reír. Y reírse por dentro tiene su gracia, pero hacerlo a todo volumen y encima en compañía es mil veces mejor.

Porque, sí, este presente, real, me hace inmensamente feliz.

30
A TUS PIES

Bastian

Si me tengo que morir, que sea en este instante. Con Mara a medio vestir clavándome las uñas en los hombros mientras se ensarta mi polla. Hasta el final. Melena revuelta, húmeda y salvaje. Labios cereza que no dejan de repetir mi nombre, provocándome, y ese par de ojos, oscuros y vivos, en los que me encanta reflejarme.

—Eme, vas a matarme. —Follar antes de irnos a cenar no entraba en mis planes, pero cuando me lo ha propuesto mientras se bajaba las bragas delante de mí, me ha parecido una oferta irrechazable.

Como no terminamos nunca de saciar nuestras ganas, estamos haciendo un cursillo de reciclaje, como el que hacen los conductores cuando les quitan el permiso de conducir, solo que el nuestro es sexual, y, somos tan estudiosos del cuerpo del otro, y nos lo estamos tomando tan en serio, que los resultados están siendo impresionantes. Ella sé que no, sin embargo, yo, en esta vida, he follado mucho por deporte, por saciar el impulso con la mayor inmediatez posible. Así que hacerlo ahora para recrearme por el puro placer de sentir, sin prisas ni presiones, es nuevo para mí, y más con ella.

—Sería una muerte preciosa, Bas. —Me vacila, y pega sus labios a mi oreja. Sabe de sobra que hay un punto ahí que me desquicia.

—Eme…

—¿Qué? ¿No te gusta?

Mi mano derecha va hasta su culo. Lleva puesto un vestido de lunares y por el escote ahora se le sale un pecho, que me meto en la boca. Como ya he dicho, hace rato que dejó sus bragas sobre la

alfombra. Levanto la tela para que no me estorbe y cuelo un dedo entre sus nalgas, solo para acariciarla, lo que pasa es que está tan húmeda que, sin forzar, se desliza la yema dentro.

—Bas, por favor… —gime en mi oído.

—¿Qué? ¿No te gusta? —contraataco.

No puede negar que sí, porque ella misma me lo confesó ayer, lo que pasa es que hasta ahora no habíamos probado.

—Solo un poco.

—Solo un poco, lo sé.

A diferencia de otros tíos, no me obsesiona el sexo anal, para nada. No está entre mis prácticas favoritas. Ahora bien, lo que sí que me pone muchísimo es saber que, con un pequeño estímulo con mi dedo en esa zona, su orgasmo adquiere otras dimensiones. Y, en consecuencia, mi empalmada también. Será otra tara que tengo, o que solo tengo con ella. Ver cómo se desinhibe y disfruta es sumamente placentero. Sonrío encantado de haber acertado con la caricia. Cuando echa la cabeza hacia atrás para dejar un espacio entre nosotros y poder tocarse, sé que no hay vuelta atrás. Me encanta esta Mara que siente y no se cohíbe. El pecho se le agita. Se muerde los labios. Y contrae sus músculos, apresándome. No hay mejor sensación que sentirla así. Aprovecho su clímax para aferrarme a la carne de sus caderas y manejar su cuerpo a mi ritmo, más duro, para las últimas embestidas. Cuando me corro, ella, exhausta, cae desmadejada encima de mí.

—Ven aquí. —La abrazo con fuerza sin salir de ella.

—Bas, ha sido…, ha sido… No me salen ni las palabras.

—Es que no hay palabras, Eme. Estar dentro de ti es… No puedo definirlo sin blasfemar.

—No te cortes.

—La puta hostia.

Sonríe y se mueve con cuidado para quitarme el condón.

—Lo malo es que, mira —tiene los muslos empapados—, voy a tener que ducharme otra vez. A no ser que…

—Ni de coña. Hoy vamos a salir. Jimena dice que te tengo secuestrada.

Me subo el bóxer y el pantalón. Luego, me quito la camiseta y con ella le limpio los restos de humedad. Erótica pura. Ella suspira cuando se la paso con cuidado entre las piernas, y su sonrisa se

ensancha. Ahora, cada vez que entre en este miniestudio que tengo montado en el sótano y mire este sofá, la recordaré a ella encima de mí, balanceándose, y será imposible no ponerme malo y a la vez sonreír. Ella también se viste, bragas incluidas, y se sienta encima de mí.

—En serio, no pasa nada si nos quedamos. No me importa. Estabas tocando una canción cuando te he interrumpido.

—Bendita interrupción. Puedes repetirla cuando quieras.

—Gracias —responde, y luego se pone seria—. No me líes. Sonaba muy bien, por cierto. De modo que si estás en medio de un brote de creatividad o te han visitado las musas esas de las que hablan, no hace falta que vayamos a cenar por ahí. Puedo preparar algo.

—La musa me visitó por primera vez en Granada, cuando la recogí en el pasillo del hotel. Desde entonces no me ha abandonado, así que hoy pienso invitarla a cenar el mejor atún de la Almadraba. No voy a encerrarme en el estudio estando tú aquí.

Tengo muchas ideas y mucho material, solo he bajado mientras ella se duchaba a probar una estrofa de algo que me rondaba en la cabeza desde que llegué. La etapa con la banda está a punto de terminar, aunque sigo siendo músico y, en breve, si nada se tuerce, iniciaré una nueva aventura en solitario, donde podré seguir expresándome de la única manera que conozco. Sin embargo, no tengo prisa, solo quiero fluir y disfrutar de ella mientras me deje.

—Otra opción es que me encierre contigo. Tú compones y yo… —Echa un vistazo alrededor, sé lo que está buscando. Porque, desde que la abrí el lunes, no deja de vacilarme con ella. Voy a matar a ese cabrón en cuanto lo tenga delante.

—Tú lees, ¿no?

Anoche, tumbados en el sofá del porche después de cenar, terminamos el libro de Zafón; la última parte la hemos leído en voz alta, un rato cada uno. Cuando pronuncié la palabra fin, los dos nos miramos sin ocultar la emoción. Ahora me río, porque está pensando en otro tipo de lectura.

—Exacto.

—Eme, si el regalo hubiera sido para ti de parte de Jimena, igual no te reirías tanto, ¿no crees?

—Vamos, Bas. Reconoce que fue muy gracioso, y eso que te

pregunté si no lo abrías antes de meternos en la piscina.

—Pues menos mal que no lo hice.

Nos reímos los dos, es inevitable.

La famosa caja contenía tres libros. *Manual para que tu primera relación sexual sea exitosa*. Que indudablemente no necesité. *Aprende a comérselo*. Que tampoco era necesario, a tenor de los jadeos de Mara cuando he enterrado mi cara entre sus piernas. Y *42 formas de poneros cachondos, porque tener ganas es lo primero*. Ese último llevaba pegado un pósit donde ponía: «Pasa de este, no lo necesitas». Además, había incluido condones de sabores, velas aromáticas y lubricantes. Un tesoro era esa puta caja.

—¿A qué hora es la reserva? —pregunta.

—A las nueve y media. Venga, sube a ducharte. Ahora voy a ponerme otra camiseta.

Me da un beso en los labios y sale por la puerta. Mientras recojo la guitarra y apago el amplificador, pienso en que no sé en qué día vivo. Lunes, martes, miércoles…, ¿jueves? Sí, es jueves ya. Cuando la gira despega es habitual que no sepa en qué día de la semana estoy, pero lo que no es normal es no tener ni idea cuando estamos en medio del parón. Podría culpar a cualquiera, sin embargo, ahora mismo solo se me ocurre un nombre: Mara.

Como le prometí. ¿Eso fue una promesa o una amenaza? Vale, dejémoslo en advertencia. Como le advertí, si subía a mi habitación después de haber estado jugando durante horas al gato y al ratón, no volvería a ver la luz del sol en días y… casi lo he cumplido. Solo hemos salido de la habitación para cubrir nuestras necesidades vitales básicas: comer y no deshidratarnos, y para darnos un par de baños en la piscina, que, en vez de refrescarnos, han aumentado nuestra temperatura corporal. Y, aunque eso no se lo dije el lunes, para no asustarla, mi intención era que nuestra ropa no saliera del armario. La mayor parte del tiempo esa premisa también la hemos cumplido, con creces. Excepto ayer, que vinieron Manuela y su marido para seguir manteniendo la casa limpia y en orden, y no nos quedó más remedio que vestirnos hasta que se fueron. O ahora, para irnos a cenar, porque no, tampoco hemos salido de casa. Como dice Mara, ¿para qué? Si todo lo que queremos lo tenemos dentro.

No me canso. Ni de ella. Ni de su piel. Ni de compartir silencios, porque, aunque están siendo los menos, también hemos compartido

alguno y hemos aprendido a respetarlos. Me puedo hacer una idea de lo que le ronda a ella en la cabeza, sin embargo, ella no se imagina lo que me ronda a mí. Es alucinante ver cómo cada día me atrapa más y más.

Diez minutos después, estamos metidos en el Seat Panda azul claro de mi abuelo Enrique, que guardo en este garaje.

—¿Conectamos tu Spotify? —me vacila de nuevo.

Es muy cómico ver cómo ella misma se sorprende de su buen humor. El mar le sienta bien. Cádiz le sienta bien. Yo le siento bien, o eso espero.

El coche es del 82, fue el primero que tuvo Mario, y luego pasó a mis manos. Cuando compré esta casa, lo traje con una grúa hasta aquí; mi padre quería sacarlo de su garaje y no quería deshacerme de él. Lo cuido y está al día; para trayectos cortos por la provincia me sirve y me encanta utilizarlo. Para mí es una verdadera joya, como su radiocasete.

—Tú eras la graciosilla de la clase, ¿no?

—No. Ni mucho menos. ¿Quieres saber lo que era?

—La empollona —afirmo, y más ahora que tiene las gafas de ver puestas.

Lleva un par de noches quejándose de la vista cuando se va la luz natural. Está igual de atractiva que sin ellas. Es más, me tengo que concentrar en la estrecha carretera para salir de esta zona residencial, porque me la estoy imaginando con las gafas como única prenda.

«¿Qué me estás haciendo?». Vale que llevaba mucho tiempo sin acostarme con nadie y lo cierto es que, excepto en alguna ocasión, tampoco había echado en falta el sexo en exceso. Supongo que después de lo del bulo me encerré mucho más en mí mismo y me costaba encontrarle la motivación a estar con alguien. Con mi mano me he ido arreglando. Sin embargo, ahora, ¿ahora cómo coño voy a volver a disfrutar del placer en solitario si lo he probado con ella?

—Casi. Era buena estudiante, pero solía estar callada. No me gustaba llamar la atención. Normalmente, a las que antes tenían el cartel de empollonas, al menos en mi época, les gustaba presumir de ello. Yo nunca lo hice.

—Entonces, eras la tímida.

—Sí. Hasta los dieciséis, que empecé a salir. Y luego, en la

universidad con Jimena, terminé de florecer.

Me río y poso una mano en su rodilla. Estos días hemos hablado de nosotros. De nuestra infancia y adolescencia. Pero también de cuando crecimos y todo cambió. De lo que quisimos hacer y, al final, por un motivo u otro, no hicimos. A él no le nombra. No soy idiota, aparte de saber que sigue siendo su marido, y que no han vuelto a hablar desde que se despidieron en Madrid, sé que en muchas conversaciones de cosas que me ha contado estaba él. Cómo no va a estarlo si llevan juntos más de veinte años. Es lógico que la mayoría de sus primeras veces tengan que ver con él.

Enciendo la radio y solo se oye ruido.

—Abre la guantera —le pido.

El restaurante está cerca y no nos dará tiempo a escuchar muchas canciones.

Se queda con la boca abierta cuando ve la colección de cintas que guardo ahí.

—Bas, esto es una auténtica pasada. ¡Mira! ¡Son TDK! —Saca dos y las toquetea, como si estuviera palpando una obra de arte—. Y con la etiqueta de VARIOS. Yo también tenía muchas así. Grababa las canciones hasta de la radio. Luego se oía el tema y al locutor, a veces intentaba cortarlo.

—La mayoría las grabó Mario. Así que no hay música en *streaming* que supere el valor de esto. Venga, sin anestesia. Mete una a ver con qué nos sorprende la noche.

Veneno en la piel, de Radio Futura, suena por los altavoces, no todo lo bien que esperábamos. No obstante, nos sabemos la letra y la cantamos a pleno pulmón. Bueno, yo la interpreto un poco mejor que ella, que se parte de risa en el asiento del copiloto cuando me ve tan metido en el papel.

Aparco, de pura casualidad, cerca del restaurante; en agosto es prácticamente imposible.

—Espera, que te abro la puerta.

—Venga ya, Bastian. No soy una señorita, no hace falta.

—Sí, sí que hace, porque la puerta se atasca y no abre desde dentro.

—Ah…, vale. —Se queda con la boca abierta, cortada, y me inclino para degustar el sabor de sus labios antes de salir.

—Mejor así —argumento.

—¿Quieres saber otra cosa que no he hecho nunca y que no te he contado? —me pregunta cuando ya he abierto la puerta. Rodeo el Seat Panda y abro la suya para que salga—. Follar en un coche —me susurra al oído al ponerse a mi lado.

—¿Me estás vacilando?

—No. —Se encoge de hombros—. Vivía sola durante la universidad, ¿recuerdas? Y luego, pues siempre tuvimos una cama disponible. Se quedó en mi lista de pendientes.

¿Eso y cuántas cosas más? Porque también me ha contado que hasta este verano no había sido consciente de todo a lo que ha ido renunciando, aunque fuera voluntariamente, en los últimos años.

—Joder, Eme. No dejas de sorprenderme. Ya no hay ni rastro de aquella niña tímida, ¿eh? —Me pega en el brazo antes de agarrarse a él—. Tranquila, a eso le ponemos remedio a la vuelta. Pero te aviso, si pensabas ser la primera en estrenar esa tapicería, ya te digo que no.

—Claro, porque tú no eras solo el empollón. —Se indigna más cuando me ve descojonándome—. Idiota.

—Idiota, sí, pero a tus pies. —Hago una reverencia y le abro la puerta del restaurante también.

31
SOY MI ELECCIÓN

Mara

En mitad de las escaleras me detengo y vuelvo a subir a la habitación. Se me ha olvidado el móvil encima de la mesita. No espero ninguna llamada importante, aunque, a estas horas, mis hijas suelen mandarnos algunas fotos. Con mis padres hablé ayer, están bien, disfrutando de unos días con mis tíos en el pueblo. No mencionaron el tema, pero no son tontos, saben que algo va mal entre Saúl y yo. Patricia también me llamó, hace dos días, para preguntarme por las niñas. Está en Menorca de vacaciones con su amiga. Me dijo que todavía tiene algunas cosas en mi casa, y que, en cuanto regrese, pasará a recogerlas. Antes de despedirse, empezó a hablarme de lo mal que lo está pasando Saúl desde que nos vimos en Madrid, confirmándome que ellos sí que hablan. Busqué una excusa rápida para terminar la conversación, porque, si él está tan mal como ella dice, lo mínimo que puede hacer es coger el teléfono y llamarme. Sin embargo, no lo ha hecho. No sé por qué cuando hablo con mi hermana siempre me quedo con la sensación de que tenemos una conversación pendiente.

Entro en la habitación y veo la cama completamente deshecha; entonces, sonrío. La he hecho esta mañana, lo prometo, aunque Bastian me ha reñido porque no quiere que haga absolutamente nada en casa, solo disfrutar. Después de comer, él ha querido echar la siesta y yo me he dejado convencer para acompañarlo. El resultado ha sido dormir poco, gozar mucho y probar de nuevo su sabor en mi boca. La prueba irrefutable de lo bien que lo hemos pasado son estas sábanas esparcidas por el suelo.

¿Conoces la fórmula para congelar el tiempo?

Porque, si la tuviera, lo detendría en este instante, mágico y fugaz. Para retenernos aquí. Para quedarnos atrapados en esta casa; llena de luz, llena de intimidad, llena de calma, llena de piel y llena de miradas bonitas. No sé muy bien cómo explicarlo, pero desde su mirada soy siempre arte. Y no puedes ni imaginar lo especial que me hace sentir que me observe así. Como si verdaderamente existiera y como si tuviera un lugar en el mundo, uno que ni yo misma sé ubicar en este instante.

Bastian ha conseguido, incomprensiblemente, que mi cuerpo y mi mente se sincronicen y caminen en la misma dirección para materializar mi deseo, guiados por él y por una inercia irrefutable que no puedo frenar. Me elegí y no me arrepiento. Porque todos los miedos y las dudas quedaron más que olvidados en el mismo momento en que él se ocupó de devolverme la seguridad que había perdido como mujer, adulta e independiente; con sus manos, con sus besos y con la letanía de palabras arrulladas junto a mi oído. Bastian ha llegado hasta el final, donde jamás creí que fuera a llegar nadie más, y lo ha hecho tan convencido de que ambos nos lo merecíamos que ha sido increíble.

Venimos de mundos completamente distintos, tengo seis años más que él, y las circunstancias nos alejan más de lo que nos unen; sin embargo, estas casi dos semanas aquí juntos, en las que hemos sido dos amigos descubriéndose, de fuera para adentro, capa a capa, me han demostrado que los prejuicios solo se construyen en las mentes estrechas.

¿Quieres saber cómo me he sentido? Bien. Demasiado bien. Porque alimentar el alma, darle alas al placer y devolver su sitio a mi ego era justo lo que necesitaba.

¿Quieres saber si he pensado en mi marido? No. No me he parado a pensar en él ni en que, quizá, dentro de nuestro final, que cada vez veo más nítido, lo podría haber hecho mejor.

No sé por qué no me ha costado dar un paso irreversible como este; lo que sí sé es que, antes de terminar con esta aventura, regresar a casa para cerrar un ciclo en el que creí con fe ciega durante más de dos décadas y prepararme para el vendaval que supondrá recomponer mi vida, necesitaba concederme una tregua solo para mí. Y es eso lo que he hecho. ¿He sido una egoísta? Puede. Algunos lo verán así. Por suerte, este verano, también he

aprendido a no juzgarme.

¿Infiel? ¿A quién? ¿A mi marido? Sí. ¿A mis principios? Solo a medias. El significado de la palabra solo pone el foco en una parte muy pequeña de los problemas. Usar solo esa etiqueta para lo nuestro no sería razonable, aunque, visto desde fuera, sea lo único que se lea.

Cuando bajo de nuevo, Bastian entra del jardín con el teléfono pegado a la oreja. Me acerco a la nevera y saco un bol de sandía. Él se sienta en un taburete alto, pegado a la isla, y responde «sí» a su interlocutor. Y yo, que cada vez soy mejor jugadora, me coloco justo enfrente. Digamos que el kimono negro de seda no se me abre por casualidad. Y que a apoyar los codos sobre la encimera e inclinarme antes de llevarme un trozo de sandía a los labios, con toda la parsimonia del mundo, tampoco me obliga nadie. Los ojos de Bastian, que con esta luz son azul cristalino, están a punto de salírsele de las órbitas. El siguiente trozo lo deslizo entre mis pechos, como si fuera un hielo, despacio, recreándome en las gotas rosadas que caen sobre mi piel, mientras observo su reacción. Abre la boca para decir algo, sin embargo, en el último segundo, carraspea y se da la vuelta para dejar de mirarme.

—Sí, Ciro, cuando vaya le pedimos a la abuela la caja de juguetes del desván. Te lo prometo.

Oh. Pensé que hablaba con Max o Mugi, no con su sobrino.

Me cierro el kimono y salgo a la piscina con el bol en la mano a hurtadillas, como si lo hubiera robado. Quizá no sea tan buena jugando como creía. Meto los pies en el agua y me coloco para contemplar cómo el sol se pone. Es uno de nuestros momentos favoritos del día, aunque también de los más melancólicos. Porque significa que falta un día menos para marcharnos de aquí y volver a nuestros respectivos mundos. El mío, patas arriba. El de él, más asentado, pero a punto de estrenar nuevas bases.

Los primeros días no salimos de casa; el bucle de sexo y piel lo colmó todo. Fluimos, y de qué manera. Nos desnudamos y no solo por fuera. Invertimos todas nuestras horas en follar, comer, reír y dormir. Dios, si alguien me hubiera dicho que mi verano terminaría así, le habría tildado de loco. Después, Bastian decidió dejar de ser un pésimo anfitrión, según sus palabras, y comenzó a enseñarme sus rincones favoritos de la provincia. Vejer, El Palmar, Caños de

Meca… Y, en algunos de esos lugares, también hemos disfrutado de sus famosos atardeceres. Si tengo que quedarme solo con uno, sería con el de ayer, en el Faro de Trafalgar. La hipnótica imagen del sol cayendo sobre el agua, el tono azul anaranjado del cielo y el mar, difuminados en el horizonte, y los brazos de Bastian envolviéndome por detrás, mientras respetaba mi silencio, me hicieron sentir en paz. En realidad, aunque parezca una contradicción, porque él altera cada gramo de mi cuerpo, Bastian me aporta una sensación de serenidad inesperada. El calor de su cuerpo, el olor a salitre mezclado con el suyo, tan particular, el tacto de sus manos sobre mi vientre y mi cabeza apoyada en su hombro formaban la fotografía perfecta para dar la bienvenida a la noche. Y quizá esa sensación de clarividencia antes de que oscureciera fue la que, como un rayo, atravesó mi mente y me hizo ser consciente de que las elecciones que un día tomamos no tienen por qué condenarnos de por vida. Se puede elegir. Se puede errar. Y se puede volver a empezar.

Avioncito de papel, de Dani Martín y Camilo, empezó a reproducirse en mi cabeza, quizá por estar en ese mismo faro que menciona la canción. Quizá porque podría hacer mía cada estrofa. Quizá porque tenía la letra clavada dentro desde que la escuché y, en ese momento y en ese lugar, la sentí aterradoramente mía. Si Bastian notó que me ausenté durante unos minutos cuando volvíamos al coche, no lo mencionó.

—Vaya, si está aquí la reina de la venganza. —Se sienta a mi lado y mete las piernas en el agua como yo—. ¿Esta sandía es para comer o para restregárnosla por el cuerpo? —Coge el bol, sin dejar de mirarme, y se pasa un trozo por uno de sus pezones. ¿Por qué me creo que sé jugar cuando soy una maldita principiante? No contento con eso, se muerde el labio y se aguanta la risa al ver mi cara de estupor.

—Bas, lo siento, no sabía que era Ciro.

Me mete ese trozo de fruta en la boca, de manera bastante lasciva, dejando su pulgar unos segundos de más. Cuando me lo trago, no me queda más remedio que reírme con él.

—No pasa nada. —Le resta importancia a mi comportamiento—. Ya habrá tiempo para la revancha.

—¿Firmamos un empate?

—Ni de coña. —Me guiña un ojo—. Me encanta verte así.

—¿Perdiendo?

—Jugando. —Se come él otro trozo—. Estaba hablando con Cloe. Ahora, cada vez que llamo, Ciro se quiere poner al teléfono y me cuenta de todo; se enfada cuando le digo que tengo que colgar.

—Pobre. Pues ya verás cuando te vea.

—No sé si seré capaz de estar tan relajado como cuando hablamos en la distancia.

—Lo harás bien. Solo hay que ver cómo cuidas de todos, de tus golfos, de la *crew*, de cada pequeño detalle. Estoy segura de que lo harás muy bien.

Me gusta ver cómo habla cada vez más con su familia. Me ha dicho que irá a pasar unos días con ellos cuando termine la gira. Sé que quiere pedirle a su cuñada que le deje involucrarse más en la vida de su sobrino. Aunque todavía le duela saber que su hermano se va a perder todos los pasos de Ciro, él no quiere dejar escapar esta oportunidad. El niño no tiene la culpa de parecerse tanto a Mario, y es injusto que su tío no esté en su vida tampoco. Hemos hablado sobre los hijos. De las personas, como yo, que lo teníamos clarísimo desde el principio. Y de las que, como es su caso, no. Le he dicho que lo bueno o lo malo es que nadie está preparado para afrontar todo lo que conlleva la maternidad y la paternidad, por lo que carece de sentido tener miedo antes de pasar por ello. Él sabe que ya no puedo tener hijos después de mi operación, y me sorprendió mucho que me preguntara cómo me sentí cuando eso sucedió. Porque, sí, ha sido la única persona que conozco que me ha preguntado sobre ello. Le conté que con mis hijas tenía cubierto el cupo y que no me causó mayor trauma saber que no volvería a estar embarazada nunca más. Sin embargo, sí que me sirvió para ser consciente, por primera vez, del poder tan brutal que nos concede la naturaleza. Además, me puse en la piel de esos millones de mujeres en el mundo que quieren concebir y no pueden. Cuando tenemos la posibilidad, podemos elegir tener hijos o no y todo está correcto. En cambio, a la inversa, debe de ser duro y angustioso.

—También he cuidado de ti. Como le prometí a Jimena. —Pasa su brazo por mi espalda y me acerca a su cuerpo—. Espero haberlo hecho bien.

—Lo has hecho mejor que bien. Y no te preocupes, mañana, en cuanto llegue, ya le digo que no tengo ni una queja.

Bastian coloca su mano en mi nuca y me guía hasta su boca. El beso es lento y profundo. Y siento un pellizco en las tripas que empieza a ser recurrente cuando le ponemos fin. Sé que esta tregua está a punto de terminarse, y Bastian es como un alijo de endorfinas al que me estoy agarrando para mantener el subidón. Sin embargo, cuando regrese a casa, llegará el bajón. Es inevitable.

Me llega un wasap. Es la foto de mis hijas. Están juntas en un barco y a sus espaldas se ven las casas que los famosos tienen en Miami y que enseñan en los programas de la televisión. Abro la cámara para mandarles yo una del Atlántico.

—¿Me dejas? —Bastian me pide permiso para coger mi móvil y fotografiarme—. Para que vean que su madre está preciosa y feliz.

Me hace la foto de perfil, así que se ven algunas de las pecas que han poblado mis mejillas y mi nariz. Sonrío.

—Me gusta —afirmo.

—Y a mí. Envíamela.

Sonrío más ampliamente.

Se la mando a él y luego a las niñas, por un chat que tengo solo con ellas. Un segundo después, entra una foto de Saúl al grupo de los cuatro. Es un selfi con las dunas de Maspalomas de fondo. Bastian, que sigue pegado a mí, también lo ve.

—Lo siento. —Doy la vuelta al móvil y lo dejo sobre mi muslo.

—¿Por qué exactamente?

—Porque esto es raro. Ya sabes que nunca había hecho nada así, y lo cierto es que no me he parado a pensar en que tú igual puedes sentirte…

—No te preocupes. Me conoces lo suficiente para saber que la moralina no forma parte de mi decálogo.

—Ya, pero…

—Pero nada —me interrumpe—. Estoy aquí contigo. Es lo único que me importa. No voy a pensar más o menos en él por haberle visto la cara.

—Está bien. —Vuelvo a darle la vuelta a mi móvil, porque no tiene ningún sentido esconderlo. Los dos sabemos que Saúl sigue ahí. Y, siendo sincera, verlo ahora, después de tantos días sin saber de él, me ha dejado bastante indiferente—. Es nuestra última noche…

—Eh, mírame. —Lleva sus manos a mis mejillas y pega nuestras

frentes—. Es mi casa, ¿recuerdas? Que vengan mis amigos a quedarse dos días no significa que vaya a dejar de estar contigo. No ahora. A no ser que te suponga un problema moral que nos vean juntos.

—Bastian…

No sé si me mosqueo por su sinceridad, que la veo como una bala, no como una bombilla que alumbra el problema, o porque lo ha mencionado precisamente ahora. Después de que Saúl saliera a la palestra. Nadie nos ha visto como estamos ahora, ni tan siquiera Jimena, aunque no son tontos, el beso del Sonorama también les dio alguna pista de lo que podría ocurrir. Solo lo he dicho porque no será lo mismo, no estaremos solos.

Me sobresalto cuando suena mi teléfono. Es Saúl y me está llamando. Ahora.

—Voy a pedir unas *pizzas* al italiano del pueblo, te dejo sola, cógelo.

—No.

La llamada se corta y, un segundo después, vuelve a sonar.

—Eme, voy a seguir esperándote dentro cuando cuelgues. ¿O quieres que lo coja yo?

Sé que me está echando un pulso. Sería fácil, ¿verdad? Contesta Bastian y le da el argumento definitivo a mi marido para acabar con esto que ya está agonizando. Pero sería como cuando lees un libro con un final rápido y atropellado, que pasa por encima de los detalles importantes, sin llegar a profundizar en la raíz. Y no quiero que Saúl se agarre solo a eso.

—No, ya lo cojo yo.

Descuelgo. Antes de responder, Bastian, que ya se ha puesto de pie, se acerca para dejarme un último beso en los labios que me sabe a muy poco.

—Hola…

—Hola, ¿qué tal estás? —Vaya, pues sí que le están sentando bien las vacaciones. Es la primera vez, en semanas, que se interesa por mí.

—Bien. ¿Y tú?

—Mal. Soy el único imbécil que viaja solo. Estaría mejor si estuvieras aquí conmigo.

—Ya, pero es lo que pasa cuando tomas decisiones que me

incumben sin molestarte en preguntarme.

—¿Se puede saber dónde estás, Mara? —Vale, qué poco le ha durado el otro tono—. La mierda de banda esa no ha tenido conciertos desde hace días. Lo he mirado. Además, has dejado de mandar fotos al grupo. ¿Qué pasa? ¿Te ha secuestrado Jimena? —Jimena no. Vale, no debería bromear con esto, pero es que no tiene ningún sentido que solo me llame para gritarme después de dos semanas—. ¿Y de qué coño vives? Ya ni sacas dinero ni pagas con la tarjeta. —Porque tengo una nueva cuenta que abrí en Madrid. Es alucinante que siga intentando controlarme por esa vía—. ¿Se puede saber por qué no has venido conmigo?

—¿Otra vez, Saúl? Porque no me gusta que me incluyas en tus planes sin consultarme. Ya te lo dije. Y da igual dónde esté, porque, aunque hubiera estado contigo en casa, no habría ido a ese viaje.

—No digas tonterías. Claro que habrías venido.

—Sí, quizá tengas razón. —Claudico—. Lo más seguro es que sí. Hubiera agachado la cabeza, hubiera metido nuestras miserias en una maleta y habría cogido ese avión contigo, luciendo mi mejor sonrisa delante de tus amigos. Aunque tú y yo siguiéramos estando a años luz de lo que un día fuimos. Pero por suerte para los dos, salir aquel fin de semana de casa sin avisar ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en mi vida, Saúl.

—De las mejores, ¿eh? Romper tu familia, abandonarme y destrozarme. No te reconozco. No sé quién te crees que eres ahora, y lo más patético es que no sé quién te ha hecho creer que puedes sobrevivir sin mí. Confío en que, aunque sea tarde, recapacites. El martes vuelvo a casa, por tu bien y el de nuestra familia espero que ya estés allí. Tú eliges. —Cuelga.

Dejo el teléfono sobre mi regazo y levanto la vista. Me pierdo en las primeras tonalidades de la noche, que dejan atrás la claridad. Aun sin gafas, lo veo cristalino, más nítido que nunca.

Soy mi elección.

32
DIRECTO AL SUICIDIO

Bastian

Si dejo que Xisca ponga la música, esto acabará pareciéndose más a una *rave* que a una reunión de colegas. Ha venido con Ale para no perderse los últimos conciertos de la banda y para disfrutar de unos días lejos de su isla. El resto de la tropa también está por aquí. Martiño y Beni llegaron esta mañana, acompañados de un par de amigas de Sevilla que recogieron por el camino. Mugi, Amaia y su hermana Leire aterrizaron ayer. Y Max y Jimena, que llegaron temprano en coche desde Madrid.

La rubia tardó cinco minutos en dejar su maleta y a su novio, y dos en meter a Mara en el asiento del copiloto para irse a pasar el día juntas a Tarifa. Regresaron después de las doce y se me hizo rarísimo estar sin ella tantas horas. Estoy jodido, lo sé. Pero es que esa distancia entre nuestros cuerpos, después de haber compartido con Mara todas las horas del día, era nueva para mí. Mi incompetencia emocional me ha impedido sacar el tema todavía. Bueno, eso, y que no soy tonto. Sé que ella no ha cerrado su etapa anterior, así que sería algo bastante loco. Ni tan siquiera me he atrevido a preguntarle si va a hacerlo o no.

—¿A su marido no lo has invitado? —me pregunta Xisca cuando ve que me quedo mirando a Mara como un idiota; está sentada al lado de Jimena, en el borde de la piscina, con los pies en remojo. Tiene una copa de vino en la mano, el vestido subido a la altura de los muslos y está riéndose a carcajadas. Me encanta verla así. Así y ahí. Libre y feliz.

—Xisquita…

—¿Qué? Me lo ha contado Ale. Bastian, no te había visto mirar a

nadie así en la vida, y te conozco desde hace unos cuantos años.

—¿Y?

—¿Cómo que y…? No te hagas el tonto conmigo. Eres uno de los tíos más inteligentes que conozco. Y ella es una mala decisión. Tú siempre tomas de las buenas.

—No siempre… —musito, y la miro. Xisca frunce el ceño y llevo mi índice a esa zona para alisarle la piel—. Y no lo digo por ti.

—Ya lo sé. Y, por cierto, lo nuestro fue muy divertido.

—Pero si apenas nos acordamos… —Me río.

—Créeme, lo fue. Y no me despistes, que estamos hablando de ti. Has tragado mucha basura durante los últimos años, Bastian. Pensé que habías aprendido a tirar por el camino más fácil. No por uno que no te llevará a ningún lugar.

—¿Ahora eres pitonisa?

—No, solo soy tu amiga. Y no quiero verte sufrir más. Si chasqueas los dedos, te llueven las tías. Solo tienes que fijarte en otra. Una con menos complicaciones.

—Correré ese riesgo.

—Tú sabrás, pero ten cuidado, ¿vale?

—Es tarde para eso —le confieso, porque con ella hay confianza.

Nos abrazamos hasta que Ale empieza a insultarme por, según él, estar magreando a su hermana. Como si ella fuera pura y virginal.

—¡No se te ocurra tocar eso! —me amenaza Xisca cuando me acerco al portátil.

Ella y Ale han sacado el viejo proyector de mi estudio porque hoy nos toca noche de karaoke. Lo que empezó un año como una tontería, una velada de risas, terminó convirtiéndose en una tradición cuando están en mi casa.

—Venga, déjame poner un tema, que soy el anfitrión —le pido.

—Ni de coña. Se trata de disfrutar de la fiesta, no de morirnos de aburrimiento. Además, luego eliges la canción que quieras cantar. Y que no sea lacrimógena ni del año en que nació mi padre.

—Está bien, aunque sabes que puedes pinchar algo menos machacón, ¿verdad?

—Claro, sé que puedo elegir otra cosa, pero correré ese riesgo. —Me parafrasea la muy cabrona, y me da un beso en la mejilla antes de irse a bailar con su hermano y Leire.

Me sirvo más vino y me acerco a Mara. He intentado no besarla delante de todos ni estar muy encima de ella, no obstante, estos que están en mi casa son mis amigos, y sé que jamás dirían nada que pudiera molestarla. En la banda siempre hemos respetado el espacio y la libertad de los demás. En ocasiones, hemos pecado en exceso a la hora de no intervenir. Siempre se ha hecho por el bien común, por lo que volvería a hacerlo las veces que fueran necesarias. Mantener el buen rollo la mayor parte del tiempo y, además, divertirnos yendo de gira juntos durante tantos años nos ha costado un triunfo. No, no es tan fácil como puede parecer desde afuera. Calibrar, empatizar y tolerancia a paladas para que cinco tíos con caracteres completamente distintos hayan estado unidos con un único fin: hacer música. Y, encima, disfrutándolo. Por eso, cuando creí que como banda ya lo habíamos vivido todo, les propuse que esta gira cerrara definitivamente el ciclo. Nos quedan cuatro conciertos. Max nos ha confirmado que se ha añadido una nueva fecha en Sevilla, antes de regresar a Madrid y culminar. Y, después…, después cada uno seguirá por su camino. Estoy bastante relajado todavía, aunque, cuando llegue a Madrid, sé que el torbellino de emociones se apoderará de mi cuerpo. Tantos años, tantos sueños cumplidos, tanto esfuerzo, tanta gratitud. Haber compartido con Mara estos días tan intensos me ha servido para desconectar, al menos, de esa parte que se lleva casi toda mi energía. Haberme concentrado en nosotros le ha venido de puta madre a mi corazón y a mi cerebro.

Me siento a su lado y paso mi mano por su espalda para agarrarla de la cintura. Mis golfos saben que hemos estado solos aquí dos semanas, así que, a estas alturas de la noche, con todos ya bastante entregados a la fiesta, es ridículo seguir guardando las apariencias.

—Y luego era yo el que te había secuestrado… —susurro en su oído, más alto de lo que pretendía, porque Jimena se empieza a meter conmigo por sobón.

—Esa manita…

—Tranquilos, tengo amor para los dos. —Afirma Mara, y con esas palabras nos hace callar. Ella misma se da cuenta de que ese «amor» nos ha dejado noqueados, al menos a mí. Su amiga solo finge prestar atención a Max—. Eh, quería decir… —Me mira.

No le da tiempo a justificarse porque Mugi se lanza a la piscina con Amaia en brazos. Martiño lo imita y sus amigas van detrás, salpicándonos a los tres.

—¡Me cago en…! —protesta Jimena, y se levanta. Max llega por detrás y la empuja. Son los siguientes en caer.

Mara ve el peligro de esta dinámica e intenta alejarse. La pillo huyendo y acabamos en remojo los dos. No la suelto ni cuando emergemos. Y, mientras todos gritan y se hacen aguadillas, ella coloca sus piernas alrededor de mi cintura y la llevo hasta la esquina más oscura de la piscina. No tiene escapatoria.

—Voy a comerte, Eme. Ahora solo la boca. —Llevo mi pulgar a su labio inferior y lo humedezco. A pesar de los chillidos de los chicos, oigo su pequeño gemido de anticipación—. Luego, el resto.

Sus labios chocan con los míos, sin darme tiempo a tomar la iniciativa. Su lengua empieza a hacer tirabuzones, invadiendo y saboreando cada rincón. Y mi erección no necesita mucho más para presentarse. Mal momento. Muy mal momento.

—¿Solo la boca? —Me provoca.

—Vámonos de aquí. Ya. O que se vayan ellos. ¿Para qué los he invitado? A tomar por el culo…

—Bas. —Las carcajadas que brotan de su boca se pierden en la mía.

—No tienes ni idea de lo absurdamente loco que estoy por ti.

Ella no reacciona a mis palabras, solo pega sus labios a mi clavícula, buscando un escondite.

Cuando nuestros amigos se calman y nos localizan, comienzan los aplausos. Les hago un par de peinetas y salgo con ella pegada a mi cuerpo, ocultando el estado de mi entrepierna.

Mis amigos se secan con las toallas que estaban encima de las hamacas. A continuación, la mayoría se quita la ropa mojada y se quedan en bolas. En cuestión de segundos, se ven más culos y tetas que en una playa nudista. Y las risas y las pullas, obviamente, van en aumento.

—Mira, nos estamos haciendo un Bastian. —Canturrea Beni mientras mueve las caderas y por consiguiente su cirio.

—Pues va a molar esto de ir en pelotas —añade Ale—. Podríamos dar el último concierto así.

Mara y yo nos apartamos del grupo y nos ponemos los

albornoces. La risa se nos escapa en cuanto nos atamos el cinturón. Ahora sí que parecemos los señores de la casa. Cuando regresamos con el resto, nos vuelven a vacilar; no esperaba menos.

—A ver, es que, con esas pintas, nos lo habéis puesto demasiado fácil. —Se defiende Mugi.

—Venga, dejad ya la coña de los modelitos. Por cierto, menudo glamur. ¿Quién canta primero? —interviene Amaia.

—Quien sea —responde Jimena—. Pero antes de que comience el espectáculo, unos chupitos. —Levanta la botella por encima de su cabeza, es una de *whisky*.

Los sirve Max mientras no deja de recordarnos que mañana a las seis tenemos la prueba de sonido. Como nos conoce, sabe que esto se nos puede ir de las manos. Brindamos por nosotros, así, en general. Y por tener mucha salud.

Yo brindo en silencio porque este verano no termine nunca. Por seguir despertándome con Mara a mi lado mil mañanas más. Y por sus ojos en mi boca. Y por mi boca en sus pechos. Y por su pecho en mi estómago. Porque mi piel nunca deje de oler a ella. Porque ella nunca deje de oler mi cuello. Y porque nunca cesen las canciones que, gracias a ella, estoy componiendo.

Mugi es el primero en coger el micrófono. ¿Hombres G? No me lo puedo creer. Lo hace muy bien, y eso que no para de reírse y de dedicar todas las estrofas a su chica, que se tapa la cara con las manos, muerta de la vergüenza. Martiño es el siguiente y canta con Beni una de La Fuga; sus amigas no han escuchado esta canción en su vida, así que también hay vacile para ellas. Son las siguientes y cantan una de Shakira. Cuando me tapo los oídos, Mara me riñe para que no sea tan malo. Ale y Xisca eligen *Copacabana*, de IZAL, y desatan la locura de todos. Mara salta con los brazos en alto pegada a Jimena, como si estuvieran en un concierto en primera fila. Yo observo a todos felices y algo dentro de mi pecho se hincha. Me acuerdo de él, es lógico. Mario estaría hoy aquí, cantando y bailando como un loco más, disfrutando de esta noche de verano. Cuando soy consciente de los derroteros de mi pensamiento, cambio la dirección hacia el presente, para no seguir compadeciéndome. Perderlo fue lo peor que me ha pasado en la vida. Fue cruel, inesperado y dolorosísimo, pero sé que tengo que empezar a aceptarlo sin resquebrajarme. Mario hoy está aquí. Y lo estará

siempre. A mi lado. Acompañándome en todos los pasos. Nunca somos lo suficientemente conscientes de la suerte que tenemos de estar vivos.

Max coge el micrófono únicamente porque le obliga la rubia. Canta una de Pereza y se lleva un abucheo del público por su falta de interés.

—Parece mentira que vivas de la música. —Le pico.

—Te toca. —Me pasa el micro—. A ver si tú lo haces mejor, listillo.

—¡No! Faltan Jimena, Mara, Leire y Amaia. Bastian va a cantar una nana y todavía no queremos irnos a dormir. —¿Hace falta que te diga quién ha dicho eso?

Amaia y su hermana interpretan un tema de Natalia Lacunza, y digo interpretan porque lo de cantar tampoco es lo suyo.

Mara y Jimena son las siguientes. Cuchichean para ponerse de acuerdo en el tema. Demasiado misterio. Finalmente, la elegida es *Promesas que no valen nada*, de Los Piratas. Lo hacen bastante bien, de verdad. Se nota que la han cantado más veces. Cuando terminan, se ganan un bonito aplauso de todos.

—Esa tampoco la conocíamos —dice una de las amigas de Beni.

Mejor me abstengo de hacer otro comentario.

—¡Bastian, Bastian, Bastian! —grita Jimena, y me cede el micrófono. Anima a su amiga a que se quede conmigo. Da un paso, dos…, hasta que cojo su mano y salvo la distancia entre nuestros cuerpos.

—Ignóralos —le susurro en el oído, y empiezo a cantar *Caballos salvajes*, de Sidecars.

Lo hago como si solo estuviéramos ella y yo. Como si el Atlántico, a nuestra espalda, fuera el único testigo de esta abertura en canal, de este harakiri, de este premeditado suicidio. Porque si seguía con ello dentro, iba a explotarme. Y, total, nadie va a sorprenderse ya. Es visible, a los ojos de cualquiera, que ella se ha colado tan dentro que es parte de mi materia.

Está preciosa. Pelo húmedo. Labios entreabiertos. Mejillas teñidas de color rosa salpicadas de pecas. Y ese par de ojos, expresivos, profundos y más expectantes que hace un rato. No los veo, pero sé que mis amigos, en el primer estribillo, se han dispersado por el jardín. Jimena y Mugi habrán intervenido para

darnos espacio y se lo agradezco. Me sé la letra, así que suelto el micrófono, pego a Mara a mi pecho y la estrecho entre mis brazos. Termino de cantar la canción con mi boca acariciando su oído. Suave, dejándome el alma en cada nota.

—No quiero que esto termine, Eme. No quiero.

—Bas…

—No quiero soltarte. —La aprieto más—. No puedo soltarte. Y me da igual cómo suene: ridículo, absurdo y precoz. Pero es que quiero que seamos una posibilidad. Necesito que seamos una posibilidad, aunque sea pequeña.

Mara me besa. Me besa para silenciarme, para impedir que siga vomitando todo lo que me he guardado hasta hoy. Y su beso es perfecto, suave, sensual y provocador. Sin embargo, también es cobarde. O eso creo. Estoy cagado, sí. Me aterra que esto solo sea el principio del fin. Me hierve la sangre y, a la vez, una cadena de escalofríos me sacude el cuerpo. No hay quien lo entienda. Sigo muy perdido cuando se trata de ella. No sé si es mejor que me hable, que me contradiga, que me abra los ojos de golpe y me haga aterrizar. O seguir un rato más disfrutando de ella en la inopia. Porque no soy tan iluso y sé que su beso calla más de lo que habla.

Cuando nuestras bocas se separan, nuestros pechos aún siguen agitados. Entrelazo nuestros dedos y, sin despedirnos ni soltarnos, entramos en casa para subir a mi habitación.

Cierro la puerta y la acorralo entre la madera y mi cuerpo. Hace un amago de desviar la mirada a sus pies, sin embargo, con mi nudillo le elevo la barbilla. Quiero que me mire y vea la necesidad que tengo de ella.

—Eme, mírame. ¿Sabes lo que me pasa contigo? Que no distingo lo fácil de lo complicado, lo que está bien de lo que está mal, lo correcto de lo que no. Y, aun así, quiero intentarlo. Quiero dejarme la piel en esto, entera, a tiras o a arañazos, me da igual. Lucharé con todas mis armas, te lo digo ya. Me has devuelto la fe en tantas cosas que, aunque parezca un puto sinsentido, creo en nosotros. Creo en ti y en mí, juntos.

—Bastian…

Si pronuncia mi nombre completo mal voy. Sus manos, que descansan sobre mi pecho, se mueven hasta mi nuca para agarrarse con fiereza a los mechones de mi pelo. Inclino la cabeza para pegar

nuestras frentes y respirar el aire que sale de su boca. Nos miramos a los ojos, sin titubeos. Los suyos no mienten, hablan lo que su lengua calla. Lo sé. Lo veo. Lo siento.

No sabía que un ser humano podría sentir por encima de los que conocía como sus límites. No imaginé que pudiera existir en este mundo alguien que me hiciera sentir así. Feliz y fuerte mientras sigo nadando en medio de mis debilidades. Y ese alguien es Mara.

—Eme… —Sueno roto. Porque no quiero que esto termine. Sueno vacío. Vacío de mierdas y lleno de ella. Mara y su poder curativo. Mara y su poder, a secas—. Solo quiero que no nos descartes todavía. Por favor, piénsatelo.

—Bas, sabes que esto… sabes que yo…

—Por favor —insisto—. Buscaremos la manera. Dime qué es lo que quieres. Dime qué es lo que necesitas de mí. —Sus labios rozan los míos en una caricia fugaz—. Dímelo, Eme. Dímelo.

—Hazme el amor.

Y su mirada, más oscura y profunda que nunca, certifica la reciente elección de sus palabras.

—Déjame coger un condón.

—No. —Me sujeta la mano para que no me mueva—. No hace falta, Bas. A no ser que tú no quieras…

—¿Cómo no voy a querer morir de puto placer dentro de ti?

Como cuando se trata de ella no reflexiono ni medito, termino acatando su petición. Porque solo yo nado en mis entrañas y, en este instante, no me importa morir ahogado y hundido en ella.

Los albornoces vuelan a la misma velocidad que nuestras manos, que pellizcan y acarician todos los centímetros de nuestra piel. Sus piernas se encaraman por mis caderas, trepan por mi abdomen hasta cruzarlas sobre mi espalda, mientras la sujeto por el culo. Nuestros labios empiezan a notar el desgaste por la carretera infinita de besos que vamos dejando por el camino.

Nos dejamos caer sobre este colchón, que tantas veces nos ha oído jadear en los últimos días. Primero cumplo con la promesa de comerla entera. Cuando entierro mi boca entre sus piernas y oigo cómo pronuncia mi nombre, vuelvo a recordar por qué no quiero irme de aquí. Tira de mi pelo antes de correrse y yo vuelvo a estar a su merced. Me besa, probando su sabor en mis labios mientras la penetro. Suave. Lento. Hasta el fondo. Porque las tres benditas

palabras que han salido de sus labios hace unos minutos me reverberan en el pecho.

«Hazme el amor».

Y convierto su cuerpo y el mío en uno solo para comenzar el baile. Primero suave. Luego salvaje. Y más suave. Y más salvaje. Amor del bueno. No lo puedo concebir de otra manera. Ese amor que tenía vetado por miedo a la caída, y que entró sin llamar por una puerta que dejé a medio cerrar hace dos meses. Llegó en forma de rayo de sol, de esos tan potentes que te dejan ciego. De los que te queman, te arrasan, te fulminan, sin tan siquiera despeinarse. Y se quedó atrapado entre mis costillas. Placer. Piel. Deseo. El ángulo correcto. Sus uñas en mi espalda. Mis dientes en su cuello.

Y lo empiezo a notar.

Estoy a punto de perder esta batalla. Y el control. Y la razón.

Lo sé.

Y en cada estocada me quiebro. Hasta que me corro.

Y en cada contracción se rompe. Hasta que se corre.

Y, cuando me desplomo encima de ella y nos tumbamos de lado, nuestros ojos, que hacen un esfuerzo desorbitado por contener las lágrimas, nos avisan de que, sin poder evitarlo, el daño ya está hecho.

33
REGRESO

Mara

El tren se detiene en la penúltima parada, eso significa que, en menos de una hora, estaré entrando por la puerta de mi casa. Regreso. Sí. Regreso antes de lo esperado, con el pecho lleno de agujeros, algunos rebosantes de luz y otros más sombríos. Con las ideas más claras, asentadas y maduradas. Y con la sensación de haber acertado cuando tomé la decisión de marcharme, y, a la vez, sintiendo que podría haberlo hecho mucho mejor desde el principio. Antes y ahora. Porque, una vez más, he huido. Sin decir adiós. Sin dar la cara. Sin despedirme. Excepto de Jimena, que ha sido, como siempre, mi apoyo incondicional. He repetido el mismo patrón, solo que, en esta ocasión, lo he hecho para regresar al punto de partida.

Te estarás preguntando por qué. Sencillo. Colapsé. Mi corazón. Mi cerebro. Mi sistema nervioso. Me desbordé. O, mejor dicho, me desbordó. No se puede pasar del desierto al océano en un salto. Ni de cero a cien en un segundo. Ni de la carencia de afecto a la abundancia de piel en un verano. Y cuando el sábado Bastian empezó a verbalizar todo lo que sentía y a agarrarse a la posibilidad de no soltarnos, la burbuja en la que había vivido los últimos días reventó. Como si sus palabras fueran dardos y la hubieran pinchado. Como si cada frase que salía de su boca fuera el granizo más gordo en una tormenta. La burbuja explotó, y yo con ella.

Con el sentido común mermado y sin la elocuencia para buscar una salida digna, le pedí que me hiciera el amor, con la esperanza de que, en el punto álgido de la liberación del placer, ambos fuéramos conscientes de que el sexo, maravilloso e increíble, había dejado una espesa niebla sobre nuestros ojos que nos impedía ver la

realidad. Que ese nosotros que mencionaba era irreal, una falacia, un espejismo causado por la inmensa sed que los dos arrastrábamos. Convivir día y noche en aquella casa a las puertas del Atlántico lo había magnificado todo. Y solo quería que él se diera cuenta y me diera la razón. Porque la vida no se puede simplificar en gozar, comer, reír y soñar.

«¿Estás segura?». No, no lo estoy.

Pero la coherencia y la experiencia me dicen que no, que no puede reducirse a eso. Nunca es así de sencillo. Nunca es así de fácil. Nunca se puede abrir una puerta sin haber cerrado la otra, porque se produce una corriente de aire que lo revuelve todo. Sin embargo, la búsqueda de ese cataclismo que nos hiciera volver a posar los pies en el suelo fue infructuosa. Porque, con él dentro, entregado y dispuesto a complacerme de nuevo, me sentí tan completa, tan llena y tan yo que escuché el maldito crac mientras me partía.

No tiene explicación, ninguna, aunque yo no dejo de buscársela.

Dos meses. Dos maravillosos meses en los que he recuperado el tacto, el gusto, el olfato, la vista y el oído. Y no solo los he recuperado, sino que ahora son hipersensibles a cualquier estímulo, sobre todo si viene de él. Dos meses en los que me he sentido libre y mujer. Dos meses en los que he respirado y vivido. Dos meses en los que he vuelto a creer en mí. Dos meses que se terminaron el domingo, cuando todos se marcharon a la prueba de sonido, y yo aproveché para confesarle a Jimena que no podía continuar así, que tenía que regresar y poner en orden mi vida o iba a terminar peor que cuando llegué a Madrid. Ella me ayudó a hacer la maleta, me tranquilizó y me recordó que, hasta que la muerte nos sorprenda, la vida está llena de caminos por elegir.

Dejar atrás esa casa y todas las emociones que sentí allí fue igual de doloroso que imaginarme cómo se lo tomaría Bastian cuando se diera cuenta de que me había largado así. También me agobia mucho no cumplir con mi palabra y no estar detrás del visor de la Leica en los últimos conciertos que dará con su banda. En el fondo, también sé que, si no salía de allí de esta forma, por la puerta de atrás, hubiera sido mucho más dañino para él y para mí.

Jimena me llevó a Sevilla con el coche de Max y regresó a tiempo para ver el concierto. Dormí allí esa noche, y, ayer, por la

mañana, encontré un billete para llegar a Madrid. Como no ha terminado agosto, las posibilidades de encontrar cualquier medio de transporte a un precio razonable escasean, así que anoche me quedé en el piso de mi amiga y hoy, por fin, he podido coger este tren para regresar a casa.

Cuarenta y ocho horas de viaje dan para mucho. Para pensar. Para no responder a las llamadas de Bastian. Para hacer una lista en mi libreta negra de los pasos que quiero empezar a dar. Para no leer los mensajes de Bastian. Para darme cuenta de que los rasguños también son heridas que hay que curar. Para recordar. Para analizar. Para calibrar. Para avisar a Saúl de que llego dentro de un rato. Para que él me confirme que acaba de aterrizar. Para escribir un mensaje a Bastian y borrarlo cien veces. Para pedirle a Patricia que me vaya a buscar a la estación. Para suplicarle a Jimena que me diga si el chico de los ojos indefinidos está bien. Para ver las fotos de mis hijas. Y para mentalizarme de que, aunque sea tarde, he tomado una decisión y voy a llevarla a cabo.

Cuando salgo de la estación, Patricia me espera en doble fila dentro de su coche. La humedad se me adhiere a la piel y mi respiración se vuelve inconstante a medida que arrastro la maleta.

—Hola. —Se baja para ayudarme—. Tengo lo de la playa, a ver si hay hueco.

—Hola —la saludo, y nos damos dos besos antes de entrar en el coche—. ¿Qué tal?, ¿todo bien?

—Yo sí. Tú no tienes muy buena cara.

—Gracias.

—¿Te ha pasado algo? ¿O es que ya has recobrado la sensatez? Porque lo que has hecho no tiene ningún sentido. Marcharte así, sin más, y estar fuera todo el verano.

No tengo la energía necesaria para lidiar con ella antes de hacerlo con Saúl.

—Pensé que me conocías, Patricia —empleo un tono neutro—. Es evidente que no. Te crees que irme *sin más*, como tú dices, y no regresar hasta ahora, ¿ha sido una decisión que he tomado sin motivos?

—Yo solo…

—Tú no sabes nada. Y lo peor de todo es que nunca has tenido ningún interés en conocer mi verdad. Te encanta quedarte con la

visión ideal y perfecta de mi familia, pero si hubieras rascado un mínimo o te hubieras fijado en mí, habrías visto que debajo de las capas existe una realidad algo más compleja. Una que no me hacía demasiado feliz.

—¿Por qué hablas en pasado? No estarás pensando en tirar tu vida y tu familia por la borda, ¿no? Mara, no puedes dejar a Saúl. Es tu marido, él te quiere.

—¿Eso te lo ha dicho a ti? ¿Cuándo estabas en mi casa? Quizá haya hablado contigo más de lo que lo ha hecho conmigo en todo este tiempo.

Mi hermana se concentra en la carretera y yo en su perfil. Seria. Creyéndose en posesión de la razón. Conocedora de mi relación, por lo que parece, más que yo misma. Busco un ápice de empatía hacia mí que no encuentro. Detiene el coche delante de la puerta exterior de mi casa y, entonces, me mira.

—No, no hace falta que me lo diga él. Eso se ve. Un ciego lo ve. Sois la pareja perfecta y habéis formado una bonita familia. Piensa bien lo que vas a hacer —suena a amenaza—, no destruyas lo mejor que tienes por una crisis existencial que se te pasará. Cualquiera mataría por una vida como la tuya. Yo misma. —Cierra los ojos y se baja del coche para sacar mi maleta.

En cuanto lo ha confesado, se ha dado cuenta de que acabo de entender algunas cosas, aunque otras me cuesten más, como su obsesión. No pienso hurgar en esa herida ahora y menos con Saúl saliendo a recibirme.

—Gracias por traerme.

—De nada.

—Hola. —Nos saluda él, y nos da dos besos. Todo cordial. Más de lo que imaginaba—. ¿Pasas? Acabo de hacer café —le dice a Patricia.

—No. He quedado y tengo prisa. Ya si eso otro día. Adiós.

Mi hermana se vuelve a meter en el coche y yo arrastro la maleta por el camino de losetas que atraviesa el pequeño jardín.

—¿Te ayudo?

—No, tranquilo. Puedo sola.

Entrar en mi casa tanto tiempo después hace que me dé un vuelco el estómago. Son los nervios, me digo. Pero también son el olor, la luz y los recuerdos. Los viejos y los de hace relativamente

poco. Aunque, sobre todo, el último, el de aquella mañana en mi habitación que, sin imaginarlo, fue la cerilla que prendió la mecha.

—Deja, ya te la subo yo. —¿Y ese tono? ¿Y esa calma?

—Saúl… —Subo las escaleras detrás de él—. Déjala en una de las habitaciones de las niñas.

—¿Y eso por qué?

—Porque tenemos que hablar.

—¿Y eso qué tiene que ver? Acabas de llegar y ya estás siendo una borde. Te dije en Madrid que esta gilipollez tuya acababa hoy, en cuanto volviera a casa. —No me acordaba de su velada amenaza ni de que justo regreso el día de su supuesto ultimátum—. Estás aquí, como te pedí, entonces, ¿me quieres explicar qué pasa? ¿Por qué no vas a dormir conmigo?

—Me vendría bien ese café. —Necesito mantener la serenidad unos minutos más.

No quiero gritos ni peleas. Solo pido que, de una maldita vez, hablemos como dos adultos que se han querido mucho, que han formado una familia, que tienen dos hijas que los necesitan todavía, y que han compartido todo lo imaginable y más. Quizá estoy pidiendo demasiado.

Saúl suelta mi maleta en el pasillo y baja las escaleras, airado. Yo misma la meto en la habitación de Elba, aunque no la deshago. Tampoco tengo ni idea de si, después de hablar con él, terminaré durmiendo aquí.

Cuando estoy en la planta baja, veo que está sentado en el sofá del salón, con dos tazas encima de la mesa.

—Ahí tienes tu café —espeta todavía más enfadado—. ¿Quieres algo más? ¿Unas pastas? ¿Unas galletas? No sé si te acuerdas, acabo de llegar de vacaciones. No hay prácticamente nada hasta que mañana vayas a la compra.

«Vayas». Yo. No él. Te juro que pretendía controlarme, pero…

—¿Con tu dinero? ¿Me vas a dar efectivo? ¿O ahora que he vuelto ya puedo usar de nuevo mi tarjeta sin que mires el extracto?

—¿Estás mosqueada por eso? ¿Por el puto dinero? Eso ha sido una idiotez.

—¿Una idiotez? A mí no me lo parece. Además, el único que se ha obsesionado con el tema has sido tú desde que me fui. Tu comportamiento me ha parecido muy ruin.

—¿Mi comportamiento? ¿Y el tuyo? El tuyo ha estado totalmente fuera de lugar. Irte así, sin avisar, a escondidas, como una adolescente que se ha cogido una pataleta. Y luego, la tontería esa de seguir a Jimena y alargar tu huida. Por cierto, no he visto que hayas cobrado nada por tu trabajo. —Emplea un tono despectivo que me molesta—. ¿O es que, como los has dejado tirados antes de acabar, ya no vas a ver un euro? ¿Ves cómo tenía razón? He patrocinado tus vacaciones. Normal que quisiera saber en lo que gastabas, ¿no crees? —Se acerca a mí y me coge las manos. ¿Sabes lo que siento con su contacto? Frío. Helador—. Además, ya está, me da igual la pasta, puedo olvidarme de eso. Lo importante es que ahora estás aquí y podemos seguir como estábamos.

—¿Cómo estábamos? Mal, quieres decir, ¿no? Porque estábamos mal, Saúl. Reconócelo de una bendita vez.

—Estábamos regular. —Por fin, aunque su clasificación no es muy acorde a la realidad—. Como les pasa a miles de parejas que llevan tanto tiempo juntas y no es ningún drama. Lo que ocurre es que tú le das mucha importancia a todo. —Me acaricia la mejilla. Y mi subconsciente, durante una décima de segundo, piensa en el pulgar de otra mano y en mi boca. Y en todo lo que me ha hecho sentir. No, ahora no. Ahora no te cueles aquí. Ahora me toca pensar solo en mí y recuperar el control de mi vida.

—Precisamente por darle vueltas y no hablarlo hemos llegado a esta situación.

—Déjalo ya, Mara. Las niñas no van a estar este curso. Es el momento perfecto para volver a ser solo nosotros hasta que regresen. Ven conmigo a Tokio el mes que viene. Tendré muchas reuniones, pero podré sacar algún rato para estar contigo. Luego le digo a Elvira que te reserve el billete.

—No, Saúl.

—Bueno, pues si quieres elige tú otro viaje, donde te apetezca. Mañana consulto mi agenda con ella y te digo la fecha en la que podría escaparme unos días. Tres, como mucho. No sé, Roma, Milán, París…

—Sigues sin enterarte de nada. ¿No te das cuenta de que estás pensando en preguntarle a tu secretaria si tendrás un hueco para mí? ¿O si podrás sacar un minuto durante tu viaje de negocios para honrarme con tu compañía? ¿Por qué no le preguntas a ella cuándo

podemos comer juntos o dormir en la misma cama?

—Joder, eres una egoísta, ¿por qué todo tiene que girar en torno a ti?

No me puedo creer que haya dicho eso.

—Saúl… —«Mara, suéltalo ya. Lo tienes claro. Lo has meditado muchísimo. Solo hace falta que seas valiente».

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

No quiero llorar, sin embargo, hay emociones difícilmente controlables. Me aclaro la garganta y se lo digo.

—Se acabó, Saúl. —Ya está, lo he dicho. Su mirada se congela en mis labios, como si estuviera reproduciendo a cámara lenta las tres palabras que acabo de pronunciar—. Es demasiado tarde para nosotros. No podemos seguir así.

—¿Así cómo? Mosqueados, discutiendo, sin follar…

—Casados. No podemos seguir estando casados, Saúl. No te das cuenta de que hace mucho tiempo que se separaron nuestros caminos. No somos una pareja, solo dos personas que conviven y, por cierto, ni tan siquiera eso hacemos bien. Míranos. Reproches continuos, discusiones… Hemos cometido errores, muchos, no obstante, no hace falta buscar culpables. Los dos sabemos que lo hemos hecho mal y que nos hemos dejado escapar. Tú te has centrado en tus metas empresariales y yo me he quedado rezagada en casa e infeliz. No hemos sabido reconducirnos, principalmente, porque no hemos sido capaces de hablar de todo esto antes de llegar a este punto. Y ahora, ahora tenemos que ser realistas y reconocer que juntos ya no podemos ser.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo que no podemos estar juntos? ¿Quién coño te ha metido esas ideas en la cabeza? ¿Jimena? ¿Quién? Porque estoy alucinando.

—¿Tú te escuchas? Primero me llamas egoísta y ahora esto. ¿Tan dependiente e inmadura me crees? Como si fuera una niña pequeña sin criterio. Nadie me ha metido ninguna idea en la cabeza. Llevo demasiado tiempo siendo consciente de que tú y yo nos perdimos hace mucho. Tú y yo ya no podemos ser —repito convencida.

—Llevamos toda la vida juntos, Mara. Entera. ¿Cómo se supone que hemos pasado de eso a, de repente, no poder ser? No tiene ningún sentido lo que dices.

—Sí que lo tiene, Saúl. Haz memoria. No eres tonto, aunque hayas preferido estar ciego. ¿Recuerdas la última vez que fuimos felices? ¿Los dos a la vez?

—Yo…

—¿Ves? Ni tan siquiera puedes mencionar un recuerdo feliz en los últimos meses. Y yo tampoco. No nos hemos dejado de querer de un día para otro, nos hemos dejado de amar, paulatinamente, porque, aunque ahora te niegues a reconocerlo, tú y yo ya no nos amamos. Y no busques una razón en concreto, porque hemos llegado a este extremo por la suma de varias. Promesas que se quedaron en nada. Cambio de prioridades. Nuevas metas. Trabajo y esfuerzo solo centrado en conseguir tu éxito.

—¿Mi éxito? Pensé que te alegrabas por mí.

—Sabes que siempre me he alegrado por todo lo que has logrado, pero aun así, no tendría que haberme olvidado de mí. Tu camino continuó y el mío se detuvo, en seco.

—¿También vas a reprocharme eso?

—No, porque aquí la que ha fallado he sido yo. Todo lo que he hecho ha sido de corazón, pero tendría que haber tomado las riendas de mi vida antes. Después de que las niñas crecieron, me quedé estancada. Tirada, sin brújula, sin mapa, sin tener ni idea de cuál era el siguiente paso que dar. Mi única salida fue seguir a rebufo tuyo y eso me consumió.

—Pero somos una pareja, y las parejas siempre tienen altibajos. Podemos superarlo.

—No, Saúl. Ya no podemos. Porque el amor se esfumó y sin eso nada se sostiene. Dejamos morir el deseo. Y en eso somos culpables los dos. Luego tu trabajo lo copó todo, y mi estado de salud empeoró. Entonces, dejaste de mirarme. Dejaste de verme. Dejaste de tocarme.

—No me hagas reír. Ni vayas de víctima, como si todo fuera culpa mía. No te pega nada —escupe con inquina—. Hace meses que tú no quieres que te toque. Follabas conmigo por compromiso.

—Porque después de tantos meses sumidos en ese letargo, mi mente impedía a mi cuerpo responder a tus impulsos, Saúl. Si te hubieras molestado un segundo en escucharme…

—Tú, tú, tú… —Su nivel de enfado aumenta. Se levanta del sofá. Se pasa las manos por el pelo, hastiado, y se deja caer de

nuevo—. Te crees el centro del universo. Te lo repito, le das demasiadas vueltas a todo. Y lo peor es que no dejas de montarte películas en la cabeza que yo no veo en ninguna parte —chilla.

A gritos no vamos a entendernos.

—No hace falta que me chilles, solo tienes que escucharme —le digo con una calma que se desvanece por segundos—. Pasé a ser un complemento más en tu vida. Me callé cómo me sentía, me hice más pequeña y tú, a pesar de que notabas que algo fallaba, preferiste hacer como si nada. La falta de comunicación ha sido nuestra condena. Y eres lo suficientemente inteligente para verlo. Me he sentido muy sola. Y te aseguro que no hay nada peor que sentir la soledad rodeada de tu familia. Lo lamento, sin embargo, estar lejos de aquí me ha servido para saber lo que *no* quiero en mi vida. Y no, no quiero esto.

—De puta madre, Mara. De puta madre todo. —Me aplaude como si hubiera terminado mi actuación.

—Ha llegado el momento de encontrar mi camino. Uno propio, aunque me cueste un mundo y sea complicado. Es la única manera de no seguir perdiéndome yo.

—Estás loca, si crees que ahí afuera —señala la ventana— hay algo mejor que esto. Muy loca. —Hace un círculo en el aire con el índice y después pasa la mano por la mesa, lanzando su taza contra el suelo. Se hace añicos y me sobresalto. Nunca le había visto romper nada intencionadamente—. No tienes ni puta idea de lo que vas a hacer. Estás cometiendo un error, uno más en tu larga lista. —Me mira con los ojos inyectados en ira.

—Saúl, por favor…

—Podrías haberme ahorrado el bochorno que he pasado delante de nuestros amigos este verano y haberme dejado antes de marcharte.

—Te dije que necesitaba ese tiempo para pensar y eso es lo que he hecho. Antes de irme no había tomado esta decisión. E insisto, tú pasabas de escucharme. Me gustaría hacerlo bien, como dos adultos que se han querido. Además, quiero arreglar todo ahora que las niñas no están, para ahorrárselo. Por eso es el momento perfecto. Ahora, no antes. Y si crees que para mí ponerle fin a lo nuestro es una decisión fácil es que no me conoces. Llevamos juntos veinticuatro años, nada de esto es fácil. He invertido mi tiempo, mi

amor incondicional y toda mi energía en formar esta familia.

—Claro que no te conozco, y menos en este instante. Somos una familia, lo acabas de decir. No entiendo por qué ahora quieres romperla. Has vuelto mucho peor de cómo te fuiste. —Me agacho para recoger los trozos de porcelana y él se inclina también para ayudarme—. ¡Quita! —Da un manotazo para apartarme con tan mala suerte de que me roza con el filo de un pequeño fragmento y me corta el pulgar—. Joder, mira lo que has conseguido.

¿Yo? Otra vez yo. Me aprieto el dedo con la otra mano. Empiezo a sangrar, así que me levanto para ir a limpiármelo a la cocina. Pongo la mano debajo del grifo y aguanto el escozor, el corte no es muy profundo, pero duele.

Saúl se acerca a ver la herida y, en ese instante, suena el timbre. Una vez. Dos. Tres. De manera insistente.

—¿Quién cojones viene a estas horas?

Me giro, porque desde la ventana de la cocina se ve la puerta pequeña de la entrada, y me quedo pálida, y no por la pérdida de sangre.

34
DIFÍCIL DE ASUMIR

Bastian

Más de setecientos kilómetros en seis horas. No hagas la media, ya te lo digo yo: es alta. Seguro que el Audi de Max nunca había pillado esa velocidad punta. Es malo conducir cabreado y con la saliva convertida en rabia, no te lo recomiendo. Tampoco es bueno hacerlo derrotado. Pero era esto o terminar desquiciado, más de lo que ya estoy. Necesito verla una vez más. Aunque sea una.

Dos días sin saber nada de Mara dan para mucho. Para hacerme preguntas. Para buscar respuestas a su modo de huir. Para lamentarme. Para culparme. Para aspirar su olor en mi habitación como un pobre drogadicto. Para llamarla. Para no escuchar su voz. Para mandarle mensajes. Para comerme el tarro pensando en por qué me ignora así. Para cerrar los ojos y verla en todas partes. Para no ser capaz de coger un puto bolígrafo ni escribir un solo verso. Para volver a llamarla. Para echarla de menos hasta el cansancio. Para reventarme a carreras por la playa. Para divagar. Para naufragar. Para volver a llamarla. Para presionar a Jimena hasta conseguir su dirección. Para plantarme en la puerta de su casa y llamar al timbre; un chalé pareado en una urbanización relativamente nueva.

Llamo una vez. Nada. Llamo otra. Asomo la cabeza por encima de la pequeña verja y me parece ver su silueta detrás de una de las ventanas de la planta baja. Insisto una tercera.

Estoy nervioso y cansado. Presentarme aquí es un acto irreflexivo e incoherente. Una «columpiada», me ha dicho Mugi antes de ver cómo le suplicaba a Max que me diera las llaves de su coche; no le he podido rebatir. Sin embargo, la necesidad de tenerla

de frente y pedirle explicaciones para no quedarme con esta espina clavada entre las costillas ha ganado la batalla, por muy irracional que fuese. No hay dictadura de la razón. Tenía que venir. Tenía que intentarlo. Es imposible que así, sin más, ignore todo lo que hemos sido durante estas semanas y se largue como lo ha hecho; con premeditación y alevosía, cuando yo estaba dando un concierto, sin mirarme de frente ni despedirse.

En cuanto me bajé del escenario y vi la cara con la que me miró Jimena, supe que algo no iba bien. Después, en casa, traté de encontrarle el sentido a por qué me sentía igual que un crío al que las olas le derriban el castillo; decepcionado, apático y enfadado. Analicé exhaustivamente cada paso dado hasta dar con el punto de inflexión. Creo que fue la noche anterior, cuando me pidió que le hiciera el amor y yo se lo hice. Y no es una forma de hablar, no, fue una verdadera forma de expresarle lo que siento. ¿La cagué por abrirme tanto? Puede. Aunque después de vivir demasiado tiempo dentro de mi propio caparazón, me pareció lo más sensato salir a por todas, con ella, con la única persona que ha conseguido llegar donde nadie lo ha hecho.

La puerta de su casa se abre. Mara sale con un trozo de tela o una venda atada en la mano y me mira como si hubiera visto un fantasma. No viene nadie detrás de ella. Pero me parece seguir viendo una silueta a través del cristal, él debe de estar en casa. Sabía que existía esa posibilidad, no obstante, tenía la esperanza de que no hubiera llegado de sus vacaciones todavía. Me da igual, estoy aquí y no pienso irme sin hablar con ella.

—Eme…

—Bastian —musita—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí? —sisea entre dientes sin apenas levantar la voz—. No. No puedes presentarte en mi casa así. No ahora. —Llega hasta la verja y me abre, aunque se queda sujetándola, sin invitarme a entrar.

Nos miramos durante unos segundos y nos vemos. Eme y Bas. Los mismos que han estado compartiendo cama, vino y canciones todo el verano. Y risas. Y fantasmas. Y secretos. Los mismos que han dedicado todas las horas que han estado despiertos a rendir culto a sus pieles. A follarse. A sentirse. A gozarse. Y a amarse, aunque le cueste verbalizarlo todavía. Somos nosotros. Seguimos siendo nosotros. Acojona, lo sé, pero no por eso debemos negarlo. Tiene los

ojos rojos, como si hubiera estado llorando. Los míos solo están más grises y cansados. Sin embargo, seguimos reconociéndonos.

—Necesitaba verte.

—Bastian, por favor, ahora no. No puedes presentarte aquí y…

—Necesito respuestas, Eme. Y sé que no tengo ningún derecho a pedírtelas. Pero me has dejado hecho mierda. Necesito que me lo expliques. ¿Por qué te fuiste así? ¿Por qué nos has dejado plantados antes de terminar la gira? ¿Hice algo mal? ¿O es porque no lo hice? Dímelo. Habla conmigo.

—Bastian, no deberías estar aquí. —Se gira, nerviosa. Su marido ya está apoyado en el marco de la puerta, observándonos.

—Vaya, has vuelto al *deber*, ya veo.

—¿Qué pasa? ¿Quién es? —pregunta él desde la distancia.

—No es un buen momento. Tienes que irte —me pide ella mientras le dice al marido con un gesto que no pasa nada.

—No. No voy a irme sin hablar contigo. Cinco minutos. Concédeme cinco minutos —imploro—. Después, si quieres, me voy. No nos merecemos la despedida que nos diste. —Avanzo un paso hacia ella para mirar su mano—. ¿Qué te ha pasado ahí? Enséñamelo.

Ella, algo más alterada, suelta la puerta y yo acorto la distancia que nos separa. Mi mirada se detiene en el trapo que cubre su mano, que empieza a teñirse de sangre. Me da absolutamente igual estar invadiendo una propiedad privada. Ella tiembla, nerviosa, y balbucea antes de contestarme. Mi cerebro es un hervidero de suposiciones y, en todas, el autor de esa lesión es él. Recuerdo la noche que la conocí, su pómulo morado, su discusión telefónica…

—Na… Nada. Solo es un corte —responde al fin.

—Déjame verlo. —Le sujeto la mano con cuidado e intento destapar la herida. Respira agitada y eso me saca de quicio. Le acaricio con mi pulgar el antebrazo y noto cómo se estremece.

—Bastian…

—¿Ha sido él? —Alzo la cabeza y veo a su marido caminar hacia nosotros.

—¿Saúl? —Mara me mira y niega con la cabeza. Cuando se gira y lo ve, es consciente de que en cuestión de segundos vamos a estar aquí los tres—. No, me he cortado con una taza, ha sido un accidente.

—¿Estás segura? Mírame.

—Para, Bastian —me advierte para que no vaya por ahí—. Te lo repito, ha sido un accidente, él no ha tenido nada que ver. —Afirma tajante, y veo su herida, es un corte superficial, la sangre lo hace parecer más aparatoso.

—¿Estás sorda? ¿Quién es este tío y qué hace en mi casa? —Su marido llega hasta nosotros. Se dirige a ella como si yo no estuviera delante.

Yo ya le había visto en aquella foto del móvil. Está igual, puede que más moreno, y mucho más enfadado, sin duda; la mirada de asco que le dedica a ella me repatea el estómago.

—Nadie. No es nadie. Y ya se va.

—¿Nadie? ¿Nadie, Mara? No puedes estar hablando en serio. No puedes ignorarnos así —mascullo.

—Bastian, te lo pido por favor, vete. Esto es un sinsentido. No tendrías que estar aquí.

—¿Bastian? Entonces, ¿lo conoces? Espera, este es… —Da un paso hacia mí, apartándola, y se me acerca tanto que me obliga a retroceder hasta la puerta.

—Saúl… —Mara le llama y se cuela en medio de los dos.

—El imbécil del grupo ese, ¿no? ¿Y qué se supone que hace aquí? ¿Me lo puedes explicar? ¿A qué ha venido? —Me flipa que siga sin dirigirse a mí.

—He venido a hablar con ella. Mírame, Eme. —Me concentro en Mara, pero su mirada me esquiva.

—¿Eme? —Él se ríe falsamente y vuelve a ponerse en tensión—. ¿Es una puta broma? ¿Qué significa todo esto? —Emite un bufido y cierra los puños, aunque no levanta las manos.

—No significa nada, Saúl. Bastian, por favor, no…

—No nos hagas esto, Eme —insisto—. Míranos. Somos reales.

—¿De qué está hablando este payaso? ¿Vosotros? ¿Tú y él? —Su marido se exaspera—. No puede ser que tú y este… —Parece que empieza a juntar todas las piezas—. ¿Qué es lo que me estoy perdiendo?

—Nada, Saúl. Nada. —Vuelve a negarnos y me jode. Me jode muchísimo.

—¿Cómo que nada? ¿Estás segura? Porque suenas igual que una mentirosa. Esto es lo único que me faltaba para rematar este día.

Dile que se largue, porque la hostia que voy a meterle, si sigue ahí, sí que va a ser real —vocifera.

—Saúl…

—¡Joder! Esto es increíble. Alucino. No me puedo creer que tú —lleva el índice a la cara de Mara; si se pega más a ella no me voy a poder quedar quieto—, precisamente tú, me hayas hecho esto a mí. Te has superado. Hazme un favor y, si te queda algo de dignidad, que lo dudo, cierra la puerta y deja de montar este triste espectáculo —resopla con fuerza.

—Mara… —La llamo—. Escúchame…

—No quiero ser la comidilla de la urbanización. Así que cierra esa puta puerta y entra en casa. ¡Ya! —le ordena él más alterado. Después, se da la vuelta y nos deja solos.

Me molesta que le hable con ese desprecio y que ella no le corte. Lo que menos me importa es que nos vean los vecinos.

—Vámonos. Todavía estás a tiempo. Sube conmigo al coche y larguémonos de aquí. Quedan tres conciertos, no me dejes solo ahora. Acaba el trabajo y sigue volando, no puede ser verdad que quieras volver a encerrarte en esta jaula. Podemos ser, te lo prometo. Podemos intentarlo. No nos pierdas. Sé que da pánico, pero es real. Insisto, es jodidamente real.

—Bas… —«Por fin. Vamos, sé valiente. Ven conmigo. No todo está perdido»—. Vete. Fuera. ¡Ya!

NO. He oído crujir hasta mis huesos.

No quiero irme sin ella. No puedo dejarla aquí. Así. Sin más. No puedo perderla. Así no.

La pena lo consume todo. Su luz, que ha iluminado cada hueco de mi oscuridad, se vuelve tenue, y las lágrimas asoman a mis ojos sin importarme. Jamás me había sentido así, tan fuera de órbita por alguien, tan arruinado sin ella, tan lleno de mariposas caníbales y tan escaso de aire.

—Solo quiero que seas sincera. Mírame y sé sincera.

—No, esto no tiene sentido. No sé en qué estabas pensando para venir hasta aquí.

—Ya te lo he dicho. Quería que te despidieras de mí. No nos merecíamos terminar así, como si nunca hubiéramos existido. —Silencio, aunque sus manos temblorosas y sus ojos gritan cosas—. ¿Ya está? ¿No vas a decir nada más?

—Bastian…

—Quiero ver cómo me dicen adiós tus labios. Concédeme al menos eso.

—Adiós, Bastian.

¿Oyes eso? Otro destrozo.

—Adiós, Mara. Me parece perfecto que quieras seguir engañándole. Pero no he sido un puto polvo —susurro, aunque él ya no puede oírme—. O decenas, mejor dicho. No nos reduzcas a eso. Y los dos lo sabemos, así que deja de engañarte.

Me voy, claro, aunque antes me he bañado en el lodo. A lo grande.

—Vete. —Su última mirada antes de cerrarme la puerta en las narices es letal.

En sus ojos acuosos he visto decepción, lástima y tristeza. Solo espero que ella haya visto lo mismo en los míos.

Me doy la vuelta y me meto en el coche. No quiero escuchar más. No quiero pensar más. No quiero cagarla más, aunque es prácticamente imposible.

No he podido callármelo. Soy humano y estoy perdido. Sentir así es nuevo para mí y quizá haya pecado de inexperiencia. Sabía que no era fácil, sabía que dejarla entrar hasta el fondo implicaba un riesgo enorme, como jugar con una pistola apuntándome todo el rato al pie. Y sabía que no tenía ningún derecho a venir a buscarla.

He arriesgado.

He perdido.

Algo bastante difícil de asumir.

«De lujo, Bastian. Te has despedido de lujo».

Vine mal y me voy peor.

No sé de qué me extraño, si soy experto en llorar más de una vez la misma pérdida.

Los setecientos kilómetros de vuelta no sé para qué me darán, solo tengo claro que, de nuevo, no me queda más remedio que aferrarme a la música.

35
RECOMPONERME

Mara

Despertarme en casa de mis padres por quinto día consecutivo, en mi antigua habitación, no entraba en mis planes. Era esto o el sofá de Patricia. Después de escuchar su retahíla sobre lo mal que me he portado con Saúl y lo bajo que he caído cometiendo una infidelidad, era peor opción. Al menos mis padres ignoran la existencia de esa tercera persona. Y así tendría que haber sido para todos, incluido mi marido, hasta que yo hubiera decidido contárselo. Sin embargo, Bastian, en un ataque de orgullo herido que no me esperaba de él, se presentó en la puerta de mi casa y provocó justo lo que yo trataba de evitar callándomelo, que Saúl se aferrara a la punta del iceberg y que todo quedara reducido a que me he acostado con otro hombre. Como intuía, ha menospreciado y ninguneado todos los problemas que ya existían entre nosotros y me ha puesto la etiqueta de infiel pegada en la frente y forjada a fuego.

Infiel.

Mara, la infiel.

Sabía que esto podía pasar, que, si Saúl se enteraba, solo se quedaría con ese hecho aislado. A pesar de lo que él quiera creer, yo sé que ese no ha sido el detonante para poner fin a lo nuestro. Pero gracias a la aparición de Bastian, perdí toda mi credibilidad de un plumazo. Me reprochó que, después de compartir toda mi vida con él, haya terminado con nuestra familia metiéndome en la cama de otro. Me volvió a recriminar mi falta de deseo sexual con respecto a él, pero no con el primer tío que se me cruzó por delante. Es evidente que le he proporcionado la excusa perfecta para eludir todos los pasos previos que nos llevaron hasta ese punto. Y, por

último, achacó mi negativa a querer salvar nuestro matrimonio al encoñamiento que tengo por un imbécil que se tira a todas. En plural.

Como en cualquier discusión, se me quedaron un montón de argumentos sin pronunciar, que, las horas posteriores, no han dejado de revolotear en mi cabeza. Me gustaría haberle preguntado si me había echado de menos. Porque estaba convencida de que él no me había echado en falta en verano; hablo durante su viaje, o en las salidas con sus amigos y mi hermana a cenar, o en sus vacaciones. Echarme de menos de verdad, no cuando la nevera estaba vacía o no encontraba el traje que dejé en la tintorería. Yo no le había echado en falta a él y también quería habérselo dicho. Sin embargo, los gritos, su negatividad y su actitud impidieron la comunicación, por lo que no tenía sentido ahogarnos en mares de palabras. Nunca pensé que contarle mi decisión fuera a ser un camino de rosas, pero tampoco imaginé que mi relación con Bastian fuera a eclipsarlo todo.

De él no puedo hablar todavía. Estoy enfadada. Y duele. Más de lo que imaginas. Estoy procesando su reacción y también sus palabras, todas; las que me dedicó preso de su orgullo y las de después, que me hicieron dudar de mi decisión hasta el infinito. No, no tuvo el don de la oportunidad. Apareció en mi puerta en uno de los momentos más difíciles de mi vida, cuando acababa de decirle a mi marido que no podíamos seguir siendo pareja. Cuando estaba poniendo el punto final a la única vida que he conocido. Cuando la amalgama de sentimientos estaba todavía caliente, burbujeando por mis venas. Y ahí, en medio del desconcierto, se presentó él, así que reaccioné como pude. Jamás he querido hacer daño a Saúl, y, al final, no he podido evitarlo. Ha sido mi compañero de vida y es el padre de mis hijas; nunca querré que sufra, ni por mí ni por nadie, aunque entiendo que ahora no soy su persona favorita.

Respiro con calma, aunque me cuesta encontrarla. Es imposible lidiar con todo lo que me hace sentir Bastian y con el caos vital en el que me encuentro en la actualidad. La cabeza y el corazón viajan por libre. No puedo pensar con la suficiente claridad. No puedo usar tatuajes para tapar heridas que no han cicatrizado, porque lo más sensato es curarlas antes.

Por eso, en lo único en lo que tengo que concentrarme ahora es

en recuperar el control de mi vida; una completamente nueva que empezaré desde cero. Necesito ser Mara, solo Mara. En este presente. En el hoy antes que en el mañana. Porque, si he aprendido algo durante este verano, es que los planes a largo plazo nunca se mantienen intactos.

Miro a mi alrededor y todavía me cuesta ubicarme. Estas cuatro paredes tampoco son ya mi habitación, aunque en el ambiente sigue flotando aquel aire juvenil que dejé atrás cuando me fui a la universidad. Ahora es un híbrido entre una salita de estar, un cuarto de costura y un dormitorio con una sola cama de noventa en vez de dos. La Singer de mi madre. La colección de recortes de prensa del Real Racing Club de mi padre. El póster de Brandon Walsh, el de *Sensación de vivir*, que mi hermana besaba cada noche antes de dormirse. Y mi hucha de Hello Kitty cogiendo polvo en la primera balda de la estantería. Todo mezclado en nueve metros cuadrados.

El universo me está hablando al oído y mentiría si dijera que me entusiasma lo que me dice. Esta mudanza inesperada, o viaje al pasado, me produce ganas de llorar. Sin embargo, este es el único sitio en el que, de momento, estoy a salvo. Sacaré fuerzas de donde sea y haré todo lo que esté en mis manos para que merezca la pena el cambio. Que lo que escuece hoy mañana moleste menos. Y, sobre todo, que cuando me mire al espejo dentro de unas semanas o unos meses me sienta orgullosa de mí. Reinventarme será complicado, pero es el instante idóneo para hacerlo, solo necesito vaciarme del pánico y seguir respirando.

Deshago el ovillo en el que se había convertido mi cuerpo y enciendo el móvil. La realidad está ahí, esperándome en forma de notificaciones. Un wasap de Patricia en el que me dice que viene luego a comer. Y una llamada perdida de Jimena a las cuatro de la madrugada. De Bastian, nada.

Ya sé que acabo de decir que todavía no puedo hablar de él, sin embargo, tampoco puedo hacer como si no hubiera existido. Porque sí, sigue presente en cada poro de mi piel. Ayer dieron su último concierto como banda en Madrid y tuvo que ser un día muy especial e importante para todos, y yo me lo perdí. Y aunque seguía enfadada, porque no tenía ningún derecho a presentarse aquí y desbaratarme todavía más, ayer no pude sacarle de mi cabeza. Tras estas semanas de gira con ellos, viviendo desde dentro todo el

trabajo y el esfuerzo que hay detrás de cada actuación y siendo testigo de la cantidad de emociones que provocan en tanta gente, no pude dejar de pensar en él y en cómo se estaría sintiendo. Así que le mandé un mensaje para desearle lo mejor, pero no he obtenido respuesta.

La inercia mental al ver su nombre en la aplicación me hace entrar en el chat y leer los últimos mensajes que nos hemos intercambiado. El suyo llegó unas horas después de haberse marchado de mi casa, y a ese no pude responderle yo.

Bastian

Lo siento, espero que estés bien. Quiero que sepas que no me arrepiento de nada. No podía darme por vencido sin ver ese último adiós saliendo de tu boca. Saltaría sin paracaídas otra vez. Has reventado mi mundo, Eme, y, aun así, no puedo olvidarme de nosotros.

¿Cómo iba a responder a eso?

Bastian, a diferencia de otras personas, cuando habla siempre dice algo. Usa las palabras como dardos directos al centro de la diana para sacar la máxima puntuación. Y, con esa manera tan honesta de comunicarse, la mayoría de las veces consigue desestabilizarme.

Anoche le envié este, obviando el anterior.

Mara

Disfruta de esta noche mágica para todos y por todos, pero sobre todo, hazlo por ti, Bas. Te lo mereces más que nadie.

Me costó mucho elegir las frases. Solo quería que supiera que

todo lo que ha pasado este verano será imborrable, para él y para mí. Y que, aunque no hubiera ido al concierto, una parte de mí estaba con él en un día tan importante. No me ha contestado, pero sé que lo ha leído porque aparece el doble *check*.

Cuando entro en la cocina, no hay ni rastro de mis padres, supongo que habrán salido a dar su paseo dominical. Antes de que me dé tiempo a prepararme un café, me vuelve a llamar Jimena.

—Hola, Pumuki —me saluda con la voz muy ronca.

—Hola. ¿Y esa voz?

—¿Tú qué crees? Me lo canté todo. Dios, menudo broche de oro. Estuvieron exultantes. Épicos. Fue la bomba. Y, después, menudo fiestón. No los había visto tan felices juntos en meses. Estaban desbordados de la emoción, del calor del público y de las muestras de cariño de todos, incluidos muchos artistas y amigos. Fue una auténtica pasada. Cada vez que pienso que te lo has perdido…

—Jimena, por favor.

Ayer me acribilló a mensajes para que cogiera un tren o un avión y llegara al último concierto, temí incluso que se plantara aquí y me llevara a rastras. Pero no podía. No podía dejarlo todo y volver con ellos. Con él. Me niego a seguir esquivando los problemas, a salir corriendo cuando las cosas se tuercen. Y con Saúl están más torcidas que nunca.

Desde que se enteró de lo mío con Bastian, no ha vuelto a dirigirme la palabra. Cuando entré en casa montó en cólera. Gritaba. Se desesperaba. Intenté razonar con él y contárselo, de la manera más natural posible, tratando de hacerle entender que haberme acostado con Bastian fue un hecho no premeditado. Le dije que en ningún momento tuve la intención de hacerle daño, y eso le sentó mucho peor. Daba igual las veces que le repitiera que todos los problemas que arrastrábamos desde hacía tiempo estaban antes de la llegada de él, Saúl no me escuchaba, solo chillaba más, me denigraba con cada palabra y me recriminaba, una y otra vez, que la única intención que tuve cuando me largué de casa aquel viernes de junio fue abrirme de piernas con el primer imbécil que se cruzara en mi camino. Como ya he dicho, lo redujo todo a eso.

—Yo pensando que eras una frígida y solo eres una maldita zorra —chilló.

Y ahí es cuando supe que el diálogo, o más bien su monólogo,

había concluido. No tenía sentido seguir ni un solo segundo más delante de él. Subí a la habitación, cogí un par de cosas de mi maleta y, con los ojos anegados en lágrimas, me marché.

—¿Dónde estás? ¿Has vuelto a tu casa? —me pregunta Jimena devolviéndome al presente.

—No. Voy a ir ahora a recoger algunas cosas. Todo es un desastre, Jimena. No pensé que fuéramos a acabar tan mal.

Me sirvo una taza de café y me siento en la mesa de la cocina, con un pie encima de la silla, aprovechando que no me ve mi madre y no me puede regañar; sí, así es ahora mi realidad.

—¿Y Saúl? ¿Va a estar allí?

—No. Me ha dicho que fuera a partir de las doce, que él no estaría.

—Vaya, así que ya te habla otra vez.

—Qué va. Me lo ha dicho Patricia, es la mediadora. Él se lo dice a ella y ella a mí. ¿No te parece ridículo? Espero que pronto vuelva a dirigirme la palabra. ¿Cómo vamos a ponernos de acuerdo así? No sé, todo se ha descontrolado. Supongo que necesitará más tiempo.

—Maldita zorra. Eso es lo que te dijo. Que no se te olvide. —No sé por qué se lo conté a Jimena. Bueno, sí lo sé, me dolió tanto que necesitaba sacármelo—. Te insultó y te menospreció. No necesita tiempo, necesita más cerebro y, sobre todo, más corazón. Te enrollaste con otro, ¿y qué? Los matrimonios no deberían ser cárceles ni los maridos carceleros. Le jode, pues que se la envaine, pero eso no le da derecho a culpabilizarte ni estigmatizarte.

—Jimena, enterarse de que he estado con otro tío le ha dolido y lo entiendo.

—Una cosa es entenderlo y otra defenderlo. Tienes que ser inflexible con esto. No te mereces ese trato y menos por parte del padre de tus hijas. Por mucho que le haya cabreado, tiene que saber comportarse contigo.

—Lo sé. Solo espero que lo medite un poco y dentro de unos días sea capaz de sentarse a hablar conmigo y decidir cómo lo vamos a hacer.

—Sabes que puedes venirte a mi casa si quieres, ¿verdad? Max y yo vamos a irnos unos días de vacaciones a Ibiza, estarías aquí sola, desconectando, si es lo que necesitas. Sabes que puedes contar conmigo.

—Gracias. Ahora prefiero quedarme aquí y empezar a construirme de nuevo. El verano se ha acabado para mí. Tengo algunos correos de trabajo sin abrir y un montón de listas con pequeños pasos por los que empezar. Van a ser unos meses durísimos, sin embargo, no quiero retrasarlo más.

—Vale, pero cualquier cosa que necesites, pídemela, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo. Y ¿cómo está?

—Me habías pedido que no te hablara de él.

Tiene razón. Cuando la llamé para contarle lo que había pasado con Saúl después de la escena de Bastian, le pedí que no me hablara en un tiempo de él. Aunque ella no me hizo mucho caso, porque, en cuanto terminó el concierto de Sevilla, me llamó para decirme que había sido el peor bolo de toda la gira, que Bastian estuvo a punto de cancelar en el último momento, porque estaba enfadado con el mundo. Discutió hasta con los chicos de la oficina, algo que nunca hace. Además, acortó tanto el repertorio que el concierto duró tres cuartos de hora menos de lo previsto. Luego, huyó antes de que la prensa se le echara encima y regresó solo a Madrid, del tirón y sin decir adiós.

—Sí, pero es que anoche le mandé un mensaje y no me ha respondido.

—Vaya, ha hecho lo mismo que hiciste tú, dejarlo en visto.

—¿Te lo ha contado?

—No, me lo ha contado Mugi. Bastian no es tonto y sabe que la cagó mucho presentándose en tu puerta. Y también sabe que yo soy tu amiga y que encima le di tu dirección. No quiere meterme en medio.

—Quieres decir más de lo que ya te has metido, ¿no? —No es un reproche, que conste.

Jimena le dio mi dirección porque le vio desesperado. Y no pensó que Saúl quizá ya estaba en casa. No me gustó que lo hiciera sin contármelo, aunque sé que fue sin mala intención.

—Ya te pedí disculpas, no voy a fustigarme con eso —me rebate.

—No quiero que lo hagas, Jimena. Quizá todo esto tenía que pasar así. Lo he asimilado. Hay cruces inevitables. Y, respecto a Bastian, solo quiero saber si está bien. Eso es todo. No hace falta que entres en detalles.

—Vale, entonces no te diré que está tirado en el sofá de Max, con un pedo descomunal, demacrado y con un aspecto deplorable. Vamos, que bien, lo que se dice bien, no está. Bueno sí, bueno está un rato largo, porque, ni con esas pintas de cantautor venido a menos está feo el muy cabrón.

—Gracias, me has ayudado muchísimo —la corto—. Ya te vale, Jimena.

—¿Qué? No haber preguntado. Además, acabo de salir de la habitación de Max, así que no descarto encontrarme más cadáveres por el piso. Anoche la fiesta aquí alcanzó cotas insospechadas. Tendrías que haber venido.

—Y dale.

—¿Y tú? —Ignora mi queja—. ¿Cómo estás? Y me refiero con respecto a él, yo sí que voy al grano.

—No puedo decirte cómo me encuentro, porque no me permito pensarlo. Ahora solo puedo concentrarme en todo lo demás. Pero quiero que él esté bien. Eso es todo. No quería hacer daño a nadie y, mira, ha pasado justo lo contrario. Se lo he hecho a los dos.

—Estará bien. No sé cuánto le costará, no obstante, lo estará. No te preocupes. Ahora lo más importante eres tú, ¿vale? Este verano has aprendido un montón de cosas. Confío en que no se te olviden y no vuelvas a ponerte en último lugar, como acostumbrabas a hacer.

—Tranquila. A pesar de la pena y del mal cuerpo que tengo, hay pensamientos en mi cabeza que han arraigado. Gracias por este verano, Jimena; como la mujer rubia y no tonta que eres, has vuelto a dar en el clavo. Sabías que era justo lo que necesitaba. Lo sabías mejor que yo.

—Ni gracias ni leches. Y no te pongas sensiblera, que con la resaca las moñeces no casan bien. No quiero llorar aquí y que se piensen que ya estoy con cambios hormonales propios de la edad que dice mi DNI, no la que tengo. No me fastidies, Mara.

—Qué tontísima eres. Pero te quiero así. Entera.

—Yo también te quiero. Anda, voy a desayunar, que me muero de hambre.

—Y yo, que tengo que ir a desvalijar mi propia casa. —Resoplo y me froto la cara antes de meter en el tostador dos rebanadas de pan—. ¿Cómo voy a sacar de allí veinticuatro años de mi vida, Jimena? Es imposible. Si ni tan siquiera tengo un sitio donde

guardar la mitad de mi ropa.

—Escúchame, esa casa es de los dos, y no puedes meter toda tu vida en una caja y menos en una hora, así que no te martirices. Te conozco y sé que ahora mismo te estás sintiendo la única culpable. Por favor, no lo hagas.

—Es que…

—No lo hagas —me interrumpe—. Por tu bien. Y no es justo que culpes a Bastian tampoco. Lo vuestro ha sido simplemente brutal, un accidente aleatorio en medio de esa carretera que era tu matrimonio y que ya no te llevaba a ningún sitio. Ahora toca recomponerse, prescindiendo de la culpa. ¿Me has oído?

—Sí.

—Pues repítemelo.

—Recomponerme sin culpa.

—Eso es, Pumuki.

36
ANCLADO A ESTE VERANO ETERNO

Bastian

Otro atardecer más. Otro desde este rincón del mundo, con los pies enterrados en la arena, con el Pacífico delante, en vez del Atlántico, y, tristemente, sin ella.

El verano terminó hace semanas, pero algo que sigue bullendo de forma incontrolable en mi pecho me impidió ponerle fin cuando lo marcaba el calendario. Así que hice las maletas, me despedí de mis padres, de Ciro y de Cloe, con los que he pasado un mes de septiembre precioso, y me subí a un avión. Estoy en Costa Rica, concretamente, en Tamarindo. Llegué hace algo más de una semana. Aquí dicen que solo tienen dos estaciones y todavía estamos en la verde, que es, supuestamente, la de las lluvias, por lo que no se consideraría verano. Sin embargo, solo he presenciado una tormenta desde que aterricé. Fue anoche y provocó que, antes de que estallara, me la gozara cogiendo olas. Los días tienen doce horas de luz aproximadamente y las temperaturas siguen siendo perfectas, por lo que el modo verano continúa activado en mi cerebro, que es lo que pretendía.

La calma. La naturaleza. La playa a quinientos metros del bungaló. Las olas. La amabilidad de Nico, que me prepara los mejores desayunos y me consigue botellas de vino. Pasar desapercibido. Desconectar. Reconectar. No calzarme. Vivir en bañador. Poca cobertura. Lo básico. Pura vida. Y soplar una vela más. Treinta y ocho. Sí, he llegado hasta la cifra maldita y sigo respirando. Irremediablemente, hoy me siento triste y a la vez absurdamente afortunado.

Necesitaba esta pausa. Necesitaba suspender cualquier tipo de

actividad cerebral y, si me apuras, también física. El caos que he vivido en mi cabeza durante los últimos meses ha sido bestial. Ser tan visceral no es siempre una ventaja. Y no saber decir nunca que no puede convertirse más en un problema que en una virtud. Los últimos años he tenido que lidiar con demasiadas emociones angustiosas. Lo he hecho como mejor he podido, quizá debería haber pedido ayuda a un especialista, como es lo normal, lo que pasa es que mi ritmo de vida no se detuvo, y pensé que volcarme en la música sería mi salvación. Así que tiré para delante de la única manera que sabía. ¿Me equivoqué por no parar antes? Pues no lo sé, porque tampoco me ha ido tan mal hasta llegar aquí, ¿no?

Lo de este verano, que sigo alargando, ha sido un pequeño toque de atención. Una advertencia para que me entere de que puedo ser feliz sin tomarme tan a pecho cada latido. Y, en esto, la aparición y posterior desaparición de Mara han tenido mucho que ver. Todavía me duele su adiós. Todavía la tengo veinticuatro horas presente en mi cuerpo y en mi cabeza. Y todavía me jode pensar que, si hubiera hablado con ella en lugar de presentarme en la puerta de su casa, podríamos haber terminado mejor, y ahora tendríamos más comunicación. Aunque no hemos perdido el contacto del todo, los escasos mensajes que nos intercambiamos son insuficientes, al menos para mí. No me arrepiento de lo que hice, lo más seguro es que, de darse el caso, lo haría de nuevo, no obstante, sí que me da rabia no haber sido capaz de buscar una salida más satisfactoria para nosotros. Sigo pensando que somos una posibilidad. Aunque solo lo piense yo.

Cuando The Airband bajó el telón, en aquella última actuación pletórica y perfecta en Madrid, necesité unos cuantos días para asimilar los miles de sentimientos que se agolparon en mis carnes. Fue apoteósico y abrumador. La fiesta posterior acabó conmigo medio muerto en el sofá de Max, así que, dos días después, que fueron los que necesité para recuperarme de la resaca, tomé conciencia y supe que tenía que cerrar mi piso de Madrid y regresar a casa para empezar a asentar unas nuevas bases sin heridas abiertas.

El abrazo de Ciro cuando me vio me tumbó, literalmente, y no porque el enano tenga mucha fuerza, sino porque todas las emociones que había estado conteniendo se desbordaron. Me

fallaron las piernas y el corazón casi se me paró. Menos mal que mis padres y Cloe estaban allí para recoger mis pedazos. Lloré como nunca me había permitido hacer y, en cuanto fui consciente de que ese primer paso ya estaba dado, pasé del llanto a la risa nerviosa y de ahí a las carcajadas, mientras mi familia no dejaba de abrazarme.

Luego, me instalé en mi piso enfrente de la playa y disfruté de las vistas y el olor de mi Cantábrico. Septiembre con ellos ha sido un mes muy intenso, nostálgico y reparador. Cloe y yo hemos conversado sobre Ciro y sobre mi presencia en su vida. Hemos hablado de Mario, muchísimo. Ha habido noches en que hemos vuelto a llorar y algunas más en las que hemos reído. Hemos recordado los sueños que no llegó a cumplir. Y cómo hubiera guiado y acompañado a su hijo en cada pequeño paso. Nos ha resultado muy fácil ponernos de acuerdo, porque ella y yo le conocíamos a la perfección. Quiero formar parte de la vida de mi sobrino hasta donde ella me deje. Quiero que pase tiempo de sus vacaciones conmigo y compartir con él juegos, surf y, sobre todo, recuerdos, para que nunca deje de tener presente a su padre. A Cloe también le pedí disculpas, por la ausencia innecesaria y por no haberla apoyado cuando me necesitaba. Lamernos las heridas juntos fue la mejor terapia para los tres. Bueno, para los cinco, porque mis padres también han estado felices por tenerme en casa. Yo no había sido consciente, aunque me han confesado que, en alguna ocasión, sintieron que no solo perdieron a Mario aquel día, sino que una parte enorme de mí también se alejó de ellos y se fue con él.

¿Entiendes ahora por qué necesitaba subirme a un avión?

—Me ha dicho Nico que te acerque esto. Un aperitivo hasta que esté la cena. —Teresa, su chica, deja una bandeja de madera sobre la arena, con una copa de vino y un plato pequeño con fruta.

—Gracias.

—De nada. Disfruta de los últimos rayos de sol. Me parece que mañana vuelve la tormenta.

Sonrío y vuelvo a llevar mi mirada al mar. Los recuerdos de otros atardeceres se me hacen bola en el pecho. Cuando miro lo que hay en el plato, la bola se hace mucho más grande. Piña, mango y ¿lo adivinas? Sandía. Mi fruta favorita, sobre todo si la mezclo con su boca.

Cojo el móvil y escucho los últimos audios que me acaban de llegar. El primero es de Mugi, se ha ido a Londres con Amaia porque se lo había prometido.

—Felicidades, primo. Aquí no para de llover, así que no se te ocurra mandarme una foto de ese paraíso o te bloqueo.

Le respondo con otro audio:

—Muchas gracias. Haberle dicho a tu novia que escogiera un destino mejor; anda que, con la pasta que has ganado estos años, no podías haberla llevado a otro sitio, ¿no?

Me llega otro.

—Y la que voy a seguir ganando.

Me descojono. Mugi es el único miembro de la banda que seguirá conmigo en mi nuevo proyecto en solitario. Max también seguirá siendo mi mánager. Así que, aunque esté asustado e ilusionado ante el comienzo de esta nueva etapa, dos pilares fundamentales en mi vida estarán a mi lado, y eso es importantísimo para mí. Tengo bastante material para grabar, gracias a Mara. Y mil ideas que he dejado aparcadas hasta que termine de desconectar.

Por supuesto que le mando una foto a mi amigo; de la copa de vino en mi mano y el sol escondiéndose en el mar. No se atreverá a darme réplica.

Apuro el vino y me entra un wasap. La cobertura en esta zona va y viene. Ahora parece que no sufre tantas interrupciones. Es de Mara y, como soy idiota, se me acelera el pulso mientras toco la pantalla.

En vez de ir al último, leo los anteriores.

> Mara
>
> Disfruta de esta noche mágica para todos y por todos, pero sobre todo, hazlo por ti, Bas. Te lo mereces más que nadie.

Tardé en responderle. Lo hice cuando llegué a mi casa muchas horas después.

Bastian

Muchas gracias. Lo cierto es que disfruté como un niño, muy intensamente. Y te eché de menos de la misma manera.

No obtuve respuesta.

Así que, unos días más tarde, cambié de táctica y le envié una foto con Ciro, los dos sentados en la orilla en la playa. No necesité añadir texto.

Mara

Guapos y felices. Me encanta veros así.

Esa fue su respuesta y adjuntó una foto de sus pies metidos en el agua, transmitiéndome su momento de calma.

Le mandé otro.

Bastian

Mataría por una foto de tu sonrisa.

Contraataqué y me quedé sin respuesta hasta hoy.

Mara

Felices treinta y ocho, Bas. ¿Ves como sí ibas a cumplirlos? Hombre de poca fe.

Sonrío, pero es una sonrisa agridulce. Nada me gustaría más que tenerla sentada a mi lado. Tecleo rápido, ahora que parece que está en línea.

Bastian
Muchas gracias, Eme. Fe tengo, a raudales, espero que no lo hayas olvidado. Es más, la tengo por ti y por mí.

Ya está, la caña tirada.

La dinámica no es que me entusiasme, aunque es mejor que nada.

Mara
Disfruta del día al máximo y mándame una foto soplando las velas de la tarta. Un beso.

Vale, me lo ha puesto a huevo. Me meto un trozo de sandía entre los dientes y me hago un selfi. Se lo mando sin texto y espero a que me responda. Un minuto. Dos. Tres. La ha visto y me ignora.

Bastian
Te mando esta, que es más nuestra.

A ver si con el texto se anima. Nada. Ha dejado de estar en línea.

De puta madre, ahora, a esperar el siguiente mensaje.

No es que me esté haciendo ilusiones o que sea un gilipollas, pero es que creo tanto en nosotros, en que podemos ser una posibilidad, aunque este no fuera nuestro momento, que confío

plenamente en que, tarde o temprano, ella también se dé cuenta.

«No pienso desistir, Mara. Tómate el tiempo que necesites hasta que veas que podemos ser. Mientras tanto, yo seguiré anclado a este verano eterno por los dos».

37
MÁS CERCA DE MÍ

Mara

El abogado de Saúl abandona la sala y nos deja solos cinco minutos, los que mi ex le ha pedido. El mío acaba de mandarme un mensaje informándome de que llegará un poco más tarde. Es la primera vez que uso el prefijo «ex» para referirme al que hasta ahora ha sido mi marido. Y también es la primera vez que estamos sentados cara a cara, a solas, después de casi tres meses.

Saúl pasó de comunicarse conmigo a través de mi hermana a hacerlo por medio de correos electrónicos para dejar constancia por escrito de todos los temas que hemos tratado. Al principio, me pareció lo más patético del mundo. Era tan sencillo como coger el teléfono y llamarme, pero hasta eso le escocía. También podría haber ido a casa de mis padres, o haberme pedido que fuera yo a la nuestra, sin embargo, mantenerse alejado de mí ha debido de ser su única salida, hasta hoy, que no le ha quedado más remedio.

Dejo el móvil sobre la mesa, alineado con una copia del acuerdo. La mayoría de los asuntos ya están tratados, así que solo estamos aquí para firmarlo en presencia de nuestros letrados y poner punto final a nuestro matrimonio. Solo nos queda pendiente la custodia de las niñas, no obstante, ese tema lo hemos dejado aparcado hasta que regresen y decidan con quién quieren estar.

¿Que cómo me siento? Decepcionada. Cansada. Y, aunque suene raro, a la vez, bastante motivada. Ya no tengo que recordarme cada noche que estoy bien, porque lo estoy. Lo sé y lo noto. Y mi cabeza ha vuelto a estar sobre mis hombros.

No puedo mentir. Ha sido duro. La situación, su reacción, volver con mis padres, el entorno, el cruce dialéctico, su obcecación, la

flagrante falta de comunicación y su forma de negociar los términos de nuestra separación, como si yo fuera una adversaria empresarial y no la mujer con la que ha compartido su vida y con la que ha formado su familia. Su único interés durante estas últimas semanas ha sido salvaguardar su empresa de «mis garras», término que usó él, no yo, y el resto del patrimonio que ha acumulado. Desoyendo a mi abogado, he cedido más de lo que debería, no obstante, llegados a este punto, me da igual. Solo quiero resolver todo el tema económico antes de que vengan nuestras hijas el mes que viene para pasar aquí la Navidad, y si he cedido a alguna de sus pretensiones es porque no soportaba enquistarlo más.

Estoy tan ilusionada ahora mismo que solo quiero salir de aquí e irme a mi nueva casa a la que me mudé hace dos semanas; un apartamento pequeño con dos habitaciones muy céntrico, que me ha costado sudor y lágrimas encontrar. En cuanto llegue, abriré una botella de vino para brindar por mi nueva vida mientras hago una videollamada con Jimena. Y, después, escucharé en bucle un *cover* de la mítica canción de The Police, *Every Breath You Take*, que me mandó anoche Bastian. Sin poder evitarlo, visualizarme en mi nuevo hogar a solas, disfrutando de mi merecida calma, me hace curvar los labios. Vale, y pensar en él, después de los últimos mensajes que nos hemos intercambiado, quizá también.

Hace dos días le envié este.

Mara

Acabo de recibir un regalo de Jimena para mi nueva casa. No vale reírse.

Adjunté la foto de mi nueva ensaladera con diseño de sandía y con la cuchara a juego.

Bastian

Menuda cabrona. No busques al culpable, soy yo. Espero que al

menos cumpla su función.

Ahí fui consciente de que Bastian y mi amiga comparten información sobre nosotros, porque yo no había comentado con ella el juego tonto con la fruta en cuestión.

Mara
¿Qué función? ¿Acoger durante unos minutos a la lechuga y al tomate?

Bastian
No. Hacerte sonreír y, de paso, anclarte a nuestro verano.

Sin respuesta. Así le dejé. Una vez más.

Él traspasa mi piel y yo me escondo, o me resguardo, como prefieras.

Dejé el móvil escondido entre los cojines del sofá para no sucumbir y me recreé en el otro regalo que me hizo Jimena, del que no le había hablado a Bastian todavía. Un álbum precioso con todas las fotos de nuestro pequeño *road trip made in Spain*. Sí, lleva ese nombre. Y es un recopilatorio increíble de nuestros mejores momentos durante esos casi dos meses que hemos compartido, en el que la mayoría de las veces salimos o riendo o comiendo. La felicidad.

El siguiente mensaje que recibí de él fue anoche. El audio con la versión de la canción. Reconozco que, si estuviera en mi cuenta de Spotify, saldría en mi Wrapped como la más escuchada del año, y no lleva ni veinticuatro horas en mi poder.

Bastian y yo nos pensamos, eso es innegable. Y no, no me he permitido meditar sobre ese nosotros que él no deja de repetirme, sencillamente porque los dos sabemos que no es nuestro momento.

Además, lo que siento por él es mucho más grande de lo que imaginé cuando regresé a casa. Me da miedo no saber gestionarlo ahora que la distancia entre los dos es kilométrica.

Levanto la vista del móvil y veo cómo Saúl me escruta con la mirada. Cuando he entrado hace un rato, él estaba de pie, y, tras un saludo frío y desazonador, he podido fijarme en su aspecto antes de sentarme. Más delgado. Más canoso. Y con la barba más larga. El aspecto físico realmente me da igual, porque lo que de verdad me molesta es lo poco que guarda debajo.

—Mara…

—Vaya, pero si has recuperado la voz.

—¿Crees que es el mejor momento para ser irónica? ¿Eres consciente de dónde estamos? ¿De a lo que estamos poniendo fin?

—No sabía que ahora te iban las preguntas retóricas, Saúl. Y sí, sé perfectamente dónde estamos. Te ha faltado decir que es por mi culpa —siseo con desgana, pero no le dejo que intervenga—. Solo por mi culpa. Y si hay alguien inconsciente aquí eres tú. ¿Crees que eran necesarios los cientos de correos electrónicos? ¿Y tratarme como si quisiera dejarte sin un euro y en la calle? ¿Tan difícil te resulta mirarme a la cara? ¿Tanto asco te doy?

—Si yo me hubiera follado a otra, ¿me podrías mirar tú a mí?

—Sí. —Rotunda y categórica. Y le he dado millones de vueltas a esto. Si hubiera sido al revés, yo sí que me habría sentado frente a él; es más, hasta le habría pedido que me contara cómo sucedió, por qué, dónde y con quién. Las mujeres solemos tener ese punto de masoquismo intrínseco que no nos permite quedarnos en la superficie, sino que, para estar conformes, necesitamos los detalles más íntimos. En cambio, él ha sacado sus propias conjeturas, sin preguntar—. Porque siempre vas a ser el padre de mis hijas, Saúl. Siempre.

Se queda mudo por un instante. Es lo que pasa cuando una verdad de ese calibre te deja sin argumentos. No hay más debate, no sobre eso.

—Siempre —repite—. Por eso mismo quería decirte un par de cosas antes de que firmemos.

—¿Sobre las niñas?

—Sí. Sé que quieres contárselo el mes que viene, cuando vengan a pasar las vacaciones, pero me gustaría que lo hicieras antes de

que se vayan, no en cuanto lleguen.

—Saúl, tienen dieciséis años, tenemos que ser sinceros con ellas. Y, como comprenderás, no voy a dormir con vosotros en casa y fingir que no pasa nada. Cuanto antes se lo contemos, mejor.

—¿Mejor? ¿Para ellas o para ti?

—Para todos. Hay que normalizar la situación. A mí no me importa que compartamos nuestro tiempo con ellas. Es más, si puedes soportarlo, me gustaría que cenáramos todos juntos en Nochebuena y comiéramos el día de Navidad, con tus padres y los míos. Como otros años.

—Eso no estaría mal.

Vaya, por fin algo de cordura.

—Muy bien. Pues por mí no hay problema —reitero.

Hemos pensado que lo mejor para ellas es que asimilen que la situación ha cambiado y que, cuando regresen, a finales de junio, ya de manera definitiva, sean ellas las que decidan con quién quieren vivir. O si prefieren que compartamos su custodia. Con la edad que tienen, hemos creído que darles la posibilidad de elegir era lo mejor que podíamos hacer por ellas.

La pantalla de mi móvil se ilumina y desvío la mirada hacia ella. Acaba de entrar un mensaje de mi amiga, que, inevitablemente, me ensancha el pecho y me hace sonreír.

> Jimena
>
> Recuerda que es por ti. Solo por ti.

—¿Crees que con ese tío tienes futuro? —me espeta Saúl, resoplando.

—¿Perdona? —me indigno, cree que es un mensaje de Bastian y no le saco de su error.

—Mírate, sonríes como una puta cría encoñada mirando el móvil. Y para ese tío solo eres una más en su larga lista. No seas ilusa y deja de arrastrarte. —Genial, me encanta que, en el reparto de los papeles en una relación, siempre nos den a nosotras el del escalafón inferior. No sé cómo lo hacen, pero para la inmensa

mayoría de los hombres, somos nosotras las que vamos mendigando atención—. ¿Crees que con él vas a ser feliz?

—¿Sabes lo que creo, Saúl? Que es muy triste que después de todos estos años juntos me conozcas tan poco. Te lo voy a explicar para que lo entiendas. Nunca he necesitado a un hombre para ser feliz, ni antes ni ahora. Sin embargo, elegí ser feliz a tu lado. Y, joder, lo fui, claro que lo fui, durante mucho tiempo. —Respiro para continuar, me está sentando muy bien poder soltárselo mirándole a los ojos, así que ya no me detengo—. Hasta que dejé de serlo. Y esa infelicidad es una de las causas principales que nos ha traído hoy hasta aquí. Ah, y, por cierto, deja de preocuparte por mí. Bastian me pone… —hago la pausa— me pone muchísimo, sin embargo, esta sonrisa tan tonta me la ha puesto Jimena, no le quites el mérito.

Me observa indignado, pero se contiene, porque la puerta del despacho se abre y entran nuestros abogados disculpándose por el retraso.

Cuando comienzan con la tediosa lectura, solo puedo pensar en que cada palabra que pronuncian me acerca un poco más a mí.

38
QUIERO VERTE

Bastian

Me muevo nervioso en el asiento y me ajusto el cinturón, aunque estamos parados. El resto de los pasajeros tampoco parecen muy tranquilos, sobre todo los de más edad. La señora que tengo justo delante coge a la azafata del codo y le pide un poco de agua. Solo espero que el pánico no se apodere de todo el pasaje. Ni de mí.

Tendríamos que haber despegado hace una hora y, aunque la información es más bien escasa, sabemos que están tratando de solucionar una incidencia y que despegaremos a la mayor brevedad posible. Por megafonía vuelven a pedirnos disculpas por el retraso y nos dicen que siguen trabajando para poder solucionarlo cuanto antes.

No suena muy halagüeño y tampoco quiero pensarlo demasiado. Si al final conseguimos dejar atrás la pista y despegar, me gustaría no estar acojonado las más de diez horas de viaje que tenemos hasta llegar a Madrid.

Ya había puesto el móvil en modo avión y lo había guardado en el bolsillo exterior de la mochila. Visto que esto va para largo, lo rescato y vuelvo a conectarlo. No tengo mensajes nuevos, el último es de Mugi; un Papá Noel y un árbol de Navidad, muy adecuado para este 24 de diciembre. Lo que sí tengo es una llamada perdida, de hace casi media hora. Parpadeo varias veces, volviendo a observar la notificación. Es ella, marcando por voluntad propia. ¿Habrá sucedido algo? ¿Algo malo? Dejo de respirar.

«Joder, Bastian, ¿no habías estado trabajando estos meses en esa tara tuya también? Sí, venga, seguro que no es nada malo».

La playa y el océano han sido el catalizador de mis pensamientos

más negativos. No solo he bajado el ritmo de mis pulsaciones, sino también la intensidad de enfrentarme a cualquier clase de pensamiento, bueno o malo. El único problema que no he resuelto, y que siempre arrastraré, es que, cuando deseo mucho algo, perder la esperanza de conseguirlo me aterra. Si ese deseo tiene sus ojos oscuros, sus labios cereza y su piel, el terror se incrementa.

Puedes pensar que me estoy agarrando a un clavo ardiendo, a un espejismo, a un recuerdo de un verano eterno al que no quiero poner fin. Pero perseverar es lo mío. Y esperar, dándole espacio, sin agobiarla, sin presionarla (después de mi gran cagada), también. La comunicación que hemos tenido estos meses no ha sido tan fluida como me hubiera gustado, sin embargo, ha servido para no perdernos del todo. Fotos. Canciones. Frases. Preguntas, la mayoría sin respuesta. Además, confío en mi instinto y sé que lo que Mara ha sentido por mí ha sido real y sigue ahí, agazapado, esperando el momento idóneo para volver a resurgir. Está latente, mitad despierto, mitad dormido, hasta que sea tan evidente que a ella no le quede más remedio que reconocerlo.

¿Pretencioso? Puede.

Me pongo los auriculares y me giro hacia la ventanilla. No es la idea más cojonuda del mundo ver a todos esos técnicos moverse alrededor del avión, pero necesito un poco de intimidad para devolver esta llamada, que no solo me abrasa los dedos.

—Hola… —Su voz al otro lado apenas se oye. Ajusto el volumen para escucharla mejor. Quizá solo esté somnolienta. No me he parado a calcular la diferencia horaria, pero con el retraso del avión, allí ya debe de ser de madrugada.

—Hola, Eme. Me has llamado, ¿verdad? Lo siento, igual estabas dormida.

—Tranquilo, me acababa de acostar.

Irremediablemente acabo de imaginármela en la cama, pero no sola, sino conmigo. Esa pequeña adicción que he echado tanto en falta estos últimos meses. Su cuerpo pegado al mío bajo las sábanas. Su respiración. Sus manos sobre mi abdomen.

—Dime que no te has equivocado al marcar… —suplico, y su bendita risa me llega alta y clara.

—No. No me he equivocado. Ha sido un acto consciente.

Se hace un silencio que no es incómodo, porque oigo su

respiración al otro lado y sé que sigue ahí.

—Me alegro. ¿Ha ocurrido algo? Espero que no haya pasado nada malo. —Mi verborrea se desata gracias a los putos nervios—. ¿Qué tal la cena? ¿Todo bien?

—Sí, todo bien. Bueno, bien…, no sé, es que regresaba a casa en coche y ha empezado a sonar *Desde la nostalgia* en la radio. —Se le entrecorta la voz—. Y…, no sé, paré el coche y te llamé. Solo quería escucharte.

—Yo quiero escucharte siempre. Ya lo sabes. Tendré que dar las gracias a Jimena por echarme una mano.

—No, no era su programa. No te rías, ¿vale? Pero me he puesto, no sé…, como contenta o nerviosa. O todo a la vez. Y… —Hace una pausa, sopesando si seguir dándome información o callársela.

—¿Y? —¿Se nota que sonrío? Pues sonrío. Si después de escuchar un tema mío ha sentido el impulso de llamarme, tiene que significar algo, ¿no? Algo bueno. Algo cojonudo.

—Y… Pues eso, que me apeteció llamarte y escuchar tu voz. —«Vamos, Eme, dímelo. Dime que después de estos cuatro meses separados estás deseando que volvamos a vernos»—. Luego, he dado dos vueltas más con el coche mientras escuchaba los *covers* que me has enviado el último mes. Todo muy normal.

Sonrío, porque le he mandado muchos. Si estuviera empezando en esto de la música, tendría material para unas cuantas sesiones.

—Son tuyos, disfrútalos. Expresan todo lo que siento. Te han gustado, ¿eh? Es una tontería negarlo.

—Sí, claro que me han gustado. Aunque no todas mis peticiones han sido atendidas.

—Vaya, cuánto lo siento. Pero yo también he hecho peticiones. —Me aguanto la risa— y aquí sigo, esperando.

—No voy a mandarte *nudes* a cambio de canciones, Bas. —Se ríe, y eso es alentador. Muy alentador.

Yo también me río, imitándola, y los pasajeros que tengo a mi alrededor me miran mal. Como si fuera el único imbécil al que estar encerrado en un avión le resultara divertidísimo.

—Eso solo fue el viernes y me había amorrado a una botella de ron, no cuenta. De todas maneras, si cierro los ojos yo te sigo viendo; memoricé rincones, sabores y sensaciones. También quiero escucharte, todo el tiempo. Aunque es una lástima que esta

comunicación se esté produciendo justo ahora, a las puertas de mi muerte.

—Bastian, ¿qué dices? ¿Dónde estás?

El señor que va a mi lado me insulta entre dientes. Muerte. Avión averiado. Mala combinación.

—Teníamos que haber despegado hace un rato, pero nos han dicho que hay un problema, y estamos dentro del avión. El universo…, o yo, esperábamos tu llamada. Aunque bromee con la movida, estoy empezando a acojonarme, así que, distráeme. ¿Te viene bien un *nude* ahora?

Se vuelve a reír. Y mi pecho se hincha de tal forma que se queda a punto de estallar. La echo tanto de menos…

—Muy sutil.

—Piensa que son mis últimas voluntades.

—¡Ya está bien, hombre! —se queja mi vecino de asiento, y me encojo de hombros a modo de disculpa.

—Puedo distraerte con otra cosa. ¿Alguna preferencia?

—Mientras no sean anécdotas de catástrofes aéreas…

—Perdona, ¿tú no eras ingeniero aeronáutico? —me vacila.

—No terminé la carrera, ya lo sabes. Y, créeme, después de tantos años, sé mucho más de acordes y versos que de aeronaves y su funcionamiento. Además, cerrar las puertas del todo no va conmigo.

—He visto las fotos. —Cambia completamente de tema y me relajo.

—Lo sé. —Jimena me pidió aprobación para un par de ellas, y también para los textos que había incluido. Confío en ella, de modo que le di mi sí; ni tan siquiera me detuve a mirarlas—. Yo no he querido verlas. Prefiero sorprenderme cuando me llegue el primer ejemplar a casa dentro de unos días.

—No me necesitabais. —Afirma, y oigo el sonido de las sábanas. De sus sábanas. Vuelvo a imaginarme pegado a ella, desnudo y con las yemas de mis dedos sobre su piel.

Un avión averiado lleno de turistas no es un buen lugar para empalmarse. ¿Cierto?

—Sí te necesitábamos, Eme. Sobre todo yo, aunque no tenía ni puta idea. Coincidir ha sido brutal y completamente necesario. Me ha cambiado la vida. Además, no seas modesta, tienes sensibilidad y

talento, y eso se verá reflejado en ellas.

—Las fotos de Jimena de los tres últimos conciertos son muy buenas, Bas. Ella tiene un don para todo lo relacionado con la música. Sola hubiera hecho un buen trabajo.

—No te quites mérito. Ella no nos hubiera plasmado así. Y estoy seguro de que juntas habéis hecho un trabajo excelente.

—¿Tienes ganas de regresar? —A bocajarro. Lo reconozco, me pone muy tonto elucubrar sobre por qué le interesa, pero que muy tonto.

—A ver, después de haber vivido en la más absoluta libertad durante los últimos meses y en pelotas prácticamente…

—Gracias por ese dato.

—De nada. Le ha informado, desde el aeropuerto de San José, Costa Rica, Bastian Arza. —Su risa otra vez. ¿Puede haber un sonido mejor? Sí, alguno se viene a mi mente—. Pues regresar a la civilización y rodearme de cemento, tener que poner la calefacción a tope y envolverme en varias capas de ropa va a ser extraño. Sin embargo, la vida sigue y tengo unos meses muy bonitos por delante. Y un deseo que quiero cumplir. ¿Y tú? ¿Tienes ganas de que regrese?

—Sí.

—Joder, cómo suena eso. ¿Me vas a quitar ya la orden de alejamiento?

—No llegaste a tenerla, pero te la merecías. Necesitaba estos meses. Necesitaba pensar. Recuperarme. Ponerme en primer lugar.

—Eme, nunca he sentido que me fuera del todo. Lo sabes, ¿verdad? He seguido estando aquí. Sigo aquí para ti. No quiero que exista una pared entre los dos, ni tan siquiera de cristal. Se me fue la olla, aunque lo volvería a hacer, ya te lo dije. Me equivoqué, sí, pero es que tu huida sin decirme adiós me rompió. No lo entendí, por eso actué así.

Silencio. Uno más largo de lo que esperaba, aun así, no es incómodo. Me da la sensación de que los dos vamos con pies de plomo, tanteando el terreno, porque ninguno quiere estropearlo de nuevo.

—Lo sé. Los dos nos equivocamos —musita.

—Sí, pero eso nos hace reales, no perfectos. Así que podemos olvidarlo. El presente es mucho más interesante que el pasado.

—Sin duda. —Asevera con la voz más apagada.

—¿Estás bien? ¿Qué tal la cena? ¿Quieres contármelo?

Ahora soy yo el que cambia de tema. Sé que sus hijas han regresado a España y que iban a contarles que se han separado. Jimena me ha dado algunos detalles. Mara, en sus mensajes, ha sido más críptica.

—Regular. Todo muy raro. Juntar a las dos familias en la que fue mi casa, con un ambiente demasiado hostil sobrevolando nuestras cabezas, no ha sido una idea brillante. Me he sentido una intrusa y, a ratos, una apestada. Me he equivocado. Una vez más, y ya he perdido la cuenta. No sé cuándo voy a aprender la lección.

—Vamos, Eme, lo has intentado, eso ya cuenta. No seas tan autocrítica. Has querido hacer lo mejor para ellas.

—Y ese ha sido el error.

Me explica que, *a priori*, le pareció una buena idea por el bien de sus hijas, para que vieran que, aunque sus padres ya no estaban juntos, aún eran familia y podían seguir contando con los dos. Pero sus hijas se han tomado su separación como si ya la tuvieran más que asimilada, sin darle ninguna importancia. Y en vez de sentirse bien, porque, a pesar de todo, sus padres quieren seguir manteniendo el vínculo familiar por ellas, solo han dejado claro su deseo de que ellas únicamente necesitan que su vida no cambie en nada, y que el resto no les importa.

—Entonces sí que has aprendido la lección, Eme. Aunque te cueste admitirlo.

—Puede. Quiero lo mejor para ellas, siempre. El problema es que van a cumplir diecisiete años y está claro que lo que yo creía que era mejor difiere de lo que creen ellas. Tendré que asumirlo.

La azafata nos pide que volvamos a poner nuestros dispositivos electrónicos en modo avión, que la incidencia está resuelta. En vez de hacerme feliz, me da rabia, porque está atravesando un momento de vulnerabilidad y no quiero soltarla.

—Tengo que colgar, pero no me gusta dejarte así.

—Tranquilo, no pasa nada. Feliz vuelo entonces. En cuanto aterrices, mándame un mensaje, para saber que has regresado de los confines del mundo.

—Sí, no te preocupes. Aunque prefiero que hablemos.

—Y, Bas, quiero decirte que…

—Señor, por favor. Tiene que apagar el móvil —me pide la azafata—. Ya.

—Eme…

—¿Estás sordo? Te han dicho que tienes que apagar ese móvil. —Se impacienta mi vecino.

—Bas, cuelga. Cuando aterrices me llamas.

—Dímelo, Eme. Dímelo antes de despegar…

—Quiero verte. He intentado buscarle un razonamiento más lógico y no lo tiene. Y sé que suena tonto, pero es que, a la vez, me hace feliz que haya en mi vida algo que se escape a mi razón. Solo sé que te sigo sintiendo dentro y que te quiero.

Necesitaba oírle decir eso.

—Yo también te quiero, Eme, como nunca lo he hecho. Y deseo verte. Y deseo hacer muchas cosas más, la mayoría contigo. Tengo que ir a casa, le prometí a Ciro que pasaría unos días con ellos y tiraríamos petardos para dar la bienvenida al año nuevo. Volveré a Madrid para la presentación del libro y me encantaría verte allí. Pero te lo digo ya: si vas, nos toca ser. Nosotros. Sin miedos. Sin huidas. Afrontando lo que sentimos con miles de incógnitas, pero sin contemplar ninguna posibilidad que no sea tú y yo.

—Señor, por favor, no voy a repetírselo, o me veré obligada a tomar otras medidas. Tiene que guardar su móvil.

—Cuelga, Bas. Hablamos cuando llegues a Madrid.

—Descansa, Eme. Y gracias por hacer que mi vuelo de vuelta sea infinitamente mejor.

39
NOSOTROS

Mara

Soy la primera en salir a la calle. Hace un frío helador en Madrid hoy. Con una mano, me ajusto las solapas del abrigo sobre el cuello y me coloco la boina de punto. Con la otra, sujeto contra mi pecho esta maravillosa obra de arte.

Jimena se ha quedado atendiendo a sus compañeros de la prensa mientras Bastian firma los libros a su ejército de fans, que ya estaban haciendo cola minutos antes de que terminara la presentación de *Toquemos juntos hasta naufragar: la despedida de una banda*, de Jimena Ramos. Salgo en los créditos. Y en los pies de foto, matizando con frases cortas la captura de esos efímeros instantes. Tapa dura. Tamaño perfecto. Y ese increíble olor a nuevo que desprende el papel de calidad extrema recién salido de la imprenta. Estas páginas recogen tantas emociones y tantas sensaciones irrepetibles que, en vez de contener el diario de dos meses de gira, es como si abarcaran una parte inmensa de mi vida. De la más reciente, al menos.

He tenido que hacer malabares para llegar. Una hora antes de coger el tren, todavía no sabía si iba a poder venir. Mi padre ha estado ingresado en el hospital unos días y le han dado el alta esta mañana. Por suerte, él se encuentra bien, y yo he podido viajar. Max ha ido a buscarme a la estación y me ha traído directamente hasta Callao. Así que, cuando he entrado en la Fnac, la presentación ya había empezado. Me he colocado en un pequeño hueco libre al fondo, detrás de muchas personas. He escuchado a Jimena meterse al público en el bolsillo y he observado como Bastian ha estado más callado, dejándole llevar la voz hoy a ella, cediéndole el

protagonismo. Todos sabemos que él, sin pretenderlo, llena la sala solo con su presencia.

Está muy guapo. Está mucho más guapo que la última vez que lo vi. Jersey de punto de cuello alto negro, piel tostada, gracias a los interminables rayos de sol del Pacífico, que contrasta con la claridad de sus ojos, más cristalinos que nunca. Y el pelo más corto de lo habitual, como si estuviera recién cortado. Él tenía miedo, pero volver a la civilización no le sienta nada mal. Me he tenido que poner las gafas antes para admirarle mejor; ahora ya las he guardado en mi bolso.

Bastian y yo no nos vemos en persona desde hace casi cinco meses. Lo cierto es que, con toda la gente que hay ahí adentro, dudo que él me haya podido ver todavía. Después de aquella conversación telefónica antes de que despegara su avión, en la que me abrí a él y le confesé que quería verle, hemos tenido muchas más, pero hasta hoy no se habían alineado los astros para que coincidiésemos en el mismo lugar.

Él aterrizó en Madrid, sin problemas, y se fue a despedir el año con su familia. Mientras tanto, yo estuve centrada en compartir las vacaciones navideñas con mis hijas. Las despedí el martes en Santander; su padre tenía una reunión aquí y fue el encargado de traerlas hasta el aeropuerto. Hemos pasado unos días buenos y otros regulares, me queda el consuelo de que ninguno ha sido muy malo. Vivir sola me ha servido para ajustar mis parámetros; los de gestión de mi propio tiempo, los de organización de mi propio espacio, y los generales de Mara como mujer y no solo como madre. No voy a fustigarme, porque la maternidad no viene con un manual de instrucciones, así que la mayor parte del tiempo te tienes que apañar con una mezcla entre intuición, protección e improvisación, y cada madre elige el porcentaje que quiere aplicar. Lo he hecho lo mejor que he podido y, lo más importante, desde lo más profundo de mi corazón. Si he cometido errores, asumo las consecuencias. Y espero que nada haya sido tan grave como para dejarles huella.

El día que se fueron, ingresaron a mi padre. Así que, durante estos diecisiete días, Bastian y yo hemos hablado todas las noches, cuando los dos teníamos un rato libre. El resto del día nos enviábamos mensajes, fotos (*nudes* no, lo prometo) y canciones. La última, anoche mismo, *Duérmete*, de Tu Otra Bonita con Travis

Birds, que escuché tumbada en el sofá de la habitación del hospital. Sin embargo, los dos pensamos que nada puede compararse a escucharnos teniéndonos de frente.

Jimena es la primera en salir con el cigarro sin encender en la boca, escoltada por Max, Ale y Mugi; del resto de exmiembros de la banda no hay rastro. No se dan cuenta de que estoy aquí, de modo que, cuando me acerco, mi amiga se sobresalta antes de abalanzarse sobre mí, con tanto ímpetu que casi me tira el libro al suelo. Y entonces sí que hubiera corrido sangre, la suya. Ella y yo nos hemos hecho cientos de videollamadas, pero nada es comparable a sentir el cariño entre sus brazos.

—¡Qué guapa! —Me cala la boina—. El pelo así te queda genial.

—¡Tú sí que estás guapa! —Y no es un cumplido—. Y ¿qué tal? Te he visto muy profesional en esa tarima. —Le guiño un ojo y se aparta de mí para encender su pitillo.

—Hola, Mara. Me alegro de verte.

—Y yo a ti. —Le doy dos besos a Ale.

—¿Ya te ha visto? —Mugi es el siguiente en abrazarme.

—Creo que no.

—Pues prepárate, está muy pesado. Lleva un par de días insoportable, quejándose hasta del puto aire que respira, porque la impaciencia no es su amiga. Es tan tan divertido verle arrastrarse por el fango así… —Ale y él se descojonan, y Max se une a ellos.

Echo un vistazo a la puerta y veo salir a un grupo de chicas. Sonríen y cuchichean mientras miran hacia atrás. Dos segundos después, cuando ellas empiezan a dispersarse por la calle, aparece él. Bastian. El chico de los ojos de color indefinido. Bas para mí. Abrigo negro de paño, con el cuello levantado. Manos en los bolsillos. Y gorro negro de punto, que le cubre todo el pelo a excepción de algunos rizos indomables que asoman por su frente.

Desde mi posición, a unos metros de distancia, busco su mirada, pero él, algo desorientado, no termina de ubicarme. Sonrío. Cojo aire. Sonrío como una imbécil. Y cojo mucho más aire, como si necesitara una cantidad ingente para acercarme. Pero Bas alza la mirada y, zas, nos encontramos. Sonríe. Se muerde el labio. Me muestra sus dientes cuando sonríe más ampliamente y, cuando empieza a acortar la distancia que nos separa, le asaltan dos chicas, móvil en mano. Ellas no lo notan, pero yo sí. Acepta con educación

hacerse una foto, aunque solo les regala su media sonrisa estudiada. Los periodistas que han cubierto la presentación también abarrotan la calle.

Sigo quieta en mitad del pavimento, esperando a que Bastian llegue hasta mí, si le dejan, mientras controlo las ganas de salir corriendo en su dirección.

Las chicas le dan las gracias y se alejan.

Un paso.

El mismo foco en dos miradas.

Otro paso.

La misma sonrisa perpetua en la cara.

Y el último paso.

Bas ha dado una zancada tan grande para evitar que un transeúnte se interpusiera entre los dos que acabamos de quedar cara a cara.

Dos frentes distintas y pegadas.

—¿Has venido?

—Eso parece.

Los nervios, las ganas y las expectativas nos hacen mantener una conversación bastante simple, que se salva con creces por lo que pronuncian en silencio nuestras manos, buscando la piel del cuerpo del otro en un abrazo, y nuestras miradas, que no se han desconectado.

Pasan los segundos y solo nos respiramos, siendo conscientes de que por fin estamos juntos, en el mismo metro cuadrado.

No sé quién es el que arremete primero contra la boca del otro con tan poca cautela, porque, en cuanto paladeo el sabor de su lengua enredada con la mía, un fenómeno paranormal se apodera de mi mente y de mi cuerpo. Y es que, aunque sea imposible, aquí, en una de las calles más comerciales y transitadas de Madrid, a esta hora punta de un viernes frío de enero, Bas y yo acabamos de convertirnos en los únicos viandantes de este territorio. Él y yo. Solo él y yo.

De fondo oigo los abucheos de Mugi y Ale, como cuando maúlla un gato escondido. También oigo los aplausos de Jimena, como un murmullo lejano cuando sales de un espectáculo y todavía queda gente dentro. Oigo a Max pedir que nos cortemos y a mi amiga reñirle. Oigo el clic de algunas cámaras de fotos. Incluso los

suspiros de asombro de las fans que todavía quedaban por la zona. Pero aun así, para él y para mí, nada ni nadie pisa esta acera aparte de nosotros. NOSOTROS.

—Joder, Eme. —Deshacemos el efecto ventosa con los labios aún rozándose—. Menos mal que los sueños no mienten, porque no he dejado de soñar contigo. Contigo y conmigo. Así. En cualquier lugar, pero así. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti, Bas. Muchísimo. Tenía fe, pero hasta el último segundo no sabía si podría venir. —Junta nuestras narices y vuelve a besarme, mientras sisea un «estás preciosa» y luego un «siempre te han quedado muy bien las rayas» por las de mi vestido. Mi temperatura corporal sube un par de grados más, a pesar del aire gélido.

—Ey, ¿vais a quedaros mucho ahí dando el espectáculo? Porque mis colegas se están poniendo las botas —nos grita Jimena.

—Perdón —masculla Bas—. Siento haberte expuesto así. Pero es que te he visto y no me he podido…

—Shhh. —Llevo mi boca a la suya de nuevo y le doy un pico—. Puedo soportarlo. Este momento es nuestro. Después de estos meses, nadie va a arrebatárnoslo.

—Vamos, coño, que me estoy congelando. —Nos regaña mi amiga—. Venga, que os invito a cenar a todos.

—¿Tú? —La pica Max.

—No. —Bastian, con la frente pegada a la mía, niega dos veces, de palabra y con la cabeza—. Ni de coña. Hoy no. Hoy no pienso compartirte. —Me da la mano y nos movemos para informar a nuestros amigos de que no vamos con ellos.

—Lo siento, amiga —le digo a Jimena, que intenta poner cara de indignada, aunque no lo consigue—. Hoy no. Otro día.

—Claro, amigos, en otra ocasión, si, total, hay más días que sandías. —La muy tonta se parte de risa con su propio chiste.

—Daos por despedidos —espeta Bastian, y me pasa el brazo por el hombro para empezar a caminar juntos.

—Tengo tu maleta en el coche. —Me recuerda Max cuando nos alejamos.

—¿Te crees que va a necesitar ropa? —Muy sabia, amiga—. Ya te la llevo yo mañana, o pasado, cuando te deje salir de la cama.

—Os quiero, cabrones —sisea Bas mientras los dejamos atrás.

Floto, lo digo en serio. Con su brazo por detrás de mi espalda, su hombro pegado a mi cabeza y mi cuerpecillo encajado en su costado, no camino, solo floto.

Tardamos un rato en entrar en su portal; caminamos lento, nos besamos rápido, nos reímos de manera ligera, como si estuviéramos anticipándonos a la velocidad con la que nuestras manos quieren deshacerse de las capas de ropa. No sé las calles que hemos atravesado ni el tiempo que nos ha llevado, pero me he quedado con todas las palabras que nos hemos regalado, o más bien los verbos. Ser. Estar. Disfrutar. Sonreír. Soñar. Sabemos que nos quedan horas de conversaciones pendientes, las que hemos suplido con esas otras maneras de comunicarnos estos meses. No obstante, también sabemos que nuestras pieles son las primeras que quieren expresarse este amor mutuo que nunca nos hemos atrevido a verbalizar delante de nadie, y que se merecen tener ese honor, ¿por qué no?

En el ascensor nos desabrochamos los abrigos. Y nos besamos.

En la entrada nos descalzamos. Y nos besamos con más lengua. Y colgamos los gorros en el perchero junto a los abrigos. Y dejo mi bolso. Y el libro. Y nos besamos más lento.

Las manos de Bas se posan en mi trasero y las mías van hasta el primer botón de su pantalón. El vestido de punto se arremolina en mis caderas y sus dedos se pelean con la cinturilla de mis medias, sin éxito. Le ayudo con la tarea y, cuando lo consigo, sus manos me cogen al vuelo y me llevan hasta la isla.

—¿Tienes hambre? —me pregunta febril lamiéndome el cuello y quitándome el vestido del todo.

—De ti. ¿Y tú?

Tiro de su jersey y me llevo también la camiseta blanca de manga corta que tenía debajo. Su pecho limpio de tinta, sus abdominales, sus costados, por los que paso las uñas de la mano derecha en una caricia que sé que le excita.

—Yo me muero de sed. Como si hubiera estado caminando por el desierto cinco putos meses sin probar una gota de agua.

Bas me sostiene la nuca, con el pulgar en la comisura de mi boca, a unos milímetros de distancia, hasta que, sin dilatarlo más, colisiona su lengua contra la mía. El beso es brutal, y no, nunca me había besado así nadie. Ni ahora. Ni hace veinte años. Se detiene y

retrocede un paso para observarme. Me quedo quieta mientras él se desabrocha los botones que le faltan del vaquero. Me relamo. Intento llevar mi mano hasta él para colarla por la cinturilla de su bóxer, pero como si me hubiera leído el pensamiento, él mismo se toca y termina de desvestirse. Solo falto yo.

Le atraigo con mis piernas y se las enredo en las caderas. Frota su erección contra el encaje de mis bragas mientras jadea junto a mi boca antes de invadirla con su lengua. Me suelta el sujetador y cambia mis labios por mis pezones. Echo la cabeza hacia atrás. Y alzo el vuelo hacia el deseo. Meto la mano entre los dos y se la sujeto. Dura. Venosa. Húmeda. Gime cuando muevo mi muñeca. Quiero probar su sabor, chuparlo, morderle, empaparle y empaparme con su piel.

—¿Qué quieres, Eme? Dime qué quieres que haga.

—Bas… —suplico cuando succiona mi pezón con más fuerza que antes.

—Pide lo que quieras, pero hoy no voy a hacerte el amor, que la última vez no debió de gustarte, porque huiste.

—Idiota. —Le muerdo la oreja mientras no paro de masturbarlo—. Hazme lo que quieras, pero házmelo ya.

Nos reímos. Nos reímos mucho más fuerte.

—A mi cama.

Carga conmigo y casi nos estampamos con la puerta antes de abrirla con el pie. Me suelta, me pega contra la pared nada más entrar, de espaldas a él, y me baja las bragas de un tirón. Me escuece la piel, me hierve la sangre y me late el sexo debajo de su mano, que ya reparte toda mi humedad.

—Párame o te follo aquí mismo.

Me doy la vuelta como puedo y lo empujo hacia su cama; el colchón protesta. Me da igual dónde sea, pero quiero tenerle un rato debajo de mí. Observar desde las alturas cómo pierde el control y cómo le cambia la tonalidad del color de sus ojos. Sin que le dé tiempo a pensárselo, me siento a horcajadas encima de él, sosteniéndome sobre mis rodillas.

—Pensé que era yo el que iba a hacer lo que quisiera contigo.

—¿Alguna queja? —Cojo su erección y empiezo a pasearla por mis pliegues a una velocidad lenta, demasiado por cómo Bas se lleva el antebrazo a la boca para ahogar un jadeo.

—Ninguna. Cero. Nada. Bueno, solo una. O paras o acabaré ahora mismo.

Elevo las caderas lo suficiente para colocármela en la entrada y dejarme caer. Lo hago al mismo ritmo pausado que antes. A pesar de mi escaso raciocinio en este instante, siento cómo me llena en todos los sentidos. Me inclino para besarlo. Con más profundidad. Con más lascivia. Con más visceralidad que hace unos segundos.

La necesidad, el deseo, la urgencia lo vuelven todo más turbio, más placentero y más sucio. Entra y sale de mí, marcando el compás desde abajo. Me arqueo. Me inclino hasta marcar con mis dientes su hombro. Una penetración salvaje, otra suave, como ese amor del bueno del que un día tuvo la osadía de hablarme, y que, desde entonces, he anhelado sentirlo de nuevo en mis carnes.

—Tócame, Bas, tócame. —Se lo pido, sin tapujos, sin vergüenza, sin sonrojarme.

—Puedo hacer algo mejor.

Se ayuda con sus piernas y sus manos sobre mis caderas para dejar mi espalda apoyada sobre el colchón. Se pone de rodillas y empieza a dejar una estela de saliva hasta que entierra su nariz en mi sexo y aspira mi olor. Ese gesto…, madre mía, ese gesto. El fuego que genera su lengua estimulando mi clítoris consume mis entrañas.

—Bas, estoy…, estoy…

Cierro las piernas en vez de abrirlas, porque su precisión consigue que el orgasmo me atraviese en menos tiempo de lo esperado, y, de alguna manera, tengo que contener las sacudidas. El encogimiento de dedos también ayuda a no dejarlo escapar. Y pierdo el sentido, no de forma literal, pero casi. Aprieto los párpados con fuerza y pronuncio su nombre.

—Mírame, Eme. Mírame. Y abre las piernas. —Pega su boca a mi oído—. Así. Así. —No noto cómo entra porque sigo navegando por la estratosfera postorgásmica. El placer infinito, las réplicas y el chute de hormonas que mi sistema ha debido de exudar—. Estoy dentro —gruñe, y empuja. Mueve sus caderas hacia delante y luego hacia atrás. Baja el ritmo y destenso los muslos, permitiéndole entrar hasta el fondo, dejando que recorra todo mi interior, despacio, mientras su cuerpo empieza a fundirse con el mío.

Y, entonces, todas las sensaciones que habían quedado

aparcadas durante estos meses, en los que no había tenido sexo, regresan con mucha más fuerza. Bas y su lengua caliente. Bas y su piel sudada pegándose a la mía. Bas y su olor a sexo salvaje. Bas y la tensión que se agolpa en mi triángulo con sus embestidas. Bas y sus manos. Y sí, le pongo siempre su nombre delante, porque solo él empuja hasta hundirse en mí provocando este tsunami de sensaciones.

Me froto contra su cuerpo, como si estuviera hambrienta, tratando de apaciguar la quemazón que ha vuelto a instalarse en el vértice de mis piernas.

—Suave… —me susurra en un gemido ahogado, indicándome que está a punto de explotar.

—Córrete, córrete dentro de mí.

Se retira unos centímetros y entra de una sola estocada, lo que provoca que se me nuble la vista por unos instantes y que me empiecen a pitar los oídos. Le clavo las uñas en la espalda, él me muerde el labio, y entonces vuelve el cosquilleo a mi entrepierna. Y ahora los envites son más lentos, más profundos y más largos. Y Bastian gruñe mi nombre. Y dice que ha sido perfecto. Y repite los mismos tacos mientras se vacía gota a gota dentro de mí. Y me dice que las pajas que se ha hecho estos meses empezaban por eme. Y vuelvo a correrme, unos segundos después que él. Y el orgasmo es más intenso que el anterior. Y es consciente del control que tiene sobre mi cuerpo. Y sonríe. Y sonrío. Y se deja el alma en complacerme antes de salir de mí. Y las yemas de los dedos. Y su último aliento.

—¿Vas a matarme o ya estoy muerto?

—¿Y tú a mí?

Pero los reproches son de mentira. Los dos sabemos que, después de haber estado separados tanto tiempo, no vamos a saciarnos tan fácilmente.

Se mueve para salir de mí. Protesto al sentir el vacío y me besa con todo, susurrándome que se quedaría a vivir dentro de mi cuerpo. Tiene intención de ir al baño, y quizá deberíamos ir los dos, darnos una ducha y luego cenar algo. Pero se lo impido, porque solo quiero sentirlo pegado a mí. Abrimos la cama y nos metemos dentro. Desnudos. Sudados. Y oliendo bonito, a una mezcla de su perfume, mi crema corporal y el polvo que acabamos de echar.

Abrazados, con mi pecho pegado a su espalda y con las manos entrelazadas sobre su estómago, en lo que viene siendo esa cucharita invertida, nos quedamos dormidos siendo de nuevo NOSOTROS.

40
MISMO LUGAR, NUEVA PROPOSICIÓN

Bastian

Hemos pasado casi cuarenta y ocho horas en la cama, saliendo solo para lo estrictamente necesario. Comer y beber no han sido nuestras prioridades, quizá por eso las tripas nos rugen ahora en una sinfonía imperfecta que da algo de miedo.

El sábado lo dedicamos a hacernos trajes de saliva con la lengua, a explorarnos con las manos, a masturbarnos el uno al otro, y a hacerlo nosotros mismos, por el morbo de observarnos. Había olvidado la satisfacción que produce desgastar unas sábanas a base de sexo, besos lánguidos y bocas ávidas.

La primera noche ella se durmió abrazando mi cuerpo. Y yo me desperté enredado en su cintura. Todo lo que sucedió a partir de ese momento nos transportó de golpe a Zahara. A comer a deshoras, a resguardarnos del levante, a bañarnos desnudos, a leernos en voz alta, a nuestros atardeceres, a desconectar del mundo, porque nada ni nadie nos importaba nada, excepto nosotros. Cuando por la tarde Jimena aporreó la puerta de mi casa para dejar la maleta de Mara, nos echamos a suertes quién se levantaba a abrirla. Gané yo, y disfruté muchísimo al ver cómo iba de mala gana. Nunca había escuchado una conversación tan escueta entre ellas.

Hoy ya hemos pisado algún metro cuadrado más de mi casa. Un fallido intento de espaguetis a la carbonara como desayuno tardío. Una botella de vino blanco medio derramada en el suelo porque ella creyó que era una buena idea mezclar el sabor del albariño, que todavía tenía en su boca, con el de mi polla mientras yo me servía una copa. Lógicamente, cuando eso ocurrió, todo se descontroló. Del desastre culinario a la isla. De la isla al sofá, por probar alguna

que otra superficie. Y del sofá, mientras todavía se colaba algo de luz por el ventanal, de nuevo a la cama para terminar haciéndolo todo lo suave que no nos habíamos permitido.

Hemos abandonado el colchón hace media hora para ducharnos juntos, este dato es relevante, y para vestirnos, actuando por fin como dos humanos que pueden realizar otro tipo de actividades. ¿Obligados? Pues un poco sí, porque vamos a cenar con Jimena y, si no bajamos ya, llegaremos tarde.

—¿Me ayudas con estos botones? —me pide asomándose por la puerta del baño. Se ha puesto una blusa de las que se atan en la espalda.

—¿Seguro que no puedes sola? —Ladeo la cabeza y ella se ríe—. Mira que si me acerco…

—Jimena puede echar la puerta abajo si no cenamos con ella y con Max hoy.

—No sería necesario, tiene una copia de mis llaves.

—¿Y por qué llamó ayer?

—Prudencia.

—¿Jimena? No creo. Te recuerdo que tuve que salir yo a abrirle, oliendo a sexo.

—¡Humm! —Me acerco y pego mi nariz a su nuca y aspiro su maravilloso aroma—. Me encanta nuestro olor a sexo. Sobre todo, mezclado con el tuyo.

—Bas… —Coge aire y nos mira a través del espejo, todavía me parece un sueño tenernos tan cerca—. A mí también me encanta el tuyo, pero o nos morimos de inanición o nos mata Jimena.

Termino de ayudarla y la dejo sola, pintándose los labios.

Aunque parezca imposible por las horas que nos hemos dedicado a otros temas, también hemos hablado. De mi sobrino y de sus hijas. De las enormes diferencias entre la edad infantil y la adolescencia. De las decepciones y también de las elecciones. De elegir con el corazón, aunque luego irremediablemente tengamos que usar la razón en un determinado punto. De buscar la felicidad. De vivir el presente. Del corto plazo. De los miedos. De los fantasmas que no queremos que regresen. De pasar la página del libro, pero sin olvidarnos de lo más importante que ya nos enseñó la historia. Del placer. Del amor. De la necesidad de piel. De lo indecentemente enamorado que estoy de ella. De lo consecuentemente enamorada

que está ella de mí. Y sí, lo hemos expresado así, abiertamente, porque utilizar eufemismos para referirnos a cómo nos sentimos en este instante sería rebajarle el nivel, y, además, somos mayorcitos para no llamar a las cosas por su nombre.

También hemos hablado de intentar coincidir el máximo de tiempo posible. De los meses en los que no hemos estado juntos. Del comienzo de nuestras nuevas etapas. Ella volvió a dar clases en una academia por las tardes, como cuando terminó la carrera, aunque solo lo hizo para cubrir una baja. Ahora quiere matricularse en un máster de traducción literaria para explorar nuevas oportunidades laborales de cara al futuro. Y yo tengo que comenzar con los preparativos para arrancar la grabación del que será mi primer disco en solitario. Ella no lo sabe, pero luego, con la ayuda de su amiga, vamos a repetir la escena de aquella noche de junio sentados en la misma mesa del mismo restaurante, solo que con un propósito nuevo.

—¿Nos vamos?

—Si no queda otro remedio… Estás muy guapa. —Le doy la mano y tiro de ella para que se pegue a mí antes de salir por la puerta—. Me encanta verte así, sonriente y feliz. Y también me vuelve loco cómo te queda ese vaquero, por si te apetecía saberlo.

—Tú no estás nada mal tampoco. Siempre me he fijado en los tíos a los que les queda bien el cuello alto, que no son todos.

—Somos minoría…

—Exacto. Y sabes lo que también me encanta a mí. —Lleva su boca junto a la mía, pero no la pega—. El sonido de los botones cuando te desabrocho el pantalón y, sobre todo, los gemidos que emites cuando mis dedos se cuelan por ahí. —Sus manos me rozan la tela. En cuanto voy a besarla, pone la mano entre los dos y me detiene, no quiere que me coma su carmín, de momento.

—Va a ser una cena rápida, cuenta con ello —digo.

Cuando entramos en el restaurante, Jimena y Max ya están sentados en la misma mesa que la última vez, a punto de terminarse dos cervezas.

—Os habréis duchado, ¿no?

—Por Dios, Jimena —protesta su amiga, y mira alrededor por si alguien la ha oído. Aun así, es inevitable que no se nos escape una carcajada.

—Juntos —le informo.

—Muy bien, Bastian, tú dale más material. —Comenta Max, y le pide al camarero que se acerque para tomarnos nota.

Dejamos que ellos pidan lo que quieran, Mara y yo estamos tan hambrientos que nos va a dar igual lo que nos pongan en el plato. El vino lo elijo yo, eso sí.

Cuando ya hemos empezado a cenar recordamos aquel momento. Mara se sentó la última, nerviosa y algo sorprendida al verme aquí después de nuestro primer encuentro en el WiZink. Para ese instante, Jimena ya nos había comido la oreja con lo de que, para que ella pudiera centrarse en sacar la esencia de la última gira, su amiga tenía que hacer las fotos.

—¿Qué? Fue una idea brillante, a tenor del resultado. —La rubia se pavonea y no nos queda más remedio que darle la razón.

—Sabes mejor que nadie que no me necesitabas a tu lado. —Argumenta Mara.

—Pero te quería a mi lado, y era la excusa perfecta para saldar la deuda.

—O la promesa. —Las dos estiran su mano por encima del mantel y se la estrechan.

—Yo sí la necesitaba, aunque, ahí, todavía no lo sabía.

—Me vais a hacer llorar, mamones —protesta Jimena—. Y todavía no ha llegado la hora de la despedida.

Perfecto, le he pedido que me echara una mano para que su amiga acepte mi propuesta, pero se está saltando varios pasos, porque todavía no he llegado a hacérsela.

Mara se queda algo desconcertada, más aún cuando ve el cruce de miradas que mantenemos su amiga y yo.

—¿Vais a querer postre? —pregunta Max, sacándonos del apuro. Está al tanto de todo, pero ha decidido quedarse al margen y disfrutar del éxito o del fracaso de esta encerrona.

—Yo no puedo más. Estoy llena. —Afirma Mara.

—¿Segura? Porque, tal y como te mira el puto cantante *indie* atormentado este, parece que tiene mucho más para darte.

Y se supone que iba a ayudarme.

—¿Y cómo me mira? —Mara arquea una ceja, expectante. Se huele que estamos tramando algo.

—Pues como si tuviera mucho amor guardado para ti, como dice

la canción de Nena. Vamos, que nunca terminará de vaciarse ni tú de saciarte.

—Muy descriptiva —farfullo, y llevo mi mano derecha al muslo de Mara para acariciarla. No quiero que se asuste.

—Jimena Ramos, periodista y poeta. —La vacila Max—. Yo también te miro así, pero sigues sin darme el sí.

—Vamos, Jime. Dile que sí. —La chincha ahora Mara—. Pobre, ¿no ves cómo te mira?

Max y Jimena pasan más tiempo juntos que separados, pero ella todavía no se ha decidido a dejar su casa y mudarse de manera oficial a la de él. Son iguales, así que pueden pasar así el resto de sus vidas.

—Vale, tía lista. Yo le digo que sí a Max si tú le dices que sí a Bastian.

—Jimena… —le advierto, no sé si recuerda que todavía no he lanzado mi propuesta.

—¿Sí a qué? —pregunta Mara, nerviosa. Mira primero a su amiga y después a mí.

Y todo desaparece. Es el momento. Cuando sus ojos se reflejan en los míos.

—Eme… —Enmarco su cara con mis manos.

—¿Qué pasa? ¿Qué es esto? —balbucea—. ¿Una encerrona? Vale, estoy teniendo un *déjà vu*, mismo sitio…

—Nueva proposición —afirmo, y noto cómo me tiemblan las manos. Ella me las sujeta y las aparta lentamente de sus mejillas sin soltármelas.

—Bastian, me estás poniendo nerviosa…

Cuando voy a proponerle mi plan, Jimena y su verborrea incontrolable se adelantan:

—Bastian quiere que le acompañes a grabar su nuevo disco. Nueva York. Texas. Londres. Quiere grabar sus canciones y, de paso, retozar con su musa. El plan es cojonudo, y si hace siete meses te dije que te necesitaba a mi lado para el proyecto, ahora te digo que os necesitáis los dos. Sanar. Follar. Disfrutar.

—Y también cantar, ese punto es importante para seguir con su carrera y para producir un discazo —añade Max, pero le ignoro, porque solo puedo concentrarme en ella.

Los ojos oscuros de Mara me hacen millones de preguntas en un

segundo.

—Yo…

—No tienes que responder delante de ellos. Ni tan siquiera tienes que contestarme ahora.

—Claro que sí. Vamos, Mara, dile que sí. Dile que sí. —Canturrea Jimena.

—Si ella dice que sí, ya sabes lo que te toca. —Afirma Max. Aquí cada loco con su tema.

—No les hagas ni caso. Sin presión. Tenemos de margen hasta final de mes para organizarlo todo. Me encantaría que fueras conmigo, Eme, pero si no te apetece, lo entenderé. No te quiero simplemente a mi lado, ya te lo he dicho, te quiero conmigo.

—Vamos, Pumuki. Si lo tienes en la punta de la lengua… —La azuza su amiga.

—Tú primero. —Mara aprieta mis manos con fuerza por debajo del mantel, pero ahora mira a su amiga, sonriendo. Jimena, en cambio, ya no parece divertirse tanto.

—¿Cómo? Eh, yo… —titubea.

—Vamos, Jime, si lo tienes en la punta de esa lengua viperina tuya. —Caldeo el ambiente mientras acaricio la mano de Mara a escondidas.

—Uy, se ha hecho tardísimo. Tranquilos, acabad el vino. Ya invito yo. —Le da un pequeño golpe a Max para que se levante con ella. Abandonan la mesa de manera apresurada y solo nos da tiempo a decirles adiós.

—Cobarde. —Decimos Mara y yo al unísono, aunque ella ya no nos oye.

A continuación, nos reímos, tanto que el comensal de la mesa de al lado nos dedica una mirada reprobatoria.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—Sí, ya te dije que iba a ser una cena rápida.

Nos ponemos los abrigos en la puerta, antes de salir a la calle. Nos despedimos de los camareros y, en cuanto pisamos la acera, Mara se detiene. Me sujeta por las solapas y se pone de puntillas para susurrarme cerca de los labios:

—¿No tienes ganas de saber mi respuesta?

—Tus ojos, tus labios y esa arruga que se te forma sobre el puente de la nariz cuando estás dándole vueltas a algo que te

emociona mucho sin poder disimularlo ya me la han dado.

—Todavía me cuesta asimilar que me conozcas tan bien. Como si estos meses hubieran sido años. Como si cuando empezamos a tocarnos nos hubiéramos transferido el disco duro con nuestra información. Como si, sin saberlo, nos hubiéramos dejado un hueco en el cuerpo del otro para rellenar con amor del bueno todos los espacios que permanecían vacíos. Es increíble.

—Increíble es que tu respuesta sea sí.

Mi pulgar. Su boca. Nuestros labios. Una calle de Madrid. Segundos lentos, manos veloces. Estamos a nada de mi portal, pero somos incapaces de despegarnos.

—Solo te voy a pedir una cosa, Bas, nada de promesas, ¿vale? He aprendido en estos meses que los planes a largo plazo no se mantienen casi nunca. No quiero volver a eso. No quiero cometer los mismos errores.

—Nada de promesas, Eme. Yo también he aprendido, a base de golpes, que renunciar al hoy por el mañana es dejar de vivir ambos momentos. Podemos quedarnos para siempre en este verano que aún no ha acabado.

—Eso es, sin importar el mes en el que vivamos.

—Quedémonos en nuestro verano.

41
MARA, VEINTIDÓS CANCIONES Y UN VERANO

Cuatro meses después…
Mara

Me coloco el portátil de Bastian encima de las piernas y me giro para que el sol no incida directamente en la pantalla; a estas horas, aquí, el astro rey todavía ciega. El mío hace días que se enciende y se apaga, sin ton ni son, pidiendo a gritos la jubilación. Así que, mientras él está en el estudio de grabación Sonic Ranch, cojo prestado el suyo.

Estamos en Tornillo, un pueblecito en el desierto de Texas. Bas ya había estado aquí y recordaba el lugar con cariño. Yo, obviamente, no lo había pisado nunca. Dice que este sitio le inspira y le ilusiona a partes iguales, por eso ha querido grabar seis temas en este rincón del mundo. Regresa agotado cada jornada, pero antes de dormirnos, me explica algo diferente sobre los entresijos de esta parte de su trabajo, que indudablemente le encanta. Para él este estudio es un templo. Se le llena la boca hablándome del fantástico equipo, de la consola que utilizan, que alguien se la compró a Prince y que ya solo por eso sabemos que son palabras mayores. Me desgrana cómo es volver a grabar en analógico, como cuando empezó, que todo es más lento y laborioso, pero que el resultado lo compensa, aun con sus imperfecciones, como ocurre con las fotos que salen de la Leica. Por cierto, Jimena me la dio en el aeropuerto, solo es un préstamo, pero me dijo que no podía viajar sin ella. No sé los carretes que he gastado ya. Bastian también me habla del talento del resto de los músicos que graban en estudios colindantes,

a los que por nombre nadie conocería, solo un melómano como él, y con los que, de vez en cuando, coincidimos en los comedores comunes. Le gusta rodearse de ellos; compartir, debatir e investigar. Bastian es un virtuoso, pero también un estudioso. Se mueve como pez en el agua en este ambiente. Yo le escucho con atención, me empapo de sus sensaciones y me emociono con él, porque, cuando vives el proceso desde dentro, con alguien tan sensible y visceral como Bastian, es imposible no meterse en su piel cuando habla de su tema favorito.

Llegamos aquí hace más o menos un mes. Y solo puedo decir que, aunque suene repetitiva, embarcarme en esta aventura con él ha sido una de las mejores decisiones que he tomado en la vida. El privilegio de conocer de su mano otros rincones del planeta y otras culturas me está abriendo mucho más la mente y el pecho, y estoy segura de que volveré con una maleta llena de preciosos recuerdos. Lo cierto es que no había sido muy consciente, hasta ahora, de la suerte y la libertad que me proporcionaba mi trabajo, para el que solo necesito una buena conexión a internet, y tampoco es imprescindible tenerla las veinticuatro horas del día. Quizá porque en mi casa no solo trabajaba con el ordenador. Quizá porque en mi casa no sentía esa libertad de movimientos. Quizá porque en mi casa me asfixiaba.

Entro en mi correo electrónico y respondo al *email* de Emilia, una antigua compañera de la universidad. Me informa de que la editorial en la que trabaja acaba de adquirir los derechos de una autora norteamericana. Esa mujer tiene más de veinte obras publicadas, pero yo traduciré solo la última. Será mi primer encargo y eso que todavía no he terminado el máster, así que espero estar a la altura del reto. Si sale bien esta colaboración, podría compaginar la traducción de los libros de texto con algunas obras literarias y seguir abriendo puertas, no cerrándolas.

Esta ha sido nuestra segunda parada. La primera fue Nueva York. Allí estuvimos desde febrero hasta abril. Y, aunque fueron unos meses bastante fríos, el calor que nos dimos en el apartamento de Carroll Gardens, en Brooklyn, lo contrarrestó con creces. Allí grabó ocho temas, en los míticos Electric Lady Studios, inaugurados por Jimmy Hendrix en 1970, donde han trabajado artistas de la talla de Adele. Pasear con él por Manhattan, la vorágine, el ruido,

los millones de turistas y ese enorme catálogo de posibilidades ha sido un viaje dentro del propio viaje. Como imaginarás, no hemos tenido tiempo de aburrirnos, ni tan siquiera de enfadarnos, porque allí todo ocurre al doble de velocidad. Lo cierto es que haber convivido durante la gira nos hizo conocernos y respetarnos. Somos expertos en detectar los días grises del otro, que también los hay, pero por suerte, también lo somos en darnos ese largo abrazo reparador para superarlos. En ese apartamento, volví a cogerle el gusto a cocinar sin presiones. Me inventaba platos. Disfrutaba de los que cocinaba Bas. Me tomaba el primer café en bragas sentada sobre sus piernas en la minúscula terraza. Y seguí automimándome. Me apunté a clases de salsa, en un estudio del barrio. Sus propietarias, Gaby y Lola, dos españolas muy simpáticas con las que me he reído muchísimo, fueron las encargadas no solo de hacerme mover los pies, sino también de enseñarme los rincones menos turísticos, por lo que siempre me acordaré de ellas.

Después de esos meses, estar ahora aquí es como haber pasado del todo a la nada, pero de verdad que lo he disfrutado igualmente.

Hoy es nuestra última noche. Mañana cogeremos dos aviones para llegar a Londres, donde nos esperan Mugi y Amaia, que, al final, se han mudado allí. Los siguientes temas los va a grabar en los estudios más icónicos del mundo, Abbey Road. Además, será todo más especial porque lo hará junto a su amigo del alma. Ale quizá participe en una de las canciones, pero está inmerso en un nuevo proyecto musical y no sabe si le cuadrarán las fechas todavía. En la City nos reencontraremos con Max y Jimena, a quienes no hemos visto desde que nos fuimos de Madrid. Mi amiga y su novio viven juntos, pero ella sigue necesitando su pequeño espacio, por eso, algunos días, con cualquier excusa, termina durmiendo sola en su piso. Me parece fantástico que, si les funciona, lo hagan así.

Antes de venir aquí, viajé dos veces a Florida para ver a mis hijas. La primera fui sola, nada más llegar al país. Me gustó ver que están bien, que se han adaptado e, incluso, que han madurado, poco, como era de esperar. Tampoco se puede pedir mucho más a sus diecisiete. La segunda fui con Bastian. Les consulté antes de comprar los billetes, quizá no habría hecho falta, pero prefería no forzarlas. Me dijeron que sí, que les gustaría conocerlo. Aunque no lo demostraron, para ellas fue bastante sorprendente, no solo que yo

me separara de su padre, sino que me viniera a Estados Unidos con Bastian tantos meses, y supongo que tenían curiosidad. Nos quedamos un fin de semana con ellas, aunque solo nos hicieron caso hasta el sábado al mediodía. Luego, sus múltiples compromisos sociales las tuvieron ocupadas. Y nosotros disfrutamos como dos turistas más. Bastian y ellas estuvieron bien; al principio los tres se sintieron un poco cohibidos, pero luego la cosa fluyó. Antes de despedirnos, me comunicaron que han decidido quedarse a vivir con su padre. Lo tienen clarísimo, y no, no me sorprendió; las conozco y también sé cuáles son sus prioridades.

Cuando volvimos a Nueva York, estuve unos días mal, dándole muchas vueltas al asunto, como si todas las dudas y los miedos sobre la maternidad me acecharan de nuevo. Otra vez apareció el sentimiento de fracaso, de pérdida, de error. Tuve que hacer un ejercicio de introspección enorme para llegar a la conclusión de que solo era un paso más, natural y anticipado. Porque el lazo que me une a ellas nunca desaparecerá. Mis hijas están a punto de cumplir la mayoría de edad y, en el fondo, solo quiero que sean felices. Así que terminé aceptándolo y dejando de lado los juicios de valor, hacia ellas y hacia mí. Se lo comuniqué a Saúl por *email*, para que el abogado preparara los papeles de la custodia. Me respondió escueto, aunque se despidió con un abrazo, que para él tuvo que ser como enterrar el hacha de guerra y que a mí me dejó satisfecha. Sigo sin desearle nada malo.

—Hola. —Bastian aparece por la puerta de la habitación con los ojos apagados y visiblemente cansado.

—Hola, estás agotado. Si quieres salgo y me disculpo por los dos.

Como es nuestra última noche, nos han preparado una cena de despedida. Aquí son muy hospitalarios y se han portado muy bien con nosotros, así que nos duele rechazar su invitación.

—Tranquila, es que estoy algo afónico y la última parte del tema ha salido regular.

—Seguro que no está tan mal, eres un perfeccionista.

Me quito el ordenador del regazo, me levanto y llego hasta él. Nos besamos lento y nos abrazamos fuerte. Seguimos ávidos de piel, como si fuera una droga de la que jamás seremos capaces de desengancharnos y me hace muy feliz estar así.

—Mañana duermo en el avión, no te preocupes. Me apetece cenar y que nos despidamos de todos. Además, te van a hacer soplar las velas, aunque sea dos días antes. —Cumpliré cuarenta y cinco casi recién aterrizada en Londres. No quiero pensarlo mucho, porque la cifra da algo de vértigo. Mitad de década. Uf—. Voy a darme una ducha y me visto.

—Vale, apago el ordenador y me ducho contigo.

—¿Sí? Pues mira que lo he dicho inocentemente…

—Ya…

Jugar. Reír. Follar. En definitiva, sentir y divertirnos.

Se desnuda delante de mí, cosa que le cuesta muy poco trabajo, y se da la vuelta para irse al baño. La imagen de su culo… sigue siendo maravillosa.

Cuando voy a apagar el ordenador, mientras me desato los botones del vestido para no perder el tiempo, le entra un *email*.

—Bas, te acaba de llegar un correo de la oficina —le chillo, porque ya ha abierto el grifo.

—¡Ábrelo!

Obedezco. Contiene un archivo jpg, que, esta vez, abro sin preguntar.

Me llevo las manos a la boca mientras las lágrimas empiezan a brotar de mis ojos. No. No puede ser. No.

—Eme… Eme, ¿qué es?

No puedo hablar. Se me cierra la tráquea y a la vez se me hincha el pecho. El aire se vuelve denso y la llorera me nubla la vista.

—Eme… Eme, ¿estás bien?

Tarda tres segundos en salir del baño, con el pelo mojado y la toalla anudada en la cintura. Está nervioso, y se altera mucho más cuando me ve con el vestido abierto, sentada sobre la cama, con el ordenador delante y llorando.

—Me estás preocupando, ¿qué pasa?

Se sienta justo detrás de mí y mira la pantalla. Suelta todo el aire que había guardado en los pulmones y sonríe sobre mi nuca con su pecho aún mojado pegado a mi espalda.

—Mara, veintidós canciones y un verano. —Leo por fin las letras que acompañan a la imagen mientras Bastian me abraza.

Es el título de su nuevo álbum. Mi nombre. Las canciones. Nuestro verano.

Han mandado la prueba de cómo quedaría la carátula. De fondo, la fotografía que nos hizo Jimena sin que nos diéramos cuenta, cuando disfrutábamos de otro atardecer mágico en Zahara. Bastian y yo nos habíamos escapado a un rincón solitario del jardín en busca de un resquicio de intimidad, uno que, a tenor de la imagen, no encontramos. Él está de espaldas y yo me escondo al cobijo de su cuerpo mientras mis manos reposan entrelazadas en el final de su cuello.

Sonrío al recordar ese día.

Lleva puesta la camisa hawaiana, o festivalera, como la definió Jimena cuando se la regaló a cada miembro de la banda, incluido Max. Bastian se la puso a regañadientes, solo para no escucharla. Estaba muy guapo, porque él es de ese tipo de personas, sí, de las que siempre lo están, con independencia de lo que se pongan. En mi antebrazo se entrevé el dibujo de una pequeña cámara de fotos; me lo hizo mi amiga con un boli Bic. Aquella tarde, tomó prestada mi piel a modo de lienzo para ayudarme a imaginar el efecto de un futuro tatuaje ahí. Uno que nos haremos juntas, en cuanto nos volvamos a ver.

Nuestra amiga nos envió la foto después de que terminara la gira, cuando Bastian y yo estábamos a miles de kilómetros el uno del otro. El texto que adjuntó decía: «A través de mi humilde mirada. ¿No sois capaces de veros? Brilláis, cabrones».

Me parece preciosa. Íntima y llena de luz, el fiel reflejo de aquellos días que compartimos. Muy nuestra.

—Bastian, es… es muy bonita. Es muy…

—Tuya, Eme. —Se mueve, aparta el ordenador y se sienta enfrente de mí—. Es tuya.

—Nuestra —le corrijo.

Se inclina, pega sus labios a los míos y me susurra:

—Tuya y nuestra. Mara, veintidós canciones y un verano. No había una combinación de palabras mejor para reflejar lo que siempre seremos.

EPÍLOGO

Un verano más en Zahara de los Atunes

Bastian

Mi amigo Mugi suelta el micrófono mientras recibe los últimos aplausos de este entregado público, finiquitando nuestra tradicional noche de karaoke. Aquí estamos, un verano más en mi casa, rodeados de amigos y también de familiares.

El único que no ha cantado hoy he sido yo, porque mañana tengo bolo. Será el primero como solista, en una minigira que hemos organizado para este verano que apenas comienza. El disco salió en octubre y solo puedo decir que todavía sigo alucinando. La acogida ha sido espectacular, y mira que estaba bastante cagado por salir en solitario a batirme el cobre, pero está claro que los seguidores acérrimos de la banda lo han visto como un paso natural y han seguido enganchados a mi sonido.

La gente se sirve más alcohol y se dispersan por el jardín. La temperatura invita a disfrutar de la noche, no a irte a dormir, a no ser que tengas siete años y estés grogui, como es el caso de Ciro, que lleva más de media hora así en mi regazo.

—Estás rompiendo una tradición —protesta Mugi, y se sienta a mi lado en el porche.

Mi sobrino no quería irse a la cama y, como está agotado, se ha quedado KO encima de mí.

—Lo sé, tío. Pero es que tengo que cuidarme la garganta. Desde que pillé ese catarro en mayo, no me he recuperado del todo.

—Pamplinas. —Alega mi amigo.

—¿Qué pasa? ¿Ya estás acojonado? —Ale se abre una cerveza y se sienta en el otro sillón.

Le ha debido de hacer ilusión ver a Cloe después de tanto tiempo, porque desde que ha llegado no se ha separado de ella. Él está inmerso en la grabación de un disco con otra banda y ahora vive en Barcelona, pero no ha querido perderse mi debut y aterrizó ayer. Nos ha contado que a veces queda para tomar algo con Martiño y Beni, que viven juntos también en la Ciudad Condal y que se han enfocado en la producción.

—No, pero prefiero no forzar.

—Vamos, Bas, si encima es un *festi*. ¿Ya has elegido el repertorio? ¿Cuántas vas a cantar? ¿Cuatro? ¿Cinco? ¿Veintidós?

—Idiota. —Me enderezo contra el respaldo y coloco la cabeza de Ciro en mi pecho. Mentiría si dijera que no me gusta tenerle así.

Ale no ha dejado de vacilarme desde que se enteró del nombre del álbum. Lo cierto es que sí, debo de ser el único capullo que para estrenarse en solitario empieza con un disco con tantas canciones, como si fuera un puto LP de grandes éxitos y no mi primer álbum.

—La culpa es de la inspiración —comento.

—Y de la musa —añade él, e inevitablemente busco a Mara.

Se acaba de sentar en el borde de la piscina y ha metido los pies en el agua. Es de noche, pero la luz del foco me permite verla de perfil desde aquí. Vestido arremangado por los muslos, copa de vino en la mano y la melena revuelta. A su izquierda, Jimena, con un vaso de calimocho. A su derecha, su hija Elba y su amigo barra lo que sea. Su hija Carla se ha quedado en Santander con su padre.

—¿Quieres más vino? —me pregunta Max al ver que no puedo moverme.

—No, todavía me queda algo en la copa. Es esa.

—¿Estamos segregados por sexos? —pregunta Ale, y noto cómo mira a un lado y a otro analizando los grupos.

—Ahora no —afirmo cuando veo que todos se nos acercan.

La barriga de Amaia llega antes que ella. Si mi amigo ya bebía los vientos por su chica desde los catorce, ahora que está embarazada no la deja ni a sol ni a sombra. Va a ser un padre pesado, pero también cojonudo, no tengo dudas.

—Eso de ahí —señalo su vientre— luego se hace como esto. —Miro a mi sobrino; cada día lo veo más grande.

—O como eso de allí. —Mara mueve la cabeza, señalando a su hija y a su amigo. Luego me mira haciendo un puchero lastimero.

Digamos que todavía está adaptándose a ver a su hija así con un chico, y eso que ya es mayor de edad.

—¿Les has explicado ya lo de la semillita? —La pica Jimena, que ya está con el portátil para poner algo de música; hay cosas que no cambian.

In My Place, de Coldplay, suena por los altavoces. Me alegro de que haya respetado mi lista de reproducción, porque este tema me parece perfecto para esta noche. Hace seis meses que cancelaron su programa en la radio y no puede disimular el mono que tiene. Como buen culo inquieto que es, ya está pensando en qué proyecto nuevo meterse. Gracias al éxito del libro que sacamos de nuestra última gira, tiene varias ofertas de otros cantantes para documentar sus *shows*, aunque todavía no quiera aceptar nada que la aleje tanto tiempo de su Madrid, o de su Max, aunque esto último es mejor no insinuárselo. Mi mánager y ella, para sorpresa de todos, se han convertido en una pareja muy estable, dentro de su propia inestabilidad.

—Eres muy tonta, rubia, pero te quiero. —Mara le lanza un beso con la mano.

—Y yo a ti.

—Voy a subir a acostarlo —les informo, e intento coger bien a Ciro antes de levantarme, a ver si no se despierta.

—¿Y luego? —me susurra Mara cuando paso por su lado—. ¿Me acuestas a mí?

Se me pone la puta piel de gallina con solo imaginármelo. Su jodido olor a verano, su piel bronceada y sus labios sensuales cerca de mi oreja pueden hacerme sucumbir a cualquier proposición, por muy imposible que parezca.

—A ti te hago lo que quieras, Eme. Solo tienes que deshacerte de esta gente y subir. —Oigo su risa mientras me alejo.

Cuando terminé de grabar el disco, volvimos a España, justo hace un año. Desde entonces, no hemos estado más de dos meses en el mismo lugar. Puedo decir que nuestra residencia es itinerante. Aterrizamos directamente en Santander. Mara me quiso enseñar su ciudad y su apartamento. Aprovechó para presentarme a sus padres. Ellos todavía no se han hecho a la idea de que su hija y Saúl ya no son marido y mujer, aun así, el encuentro fue tranquilo y cordial. No ocurrió lo mismo con su hermana, porque, cuando quisimos

quedar con ella para invitarla a comer, le dijo a Mara que le parecía una falta de respeto hacia Saúl, como si él fuera más importante. Mara no lo entendió y yo tampoco, la verdad, pero procuré que no mermara la felicidad tan grande que arrastrábamos de nuestro viaje.

De Santander nos fuimos a Donosti. Conoció también a mis padres, a Cloe y a Ciro, al que se metió en el bolsillo desde el minuto uno, porque sabe cómo tratar con él; yo aún sigo aprendiendo. Le enseñé los rincones especiales de mi ciudad y le dibujé el mapa de mi infancia y mi adolescencia. De nuevo, fueron días felices. Y no, no quiero creérmelo, pero es que coincidir con ella justo en esta etapa de mi vida ha sido un factor determinante; quiero pensar que lo ha sido para los dos. Porque, no voy a engañarme, en cualquier otra época esto hubiera sido inviable; por mucho que hubiéramos conectado tan bien y por mucho que nos hubiéramos gustado. Por eso es importante no solo confluir en el tiempo, sino en el momento. Supongo que también tiene que ver con la madurez.

Después de esos días juntos, ella regresó a su casa para esperar la llegada de sus hijas y arreglar todo el tema de la custodia. Verlo materializado fue duro, aunque menos de lo que esperaba, porque se había preparado para ese momento desde hacía meses. A Mara solo le importa que ellas sean felices y estoy convencido de que lo son.

Cuando llegó agosto, nos vinimos todo el mes a estar aquí. Lo mencionábamos de coña, pero lo cierto es que era como nuestro aniversario. Estuvimos igual de felices, igual de cachondos e igual de compenetrados que la primera vez, pero mucho más libres.

El resto de los meses hemos estado a caballo entre Madrid y el norte, tanto en su casa como en la mía. La palabra «hogar» toma sentido junto a ella, da igual el punto cardinal donde nos alojemos. También hemos estado separados algunas semanas, en las que nos echamos de menos. Para mí eso es un síntoma de salud en una relación; dejar espacio entre los dos para acumular ganas de volver a llenarlo. Ella suele regresar a casa sola, para pasar unos días con sus padres y ver a sus hijas, y yo aprovecho ese tiempo para adelantar trabajo o simplemente para reconectar.

Mara terminó su máster y sigue compaginando las traducciones

de los libros de texto con las literarias, por lo que no le faltan proyectos. La suerte es que puede trabajar desde cualquier rincón del mundo. Así que no, nunca hemos hablado de fijar una residencia, y, de momento, no es algo que nos preocupe. Nos va bien así, sin promesas que no valen nada, como el tema de Los Piratas que cantó con Jimena en su primera noche de karaoke.

Meto a Ciro en la cama y le tapo solo con la sábana. Le enciendo la luz de la mesita. De vez en cuando tiene pesadillas y se asusta mucho si está a oscuras cuando se despierta. Me quedo mirándolo un rato, embobado; esa peca debajo de la nariz es idéntica a la de mi hermano. Bendita genética. Sonrío. La mayoría de los días es inevitable no tener presente a Mario en cualquier cosa que hago, lo mejor de todo es que ya no se trata de un recuerdo triste.

—Descansa, enano.

Cuando me doy la vuelta para salir, atisbo el movimiento de una pequeña sombra. La he pillado. Oigo voces, pero alejándose, y ya no suena la música. Eso significa que Mara ha conseguido echar a todo el mundo. Aunque Cloe, Elba y su amigo duermen en esta casa, así que no sé qué habrá pasado con ellos. Supongo que, como Max ha alquilado un chalé cercano para alojar al resto de los invitados, porque todos no cabían aquí, se habrán ido a terminar la fiesta y regresarán luego.

Entro en mi habitación y ahí está Mara, a dos palmos de la puerta. Descalza, con el tirante del vestido caído por su brazo y con una mirada que solo augura cosas buenas.

—Hola, espía.

—Hola, no te estaba espiando, solo me estaba deleitando. Ya sabes que me encanta verte con él… —Sonríe con malicia. Siempre dice que se me pone un brillo especial en los ojos cuando miro a Ciro. Con ella también, pero esa mirada tiene otro matiz.

—¿Se han ido todos? —le pregunto, y ella asiente con lentitud—. Eres muy eficiente, Eme… —La acorralo contra la puerta antes de cerrarla.

Mi boca en su cuello, justo debajo de su oreja. Mis manos a ambos lados de su cabeza, sobre la madera. Mi pelvis buscando fricción. Sus ojos en mis labios. Sus pezones apuntándome.

—He cumplido con mi parte —me dice melosa—. Me he deshecho de todos, al menos durante un rato, y he subido. —Se

pellizca el labio con los dientes y sujeta el dobladillo de mi camiseta para quitármela. El otro tirante también se desliza por su brazo, si se mueve un poco, sus pechos quedarán al descubierto, porque no, no lleva sujetador—. Ahora te toca a ti…

—¿Qué quieres que haga? Dímelo, Eme. Dímelo…

Estamos repitiendo un patrón, lo sé, pero hay dos diferencias abismales con respecto a la primera vez. Una, la puta culpa, que ya no tiene razón de existir. Y dos, que da absolutamente igual cuál sea su respuesta, porque mañana los dos seguiremos aquí, disfrutándonos, amándonos y viviendo nuestro verano sin línea temporal, pero sin dar nunca por hecho que disfrutaremos el siguiente.

FIN

NOTA DE LA AUTORA

Para mí, escuchar música es una función vital tan importante como respirar. Por eso, no concibo mi vida sin canciones. Esas pequeñas píldoras que alivian mis síntomas más dispares; la tristeza, la rabia o el cansancio. Y que, además, tienen el poder de acentuar mis buenos estados de ánimo.

Hace años que escribir se ha convertido en mi mejor terapia, y hacerlo con la música de fondo es una fuente inagotable de inspiración, que le permite a mi imaginación volar mucho más lejos.

Conjugo verbos y combino palabras para contar historias que me salen del corazón, y esta, que tienes ahora en tus manos, es una obra de ficción. Si encuentras similitudes en algunas partes, podrían estar relacionadas con los artistas que me inspiraron durante el proceso creativo. Pero los nombres, los personajes y los acontecimientos que aparecen en ella son producto de mi imaginación.

AGRADECIMIENTOS

Después de tantas páginas escritas a lo largo de los últimos años, me siento delante de esta hoja, una vez más, intentando transmitiros lo infinitamente agradecida que me siento.

Gracias a mis tres corazones por darme espacio cuando me encierro en mi habitación a escribir hasta medianoche y por escucharme hablar de esas otras vidas que son tan reales en mi cabeza. Ojalá algún día, cuando echéis la vista atrás, os sintáis orgullosos de mí.

Gracias a María, mi amiga, compañera de *coworking* y terapeuta no remunerada por soportarme todo el día hablando de lo mismo y por animarme a seguir volcada en esta aventura.

Gracias a mis lectoras cero, que leen conmigo los capítulos todas las veces que sean necesarias, que se preocupan de que las piezas encajen y que me regalan su tiempo desde que la primera idea cruza mi cabeza. Triana, Yesenia, Ana, Helena, Taira, Anaís y Ana (Dramas). Sin vosotras y vuestros audios, amenazas, risas y canciones este proceso no sería tan divertido. Solo espero que esta novela tenga el superpoder de reunirnos a todas de una vez.

Gracias también a vosotr@s, que me hacéis llegar siempre vuestro cariño y apoyo, que me acompañáis virtualmente durante el recorrido hasta poner la palabra fin y que esperáis con ansia la siguiente novela.

Muchas gracias a toda la comunidad literaria que dais visibilidad a mi trabajo, no solo en las redes sociales, con las *bookstagrammers* a la cabeza, sino también a los que invertís vuestra energía y vuestro tiempo en organizar eventos literarios por toda España para conectarnos con los lectores. Quería hacer una mención especial para el ROMA Valencia Romántica. Gracias, chicas, por incluirme en el último momento en aquella mesa para

hablar sobre Wattpad. Porque, sin saberlo, aquel viaje en 2022 se convirtió en el primer paso para que esta novela viera la luz en esta casa tan grande.

Y eso me lleva directamente a dar un gracias enorme a Lola, mi editora, que confió en mí desde el principio, que me llenó de ilusión cuando más lo necesitaba y que me ha dado esta nueva oportunidad para quitarme la espinita.

Por último, quiero darte las gracias a ti, que estás sosteniendo mi última novela entre tus manos. Gracias por leerme. Espero que hayas disfrutado de mi #amordelbueno y que te haya hecho sentir, que, en definitiva, es mi único objetivo.

Millones de gracias, de corazón.

Sigue este QR para escuchar la *playlist* oficial de *Mara, 22 canciones y un verano*.





EDURNE CADELO (Santander, España, 1978) es una autora de novela romántica. Estudió Ciencias Empresariales en la Universidad de Cantabria. Sin embargo, a pesar de que Cadelo siempre ha sido una chica de números, ha sentido desde pequeña una gran inclinación por la literatura.

Debutó en el panorama literario en 2018 con la primera entrega de su bilogía Lía, *Lía, aquí y ahora*, a la que seguiría *Lía, ahora y siempre*. A partir de entonces ha publicado otras historias de corte romántico.

Índice de contenido